



IDUS DE JULIO



Felipe Ortín

Felipe Ortín

IDUS DE JULIO

© Felipe Jaime Ortín González, 2014
Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-90717-30-1

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública y transformación de esta obra
sin contar con autorización de los titulares de la propiedad
intelectual.

A toda la gente que quiero:

*Particularmente a mi inigualable y especial compañera y esposa Juani, que, **ante** todas las dificultades **bajo** las que he trabajado, siempre me animó amorosa e incondicionalmente.*

*También **cabe** recordar a mis padres, Felipe y María José, que me educaron **con** mucho cariño y que me formaron como la persona que soy, enseñándome a luchar **contra** cualquier adversidad.*

***De** todo corazón, también se lo dedico a mis hermanos, Pili y Ginés, y a mis sobrinos, Gemma y Rodrigo.*

***Desde** aquí, mando un enorme y sentido abrazo a mis queridos Juanpe, Esther, Patri y Sandra; por la gran amistad que hemos tenido **durante** tantos años; y a todas mis amigos que viven **en** Tenerife.*

***Entre** todas mis amistades de Barcelona, quiero agradecer el cariño recibido de Ricard, Amparo, Alex, Mireia y Lali, que me han empujado **hacia** este pequeño sueño **hasta** lograrlo.*

*También deseo, **mediante** estas líneas, enviar un gran abrazo **para** Manuel Segura Morales, un ángel que ha pasado **por** el planeta Tierra, **según** mi punto de vista.*

***Sin** dejar de agradecer, **so** pena de olvidarme, la ayuda prestada para conseguir esta publicación, **sobre** todo a Ramón Gasch, David Martí y Joan Bruna.*

***Tras** todas estos agradecimientos, tan sólo expresar la admiración que siento hacia todas las personas que consiguen hacer disfrutar a sus congéneres con el humor en todas sus facetas, especialmente a personajes tan admirables como Jardiel Poncela, ingenioso escritor; Francisco Ibáñez,*

capaz de hacer reír a niños y adultos; Antonio Fraguas «Forges», capaz de sintetizar en una sola viñeta toda la ironía de la vida; al grupo Les Luthiers, virtuosísimos músicos y auténticos malabaristas de las palabras; y a monologuistas como Manolo Vieira, un canario que hace que sus paisanos disfruten de su tierra.

El humor tiene la capacidad de devolverte la certeza de que la vida vale la pena.

EDUARDO GALEANO

Capítulo 1. Volviendo a casa

Después de cuatro meses trabajando en Shanghái volvía, por fin, a España, enclaustrado en un Airbus A320 que realizaba el trayecto de enlace entre Frankfurt y Barcelona. El avión no llevaba sino diez minutos en el aire cuando decidió entretenerse a jugar con los cúmulos, estratocúmulos y cumulonimbos de una fenomenal tormenta que se había formado sobre Europa Central; así que aquel alado montón de hierro remachado por todas partes se había convertido en una gigantesca maraca dentro de la cual, en lugar de agitarse unos garbanzos, nos sacudíamos los sufridos pasajeros.

Habíamos ascendido ya hasta nuestra altura de crucero, ocho mil quinientos metros o, en el sistema no-métrico incomprensible anglosajón, veintiocho mil pies, y nos habíamos estabilizado en ella, aunque lo de estabilizarse no era sino una simple metáfora, porque, menos mantenerse derecho, aquello no paraba de tener violentos espasmos epilépticos.

Sobre nuestros asientos brillaban con fuerza e insistencia las señales luminosas de «*Fasten your seat belt*». También encima de nuestras cabezas, con cada sacudida, temblaban peligrosamente los compartimentos de las maletas que, a modo de espada de Damocles, parecían querer desplomarse sobre nuestras cocorotas en cualquier momento. Las azafatas permanecían agazapadas en su guarida, en la cola, sin atreverse a servir el *catering*, pues la estabilidad para caminar por el pasillo de la nave era similar a la que hubiera podido tener un surfista inmerso en el programa de centrifugado de una lavadora.

El atardecer desfallecía y nos adentrábamos en las penumbras. Sin embargo, los relámpagos iluminaban y hacían resplandecer las formaciones nubosas que nos rodeaban completamente y que nos mecían salvajemente de un

lado a otro como una madre cabreada con la cuna de su bebé. Los únicos sonidos que se percibían a bordo correspondían a los estridentes gimoteos de los dos motores Turbofan del ingenio mecánico, ambos histéricos por mantenernos en el aire, y a los zambombazos que producían los compartimentos de equipaje y la estructura de la cabina con cada «bache».

Los humanos del interior guardábamos un clamoroso silencio, salvo un pequeño bebé que, cinco filas por detrás de mí, berreaba como un poseso expresando el sentimiento que la mayoría de nosotros tratábamos de camuflar: el pánico. El resto de cobardes entes nos dedicábamos a rezar y a rogar, disimulada y vergonzosamente, a nuestro correspondiente Dios, Alá, Yavhé, Buda o cualquiera de los miles de dioses hindúes, para que nos mantuvieran sanos y salvos allá arriba, a pesar de que la mayoría de nosotros no hubiésemos pisado jamás una iglesia, mezquita, sinagoga, estupa, pagoda o cualquier otro tipo de templo religioso. La esencia humana es así de hipócrita. Se acuerda de la divinidad sólo cuando las cosas se tuercen.

Desde mi ventanilla podía ver cómo, con cada desplazamiento del invento de los hermanos Wright, las alas se meneaban arriba y abajo violentamente. A pesar de mi formación como ingeniero, y de saber perfectamente que a los aviones les hacen mil y una pruebas de seguridad, contemplar aquella escena no me hacía la más mínima gracia. Por si no nos habíamos dado cuenta de que el avión se movía y de que aquellos salvajes zarandeos estaban haciendo saltar las cabelleras de los caballeros y desmelenando las permanentes de las señoras, el comandante del avión se encargó de aclararnos la situación.

—Señores pasajeros, estamos atravesando una zona de turbulencias. Rogamos permanezcan sentados y con los cinturones de seguridad abrochados hasta que la señal luminosa se apague. Muchas gracias.

En esta situación, mi estado somático no era precisamente nada halagüeño. Al compás de los vaivenes del pájaro mecánico, mis sesos subían y bajaban dentro de mi propio cráneo, con lo que, en aquellos instantes, eran más una sopa que materia gris. Mi estómago, vacío prácticamente, rugía como un tigre, solicitando sin piedad que le echaran algo para fundir con sus jugos gástricos. Estos últimos, con tanto movimiento, habían decidido actuar por su cuenta y riesgo, atacar mi hernia de hiato, convertirse en reflujo y provocarme cierta acidez en el esófago y amargos regüeldos. Mis rodillas estaban insertadas en el asiento del pasajero precedente, debido a la pertinaz falta de espacio que

las compañías aéreas se empeñan en dejar entre filas de butacas, con lo cual apenas tenía posibilidad de moverme. Sin embargo, mis pies, con cada tumbo que daba el aeroplano, se dedicaban a realizar la coreografía del baile de San Vito. Finalmente, mis estimadas gónadas habían trepado posiciones y habían logrado hacer juego con el nudo de la corbata.

Ante esta perspectiva decidí tratar de desconectar todos mis sistemas sensoriales. Puse en manos de la Gracia Divina mi suerte futura. Aprovechando que los dos puestos contiguos al mío estaban vacíos, estiré las piernas hacia el asiento central al tiempo que me recostaba contra la ventanilla de mi izquierda y me quedaba embelesado mirando las gotas de lluvia, que corrían como locas haciendo carreras por el cristal. Para tratar de abstraerme del constante bamboleo, envié a mi mente a divagar por los mundos de Yupi, imaginándome que aquellos brillantes chispazos del cielo eran el resultado del retozar de los rechonchos cúmulos entre sí, como si una pareja de ardientes enamorados estuviera disfrutando de los goces de la pasión y cada grito de excitación produjera los espectaculares resplandores. Con esas extrañas ideas rondando por mi cabeza, me quedé dormido.

Habrían pasado diez minutos, quince como máximo, cuando un repentino y brusco movimiento de descenso-ascenso sacudió el aeroplano, sacando mi cabeza de su punto de equilibrio sobre mis hombros y haciéndola desplomarse súbitamente sobre mi pecho. El latigazo cervical, producto del desplazamiento craneal, me sacó del mundo onírico en el que me encontraba y me devolvió a la realidad. Lentamente, mi cerebro comenzó a reiniciar mis sistemas biológicos conscientes. El primer sistema en enviar señales fue el sentido del tacto, que me indicaba que me resbalaba la babilla por la comisura de la boca. Como réplica, mi cerebro ordenó a mi mano que me limpiara de cualquier manera, restregándome la cara con la palma de mi extremidad. Las siguientes señales procesadas por mi núcleo de mando fueron olfativas. Un intenso olor a vainilla inundaba los receptores de mi pituitaria. Muy despacio, procedí a abrir el ojo derecho ante la curiosidad de aquella agradable sensación. Esa agradable sensación se vio confirmada por las imágenes que comenzaba a captar mi interfaz visual.

En el asiento del pasillo se había acomodado una mujer. Vista de perfil parecía un dibujo de la reina Nefertiti en las pirámides de Egipto, sentada sobre su trono. Mantenía la espalda completamente recta, sus piernas

formaban un ángulo de noventa grados con su tronco y, a su vez, las articulaciones de sus rodillas presentaban otros noventa grados entre sus fémures y sus tibias. Ambos brazos yacían yermos sobre los reposabrazos y sus manos colgaban en el vacío. Su cabeza, con el mentón alzado, miraba al frente del avión, sin pestañear.

Rápidamente, ante esta visión, mi cerebro, animal y masculino, ordenó inmediatamente abrir el ojo izquierdo para verificar estos datos. Aún medio dormido, parpadeé varias veces para confirmar la presencia de aquel ángel en aquella butaca. ¿Era real y de carne y hueso o ya nos habíamos dado el talegazo contra el suelo y volaba con un ser celestial hacia el Reino de los Cielos?

Un nuevo y repentino zarandeo me dio la respuesta. Ante el reciente golpe, aquellas finas y delicadas manos clavaron sus rojas uñas en el acolchado reposabrazos, como las zarpas de un león sobre su presa. Simultáneamente, los músculos de su mandíbula se tensaron. Pude apreciar cómo su globo ocular se expandía y quería salir de su cuenca, su garganta se movía, producto de la ingesta de saliva, y su pecho subía y bajaba, alterado por la aceleración de la respiración. Estaba claro. No se trataba de un ángel. Era obvio que se trataba de una hembra de la especie *Homo sapiens sapiens*, que daba la casualidad, coincidía con la de mi propia especie.

Mi estado de «acongojamiento» era similar al suyo, pero traté de mantener la calma. Disimulando sin moverme, decidí realizarle una exploración visual. Tenía un precioso pelo negro, cortado a medida melena, y los tirabuzones le cubrían sutilmente los hombros. Entre los mechones de pelo asomaba tímidamente una redonda, pequeña y coqueta oreja. El único ojo que desde mi posición podía verle era de un verde intenso, protegido por unas largas y peinadas pestañas. El carnoso pómulo sobresalía grácilmente bajo aquel llamativo globo ocular y se convertía poco a poco en una dulce y suave mejilla. La tez de su cara, lívida, producto del miedo a la atracción de la gravedad sobre el avión, no presentaba ninguna imperfección, ninguna arruga, ninguna peca, ningún espino. Casi no podía apreciarle los labios, pero parecían decorados con un llamativo rojo carmesí. Su nariz nacía suavemente entre sus cejas y apenas crecía ligeramente en su perfil hasta alcanzar la parte superior de su boca, a partir de la cual, se precipitaba perpendicularmente sobre su labio. A ojo de buen cubero, calculé que aquel ser debía tener unos

siete u ocho lustros de edad.

Mis detectores visuales continuaron con las indagaciones y fueron descendiendo poco a poco. Finalizado el repaso a su cabeza, siguieron bajando, fijándose en la suave tersura de su garganta y en unos sensuales hombros que dejaban ver su blanca pero bronceada piel. Continuando el descenso, finalmente, mis pupilas se posaron sobre sus generosos pechos, cubiertos por una blanca camisa que se entornaba lo suficiente para dejar ver un bonito y atractivo canalillo. Por mi experiencia empírica, debía calzar una talla 95, copa D. Durante un buen rato, las niñas de mis ojos se quedaron detenidas en el espectáculo que me proporcionaban las niñas de la niña.

Un nuevo rebote nos sacó a ambos de nuestras respectivas y estáticas poses. Yo, asustado, me recuperé del hipnótico hechizo que estaba produciendo sobre mí aquella delantera y terminé de despertarme. Ella, inquieta y temerosa, lanzó un resoplido y tragó nuevamente saliva. Viendo su nerviosismo, y sin saber muy bien por qué, disimulé como un machote, a pesar de estar tan aterrorizado como ella, modulé mi voz y pausadamente le dije:

—Tranquila, no se va a caer —mentí como un bellaco.

Lentamente, muy lentamente, sin mover ningún otro músculo del cuerpo, giró la cabeza como la Niña del Exorcista, hasta que su mentón quedó a escasos centímetros de su hombro izquierdo. Con gran esfuerzo, consiguió escupir tres palabras:

—¿Cómo dice *você*? —sonó una suave y tímida voz.

—Que tranquila, no nos vamos a caer. Los aviones son muy seguros. Ya están preparados para poder soportar estos movimientos y estas tormentas — respondí, procurando evitar que mi miedo hiciera temblar mi pronunciación.

—Eso espero.

—¿Brasileña o portuguesa? —pregunté ante su aplastada pronunciación de la letra «s», haberse tragado el sonido de la «r» y, sobre todo, por el «você» inicial.

—Brasileña. —Al estar girada hacia mí, ya podía apreciar la belleza de aquel rostro. Sus ojos, de un brillante color verde esmeralda, estaban abiertos al máximo por el efecto de la tensión y resplandecían en su cara gracias a unas largas y peinadas pestañas que hacían resaltar más aún aquella mirada. Unas

finas y pulidas cejas coronaban ambos ojos y su frente, estrecha, estaba rociada por mechones de rizados cabellos que la camuflaban ligeramente. Sus sobresalientes pómulos y sus lindas mejillas permanecían pálidos, a pesar del bronceado general del resto de su cuerpo. Y los carnosos y colorados labios escondían tras de sí una blanca dentadura de pequeñas piezas. Mi pulso se aceleró; y no precisamente por los súbitos e incómodos bandazos que seguía sufriendo aquel odioso cacharro volador.

—¿Viaje de negocios o de placer? —dije, tratando de intentar caer simpático mientras le daba un segundo y mal pensando significado a la palabra «placer».

—Vaccccionmnes —respondió sin dejar de apretar los dientes.

—Pues las vacaciones son para relajarse. Con tanta tensión como la que tiene acumulada ahora mismo, en el viaje de vuelta se le acabará el relax nada más despegar.

—Tengo pánico a los aviones. No me gusta volar. He dejado mi butaca de primera clase, en la parte delantera, para venir aquí atrás porque, según las estadísticas, la parte trasera del avión es más segura en caso de accidente.

—Sí, a mí tampoco me hace mucha gracia volar pero, después de tantos viajes como los que llevo en mi vida, he encontrado algunas tácticas para tratar de relajarme.

—¿Sí? ¿Cuáles?

—Bueno, la principal táctica que utilizo para olvidarme de dónde estoy es la de pedirme un par de lingotazos en el aeropuerto o en el avión para atontar a mi cerebro y dormir. Sin embargo, como hoy no tuve tiempo de hacerlo y aquí arriba no ha pasado el *catering*, aún estoy esperando para poder tomarme el «jarabe». —Por fin aquella hierática figura esbozaba un atisbo de sonrisa.

—Yo me he tomado un valium, pero aun así no me hace efecto.

—Eso es porque no ha probado a mezclarlo con un buen *whisky* o una cerveza. —Ante mi respuesta, sus ojos se abrieron completamente y sus labios terminaron de dibujar la preciosa sonrisa que se había quedado a medias—. Un pelletazo de alcohol y esa potente droga y fijo que no pasa miedo... Bueno, ni miedo ni nada de nada, porque, si no te da un ataque de corazón con semejante bomba...

Coincidiendo con que el avión había dejado de tambalearse y con mi último comentario, los músculos de aquella belleza comenzaron a distenderse.

—Así que viaja a España de vacaciones. —Cambié de tema, comenzando una conversación que buscaba dos objetivos simultáneos. El primero, abstraerla de los continuos movimientos del avión con un poco de cháchara para que se tranquilizara. El segundo, drogar a mi cerebro con la dopamina que generaba en aquellos momentos mi organismo, producto de la atracción instintiva animal que me estaba produciendo aquella hembra que, sin ella saberlo, estaba volviendo loca a mi pituitaria con sus feromonas y el dulce aroma a vainilla de su perfume.

—Sí, voy a pasar un par de semanas en Barcelona. Quiero ver la Sagrada Familia, la arquitectura de Gaudí, el campo del Barcelona. Ya sabe, a los brasileños nos encanta el fútbol...

—Por cierto, habla muy bien el castellano.

—Sí, soy medio española. Mi padre es español y mi madre brasileña, así que hablo los dos idiomas, aunque algunas veces me lío y termino hablando en «portuñol» —dijo, terminando la frase riéndose de su propia ocurrencia—. Y *você*, ¿también viaja por vacaciones? —Me sorprendió ella, cambiando nuevamente de tema.

—No, no, qué va. Viaje de negocios. Soy ingeniero óptico —dije para darme importancia—, y trabajo para una empresa de satélites. Vengo de Shanghái. He estado allí unos meses intentando cerrar un trato con el Gobierno chino. Nos dedicamos a construir satélites. Los ponemos a una altura de 822 kilómetros sobre la Tierra y les ordenamos que den vueltas alrededor de ella para obtener datos del planeta.

—¿Ingeniero óptico? Por eso *você* lleva gafas...

Sí. Mis malditas lupas. Ocho dioptrías de miopía en cada ojo. Aquellos portentosos aparatos siempre habían estado sobre mi nariz, eliminando de mi cara mis pupilas, pues, al tener tanta corrección, aquellos culos de botella reducían el tamaño de mis ojos a simples lentes, haciéndome parecer el señor Topo. Ya que había salido el tema, y sin motivo alguno, decidí contarle la extraña historia de cómo llegaron aquellas lentes a reposar sobre mi tabique nasal.

—Sí, es curioso. Algo tiene que ver el que sea ingeniero óptico con el que

yo lleve gafas. Cuando yo era pequeño, más o menos cuando tenía unos seis años, mi madre estaba enseñándome a leer la hora en un reloj de pared que teníamos colgado en la cocina. La pobre mujer, después de casi una hora tratando de enseñarme la hora, valga la redundancia, ya estaba empezando a desquiciarse porque, por más que ella me explicaba, yo no era capaz de responderle correctamente. Supongo que mi progenitora ya estaba empezando a sospechar que yo era un poco *tontito*, porque empezaba a decir sus tres palabras mágicas que siempre colocaba en el mismo orden. Cuando pronunciaba aquellos tres vocablos en aquel orden concreto, había que salir huyendo con presteza pues se barruntaba temporal. Según ella, ya empezaba a estar «harta, cansada, aburrida» de que no le diera la respuesta correcta. Supongo que ante la posibilidad del «Pescozón Inminente», le debí decir algo parecido a esto: «Mamá, es que no veo el reloj», con el consecuente alivio que supuso para mi madre entender que no le había salido *tontito*, sino *miopito*.

La expresión debió hacerle gracia a aquella belleza brasileña, porque sus carnosos labios desplegaron una demoledora sonrisa. Viendo que estaba consiguiendo cierto éxito, continué con mi narración.

—Desde aquel día comencé a ver la vida de una forma diferente: a través de dos enormes parabrisas de cinco milímetros de espesor —dije señalándome hacia la punta de mi nariz—. Me colocaron sobre las narices unas fantásticas gafas con montura de pasta y con cristales gigantes. Sin embargo, para desgracia mía, este no fue el único accesorio adicional que me colocaron durante mi infancia. Por aquella época mis padres estaban empeñados en visitar a todos los médicos de la plantilla de la Seguridad Social y, así, con siete añitos, el pediatra detectó que yo tenía los pies planos, por lo que me calzaron con unas maravillosas botas ortopédicas para que se me intensificara el «puente» de las plantas de mis extremidades inferiores. Esto implicaba que, más que caminar, yo desfilaba haciendo el paso de la oca. Y para rematar, con ocho años, el dentista indicó a mis padres que mi paladar era un pelín estrecho y que, si no lo corregían a tiempo, en vez de dentadura, yo dispondría de una mazorca de dientes en el interior de mi boca. Por tanto, para enmendar la plana, me colocaron un conjunto de hierros y plásticos en el interior de mi hocico, para «mejorar mi sonrisa».

—*Você* parecería un monstruito —apostilló, divertida, mientras

comenzaba a aparecer un interesante brillo en su mirada, que iba resultándome sumamente atractiva.

—Sí, casi, casi. Menos mal que a los nueve años, mis padres, finalmente, dejaron de ir a los especialistas, pues el niño les estaba saliendo por un ojo de la cara. Cada vez que iban de visita a una de estas consultas era un *gadget* nuevo que añadirme. Por tanto, la economía venció a la salud, y es que la pela es la pela y, como siempre, al igual que le sucede a muchos países con sus respectivos gobiernos, los recortes presupuestarios afectan primero a las áreas sociales como la sanidad y la educación. En definitiva, a los nueve años yo era un niño completamente «tuneado», con gafas de cegatón, botas ortopédicas y un fantástico aparato de dientes que hacía que mi pronunciación derrapara cuando llegaba a la letra «s», haciendo que mi boca funcionara como un aspersor, en mi caso, de babas. Todo lo anterior, unido a que la Naturaleza me dotó de un prodigioso cabezón sobre mis hombros, me induce a pensar que mis padres no estaban muy concentrados en la labor de la procreación en el momento de mi concepción y he llegado a pensar que, en caso de haber nacido dentro de una tribu sioux, yo hubiera podido tener nombres totémicos del tipo «Gomita Picada», «Látex Traidor» o «Fuera del Control». En definitiva, de aquellos *polvos*, estos lodos.

Aquella bella sonrisa ya se había convertido en pequeñas carcajadas y aquellos verdes ojos se estaban quedando estampados en mis nervios ópticos.

—De esa guisa —continué—, no sé cómo aún tenía valor para ir al colegio. ¡Porque había que tener valor! Por aquel entonces los compañeros del cole me conocían por apelativos tan cariñosos como: Cuatro Ojos, Cabezón, Cabeza Buque, Frankenstein, Aspersor y muchos más, a cada cual más entrañable. A pesar de ser carne de colleja en mi edad docente, conseguí salir vivo de aquella época gracias a una extraña virtud. Debido a la espeluznante torpeza de la que me dotaban mis ortopédicas botas, a la hora de jugar a fútbol yo era un peligro con patas. Mis zancadas eran torpes, mis pisotones eran capaces de quebrar algún dedo de algún pie y una patada mía, con aquellas punteras reforzadas, hacía saltar las lágrimas de más de un niño o reventar la pelota. Por tanto, mis estimados compañeros de patio de colegio me colocaban, indefectiblemente, bajo palos para jugar de portero. Y lo hicieron por dos egoístas motivos que solucionaban sus problemas de golpe: mantener su integridad física y malbaratar la mía tratando de «fusilar a pelotazos al

Cabezón». Sin embargo, les salió el tiro por la culata. Gracias a mi morfología, que me dotaba de una gran cabeza y un cuerpo alargado y escuchimizado, mi centro de gravedad estaba ubicado en la parte superior de mi ser, lo que facilitaba que pudiera tirarme hacia los lados con cierta agilidad para detener los chuts de mis compañeros. También, para evitar los pelotazos contra mi cuerpo, experimenté un rápido desarrollo de mis reflejos, que hacían que mis manos se movieran a gran velocidad para evitar que la pelota impactara contra mis narices o algunas otras partes algo más dolorosas. Alguna vez fallaba, lo que provocaba cierto regocijo entre mis compañeros y que mis gafas o mis aparatos de dientes salieran disparados fuera del ámbito de mi persona. Con el tiempo fui mejorando como portero, hasta que me gané cierto respeto entre mis colegas de clase, con lo que éstos comenzaron a dejarme en paz y a meterse con otros pobres pardillos del colegio. Pero aquella época marcó mi futuro. Por un lado, ver que mis gafas despegaben de mis narices cada vez que un pelotazo impactaba sobre mis piños hacía que me preguntara, desde bien joven, por qué yo necesitaba aquellas horrosas lentes, por lo que comenzó a interesarme la óptica y sus misterios. Por el otro lado, el desarrollarme como portero y conseguir cierto prestigio por parte de mis compañeros reforzó mi autoestima y despertó mis dotes de mando y capacidad de organización. Así que, las desgracias de mi etapa escolar se convirtieron en las virtudes de mi edad adulta, que hicieron que llegara hasta el puesto y la empresa en la que trabajo actualmente.

Aquella mujer ya no paraba de reírse. No sé si por las calamidades de mi infancia, por mi histrionismo y aspavientos al contarle los detalles o, simplemente, porque estaba histérica, producto de los nervios del vuelo. Durante un buen rato ambos nos habíamos olvidado completamente de los continuos movimientos del avión, ella porque se había estado divirtiendo escuchando mi historia y yo porque estaba concentrado en desplegar mis plumas de pavo real para mostrarle todos mis encantos.

—Pobrecito, *você*. Pero ha mejorado mucho. Yo no lo veo como un Frankenstein. Más bien, con esas gafas, *você* parece Harry Potter.

—Sí, claro, sólo me falta la escoba —dije sin saber muy bien si tomarme aquella respuesta como un halago.

Una nueva y violenta sacudida nos zarandeó e interrumpió súbitamente nuestra conversación. Ambos volvimos a tensarnos como cuerdas de piano,

nos repantigamos bruscamente contra los respaldos de los asientos, colocamos nuestra columna vertebral en posición vertical, vista al frente, y anclamos nuestras correspondientes diez uñas a los reposabrazos, al tiempo que realizábamos una apnea sincronizada. Al momento, sentimos cómo el morro del avión cabeceaba y comenzaba a descender. Para tranquilizarnos, la sobrecarga nos informó por la megafonía que no descendíamos porque sí, sino porque estábamos aproximándonos al aeropuerto de destino y que en treinta minutos tomaríamos tierra. Recé porque la expresión no fuera literal. Nuevamente el silencio imperó en la carlinga, salvo el pobre bebé que se empeñaba, y con sobrada razón, en seguir produciendo un estridente y agudo llanto que martilleaba mis tímpanos.

Enseguida empecé a notar empíricamente el efecto de la pérdida de altura en mis oídos, al producirse una sensación de taponamiento en mis trompas de Eustaquio. En estas situaciones, lo recomendable es mascar un chicle, boquear o, en el caso de los lactantes, que se les dé el pecho para igualar la presión interna del cuerpo con la exterior. Yo, en aquellos momentos, al no tener ni chicle ni teta que llevarme a la boca, decidí abrirla y cerrarla para igualar las presiones. Mi compañera de butaca también se dedicó a realizar la misma operación. Por detrás de nosotros, el bebé dejó de llorar y supuse que su madre le habría enchufado la teta. Envidié al bebé.

Para relajar el ambiente, comenzaron a escucharse por los altavoces los compases de «O Fortuna», de Carmina Burana. Por un momento deseé que la elección del tema no la hubiera hecho el comandante, confiando más en sus habilidades como piloto, para depositar el Airbus de una pieza en tierra, que en la diosa de la Suerte. «Al menos, no han tenido el mal gusto de poner un réquiem, porque con el vuelito que estamos teniendo, sería un cachondeo», pensé.

—*Você* también está nervioso. Pensaba que *você* confiaba en la seguridad de los aviones —afirmó ella con un punto de ironía al verme palidecer y aparentar cierto rígor mortis.

—Sí, mi cerebro de ingeniero confía sobradamente. El que me acojona es mi instinto animal de supervivencia. Pero conozco bien el funcionamiento de estos cacharros pues, para poner en órbita los satélites, aprendemos conocimientos de aeronáutica. —Dudé un instante, pero al final, con la intención de calmarla, y también de que se aproximara a mí, le propuse—. Si

se sienta aquí —dije indicándole el asiento central, justo a mi lado—, le enseñé cómo funciona el ala del avión y cómo se mueve durante el aterrizaje.

Titubeó unos segundos y al final se decidió a desplazarse.

—Mire, la mayoría de la gente cree que los aviones vuelan por la Teoría de Bernoulli, que plantea que la forma del ala de un avión, que es plana en su parte inferior y curva en la parte superior, obliga al flujo de aire contra el que choca a dividirse en dos. —Le expliqué simulando con mis manos la forma de ala—. Según defiende esta teoría, el aire que circula por la parte superior lo hace a una velocidad mayor que el aire que circula por debajo, lo que provoca una zona de baja presión sobre el ala y una zona de alta presión en la parte inferior de la misma, lo que crea un efecto de «succión» hacia arriba que mantiene a este supositorio alado en los cielos. Pero la realidad es otra. —Me interrumpí tratando de averiguar si me estaba entendiendo y, lo más importante, si me estaba haciendo caso. La miré a los ojos y comprobé que conservaba aquel interesante brillo en sus pupilas, con lo que supuse que seguía interesada en mi pedante razonamiento—. La realidad es que volamos gracias a las leyes de Newton que, básicamente, plantean que el ala, al penetrar en el aire, genera una fuerza. Siguiendo la Tercera Ley del principio de acción y reacción, se produce otra fuerza de sentido contrario. El aire, como cualquier fluido, tiende a adherirse a la superficie de cualquier objeto que lo penetre; por tanto, cuando el ala del avión lo atraviesa, éste se pega a la misma y, al llegar al final del ala, no tiende a seguir recto, sino hacia abajo. Esta variación en la dirección del aire hacia abajo genera una fuerza hacia arriba, que es la que provoca que el avión se sustente. Además, según la Segunda Ley, el empuje de esta fuerza de sustentación es igual a la cantidad de aire desplazado por la velocidad del mismo; por tanto, si doblamos la velocidad o la cantidad de aire desplazado, doblamos la capacidad de sustentación, es decir, si un avión vuela al doble de velocidad o dobla el ángulo efectivo de ataque de las alas, dobla su sustentación.

—Se nota que *você* es ingeniero.

—¿Por?

—Porque dice muchas cosas pero no se le entiende nada —dijo riéndose.

—Vaya, ¡qué fama tenemos! Se lo explicaré con un ejemplo. Si se asoma por la ventanilla podrá ver el ala. —Que a pesar de la oscuridad del exterior,

entre las luces de la cabina y las de los proyectores del propio avión, aún podía verse con cierta claridad. Nos inclinamos los dos hacia la ventanilla. Yo tenía mi cabeza pegada al fuselaje y ella se me aproximó tanto, en un esfuerzo por mirar hacia afuera, que su mejilla izquierda terminó reposando sobre mi hombro derecho. Su delicioso contacto y su delicado perfume estaban haciendo estragos en las células olfativas de mi pituitaria amarilla y atacando salvajemente mi hipotálamo y mis instintos básicos—. Sobre el ala hay varios cachivaches mecánicos: los *flaps*, los *slats* y los *spoilers*. Si lo dice rápido hasta parece el nombre de un grupo de música rock inglés: *flapslatspoilers* — bromeé, haciendo un chiste malo propio de ingenieros—. Todos esos elementos sirven para modificar la forma del ala. Cuando estamos en vuelo de crucero, el ala permanece plana y funciona como le he dicho anteriormente, pero ahora que estamos bajando hace falta perder velocidad pero ganar sustentación, para eso, el ala debe redondearse más. Si se fija, los *slats* están en el borde de ataque y ahora mismo están desplegados y los *flaps*, que están en la parte posterior, también lo están. Así, el ala es más redondeada y su sustentación, mayor, aunque la velocidad sea menor. Entonces, cuando toquemos tierra, para frenar y quitar la sustentación, se levantarán los *spoilers*, que cortarán el paso del aire por encima del ala y harán que al avión desacelere, caiga al suelo y pueda frenar con las ruedas...

El avión comenzó a girar ligeramente. El motor rugió por mi lado izquierdo. Por mi lado derecho, un atroz ronquido me sobresaltó. Mi preciosa acompañante... ¡se había quedado dormida! Y no sólo eso, sino que además roncaba como una endemoniada. Su apariencia externa era la de un ángel celestial; sin embargo, su interior estaba poseído por las vegetaciones de Satanás pues cada inspiración se convertía en un atronador bramido. Sin embargo, embelesado como me encontraba por el dulce contacto de su mejilla contra mi hombro, poco me importaba la estridencia de su respiración. A pesar de encontrarme en una incómoda postura, evité moverme para dejarla descansar, mientras me asaltaba la duda de qué había sido lo que la había dejado frita. ¿Habría sido el efecto del valium o mi lapidaria y aburrida verborrea?

Con la misma paciencia que sólo las madres tienen con sus bebés cuando lloran desconsolados, aguanté como un campeón aquellos salvajes gruñidos y mantuve aquella incómoda posición, apoyado con la cabeza en el fuselaje y

soportando el peso de su cabeza sobre mi hombro. Transcurrido un cuarto de hora, estábamos a punto de aterrizar cuando un súbito y potente bamboleo de nuestro Airbus vino a sacarme del apuro pues, con el sopetón, ella despertó bruscamente y, en un acto reflejo posó, asustada, su mano izquierda sobre mi mano derecha. Instintivamente, se la cogí con firmeza. Tras cuatro meses completos trabajando encerrado en los rascacielos de Shanghái, lejos de mi esposa, rodeado de ejecutivos chinos por todas partes y sin ningún tipo de trato con mujer alguna, aquel contacto físico hizo que la mayor parte de mi sangre dejara de regar mi cerebro y el resto de partes superfluas de mi organismo para ir a almacenarse en una zona particularmente localizada al sur de mi ser.

Permanecimos en silencio y agarrados mutuamente mientras efectuábamos la maniobra de aproximación. Al menos, si tenía que dejar este mundo lo iba a hacer con grata compañía. Supuse que ella debía estar pensando que, ante situaciones límite, no hay nada como el contacto con otro ser humano para buscar algún tipo de apoyo. Finalmente, vislumbramos la pista, planeamos sobre el asfalto unos segundos y el piloto, que no era precisamente un Charles Lindbergh, decidió depositar el avión en tierra. Sí, más que un aterrizaje aquello fue una deposición, pues tuve la sensación de que aporreábamos el suelo como si hubiéramos sido una piedra lanzada a ras sobre la superficie de un lago y rebotamos varias veces. Con cada bote, tanto ella como yo tensábamos nuestros organismos y nuestras manos se afianzaban la una en la otra cada vez más. Los motores rugieron al activarse la reversa, los *spoilers* se alzaron para ayudar al frenado, aminoramos la velocidad y comenzamos a rodar tranquilamente por la pista. Gracias a Dios estábamos nuevamente pegaditos a nuestro querido planeta. El pasaje al unísono tronó en un sonoro aplauso. Supuse que por la felicidad de llegar sanos y salvos, no porque el comandante se mereciera semejante ovación tras la nefasta maniobra de aterrizaje recién realizada.

La sobrecarga anunció nuestra llegada a Barcelona:

—Señores pasajeros: les damos la bienvenida al aeropuerto de Barcelona-El Prat, donde la temperatura es de veinticuatro grados centígrados. Las once de la noche, hora local. Rogamos que permanezcan sentados, con los cinturones de seguridad abrochados, y con los aparatos electrónicos apagados hasta que el avión se detenga por completo.

Inmediatamente, los pasajeros, prácticamente al alimón y haciendo caso omiso de las recomendaciones de la azafata, se abalanzaron sobre sus teléfonos móviles para, como ansiosos drogodependientes, introducir sus números *pin* para poder disponer de cobertura cuanto antes.

Ante el discurso de la sobrecarga y la reciente recuperación de nuestra seguridad, mi acompañante y yo nos miramos y, ligeramente avergonzados, separamos nuestras manos sin saber qué decirnos. Alcanzamos la terminal, se detuvieron los motores y, entonces, se produjo la habitual estampida de los habitantes de cualquier avión comercial a su llegada a un aeropuerto. En cuestión de milisegundos la mayoría de aquella masa humana se había desabrochado los cinturones de seguridad, se había arrojado sobre los compartimentos portaequipajes, copando y atorando completamente el pasillo, y casi todos estaban tecleando demencialmente sus teléfonos móviles para tratar de contactar con alguien, fuese quien fuese, y declarar formalmente que habían llegado vivitos y coleando a su destino.

Mi acompañante también se levantó y se dispuso a volver a su asiento, que realmente tenía asignado en primera clase, para recuperar su equipaje. Yo decidí permanecer sentado en mi sitio a esperar a que el aeroplano se vaciase un poco, pero sobre todo porque la sangre de mi cuerpo seguía, mayoritariamente, almacenada por debajo de mi vientre y no me parecía prudente ponerme de pie y que se me pudiera notar la inflamación que aún tenía bajo los pantalones.

—Perdone por haberme dormido. Me han gustado mucho sus explicaciones y le agradezco la conversación, pero el valium debe haberme hecho efecto — se excusó, ligeramente avergonzada—. Ahora tengo que ir a por mi bolso. ¡Chao! —dijo y, con un habilidad sorprendente, aquel cuerpazo femenino consiguió introducirse entre aquella marabunta y, haciendo uso de su escote, embelesar a la mayoría de los ejecutivos de aquel Airbus para que la dejaran pasar hasta su butaca en la parte delantera.

Pacientemente esperé a que toda aquella tropa desfilara por el pasillo y abandonara el aparato. Cuando ya me encontraba prácticamente sólo, y mi sangre se había redistribuido correcta y uniformemente por todas mis venas, me levanté, recuperé mi equipaje de mano y salí de aquel sonajero volante. Una vez dentro del inmenso y alargado aeropuerto de Barcelona, me dirigí a recoger el resto de mis maletas.

¡Por fin! Estaba otra vez en casa después de tanto tiempo. El viaje de vuelta había sido eternamente largo, me sentía bastante cansado y, sobre todo, tenía muchas ganas de volver a ver a mi esposa. Caminando por la estirada terminal, me resultaba raro no ver anuncios en chino ni ser deslumbrado por millones de luces y carteles de neón. Me apabullaba el impresionante silencio que podía oírse, apenas roto por una señora de la limpieza que cabalgaba en una fregadora móvil mientras realizaba faenas más propias de la Real Academia de la Lengua Española, «limpiando, fijando y dándole esplendor» a las baldosas del pavimento. Se me hacía extraño el inmenso vacío que presentaba el aeropuerto a esas horas, habiéndome acostumbrado a hallarme permanentemente rodeado de cientos de miles de amarillos seres humanos. Durante unos instantes, la sensación que invadió mi cuerpo fue la de ser un extraterrestre que llegaba a un lejano planeta. Seguí lanzando mis pasos hacia adelante, uno detrás del otro, de forma cansina y respirando el ambiente a limón que había dejado la limpiadora, para saborear el placer de la vuelta.

Finalmente, llegué a la zona de recogida de equipajes, miré las pantallas de información y averigüé que en el hipódromo siete ya estaban cabalgando nuestras maletas. Me dirigí hacia allí y, en la distancia, pude observar nuevamente aquella rizada cabellera que, de espaldas a mí, contemplaba la tediosa carrera de valijas que se estaba produciendo. Nuevamente mis instintos se desbocaron y mis ojos pudieron contemplar, esta vez sí, su cuerpo al completo. Debía medir metro sesenta, la media melena le caía sobre la espalda, sus hombros desnudos resplandecían con su bronceado y su figura se estrechaba a medida que se bajaba hacia la cintura, para volver a ensancharse a la altura de las caderas, dibujando unas preciosas y deliciosas «eses» cuya visión eliminaban el calificativo de *Sapiens* a la parte masculina de la especie, dejándolo tan solo en *Homo*. Su falda, a la altura de las rodillas, dejaba a la vista unas delicadas y suaves pantorrillas.

Dado que se me presentaba la oportunidad, volví a abordarla:

—¿Le ayudo con las maletas?

—¡Oh! *Você*, otra vez. No hace falta. Aunque pesan un poco, tienen rueditas.

—Pensaba que viajaba acompañada.

—No, no. Debía haber venido con mi *enamorado*, pero al final he venido

sola —dijo con cierta melancolía.

—¿Y eso?

—Después de casi un año preparándolo, estas iban a ser nuestras vacaciones, pero al final... —no terminó la frase y bajó la mirada al suelo.

—¿Al final?

—Al final rompimos. El muy *filho da...* Bueno..., me puso cuernos y se fue con otra —resumió con cierta vehemencia y rencor.

—Lo siento mucho —respondí poniendo cara de circunstancias y pensando en cómo era posible que alguien pudiera dejar escapar tamaña cachorra. Decidí cambiar de tema, evitando la espinosa cuestión.

—¿Va a estar mucho tiempo por Barcelona?

—Unas dos semanas, como le dije antes. Quiero ver bien la ciudad y hacer algunas rutas cercanas. Sobre todo ver la obra de Gaudí. Mi padre, como le comenté, es de Barcelona y me ha dado una lista de lugares para visitar y conocer, así que ya tengo una idea de lo que voy a hacer.

—Bueno, le dejo mi tarjeta por si le pasase algo. Puede llamarme en cualquier momento. —Rebusqué en el bolsillo de mi chaqueta para darle una tarjeta de mi empresa con mi número de teléfono. Para evitar generarle desconfianza, terminé la frase—. Mi mujer y yo estaríamos encantados de ayudarla si tuviese algún problema.

En ese instante apareció mi equipaje y, cuatro maletas más tarde, una de las suyas. Tras haber recogido mis bártulos, y haciéndome el cortés y el valiente, me ofrecí a ayudarla. Desconociendo el contenido de aquel mamotreto, traté de elevarlo para sacarlo de la cinta transportadora.

Me herrrrrrrrrrrrrnié.

A duras penas conseguí bajarla al suelo y colocarla sobre el carrito de las maletas. Ella sonrió divertida mientras a mí se me descoyuntaban las vértebras lumbares, concretamente la L4 y la L5.

—Pesa un poco —afirmó ella. La miré desconcertado, pues no supe si estaba haciendo broma, mientras yo me recuperaba a resoplidos del esfuerzo realizado.

—¡Ya! ¿Qué lleva ahí?

—Ropa de verano.

Aluciné.

Con su segunda maleta, y ya en sobre aviso, en lugar de echarle una mano, le eché las dos y, en lugar de intentar izarla, tiré de ella con fuerza para sacarla de la cinta y, simplemente, procurar amortiguar la atracción de la gravedad y evitar que el golpe contra el suelo generase un cráter.

Arrastrando nuestros correspondientes enseres, continuamos la conversación mientras nos dirigíamos a la salida de las llegadas. Estaba a punto de proponerle compartir el taxi y acercarla hasta su hospedaje, cuando un uniformado y verde número de la Benemérita me interrumpió el paso. Cortés y marcialmente me interrogó.

—Disculpe, caballero, ¿de dónde viene?

Obnubilado aún por la presencia de mi acompañante, sorprendido por la inquisitoria cuestión y atontado por la falta de azúcar en mi cerebro, debido al obligado ayuno por la falta de *catering* durante el vuelo, respondí con una titubeante y trastabillada palabra:

—¿Eh?... De Chhh... Chi... China.

Mi balbuceo fue mal interpretado por el agente, ya que al tartamudear sospeché que estaba nervioso, cuando la verdad es que no era así, pues varios miembros de mi familia habían sido guardias civiles y nunca había sentido el pánico que muchas personas suelen tenerle a la Benemérita. De hecho, cuando era un crío e íbamos a visitar a mi tío a la casa cuartel, mis primos y yo nos divertíamos de lo lindo jugando con su tricornio. Le dábamos la vuelta, lo colgábamos pegado a una pared y lo utilizábamos de canasta para jugar al baloncesto con bolas de papel. Mi tío se reía viéndonos utilizar su tocado laboral para un uso tan diferente del habitual y nos advertía: «Anda que, como os vea mi teniente, ¡vais al cuartelillo!».

—¿Le importa que revise su equipaje, por favor? —inquirió el picoletto, al tiempo que mi acompañante brasileña se hacía la sueca y huía rápidamente sin despedirse de mí, bajo las furtivas miradas que, simultáneamente, le lanzamos a su silueta posterior tanto el funcionario del Ministerio de Interior como yo mismo.

Realmente sí que me importaba aquella interrupción, pues me acababa de

arruinar la posibilidad de prolongar la agradable compañía con la que iba. Mientras veía desaparecer aquellas voluptuosas caderas tras las hojas de las puertas automáticas, sabiendo que nunca más volvería a verlas, mentí cortésmente al policía.

—No, por supuesto que no me importa.

De mala gana, pasamos a la sala de control para realizar la pertinente e inoportuna inspección. El benemérito sabueso me obligó a abrir todo mi equipaje y a destripar el interior del mismo buscando alguna mercancía peligrosa: contrabando de imitaciones, bisutería barata, hoja de té o algún polizón. El caso fue que, entre *ponte bien y estate quieto*, revolviendo mis ordenadas pertenencias, estuvimos los dos un cuarto de hora jugando a «policías y ladrones», remeneando mis calzoncillos. Una vez acabadas sus indagaciones sin hallar nada sospechoso, otros diez minutos más de «partida de Tetris» que tuve que jugar yo solo para recolocar todo dentro de la maleta y poder cerrarla. Tiempo suficiente para que cuando, al fin, pude abandonar aquellas dependencias y salir a la recepción de las llegadas, ya no quedaba ni rastro de mi dulce acompañante. Algo decepcionado, bajé a la parada de taxis y cogí uno para ir a mi casa.

Durante el trayecto, sentado en la parte trasera, ansiaba llegar cuanto antes. Los meses fuera habían sido bastante duros para mí. Desde el punto de vista profesional, las jornadas fueron intensas y agotadoras. Doce horas diarias trabajando codo con codo con ejecutivos chinos para intentar convencerlos de que invirtieran en nuestra empresa, mostrándoles los conocimientos y los avances que habíamos desarrollado en sistemas de captación de imágenes terrestres y la utilidad que dicha información podía aportarles en aplicaciones tan diversas como control demográfico, planificación de cosechas o realización de planos topográficos a escala. El Gobierno chino mostraba bastante interés en dicha tecnología y podía convertirse en un potente cliente que aportara capital para continuar la progresión y el crecimiento de nuestra compañía. Ésta era de capital público y recibía fondos de los presupuestos del Estado para investigación y desarrollo, aunque también contaba con suculentas aportaciones privadas. Sin embargo, durante las últimas décadas, nuestro país se había lanzado a la loca carrera del oro por el cemento y el ladrillo. Después de tanto correr sin saber hacia dónde, levantando paredes, finalmente la economía acabó estrellándose contra los muros construidos. Y lo hizo con

un golpe seco, dejándose las narices contra el duro hormigón. Era de prever, pero nadie lo había visto venir o no lo quiso ver, y si alguien lo intuyó, se llenó los bolsillos y dejó que los demás nos diéramos el morrazo. Con la explosión de la burbuja inmobiliaria y la crisis financiera y crediticia que se produjo posteriormente, los Presupuestos Generales del Estado se habían ido apretando, reduciéndose la inversión en investigación y desarrollo y otros muchos ámbitos de carácter social; pues el Gobierno estaba recortando, más que con tijeras, con una auténtica podadora.

Por tanto, dado que las contribuciones públicas estaban disminuyendo considerablemente, buscábamos fondos privados que pudieran suplir la falta de ingresos. Y contactar con los chinos fue una apuesta personal mía, que yo había propuesto a nuestro director general. Si aquel negocio salía bien, no sólo me supondría unas sustanciosas comisiones a añadir a mi cuenta bancaria sino, también, un ascenso dentro de la estructura de nuestra empresa. Tras siete años ocupando un cargo intermedio, aquel proyecto, fomentado por mí, podía impulsar mi carrera definitivamente, y más sabiendo que corrían rumores por los pasillos de la oficina de que iban a nombrar un nuevo director para la delegación de Barcelona, es decir, una persona que ocuparía el segundo lugar en el escalafón de mando de la compañía. Ése era mi objetivo.

Para mí aquellos ciento veinte días no fueron fáciles de llevar. Separado de mi esposa tanto tiempo, la echaba de menos y tenía ganas de que volviésemos a estar juntos. A lo largo de mi estancia en Shanghái apenas tuve tiempo para pensar en ella, debido a la ingente cantidad de trabajo que debía sacar adelante, pero los ratos de soledad fueron difíciles de soportar y la compañía femenina durante aquella temporada allí había sido... ninguna. El hecho de tontear con aquella belleza brasileña durante el vuelo sólo me pareció una pequeña demostración a mí mismo de mi capacidad para resultarle atractivo a una mujer. No en vano, mi pubertad había estado marcada por aquellos horribles artilugios que había llevado sobre mi cuerpo y mi escaso éxito adolescente con las chicas; así que ahora, con la madurez de los cuarenta, poder desplegar mis encantos y pavonearme para sentirme seductor delante de una espectacular fémica sólo era una potente dosis de autoestima para inflar mi ego. Jamás se me hubiera pasado por la cabeza superior engañar a mi esposa —aunque la cabeza pequeña sugiriera lo contrario—; pero que uno esté a dieta no significa que no pueda mirar el menú.

Así, mientras el taxi recorría veloz las desiertas carreteras de las afueras de Barcelona, yo iba aterrizando nuevamente a mi realidad. Me sentía extraño al volver a encontrarme con los caminos que tan habituado estaba a realizar. Cuando el taxista se detuvo al llegar a mi domicilio, observé mi ostentosa morada y casi dudé de que realmente fuera mía, pues ya me había acostumbrado al apartamento de la trigésima planta del rascacielos ubicado en el centro de Shanghái. La parcela de mi hogar estaba rodeada por un murete de laja pulida, de color gris azulado, de metro sesenta de altura, con un seto por toda su parte superior que alcanzaba el metro noventa y que impedía que desde la calle se pudiera ver la zona interior. Dos blancas puertas truncaban la continuidad de la fortificación. Una para peatones, de donde partía un camino adoquinado de unos cuatro metros de longitud, flanqueado por tres balizas por lado para iluminarlo durante la noche, que atravesaba el césped del jardín y conectaba con la entrada principal del edificio. La otra puerta, bastante más ancha, era el acceso para vehículos y unía el exterior con el garaje de la vivienda. Ésta era un pequeño chalet de dos pisos, de fachada blanca, con las puertas y ventanas pintadas de azul griego, lo que hacía que pareciese que viviéramos en Miconos. La culpa de aquel atentado urbanístico era de mi mujer, que era la decoradora oficial de la República Independiente de SU Casa, aunque quien pagaba la hipoteca era yo. En la planta superior se encontraba nuestro dormitorio, con su lavabo adosado, mi despacho y un cuarto para invitados. En la geografía de la planta inferior se distribuían el garaje a la derecha de la fachada, el amplio salón hacia la parte posterior, un aseo para invitados y la cocina en la parte izquierda. Por detrás de la edificación, y rodeada de un verde y cuidado césped, había una pequeña piscina de cinco metros de largo por tres de ancho, por lo que aquello no dejaba de ser poco más que una bañera grande, pero que en verano cumplía con su misión.

Pagué al taxista y, fatigado por el largo viaje, recogí mi equipaje del maletero y me dirigí hacia la puerta exterior. Abrí y accedí al caminito del jardín. De repente, en la penumbra de aquella noche, mis ojos detectaron un movimiento extraño en el lado izquierdo de la casa. Algo se movía por la zona de la cocina. Alertado por la posibilidad de que a esa hora hubiera entrado en mi propiedad algún amigo de lo ajeno, solté las maletas, salí del empedrado y, pisando el césped, me dirigí sigiloso hacia donde daba la ventana de la

cocina. Asomé la cabeza por la esquina, con cuidado para evitar ser descubierto. La oscuridad no me dejaba ver con nitidez, pero me cercioré de que allí no había nadie. La ventana estaba abierta de par en par. Mis conos y bastones volvieron a detectar movimiento, esta vez en el murete que daba a la fachada posterior, al otro lado de la piscina. Entonces, lo vi. Lo vi, aunque la luz de la farola de la calle era muy tenue como para verlo con completa claridad. Pero sí, aquello era... era... ¡Un culo! Sí, un blanco culo que relucía como la luna llena en la negrura de la noche. Un culo, con sus dos nalgas y su raja en medio. Un culo que desapareció en escasos segundos por encima del seto seguido por sus correspondientes piernas, rodillas y *pieses*.

Quedé aturdido. ¿Qué narices estaba pasando allí? ¿Cómo es que había alguien en pelotas saltando la verja de mi casa? Y lo peor, ¿de dentro hacia afuera! Reaccioné tarde, petrificado por la visión que acababa de tener, pero al final corrí sigiloso hacia el punto por donde habían escapado aquellos glúteos. Me encaramé al muro y miré fuera, tratando de localizar al individuo que acababa de huir. Sólo me dio tiempo para ver arrancar, en la lejanía, un coche y observar cómo desaparecía en tinieblas. Por la distancia, y con las prisas, no me dio tiempo a fijarme siquiera en el modelo del vehículo o en su color.

Quedé de pie sobre el murete unos instantes. ¿Qué acababa de pasar? No podía creerme lo que me estaba imaginando. Ningún caco del mundo entra a robar desnudo; al contrario, en todo caso trata de camuflarse con ropas negras para que la luz no resalte el pellejo y evitar ser descubierto. ¿Es que acaso mi mujer me estaba engañando con otro? ¿Por qué una persona huye despavorida de un lugar en bolas en plena noche? Miré nuevamente hacia mi casa. ¿Por qué había saltado por la ventana de la cocina en lugar de salir por la puerta que daba a la piscina? Hubiera sido más fácil. Bajé de mi atalaya y decidí inspeccionar los alrededores de la vivienda. La puerta de la piscina estaba cerrada con llave, con lo que deduje que, ante mi súbita aparición, aquel fugitivo había decidido que era más rápido saltar por la ventana que tratar de localizar las llaves de la puerta y escapar. Bueno, seguramente eso no lo habría decidido el fugitivo, sino mi esposa, que conocía la casa mejor que nadie. ¡Pero no podía ser! Mi mujer sabía perfectamente que yo llegaba esa noche, pues le había mandado un mail y un *wassup* para avisarla. Si me quería engañar, esa no era la noche más propicia para hacerlo. Sin embargo, estaba

seguro de lo que había visto. Había visto un culo escapar de mi propiedad.

Para intentar corroborar las imágenes que aún tenía en mis retinas, recorrí el jardín que rodeaba la piscina, en busca de alguna prenda o alguna huella; pero el mullido césped escondía perfectamente el tránsito de cualquier persona sobre él. Me dirigí nuevamente hacia la ventana de la cocina, que seguía abierta y con las luces del interior apagadas. Inspeccioné la zona, pero no localicé nada sospecho o algún indicio que me permitiera identificar al culpable. Finalmente, sin haber encontrado nada volví junto a mi equipaje, tiré de él y me paré frente a la puerta de la casa.

Permanecí inmóvil allí de pie. Una ligera y cálida brisa veraniega lamía suavemente mis mejillas, atacaba mi olfato con el agradable aroma a jazmín de la casa de los vecinos y percutía mis tímpanos con el eco de algún ladrido aislado que rompía el silencio nocturno. ¿Qué debía hacer? Estaba completamente estupefacto. ¿Realmente había visto un pálido bullarengue saltando sobre la cerca de mi casa? ¡No podía ser! ¿Acababa de llegar, después de una larga temporada ausente, para descubrir que mi mujer me estaba engañando con otro? ¿Con quién? Pero si era así, ella había sido muy torpe. ¡Sabía que llegaba esa noche! Aunque la visión había sido completamente nítida. Lo que había visto era un culo. Estaba seguro. Algo difuminado por la falta de iluminación, pero era un culo. Finalmente, decidí entrar en casa. En un acto reflejo miré hacia el dintel de la puerta queriendo calibrar la altura de la misma, para saber si tenía que agacharme para dejar paso a mi recién adquirida cornamenta. Durante unos instantes me pregunté a mí mismo qué tipo de astas acababan de colocarme: largas y afiladas como las de un antílope; cortas y recias como las de un toro; o anchas y planas como las de un alce. En este último caso, para poder pasar por la puerta, no sólo necesitaba conocer su altura sino, también, evaluar la anchura de la misma.

Mecánicamente, y sin consciencia de mí mismo, giré la llave y accedí al vestíbulo. Aparqué mi equipaje al lado del mueble del recibidor y encendí las luces. El salón, al fondo, aparecía tranquilo en la penumbra. Me descalcé y patiné silenciosamente sobre el *parquet* hasta la cocina. Inspeccioné la ventana y sus inmediaciones. Para saltar al exterior, el prófugo tenía que haberse apoyado sobre la encimera, pero sobre el mármol no había nada, pues la estancia estaba perfectamente recogida, con lo que al interfecto que había salido por allí le había resultado bastante fácil escapar. Realicé una

inspección visual, buscando alguna marca, alguna huella o algo que corroborara la realidad de aquella imagen que aún estaba plasmada en mi cerebro, aún dividido por la mitad: la nalga izquierda en mi hemisferio izquierdo y la derecha en el hemisferio derecho. Nada. No había nada. Cerré la ventana y me dirigí al salón, pero allí también estaba todo en orden.

Tocaba subir a nuestro dormitorio. Me paré al inicio de las escaleras. ¡Cuatro meses! ¡Cuatro meses deseando volver! ¡Y me encontraba con aquello! Tenía que averiguar si lo que había visto y lo que me estaba imaginando era cierto, así que decidí disimular y tratar a mi mujer como si nada hubiera pasado, a pesar que en aquel momento el desencanto me envolvía por todas partes. Cada paso que di para subir cada uno de aquellos escalones se me hizo tan pesado y sufrido como a Edmund Hillary los que tuvo que dar, anclando en el hielo sus crampones, para llegar a sus ansiados 8.848 metros de altura. A mí no me iba a dar un edema pulmonar pero, sin embargo, me faltaba el oxígeno. La impresión de aquel «calvo» sobre la valla me tenía completamente desconcertado.

Llegué a nuestro dormitorio y, a tientas, encendí la lamparita de la mesilla de noche para evitar deslumbrar a mi mujer, que se suponía debía estar durmiendo... ¿O disimulando? Allí estaba, tumbada de lado en su lado de la cama mirando en dirección opuesta a mí, apenas cubierta por una fina sábana, con el brazo derecho por encima de la misma. Un blanco y sedoso camisón de asillas cubría su torso y su rubia cabellera reposaba, desdibujada, sobre su linda oreja y su fino cuello.

—Cariño, ya he llegado —le susurré, mientras me reclinaba sobre ella para darle un beso en la mejilla, apoyando suavemente mi mano sobre su hombro. El contacto con su piel me resultó sumamente desagradable, no por la sensación de traición que me invadía sino porque estaba empapada en sudor. La noche era cálida, pero en la habitación no se alcanzaba suficiente temperatura para semejante transpiración. ¿Qué había estado haciendo mientras yo estaba inspeccionando los alrededores de la casa antes de entrar en ella? ¿Carreras para recoger las pruebas del delito? ¿Organizar la Gran Evasión con Mister Pompis?

Se giró poco a poco y me enseñó su rostro, aquella carita de niña de la que me había enamorado ocho años atrás. Y con los ojos entreabiertos me contesto con un dulce arrumaco:

—¡Mmmmm, mi amor! ¡Ya estás aquí! Pensaba que llegabas mañana... Te he echado de menos —dijo dándome un beso en los labios.

El beso me supo a Judas. Pero lo peor fue aquella torpe bienvenida, pues sus palabras acababan de entrar por mi oreja derecha y salir por mi oreja izquierda, como una aguja de calceta de cuarenta centímetros de longitud. ¿Cómo que pensaba que llegaba mañana? ¿Cómo que me echaba de menos después del espectá...culo que acababa de presenciar? Si ella creía que yo llegaba al día siguiente, me estaba confirmando que la visión que había tenido no había sido un espejismo y, por tanto, el final de la frase era una mentira. No me había echado de menos. En todo caso había echado al amante..., pero de la casa.

«Será hija de 妓女. Cómo puede ser tan 你的母 y, sobretodo, tan 出生», pensé, utilizando con gran virtuosismo los cacofónicos tacos mandarines que había aprendido durante mi estancia en el país oriental.

—¡Te mandé un *wassup* diciéndote que llegaba hoy! —pronuncié las palabras suavemente, modulando la voz para evitar demostrar mi indignación.

—Sí, pero no entendí nada del mensaje. Lo que me escribiste no tenía sentido —respondió ella. Cerró los ojos, puso cara de sueño y alzó su brazo izquierdo para acariciar mi pecho. No comprendí su respuesta ¿Cómo que no tenía sentido? Yo le había escrito: «Salgo ahora de China, llegaré esta noche. Un beso».

—Ya, pero también te mandé un *mail* para decirte que había conseguido adelantar la vuelta para hoy jueves, que llegaba esta noche y que me cogía el viernes de vacaciones para adaptarme al *jet lag*.

—No he visto el correo. He estado algo liada y, además, el ordenador no funciona muy bien. Entonces, ¿mañana no vas a trabajar? —se justificó ella.

—No. Me quedaré en casa descansando y ya iré a la oficina el lunes —contesté, mientras tomaba su mano y la dejaba caer delicadamente sobre la cama.

Me dirigí al lavabo para desvestirme y, de paso, husmear como un inspector de policía, tratando de localizar alguna evidencia en el baño. Nada. Allí tampoco pude encontrar nada. Ni una prenda, ni una huella, ni pelos púbicos en la bañera, ni un cepillo de dientes diferente, ni indicios de gotas de

orín en la taza del váter producto de una micción desde altura, ni ninguna otra pista de que allí hubiera estado alguien que no fuera mi mujer. Me desnudé y volví a la habitación para meterme en la cama. Tentado estuve de abrir el armario para ver si había alguien allí escondido, pero me pareció que, tras haber presenciado, en vivo y en directo, la Fuga de Alcatraz, no era muy lógico que quedara nadie allí refugiado... Salvo que la cosa hubiera tenido proporciones orgiásticas.

—Te he echado de menos —le dije mientras nos acurrucábamos juntos y ella, dándome la espalda, plegaba su cuerpo contra el mío, encajando la parte final de su espalda contra mi bajo vientre. Aquel movimiento, tras los largos meses sin estar tan cerca de un cuerpo femenino, desató todas las sinapsis neuronales de mi hipotálamo y mis instintos básicos crecieron enseguida. Sin embargo, la corteza superior de mi cerebro, donde habita el núcleo racional del mismo, rápidamente comenzó a recordar los hechos que me acababan de acontecer y, turbado aún por la visión de aquel trasero que había huido con nocturnidad y alevosía, desconectó el riego sanguíneo de aquella zona y la cosa se vino abajo.

—Y yo a ti —respondió ella a media voz como si hubiera estado durmiendo. Al cabo de breves minutos pude escuchar cómo su respiración se hacía profunda y un ligero ronquido nacía de su garganta. Me despegué de ella y me giré hacia el lado contrario. Le di la espalda, procurando amodorrarme.

Imposible. A pesar de las casi dieciocho horas de trayecto, el cansancio acumulado y que el *jet lag* al viajar hacia el Este siempre se hace más llevadero, no conseguía quedarme dormido. Era casi la una de la noche y se suponía que yo debía estar rendido pero, sin embargo, estaba completamente espabilado. Aquellas nalgas estaban perfectamente impresas en mis retinas, las veía continuamente. Me imaginaba cómo podía haber sido la situación en el interior de mi casa ante mi repentina llegada. Mi mujer habría oído el ruido del taxi y, al asomarse a la ventana, me habría visto aparecer. Me vino una viñeta de Forges a la cabeza y vi la escena en dibujos animados. Mi esposa metida en la cama con los rulos puestos exclamando «Sssssssielosss, ¡mi marido!», al tiempo que un señor mondo lirondo se aprestaba a dar una flexible zancada que hacía que el talón de su pierna izquierda tocara su calva, mientras la derecha se prolongaba largamente fuera de la alcoba. Luego, supuse, mi parienta decidió rápidamente que su amante escapara por la

ventana de la cocina, al no encontrar las llaves de la puerta de la piscina, y mientras ella recogía urgentemente las posibles pruebas, el bribón que me estaba clavando las banderillas en «*to lo arto*» abandonaba la casa cruzando las jambas de la zona gastronómica. Pero, ¿dónde estaba la ropa de aquel fulano? Al menos, había logrado coger las llaves del coche para escapar, pero tenía que haber sido muy hábil para cargar con toda su ropa sin que se le cayera nada al suelo, en aquella presurosa fuga. ¿La habría escondido mi mujer? ¿Dónde? ¿Cómo?

Tras cientos de vueltas sobre mí mismo, arrancar de cuajo la sábana bajera y sacar la almohada de su funda, me quedé dormido. No fue un sueño plácido. Las visiones iban y venían a mi cabeza. Inicialmente, aparecieron dos ojos, dos verdes e intensos ojos, los ojos de aquella brasileña del avión. Bajo aquellos ojos, surgieron unos carnosos y sensuales labios, pero, inmediatamente, también apareció, de fondo, una terrible imagen. Eran aquellas blancas nalgas, con lo que la superposición de imágenes en mi cerebro daba lugar a dos cachetes de un culo, cada uno de ellos con un ojo verde esmeralda, que parpadeaban sin cesar mientras una boca roja, al pie de la raja *inter-nalgal*, me hablaba. ¡Aquel culo con ojos me hablaba!

La pesadilla continuaba y los ojos y la boca desaparecieron para dejar paso al brillo blanco de aquellos glúteos. De repente, el culo giró y la raja del mismo pasaba de posición vertical a horizontal. Poco a poco, la raja se dividió en dos y aparecieron otros dos ojos, pero esta vez no eran los ojos de la princesa brasileña. No. Eran los ojos rasgados de un chino. Uno de los ejecutivos chinos con los que había estado tratando los últimos días de mi estancia en Shangháí, y que me decía:

—第圣克 绿绿绿 圣克 绿绿 位子 和中心的描 名字和医院

被摒弃医生和尼姑 和 绿绿 绿绿 | ← 绿绿 英国 侵略在黄雀色疆土.

Capítulo 2. Sospechoso

A la mañana siguiente me despertaron dos impactos sensoriales: el primero fue un agradable aroma a café que mi esposa estaba preparando abajo en la cocina; el segundo, un sobrecogedor silencio.

Tras haberme acostumbrado al estruendoso tráfico de las calles de Shanghái, el no escuchar nada se me hacía sumamente extraño. Tanta calma hizo que me despertara sobresaltado. Durante unos instantes traté de ubicarme en algún punto del planeta, utilizando mi propio GPS mental. Sí. Estaba en mi país. Estaba en mi casa. Estaba en mi cama. Estaba con mi mujer. Estaba con... ¿mis cuernos? Ante esta última idea, en mi cerebro se dibujó una visión de mi propia cabeza colgada de una pared, como un trofeo de caza, con el astado al completo y la lengua por fuera. Esta imagen desapareció rápidamente y nuevamente volvió el recuerdo de aquel par de nalgas sobre la cerca del jardín. ¿Había sido verdad? ¿Lo habría soñado? No, no. Recordaba perfectamente el paseo nocturno que había dado alrededor del chalet tras haber visto a aquel furtivo espaldar escapar de mis posesiones.

Me desperecé lentamente, salí de la cama y me quedé sentado en ella unos instantes. Me restregué los ojos e intenté decidir qué hacer, cómo disimular y cómo averiguar si lo que yo suponía era verdad o eran imaginaciones mías. Instintivamente, lo primero que hice, tras ponerme mis imponentes lupas, fue agacharme y buscar algún resto del delito bajo la cama; pero allí no había nada, salvo unas portentosas pelusas de polvo debido a la falta de una aspiración concienzuda. Dirigí la vista hacia el armario, me acerqué a él y lo abrí. Rebusqué entre las decenas de miles de camisas, trajes, fulares y abrigos de mi mujer. Tampoco aprecié nada diferente, salvo un par de vestidos que no le había visto anteriormente. ¿Se había comprado ropa en mi ausencia? Los revisé un momento y me parecieron bastante descocados, escotados y

sensuales. ¿Ante quién quería lucirse con aquellos elegantes y atractivos trapitos? Comprar ropa es un estado habitual de las mujeres y no me importaba que ella se fuera de tiendas —a poder ser sin mí—; pero que se tratara de unos vestidos tan... tan... ¡eróticos! ¡Nunca se había puesto ese tipo de indumentaria para seducirme! También detecté un par de pares de zapatos nuevos. Sin embargo, aquellas pruebas no eran lo suficientemente incriminatorias como para probar ante un tribunal que realmente me estaba engañando con otro. Me disponía a cerrar el armario, cuando vi un reflejo en el espejo interior de la puerta. Intrigado, me asomé a ver qué era. En la estantería más baja, escondidas tras varias cajas de zapatos, relucían unas mancuernas. ¿Unas mancuernas? ¿Qué pintaba aquello allí? Me agaché para fijarme mejor y comprobé que aquellas plateadas pesas no estaban solas. A su vera aparecían una botella de vino semivacía y dos copas con posos de Rioja. Mis párpados, como los de las muñecas de juguete, rotaron hasta que se introdujeron completamente en las cuencas de mis ojos. Éstos, incrédulos, se dilataron hasta alcanzar niveles alarmantes para mi glaucoma. Mi mandíbula inferior cayó, incontrolada, producto de la atracción terrestre, la sorpresa y la relajación de mis músculos maxilares, haciéndome parecer una marioneta sin su operario.

Oí los pasos de mi esposa que subía las escaleras. Presuroso, cerré el armario, evitando pillármela con un ágil movimiento hacia atrás, pues aún estaba desnudo. Me fui hacia el baño a disimular y a asearme. Ella entró en el dormitorio y, al no verme en la cama, me llamó:

—Cariño, ¿estás ahí? He preparado café.

Salí del baño, aún en pelotas y con la toalla de las manos en las manos. Sin darme tiempo a reaccionar, se acercó y me dio un cariñoso abrazo. Tras lo que acababa de descubrir, me hubiera sentido mejor en el interior de una Dama de Hierro que rodeado por los brazos de mi esposa. Disimulé y la besé, simulando la pasión que se suponía debía mostrar tras tanto tiempo sin vernos. Ella hizo lo mismo.

—Te he dejado el desayuno preparado —dijo con voz melosa. Se desprendió de mí, se encerró en el lavabo para maquillarse/decorarse/empolvase/*loquefuese* y desde allí me fue hablando—. Me voy a la consulta, que hoy tengo la agenda llena. Volveré después de comer. Si tienes un rato, mírame el ordenador, porque no me funciona muy

bien.

—Vale, ya le daré un vistazo —le grité. ¡Perfecto! Tenía la casa para mí solo. Eso me permitía escudriñarla en profundidad en busca de pruebas.

—Recuerda que a las diez llegará Idalia a limpiar, así que procura vestirme, no me andes por ahí con la *chipichanga* colgando. ¡Ah! Y antes de que me olvide, mañana por la noche he organizado una cenita en casa con los amigos, para darte la bienvenida.

—¿Sí? ¿Quiénes vienen?

—Pues Raúl, Romén y Gemma, Carles y Alba, y tu amiga Martina. — Siempre que hablaba de Martina soltaba con cierto retintín «tu amiga». A veces parecía que Martina tuviera nombre compuesto: Tuamiga Martina. Finalmente, me ordenó—: Y baja ya a desayunar, que se te enfría el café.

Todavía quedaba un buen rato hasta que llegara Idalia, así que bajé sin vestirme para tomar el desayuno. El agradable olor de la moca tiraba de mis narices, con lo cual, el resto del cuerpo, pegado a ellas, descendió hasta la cocina, donde me aguardaban una humeante taza de café con leche y varias tostadas de pan untadas con mantequilla y mermelada. Gracias a los aparatos de dientes que había tenido en mi niñez, aquel odontólogo consiguió, con notable éxito, ampliar mi estrecho paladar, de tal forma que dejó mi boca del tamaño de un buzón de correos. Por tanto, con el exceso de gálibo de mis fauces, eliminé la existencia de las tostadas en apenas tres bocados. El café con leche cayó dentro de mi estómago como si lo hubiera hecho pasar a través de un embudo. Apenas deglutido el desayuno, mi mujer irrumpió con prisas en la cocina, se inclinó sobre mí, me besó y se despidió.

—Descansa. Marcho, que hoy coincido con Raúl en el turno y vamos juntos al hospital y ya me está esperando en la puerta con el coche... ¡Y vístete! Al final llegará Idalia y te pillaré en pelota picada.

—Vaaaaaaaaaaaaaaaaale —respondí, sumiso, con el estudiado tono de voz de cualquier marido que realmente significa «que sí, pero déjame en paz»—. Ahora voy. Que tengas un buen día. Dale un saludo a Raúl.

Esperé unos instantes a escuchar el ruido del cierre de la puerta exterior y a que el coche se alejara. Me puse en movimiento. Corrí hacia la habitación y volví a abrir las puertas del armario, me agaché y... ¡Las copas! ¿Dónde estaban las copas? ¿Y la botella de vino? ¡Habían desaparecido! Hacía unos

instantes yo las había visto, mal escondidas, pero las había visto. Sin embargo, un desayuno más tarde, ¡ya no estaban! Mis sospechas estaban confirmadas. Instintivamente me llevé las manos a la frente, en un vano intento de palparme mis cuernos. Durante años me había preocupado la alopecia galopante que estaba haciendo estragos en mi cabellera, pero en escasos segundos dicha preocupación dejó paso a una mayor. Con dicha escasez de pelo, ¡la cornamenta se me iba a ver desde Hungría!

La ausencia de las copas y la falta de la botella de Rioja reafirmaban mi desdicha. Un torbellino de preguntas se arremolinaba en el interior de mi cabeza. La no existencia de respuestas atormentaba la esencia de mi ser. ¿Por qué? ¿Con quién? ¿Desde cuándo? ¿Cómo habíamos llegado a aquella situación? Bien era cierto que yo, abducido por mi trabajo, cada vez pasaba menos tiempo en casa y cada vez compartíamos menos tiempo juntos. Para mí, el negocio con los chinos era la oportunidad laboral de mi vida de alcanzar una posición de poder dentro de la compañía. Una meta y una ambición que deseaba desde hacía varios años, pero jamás pensé que hubiésemos podido llegar hasta un punto de enfriamiento de la relación tal que mi mujer decidiera probar nuevas experiencias. También, tras varios años de casados, la pasión del enamoramiento inicial había dejado paso a cierta desidia producto de la rutina del día a día. Pero, ¿por qué nunca lo comentamos? ¿Por qué ella no me había dicho nada? Tal vez si lo hubiésemos hablado podríamos haberlo resuelto, porque lo que más me dolía, aparte del hecho en sí de tener dos bultos adicionales sobre mi frente, era la traición. La felonía. La puñalada por la espalda. Hubiese preferido que me hubiera sido honesta y me confesara que ya no me quería... ¿O es que aún me quería pero estaba aburrida del escaso sexo o, peor aún, del sexo rutinario y mecánico? ¿Y si lo único que estaba haciendo era probar nuevas emociones para alegrar su cuerpo serrano sin perder la seguridad y la estabilidad del hogar que yo le brindaba?

Como todo matrimonio que se precie, habíamos tenido nuestras correspondientes discusiones de baja intensidad en las cuales cada uno procuraba defender sus posiciones e intereses, como cuando yo me aferraba al mando a distancia de la tele para poder ver mis carreras de Fórmula 1 o mi fútbol, mientras ella despotricaba contra mí insistiendo que, en el poco tiempo que teníamos para los dos, podíamos hacer cosas divertidas, como ir a bailar, en lugar de quedarnos hipnotizados con la caja tonta. Tan sólo una vez me

había chillado y me había lanzado un improperio, pero aquello fue lógico, pues lo hizo porque le cogí una teta... ¡con la puerta del coche! Y, desde luego, tuve que hacerle daño, así que en aquella ocasión la disculpé. Aunque la Madre de Todas las Discusiones, y que era un tema aún no resuelto, era el de la reproducción de la especie. Ella, como pediatra diplomada, era una enamorada de los niños y deseaba tener el suyo propio. Por mi parte, el tema de la paternidad no era una idea que me atrajese mucho. Y menos con mis ambiciones profesionales, que absorbían la mayor parte de mis esfuerzos y energías, lo cual hacía que cada vez que, por hache o por be, salía el tema de los condenados churumbeles, se liara la de San Quintín y, al final, la escena finalizaba con un monólogo-sermón por parte de mi mujer sobre mi irrefutable egoísmo y una respuesta por mi parte, automática y evasiva, de «Síiiii, cariño», que incluía alzamiento de la mirada al cielo y resoplido.

Independientemente de nuestras diferencias, en general, nuestra relación era de mutuo respeto y afecto. Yo aún quería a mi esposa y no estaba dispuesto a que mi vida sentimental se fuera al garete de buenas a primeras. Tenía que hacer algo, pero, ¿qué? Sentado en el borde de la cama aún seguía rumiando, como las vacas al heno, cómo actuar. ¿Se lo planteaba abiertamente a mi mujer? ¿Trataba de averiguar con quién estaba? ¿Por qué? Tampoco era muy honesto por mi parte el no preguntarle directamente, ahora que ya prácticamente tenía la certeza de su traición; pero no me veía capaz de sacar una conversación con mi señora del tipo:

—¿Me estás poniendo los cuernos, cariño?

—Sí, claro, por supuesto.

—¿Con quién?

—Con Menganito.

Así que decidí que a partir de ese momento investigaría para conocer ambas cosas y, cuando lo descubriera, desenmascarar su pecaminosa y concupiscente concomitancia.

Una vez tomada la decisión, mi organismo se puso en movimiento. Siguiendo un impulso, me agaché para investigar el fondo del armario. Las copas habían desaparecido pero las mancuernas aún relucían allí dentro. Estiré el brazo y las saqué. Seis kilos. ¿Qué puñetas hacían allí esas pesas? Sara no era muy deportista pero, a sus treinta y cinco años, mi esposa mantenía

un tipito que quitaba el hipo. Un culito respingón y una buena defensa delantera dotaban a mi mujer de un adorable cuerpo femenino que, con aquella melena rubia y los ojos castaños, podía resultar irresistiblemente atractivo para cualquier otro macho de la especie. Pero lo que no me cuadraba eran las mancuernas escondidas en el armario. ¿Se las había prestado alguien? ¿Estaba haciendo deporte en casa? ¿Por qué no las había guardado en la caseta de la piscina, junto a la bicicleta estática? Aquel era el lugar más adecuado, no el interior del ropero. ¿Con quién había estado haciendo ejercicio en nuestro lecho nupcial? ¿Y qué tipo de ejercicio? ¿Quién le había suministrado las pesas?

Un portazo en la parte baja de la casa me sacó de todas aquellas conjeturas. ¡Idalia! ¡Y yo aún en bolas! Deposité aquel lingote de hierro otra vez en su sitio y lo almacené como pista número uno en mi lista mental de pruebas. Rápidamente me vestí y bajé a la planta inferior.

—Buenos días, Idalia —saludé cordialmente, al tiempo que me acerqué a ella para darle un beso.

—Buenos días, señor. ¡Qué bueno que volvió! —sonrió, devolviéndome un sonoro beso y un tierno abrazo—. Me alegro de verle. ¿Fue todo bien en su viaje? Ya era hora de que viniera. La señora ha estado mucho tiempo solita. —La miré suspicaz ante esa afirmación. ¿Sabría ella alguna cosa?—. Ya sabe que no es bueno que los enamorados estén tanto tiempo separados. —Peor me lo ponía con esta última sentencia.

—¿Por qué dice eso, Idalia?

—Bueno, ya sabe, señor. Dios *hiso* el matrimonio para que el hombre y la mujer estén juntos, no para que cada uno vaya por libre. El amor es como un motor: si no se engrasa, al final se pasa —afirmó con la filosofía que caracterizaba a aquella buena señora. Sonreí ante su ocurrencia.

—Tiene razón, Idalia —dije, dando por finalizado el tema—. Hoy estaré todo el día en casa porque me lo he tomado de descanso. Voy a deshacer mi equipaje.

—Déjeme la ropa *susia* en la *sesta* y ahorita subiré a recogerla. Después limpiaré la casa e iré a comprar para otra *sena*.

—¡Ah, sí! Es verdad. Que mañana vienen los amigos a cenar. —Con algo de retraso entre mis neuronas, algo saltó en mi cerebro—. ¿Otra? ¿Cómo que

otra?

—Sí, esta será la tercera *sena* del mes. La señora ha invitado a sus amigos porque *dise* que, al no estar usted, así se siente menos sola.

—¿Y ayer también vinieron a cenar?

—No, señor. Ayer no. —Y desapareció por la puerta de la cocina para empezar con sus quehaceres domésticos.

La dejé con su trabajo y subí mi equipaje a nuestra habitación para desmontarlo. Tras desmadejarlo rápidamente y separar la ropa de color de la blanca, para evitar recibir el responso de instrucciones de Idalia sobre cómo se lavaba la colada, decidí continuar con mis investigaciones. Volví a husmear debajo de la cama y saludé de nuevo a aquellas nutridas pelusas de polvo que, por el tamaño que alcanzaban, ya podían tener nombre y apellidos de rancio abolengo.

Indagué en los cajones de la cómoda, tratando de localizar alguna prenda masculina que no fuera mía y que hubiese sido escondida por mi mujer entre mi ropa. Tras no encontrar nada, decidí rastrear en el interior del armario; pero allí, aparte de aquellos dos vestidos nuevos, no detecté el menor resto de algodón o prendas sintéticas que no correspondieran a piezas mías o de Sara. Volví a registrar el lavabo, donde acampaban decenas de lociones, potingues, cremas corporales, acondicionadores y *champuses* varios de mi señora. Tampoco hallé nada que pudiera resultarme de ayuda. ¿Dónde había vuelto a esconder las copas? ¿Y la botella? ¿Se las habría llevado?

Recorrí toda la planta superior, pasando por el cuarto de invitados y mi despacho, pero estaba todo perfectamente ordenado y colocado. Bajé a la zona inferior y me paseé por el salón, revisando cada uno de los rincones de la estancia. La puerta que daba al porche de la piscina tenía las llaves puestas. ¿Por qué no había huido por allí si las llaves estaban en la cerradura? Bien era verdad que para alcanzar la puerta de la piscina había que rodear la mesa del comedor y hacerlo a oscuras podía resultar un tanto complicado. Las escaleras que bajaban del primer piso daban directas a la cocina, así que la salida era más rápida por allí. Eso me inducía a pensar que quien había practicado el salto de altura por mi verja exterior conocía bien la casa. Por tanto, el guanajo que disfrutaba de los recovecos del cuerpo de Sara, ¿era algún conocido o bien me habían puesto tantas veces la cornamenta que, aun siendo un

desconocido, ya se había memorizado mi hogar?

Salí al exterior y rodeé la piscina para ver si localizaba alguna huella, indicio o calzoncillo que me pudiera aportar alguna idea. No fue así. Me introduje en la caseta del jardín y rebusqué por si aparecía otra mancuerna o algún otro elemento de gimnasio; pero a la solitaria bicicleta estática sólo la acompañaba el robot que utilizaba para limpiar el fondo de la piscina. Retorné bajo la ventana de la cocina. Salvo el césped, no encontré nada.

Entré nuevamente en la casa, fui hacia la cocina y volví a inspeccionarla. Absoluta ausencia de evidencias. El último lugar que me quedaba por verificar era el garaje. Allí estaban aparcados su monovolumen y mi deportivo. Después de tanto tiempo, ya no recordaba que tenía un coche, un fantástico turismo rojo de gama alta con una barbaridad de caballos metidos en su motor que, cada vez que lo arrancaba, en lugar de relinchar, rugían como leones. Lo acaricié mientras lo rodeaba, auscultando con la mirada aquel lugar. Revisé las estanterías donde almacenaba mis herramientas, que apenas utilizaba, y las decenas de cachivaches inútiles que habíamos ido guardando con el tiempo pero que no nos atrevíamos a tirar a la basura «por si las moscas», lo cual implicaba que, más que un garaje, aquello pareciera una chatarrería.

Al terminar de darle la vuelta a mi utilitario encontré, pegada a la pared más próxima a éste, una camilla negra plegable. Cada uno conoce su propia porquería y estaba claro que aquello no era mío, pues nunca habíamos tenido nada parecido. La inspeccioné con curiosidad. Apenas tenía polvo y las arañas aún no habían osado crear alguna de sus telas sobre ella, así que debía llevar poco tiempo allí almacenada. La saqué y la monté. Era una camilla de masajes, con su abertura incluida para que el paciente pudiera colocar la cabeza en su interior sin tener que quedarse chato. ¿Qué hacía aquel artilugio en mi garaje? ¿Era acaso una nueva pista que apuntar en mi lista de indicios? Yo sólo conocía a una persona que utilizase aquel tipo de herramientas... y mi mujer también. Pero era muy descarado dejar semejante prueba a la vista. Hubiera sido muy poco inteligente abandonar aquello allí para que yo pudiera descubrirlo tan fácilmente. Al menos, las mancuernas estaban semiescondidas, aunque también era verdad que lo único que había desaparecido misteriosamente del armario habían sido las copas y la botella, por lo que debía intuir que Sara tendría alguna coartada para justificar la existencia de

las pesas en el armario. Sin embargo, yo ya no quería dar nada por sentado y apunté en mi registro de pruebas la aparición de aquella camilla. La volví a plegar y la dejé donde había estado yaciendo últimamente.

Ya sólo me quedaba un lugar por inspeccionar, así que avisé a Idalia que iba a salir y me dirigí a la avenida que daba a la parte trasera de la vivienda, por donde había huido el interfecto que se había estado beneficiando a mi señora la noche anterior. Aquella ruta de escape era la única posible, ya que la calle que daba a la fachada principal de mi parcela era de un solo carril, sin espacio para aparcamiento. Por obligación, cualquier visita que venía a vernos tenía que dejar su vehículo estacionado en aquel lado. Inspeccioné la cerca de mi propiedad por su parte exterior. El que se había escabullido por allí tenía que haber lanzado primero la ropa afuera, haber saltado y, tras recoger el equipaje, haberse metido en el coche y pirarse de allí a todo gas. Revisé la acera, arriba y abajo, en busca de alguna prenda o algún resto de ropa que se hubiera podido dejar atrás. También inspeccioné la parte superior del seto, por si se hubiera quedado enganchado allí algo que pudiera aclararme las ideas. Pero tampoco había nada. Vengativo, deseé vehementemente que el machango que había escapado de mi propiedad se hubiera lijado el escroto con las rasposas ramas del seto en el momento de saltar desnudo por allí encima.

Derrotado ante la falta de evidencias, volví a casa y me estiré en las tumbonas que teníamos en el porche del jardín. La mañana era cálida y el amigo Helios arrastraba con su carro al astro rey a una considerable altura. Acostado boca arriba, escuchando el sonido del motor de la piscina y el ligero gorgoteo del agua, cerré los ojos al calor de los rayos solares, procurando razonar para atar cabos de alguna manera. Por ahora sólo tenía unas mancuernas y la camilla plegable como pistas. ¿Por qué estaba en el garaje? La persona que yo me imaginaba, y que tenía todos los números de ser su propietario, ¿era un sospechoso más? ¿Y las pesas? ¿Quién se las había dado a Sara? ¿El mismo sujeto a quien debía pertenecer la camilla? No, aquello no era probable. El fisioterapeuta que yo conocía no practicaba ningún tipo de deporte, así que no tenía que haber relación entre ambas pruebas. Sin embargo, sí sabía de alguien que hacía bastante ejercicio, demasiado tal vez... Pero no podía, o no quería, dar crédito a las oscuras ideas que me asaltaban. Aquellas personas se suponía que eran amigos nuestros. ¿Sería capaz Sara de

darme tamaña puyada con alguno de ellos? Y viceversa: ¿era posible que uno de nuestros incondicionales me engañara con mi propia esposa? Pensé en las copas, me levanté y me dirigí hacia la vidriera del comedor, donde guardábamos la vajilla. Efectivamente, faltaban dos de las copas de cristal de Bohemia, regalo de bodas de su abuela y que habían pertenecido a su familia desde 1920. Pero, ¿dónde las había vuelto a esconder mi mujer? Yo no las había encontrado. Atormentado por las dudas y viendo que no podía hacer nada más, se me ocurrió una última posibilidad: el ordenador.

Tenía la excusa perfecta para inspeccionar su ordenador. Según ella no funcionaba muy bien, así que me dispuse a echarle un vistazo. Subí al despacho, donde cada uno tenía su correspondiente computadora, y arranqué su torre. Tras varias verificaciones, detecté que, efectivamente, no tenía conexión a Internet. Revisé la configuración del *software* y todo estaba bien. Repasé el cableado entre el *router* y la roseta telefónica y comprobé que, por algún motivo o tirón, el cable de red no hacía buen contacto en la clavija del *router*. Por eso, seguramente, no había recibido mis últimos correos. Reparé el pequeño desaguisado y abrí su Outlook. Inmediatamente empezaron a entrar los *mails* atrasados, entre ellos los tres últimos míos y también una decena de otras personas. Todos quedaron marcados con letra en negrita, pendientes de ser leídos. Uno de ellos me llamó especialmente la atención:

«Me lo pasé muy bien anoche».

¿Quién no se ha encontrado alguna vez en la tesitura de leer un diario íntimo de otra persona? ¿Quién no se ha visto en el dilema de abrir el correo de alguien, sabiendo que no debía hacerlo? ¡Y qué pocos han conseguido resistirse a la tentación!

Como excusa para autoengañarme, me argumenté a mí mismo que si la CIA, el Mosad, el MI-5 y hasta los «*mataos*» del CNI español tienen acceso a nuestra correspondencia más íntima, por qué no iba yo a poder echarle un vistazo a aquel mensaje que podría aclararme algo más sobre mi rudimentaria cornamenta.

Lo abrí.

>>«Anoche me lo pasé fantástico. Tenemos que repetirlo.

>>Un beso.

>>Carles

>>Enviado desde mi iPhone»

Cerré el *mail* y volví a marcarlo como no leído para no ser descubierto. ¿Carles? ¡CARLES! ¿Carles? ¿Podía ser él? Ellos habían sido novios de adolescentes, pero dejaron la relación mucho tiempo atrás y se convirtieron en buenos amigos. ¿Había resurgido algo más que una vieja amistad? Pero entonces, Alba, su mujer, también tendría la misma dotación sobre su frente que yo. ¿Y ella no había intuido nada? La demencia llamaba a las puertas de mi cerebro a base de aldabonazos. Unas mancuernas, una camilla de masajes y un *mail* que podía interpretarse de diversas maneras y, rondado por mi cabeza, tres posibles sospechosos, todos ellos conocidos y con los que iba a poder cenar al día siguiente. Sin embargo, no podía dar crédito a mis suspicacias, pues, si mis imaginaciones eran ciertas, la traición sería por partida doble. El desconcierto y la indignación hervían en mi interior, al tiempo que me parecía sentir los dos pitones arder sobre mis sienes. Tenía que descubrir a quién pertenecían aquellos dos cachetes de culo, aunque tuviera que bajarle los pantalones a cada uno de ellos aun a costa de que mi orientación sexual se viera en entre dicho.

Por otra parte, tampoco me cabía en la cabeza cómo Sara podía haber sido tan torpe de haberme engañado esa misma noche, ya que estaba advertida de mi llegada. Aunque no había podido leer el correo electrónico que yo le había mandado, mi *wassup* la tenía que haber puesto en alerta. Recordando la conversación de la noche anterior, en la que Sara me había dicho que no había entendido mi aviso, cogí mi teléfono y revisé el mensaje que le había mandado justo cuando embarcaba en avión de Shanghái. Para cerciorarme, comprobé lo que yo le había escrito: «Galgo en hora de chica, llegaré estar nicho. Un beso.»

¡Me cagué en el *Autocompletar* de los cojones! Tanta tecnología y mis torpes dedazos no habían sido capaces de enviar la información correctamente debido al escueto teclado del teléfono y a la condenada herramienta autocorrectora que anticipa las palabras según las vas escribiendo. Aunque, tras recapacitar un poco, aquel error tipográfico me había permitido descubrir el engaño. Y es que no hay mal que por bien no venga.

El resto del día fue un auténtico suplicio. El tiempo parecía que no pasaba nunca e incluso llegué a sospechar que las manecillas del reloj se movían

hacia atrás en lugar de avanzar. Mi mujer llegó después de comer, aunque yo apenas conseguí probar bocado de lo que Idalia había dejado preparado. Para finalizar la tortura mental de ese día, el tormento físico continuó, pues ella, después de meses sin vernos, decidió que, para volver a reencontrarnos, no había nada más romántico que ir de compras al IKEA para buscar unos apliques para el baño de la casa...

¡Un viernes por la tarde! ¡Y en plenas rebajas!

Allí nos aguardaban cientos de miles de seres humanos solícitos para comprar varios cachos de madera que podían unirse entre sí con tan sólo un juego de tornillos Strünjol, varias tuercas Smögolløn, una llave Allen y grandes dosis de paciencia. Tuve la sensación de haber vuelto a Shanghái.

Tras dos horas recorriendo aquel ingente almacén de muebles «*sólo para mirar y coger ideas para la casa*», y tras una hora de cola para pagar un simple marco para colocar una fotografía, decidimos irnos a cenar para ponernos al día y retomar nuestra relación de pareja. Pasamos una tranquila velada comentando mis aburridas peripecias por Shanghái y repasando los diferentes casos de pediatría que mi señora esposa había atendido durante mi ausencia. En ningún momento pude atisbar, por sus comentarios, algún cambio en sus rutinas diarias que me desvelara alguna señal de con quién podía haber estado la noche de autos en la que yo había llegado de China.

Volvimos a casa y nos acostamos. Podría decir que hicimos el amor, pero aquello no fue nada más que una rutinaria secuencia de movimientos, toqueteos y besos que podrían haber llevado a cabo dos autómatas del tipo C3PO y R2D2 de la Guerra de las Galaxias. Dominado por unos potentes instintos básicos, debido a cuatro meses de celibato, conseguí izar la bandera aunque, sin embargo, en mis pensamientos, cada vez que tocaba el cuerpo de mi mujer, aparecían constantemente aquellas dos nalgas saltando la cerca, lo cual producía que, de vez en cuando, el vigor se desinflara. Mi mujer, por su parte, supongo que debió fingir su excitación para aparentar que llevaba el mismo tiempo que yo de abstinencia, porque aquellos gemidos no me parecieron normales y dudaba muchísimo que yo, aquella noche, hubiera tenido la puntería de haber conseguido localizarle el famoso punto G, después de tantos años de matrimonio.

Capítulo 3. La cena

Faltaba apenas una hora para que comenzara la cena con los amigos, cuando llamaron a la puerta y fui a abrir.

—Hombre, Raúl, ¿qué tal? ¡Cuánto tiempo! —le pregunté mientras terminaba de dejar pasar a aquel armario de hombre de metro noventa de alto y le extendía mi mano para saludarlo.

—Pues mira, ya ves. Muy bien, tío —respondió apretando mi extremidad con la potencia de sus poderosos bíceps, que agitaron mi brazo como si fuera de goma y no existiera la articulación del codo y que casi hicieron que mi dedos salieran disparados bajo el efecto de la presión de su zarpa.

—¡Sara! ¡Ha llegado tu amigo Raúl! —recuperando la circulación sanguínea de mi mano, anuncié su llegada a modo de mayordomo, vengándome por el trato que siempre recibía Martina. Mi mujer apareció procedente del salón, se acercó y le dio dos besos a aquel Sansón.

—¡Qué guapa estás! Y cada vez estás más buena. ¡Cómo se nota que entrenas conmigo en el gimnasio! —La confianza daba asco, y con Raúl teníamos mucha, pero aquella sentencia me dejó perplejo.

—¿Desde cuándo vas al gimnasio? ¡No sabía nada! —pregunté sorprendido.

—Bueno, desde que te fuiste empecé a ir. Raúl me convenció de que para estar aquí, sola en casa, podía aprovechar para comenzar con la «Operación Bikini», ahora que llega el veranito —soltó con tal convicción que me dejó con la duda de si era una mentira estudiada o realmente me estaba diciendo la verdad. «¡Las mancuernas!», recordé de repente.

—Sí, la convencí para que viniera. Le hice una tabla de entrenamiento de cara al verano para que pudiera lucirse bien en la playa. Por cierto, a ti

también te vendría bien ir al gimnasio. Cada vez tienes más barriga... —dijo, apretando con un dedo mi fofa panza.

¡*Touché!* Era cierto. Entre mi incipiente alopecia y el embarazo cervecero que estaba cogiendo, mi apariencia había empezado a empeorar considerablemente. ¿Podía ser ésa la razón de que mi esposa se hubiera decidido a probar otros platos del menú en lugar de sólo mirar la carta? Yo nunca había sido especialmente atractivo. Mi poder de seducción se hallaba en la palabra, pues siempre supe que a las mujeres se las puede atraer inicialmente a través de la vista mediante un físico potente, pero el sentido que realmente activa los sentimientos de las féminas es el oído. Así que nunca me preocupé especialmente por mi aspecto; pero en aquel momento me inquietaba que aquel musculado espécimen pudiera haber sido catado por mi esposa. Aprovechando la conversación, y con el deseo de poder verle bien las nalgas a nuestro amigo de una manera disimulada, se me encendió la bombilla.

—Pues sí, tienes razón. Desde que dejé el fútbol, cuando empecé a trabajar, la verdad es que me he ido dejando. Aunque, con la cantidad de curro que tengo, casi no saco tiempo para otra cosa. Y, además, mi problema con la cerveza no es que a mí me guste mucho la birra, sino que yo le gusto mucho a ella... ¡Y no me deja! Pero mira, a lo mejor podría empezar a ir al gimnasio contigo. ¿Podríamos empezar este mismo lunes?

—¡*Coñó!* Eso sí que es decisión. Por mí perfecto. Si vienes con nosotros te puedo hacer unas tablas de ejercicios para que quemes los michelines. —Y con cierta socarronería, añadió—: ¿En qué categoría quieres que te inscriba?

—¿Qué quieres decir?

—Sí, que en qué categoría te inscribo. ¿En Remordimientos, Buenas Intenciones o Vacaciones de Verano? —Me quedé mirándolo sin entender nada—. Sí, hombre, hay categorías. Los Remordimientos suelen ser los que se apuntan en septiembre después de atiborrarse durante el verano de tapitas y cervecitas. Las Buenas Intenciones son los que cada Año Nuevo llenan el gimnasio durante el mes de enero, tras el atracón de turrónes y polvorones. Y las Vacaciones de Verano son los que, dos meses antes de que llegue el buen tiempo, se matan a abdominales para ver si consiguen la «tableta de chocolate».

—¡Qué cabrón eres! —dije riéndome—. Tú no te preocupes por mí. Ya

veré lo que aguanto. El lunes quedamos para ir a machacarnos un rato. —«Que además quiero verte el culo peludo», pensé.

Al cabo de media hora aparecieron Romén y Gemma. Un par de besos y un efusivo abrazo para Romén, dos besos para Gemma y un breve coloquio de salutación en el portal de la casa fue el precio que costó nuestro reencuentro. Sin embargo, la felicidad de volver a ver a mi amigo se convirtió precipitadamente en un rebumbio de sospechas.

—Toma. Guarda esto en la nevera antes de que se caliente —me ordenó Romén extendiéndome una bolsa con la indiscreta figura de unas botellas en su interior—, que sé que a Sara le gusta el vino.

—¡Muy bonito! Para Sara, vino, y para mí no hay nada, ¿eh? Ahora mismo lo pongo en la nevera. Pasad, pasad. Raúl y Sara están en el comedor —afirmé con la cabeza. Les hice un pase de chicuelinas, como si de dos Miuras se tratara, y los dejé encarados al salón. Me dirigí a la cocina para colocar al fresco aquel zumo de uvas... de Rioja. ¡Las botellas eran iguales a la que yo había visto en el armario de nuestra habitación! Llenas de vino en esta ocasión, pero la etiqueta era la misma. Al verlas, la bolsa casi se me escurrió de las manos. ¿Casualidad? ¿Con que a mi mujer le gustaba el vino? Sí, eso era cierto. Pero, ¡esa misma marca! Primero la camilla de masajes y ahora las botellas de vino. Podía imaginarme que Raúl fuera la patología cuyos síntomas somáticos eran los brillantes cuernos que relucían en mi frente, pues era un hombre rubio, atractivo y musculado. Sin embargo, ¿Romén? ¿Mi amigo de toda la vida? Si era un tipo del montón y con el único atractivo de unas fantásticas manos con las que realizaba unos prodigiosos masajes fisioterapéuticos. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al imaginar aquellas manos sobre la espada de Sara o, aún peor, sobre otras zonas epidérmicas. Era demasiado doloroso, pero las pruebas también lo incriminaban a él. ¿O era que yo ya veía sospechosos por todas partes? Sin embargo, como la policía en sus investigaciones, no podía descartar ninguna hipótesis.

Aún estaba ensimismado en la cocina, utilizando mi cerebro para darle vueltas a todas aquellas ideas, de la misma manera que una hormigonera al cemento, cuando sonó el timbre de la puerta, seguido, al cabo de unos segundos, del anuncio oficial por parte de mi mujer:

—Cariño, ha llegado *Tuamiga* Martina.

Al instante, apareció bajo el marco de la puerta de la cocina aquel querido primate mamífero femenino, omnívora por naturaleza, aunque herbívora por conciencia. Lucía un elegante traje azul marino, de una sola pieza, que cubría los noventa centímetros de cuerpo que separaban sus hombros de sus rodillas. El intenso color del vestido resaltaba su preciosa y redonda cara, de amplia frente, bellos ojos color azul claro, nariz pequeña, y sensuales y finos labios. El pelo rubio, cortado a media melena, resaltaba con el contraste del azul, y sus coquetas rodillas asomaban tímidamente por debajo del traje, y daban paso a unas estilizadas y elegantes espinillas que acababan en dos pequeños pies de princesa cuyos dedos, dispuestos a modo de pequeñas teclas de piano, quedaban envueltos en unas modernas y veraniegas sandalias de esparto. El llamativo vestido envolvía una esbelta figura compuesta por generosas caderas, cintura estrecha, abdomen plano, espalda recta y unos protuberantes senos que en tiempos pasados me habían vuelto loco. Al tropezar nuestras miradas, la una con la otra, desplegó sus labios en señal de alegría y dejó paso a una refrescante sonrisa que, durante unos segundos, iluminó la cocina. Estiró hacia mí sus refinadas y delicadas manos para darme un abrazo de bienvenida. El apretujón contra el cuerpo de mi amiga me reconfortó, debido a la liberación de un chute de oxitocina por parte de mi hipotálamo, y eliminó el batiburrillo de malos pensamientos que corrían entre mis neuronas.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal fue por Shanghái? —me preguntó, clavándome sus bonitos ojos en mis retinas.

—Bien, bien. Aún con el *acarajotamiento* del *jet lag*. —«Pero sobre todo con un sobrepeso en mi frente», pensé—. Mucho trabajo y estrés, pero, en general, bien. Todavía me hago *la picha un lío* entre el castellano, el inglés y el chino, pero ya voy aterrizando. La verdad es que tenía ganas de volver. Uno se siente muy solo allá, tan lejos, con unas costumbres tan diferentes a las nuestras. Y echaba de menos a los amigos y a Sara.

—Sí, supongo que ella también se habrá sentido sola. Aunque tampoco ha perdido el tiempo.

Aquella información me dejó en fuera de juego. Sara y Martina sólo tenían contacto cuando yo estaba de por medio, porque, desde el momento en que a Martina se le ocurrió la feliz idea de felicitar me en mi propia boda, y delante de todos los invitados, con un sonoro beso en todos los morros —al que sólo le faltó la ración de lengua—, Sara era incapaz de soportar a Martina,

recomida por unos irracionales celos. Por tanto, que ella supiera algo de la vida de mi esposa me extrañó.

—¿Qué quieres decir con que no ha perdido el tiempo?

—Bueno, supongo que ya lo sabrás. Te lo habrá dicho por *mail*, ¿no?

—¿El qué?

—Bueno, pues que los jueves por la tarde iba a clases de tango con Carles —dijo, un tanto sorprendida.

En mi interior todo mi organismo llamó a zafarrancho de combate y un súbito incremento de temperatura hizo que mis orejas pasaran del ámbar al rojo en cuestión de segundos. Aquel *mail*, interceptado por mí con cierta perfidia, volvía con fuerza a impactar contra mi sesera. ¿Así que se lo habían pasado muy bien aquella noche? ¿Bailando... en vertical o en horizontal?

—Pues no me había comentado nada..., que yo recuerde. ¿Y tú cómo sabes eso?

—Jolín, ¡pues porque coincido con ellos en las clases! Hacía tiempo que yo tenía ganas de aprender a bailar y, desde que Luis y yo lo dejamos, tenía ganas de conocer a gente nueva. Así que, cuando vi el anuncio de las clases para este cuatrimestre, me apunté. Cuando fui el primer día, allí estaban también tu mujer y Carles. No veas la cara que puso Sara. Se quedó pálida. — Y sonrió con cierta malicia, conocedora de su mutua inquina.

—Pues no sabía nada. Tampoco sabía nada de que estuviera yendo al gimnasio con Raúl. Desde luego veo que no ha estado llorando por mí en las esquinas. —Por un momento estuve a punto de explicarle allí mismo lo que había descubierto últimamente, pero no me pareció el lugar adecuado. Ya tendría ocasión de contárselo con más calma—. Vamos al salón con los demás.

Al llegar allí estaban todos ayudando a Sara a poner la mesa, distribuyendo las mantelerías y la cubertería de las fiestas de guardar. En ese momento Romén estaba hablando con mi esposa.

—¿Y ya estás mejor de la espalda? El masaje que te di el otro día te tiene que haber hecho efecto ya. Recuerda que tienes que hacer los ejercicios de estiramiento que te comenté; si no, volverás a quedarte enganchada.

—Vaya. ¿Un masaje? No sabía que estuvieras mal de la espalda, cariño. —¿Qué día le había dado Romén una sesión de fisioterapia a Sara? ¿El jueves

por la noche cuando yo estaba llegando de China? Y, sobre todo, ¿qué tipo de masaje? Pero, ¿no había estado bailando Sara con Carles aquella noche? ¿Podía ser posible? Mis investigaciones comenzaban a parecerse a una brújula desimantada, pues la aguja de la misma se había vuelto loca y apuntaba hacia un sospechoso distinto cada vez que yo recibía nueva información. En ese momento, los indicios acusaban a Romén.

—Te comenté por *mail* que me había quedado enganchada de los riñones y que le había pedido a Romén que me echara una mano, a ver si podía hacerme algo para aliviarme el dolor.

La pregunta que me vino a la cabeza fue: «¿Dónde querías que te echara una mano?»

—Sí, tuve que traer mi camilla de masajes; por cierto, algún día tendré que llevármela, y hacerle unas sesiones a domicilio. Tanto baile y tanto gimnasio es bueno para la salud, pero hay que calentar primero y hacer buenos estiramientos antes de hacer ejercicio. —«¿Calentar el qué? ¿Y estirar *lo cual*?»». Mis sinapsis neuronales estaban en DEFCON 1, en completo estado de alarma, buscando cualquier mínimo rastro entre las comas y letras de cualquier conversación para detectar a algún posible culpable.

—Ya veo que me has echado de menos, pero que no te has aburrido. Al gimnasio con Raúl, sesiones de fisioterapia con Romén y a bailar tango con Carles —dije con un tono neutro, manteniendo la sonrisa, para evitar que aquella frase sonara a reproche.

—¿Es que no lees los *mails* que te mando? —La verdad era que sí que los leía, pero en diagonal y tan deprisa que a veces me saltaba información, así que algo de razón sí que tenía Sara—. Te comenté que me había apuntado a clases con Carles. —Ella continuó dirigiéndose al resto del auditorio para explicarse—. Siempre le digo que vayamos a bailar, pero dice que no le gusta —y, riéndose sin malicia, continuó en tono condescendiente—, aunque la verdad es que el pobre tiene un sentido del ritmo que espanta, por no decir que su cintura y su cadera tienen la misma movilidad que el palo de una escoba.

—Sí, la puñetera siempre me llama, cariñosamente, Insecto Palo. —Continué con la broma, al tiempo que arrancaba unas sonrisas y unas carcajadas de nuestros amigos. La verdad es que Sara estaba en lo cierto. Mi capacidad para coordinar mis caderas, mi cintura y mis pies al ritmo de

cualquier música eran increíblemente aterradoras. No en vano, aquellas botas ortopédicas de mi infancia, si bien habían conseguido su objetivo de otorgarme algo de puente en las plantas de mis pies, anquilosaron el normal contoneo de mis caderas y habían eliminado para siempre la posibilidad de que yo pudiera bailar algún día la danza del vientre... o simplemente, cualquier tipo de danza. Para justificarme, continué, allí de pie en medio del comedor, con mis aclaraciones delante de todos los presentes—: Siempre he sido un negado para la música, la lírica y el baile. Cuando tenía siete añitos, mis padres me llevaron a un coro para ver si podía dárseme bien el «*bel canto*». Lo primero que hizo la profesora fue preguntarme qué quería ser de mayor. Yo, inocentemente, le respondí, con vocecita de niño cantor de Viena, que «canto-autor». Y, tras realizarme varias pruebas de voz, consideró que: a) No podía enmarcarme dentro de cuerda alguna. Ella no podía definir si yo era tenor, bajo o barítono. Como mucho podía diferenciarme entre gritón o chillón; b) Constató que yo era completamente sordo al ritmo de la música.

—Doy fe de ello. Canta como el culo —dijo Romén desde el sofá, partido de la risa al igual de los demás.

—Pues después de oírme cantar, la muy cabrona les dijo a mis padres, con una absoluta falta de tacto que, más que «canto-autor» y para el bien de la Humanidad, era mejor que yo fuera «auto-cantor», es decir, que me dedicara a cantar solo, para mí mismo, alejado de cualquier ser que pudiera ser torturado con mis desdibujadas notas musicales. Así que mi primera experiencia con las artes fue un desastre. Pero mi familia seguía empeñada en que yo podía triunfar en estas lides y hablaron «personalmente» con los Reyes Magos, según me explicaron a los ocho años, y éstos, con toda la buena fe y la magia correspondiente, me dejaron una guitarra, con su diapasón y todo para afinarla. Aquella guitarra nunca dejó de criar a familias enteras de arañas que tejían sus telas entre su funda y la pared de mi cuarto. Sin embargo, el diapasón se convirtió en el martillo pilón de mis padres, ya que me dedicaba a golpearlo contra cualquier cosa para hacerlo vibrar. La historia del diapasón finalizó al cabo de seis meses cuando le aticé a una figurita de porcelana que tenía mi madre en su habitación. Esto desencadenó diversos acontecimientos. La figurita de porcelana quedó hecha añicos, mi diapasón fue lanzado a la basura inmediatamente, y, finalmente, mis nalgas acabaron calientes tras un par de buenos azotes impartidos por la justicia materna por desobedecer el artículo

siete, párrafo tres, del código penal familiar: «Las cosas de mamá no se tocan». Aquellas dos nalgadas marcaron el fin de mi carrera lírica.

Gemma estaba con las lágrimas en los ojos, tronchada de la risa, terminando de colocar la mesa, cuando me devolvió a la dura realidad con una simple pregunta, utilizando su pequeña voz, que le daba un tono añorado.

—Sara, faltan dos copas. ¿Están sucias?

—No. Se me rompieron a mí el otro día, después de la última cena. — Mintió con una soltura y un descaro que me dejaron completamente atónito durante unos instantes, al tiempo que ella le lanzaba una sospechosa mirada a Raúl. El timbre de la puerta volvió a sonar y mi cuerpo se dirigió hacia allí, hipnotizado, sin ser consciente de haber recibido ninguna orden por parte de mi cerebro.

Al abrir, aparecieron ante mí Carles, con su cara de ingeniero empollón similar a la mía, y su esposa Alba, una mujer que tenía un corazón tan grande como el resto de su desmedido cuerpo. La buenaza de Alba, nada más verme, me cogió las mejillas entre sus manos y me plantó dos explosivos besos en cada moflete, con la alegría que la caracterizaba.

—Perdón por llegar tarde, pero es que la canguro se ha retrasado y, encima, no había manera de que los gemelos se durmieran —se disculpó Alba.

Carles extendió su mano y nos dimos un firme y cordial saludo.

—¿Qué tal con los chinos? ¿Ha ido todo bien?

—Bien, muy bien. Creo que en breve podremos cerrar el negocio con ellos. El director general creo que quedará impresionado.

—Luego te cuento. Pero últimamente ha habido cambios en la oficina que puede que no te gusten. Los americanos también están interesados y no me extrañaría que cerremos el trato con ellos en lugar de con los chinos.

A perro flaco todo son pulgas. Aún no tenía asumida la cornamenta recién adquirida en mi relación marital como para que, además, alguien hubiera estado maquinando a mis espaldas para clavarme una puñalada trapera en el trabajo. En escasos días, mi matrimonio y mi esfuerzo laboral estaban en la picota. Aturdido por la noticia, les dejé pasar al interior de mi morada, donde se reunieron y saludaron al resto de los invitados.

A la hora de sentarnos en la mesa, utilicé mi mente de ingeniero y mis

recién adquiridos celos para distribuir a los comensales estratégicamente. Siguiendo mis indicaciones de anfitrión atento y cortés, a Raúl lo coloqué presidiendo el extremo izquierdo de la mesa. Sara estaba sentada a continuación, en el lado ancho de la mesa más cercano al pasillo que daba hacia la cocina. Yo me ubiqué a su vera, entre ella y Martina, con lo cual, para ellas dos, era como si la otra no existiera, pues mi cuerpo las hacía invisibles una a la otra. En frente de nosotros tres, de espaldas al ventanal que daba al porche de la piscina, estaban aposentados Carles, Alba y Romén. Finalmente, a Gemma la posicioné en el extremo derecho de la mesa, enfrentada a Raúl.

Con aquella distribución podía controlar la situación en todas sus vertientes, porque: a) mantenía separadas con la barrera física de mi cuerpo a Martina y a Sara, evitando cualquier conflicto que pudiera surgir entre ellas; b) podía ver la cara de Raúl, Carles y Romén con solo un ligero giro de cuello y observar cómo miraban a Sara; c) análogamente, con un giro de noventa grados de mi cuello hacia mi izquierda, podía indagar cualquier señal que Sara pudiera enviar hacia alguno de ellos; d) cada oveja estaba con su pareja; y e) tanto Sara como yo quedábamos en la posición más cercana a la cocina, de manera que podíamos ir hasta allí sin tener que rodear la mesa para servir a nuestros invitados.

La cena transcurrió entre unos fabulosos entrantes a base de entremeses — permitiéndome saborear el jamón serrano después de tanto tiempo—, una sabrosa ensalada de verano, hecha por Sara, y un salmón a la plancha con mojo picón y papas arrugadas preparados por mí para el deleite de los chicharreros, pues Romén y yo éramos de Tenerife, y Martina había vivido unos años allí, antes de que los tres, por diferentes razones, terminásemos mudándonos a Barcelona. Todos aquellos manjares fueron ingeridos por los comensales mezclando el bolo alimenticio con el aromático *bouquet* del Rioja que nos había traído Romén, salvo Alba, que cometió el pecado capital de mezclar aquel maravilloso vino con gaseosa, lo cual le valió un pequeño reproche por parte de su marido, que le señaló «que no sabía comer». En mi interior pensé que Carles se había reprimido de decirle que por eso estaba tan gorda.

Las conversaciones sobre la mesa fueron cambiando de tema en tema, desde los portentosos músculos de aquel Terminator llamado Raúl y las toneladas de peso que levantaba en el gimnasio, hasta las pequeñas travesuras

y trastadas de los chiquillos de Carles y Alba, un par de simpáticos y bulliciosos críos, de un año de edad, que no estaban nunca quietos y que, increíblemente, eran capaces de satisfacer algunas de las leyes de la mecánica cuántica, pues cumplían perfectamente el Principio de Incertidumbre de Heisenberg: podía conocerse su posición, pero no su velocidad, y viceversa; podías verlos pasar velozmente, pero no tener ni idea de dónde estaban.

Según quién fuera interviniendo en los diálogos para introducir sus aportaciones, mis pupilas se desplazaban a toda velocidad en la cuenca de mis ojos, de un lado a otro, para controlar cualquier gesto que pudiera delatar al traidor, al tiempo que, a modo de tic, giraba mi cuello sistemáticamente a mi izquierda para espiar las reacciones de mi esposa a las contracciones de los bíceps de Raúl, las sonrisas cautivadoras de Romén o los comentarios de Carles. Finalmente, desistí de realizar aquellos espasmódicos movimientos ante la tortícolis en ciernes y a que todos me preguntaban qué tal me había ido por Shanghái, con lo que todas las miradas se centraron en mí.

Aunque básicamente mi estancia allí fue dedicada en cuerpo y alma a mi trabajo, pude describirles algunas curiosidades del lugar. Así pues, les expliqué que aquella inmensa urbe de unos veinte millones de seres amarillos se está hundiendo a un ritmo de quince milímetros por año; que es la única ciudad del mundo que tiene un tren de levitación magnética en servicio, el Maglev; o las costumbres de la gente, como la de salir a la calle en pijama, realizar competiciones de esputos, ya que no paran de escupir; que tocan el claxon como dementes para circular y que convierten el tráfico en un auténtico concierto de pita completamente desafinado; o la afición generalizada de evitar las colas para crear auténticas bandadas, sobre todo a la hora de entrar en el metro, donde el que más empuja es el primero que entra en el vagón. También hablé de su rica comida, sobre todo del Gu Io Yuk —ternera agridulce— y del Pi Dan —huevos de pato, pollo o codorniz preservados en cal viva, arcilla y cenizas—, que tanto me gustaron mientras estuve allí, así como de las bebidas: el té, que beben sin parar, su rica cerveza, sus vinos oxidados, el vino de arroz, que no me hacía ninguna gracia, o sus vinos con lagartos, abejas o serpientes en adobo.

—¡Ños! ¡Qué asco! ¡Vino con abejas! —soltó Romén—. Con eso no hay manera de emborracharse. Seguro que nunca te llevarían a tu casa en ambulancia borracho como una cuba, como cuando estábamos en la

universidad...

—¿Te llevaron borracho a tu casa en ambulancia? —interrumpió Alba, sorprendida, pues se le hacía difícil que un tipo responsable como yo, y con cara de no haber roto un plato en su vida, hubiese podido cogerse una cogorza de tal calibre que hubiera necesitado de asistencia sanitaria de primeros auxilios.

—Sí, aquí, el amigo, en su juventud, tuvo que ser evacuado por una ambulancia para poder llegar hasta su casa. Gracias a que Martina y yo le ayudamos aquella noche, sus padres ni se enteraron. Porque, si se llegan a enterar, nunca hubieras venido a vivir a Barcelona —intervino Romén, dando detalles de una historia que sólo Martina, Sara y él conocían.

—¿Y eso? ¿Cómo fue? —preguntó curiosa Gemma.

—Era el mes de agosto y Romén y yo habíamos aprobado el primer curso en la Facultad de La Laguna. Ambos habíamos decidido continuar nuestras carreras en Barcelona. Yo quería seguir con Ingeniería y él con Fisioterapia. Nuestros padres ya se habían hecho a la idea y nos habían dicho que sí; por tanto, para celebrarlo nos fuimos de fiesta a la verbena de verano de un pueblo de Tenerife llamado La Esperanza —expliqué.

—Sí, y como en toda fiesta que se precie, como mínimo, siempre hay una orquesta de música de salsa —intervino Martina—. Y, si hay alguien que odia la salsa, es él —dijo señalándome.

—Me acuerdo perfectamente. Tocaba la orquesta *Merengue sabrosón*. ¡Dios! ¡Qué horror! —aclaré mientras simulaba estar tocando unas maracas—. Para poder soportarlo decidí eliminar mi capacidad auditiva a base de vodka con limón. Lo que pasa que se me fue la mano y no sólo perdí el sentido del oído sino, también, el sentido del equilibrio, el sentido del ridículo y, finalmente, perdí directamente el sentido. Me desmayé sobre la hierba y los únicos sistemas autónomos que me quedaron en funcionamiento fueron el cardiovascular y el respiratorio. El hombre puede ser muy estúpido, pero la Naturaleza es sabia —sentenció.

—Cuando lo vimos tirado como una colilla, nos asustamos y llamamos a la ambulancia que estaba allí de servicio. Le pusieron la B-12 y el conductor nos dijo que se lo llevaría al hospital, pero nosotros le pedimos que lo dejara en su casa para no asustar a sus padres que, encima, se habían ido al apartamento

que tenían en la playa —siguió explicando Martina—. Para tranquilizar al enfermero, le dijimos que nosotros seguiríamos a la ambulancia, que les ayudaríamos a dejarlo en su casa y que cuidaríamos de él.

—Del trayecto sólo recuerdo que me caí de la camilla y me di un leñazo de campeonato contra el suelo de la ambulancia, porque de La Esperanza a Taco, mi barrio, se bajan casi seiscientos metros de desnivel por una carretera plagada de curvas. Los cabrones de los sanitarios ni se inmutaron. Supongo que pensaron que no podía caer más bajo, ni como persona ni como fardo...

—Y cuando llegamos a su casa, lo desnudamos y lo metimos en la ducha para que se le pasara el pedo —continuó Romén.

—Y tengo que reconocer, como testigo, que la Naturaleza te dio una buena dotación. —Soltó Martina, mirándome alegremente delante de todos los comensales. Desde luego, *Miamiga* tenía el don de ser capaz de destrozar mi matrimonio. En aquel momento, yo estaba mirándola a ella, pero tuve la sensación de que Sara, detrás de mí, me atravesaba con la mirada queriendo fulminar a Martina. Reí, igual que el resto de los invitados, ante la ocurrencia de mi amiga; sin embargo, evité girarme para que Sara pudiera detectar el rubor que encendía mis mejillas. Aunque, tras pensarlo unos segundos, el que debía estar indignado era yo, pues el peso de mis cuernos estaba acrecentando la tortícolis.

—Sí, gracias a que me llevaron y me cuidaron aquella noche, mis progenitores no se enteraron. Mi padre jamás me hubiera dejado ir a Barcelona sabiendo que yo podía cogerme una tajada de tales proporciones. Y a mi madre le hubiera dado un ataque sólo de pensar que su «empolloncito» podía convertirse en un alcohólico anónimo o en algún tipo de drogadicto. ¡Qué va! No hubiera salido nunca de Tenerife.

—Es que tu padre era muy estricto y normativo —apuntilló Romén.

—No lo niego, pero lo que pasaba era que mis padres eran gente humilde y les había costado muchos sacrificios que su hijo llegara a la universidad. Querían darme la mejor formación posible y siempre me habían empujado a estudiar para ser el mejor. Ser el segundo no contaba. Ser segundo era ser un perdedor. Había que ser siempre el primero, ser el mejor. Según ellos, así podría tener una posición de respeto y, sobre todo, una economía sin apreturas, como la que ellos habían tenido. Mi padre sólo me hubiera dado una

oportunidad y no estaba dispuesto a que yo desperdiciara mi tiempo y, mucho menos, que me fundiera el dinero de la beca en alcohol.

—Sí, por eso no te gusta perder ni a las canicas —indicó mi esposa.

—Bueno, me gusta luchar por lo que considero que es mío —añadí con cierto resquemor, mientras me levantaba, dando por terminada la tertulia, al recordar el peso de mi cornamenta.

Raúl y Martina salieron a la piscina, armados con sendos chupitos, mientras el primero fruncía los pectorales y los bíceps para impresionar a la segunda. El resto del personal se dedicó a recoger los platos y a realizar un cónclave en la cocina. Carles y yo nos quedamos sentados en las butacas del salón.

El breve mensaje que Carles me había dado al llegar sobre la situación en la oficina aún rondaba en mi cabeza y había pasado a ocupar un gran espacio en mi cerebro, así que dicha preocupación se transmitía entre mis neuronas simultáneamente a la de la raja del culo cuyo dueño estaba tratando de localizar. Aproveché la coyuntura para abordar la cuestión:

—Antes me comentaste que estaban habiendo cambios en la oficina. ¿Qué querías decir con que igual firmamos con los americanos?

—Bueno, como tú te fuiste a China a convencer a los chinos, el pelota de Sabaté se apropió de tu idea y se fue a Madrid a venderle al director general la posibilidad de buscar otras alternativas, por si fallaban tus negociaciones. Así que Sabaté ha estado jugando sus cartas y ha conseguido contactar con el Gobierno americano. A través de un conocido que tiene en la embajada americana, lo invitaron a ir a Washington para entrevistarse con unos peces gordos de la administración. No sé cómo lo hizo, pero llegó a ir a Langley, la sede de la CIA, y se reunió con directivos del Servicio Secreto. A saber qué moto les vendería, pero el caso es que en menos de un mes ha conseguido captar la atención de los yanquis y es posible que cerremos el trato con ellos.

—Pero, ¿y a mí por qué no se me dijo nada? ¿Por qué no me dijiste nada? ¡Coño! ¡Que soy tu jefe! ¡Y tu amigo! —solté indignado por la falta de transparencia de Carles.

—No te cabrees conmigo. Me enteré ayer, y de casualidad. Ya sabes cómo es el director general a la hora de buscar negocio. Nunca se cierra ninguna puerta. Lo han llevado en secreto hasta el último momento. Bueno, igual que lo

tuyo en China. Salvo yo y la gente del Consejo de Administración, nadie sabía qué hacías allí. Han querido buscar al mejor postor para venderle nuestro producto y, sabiendo que puede ser del interés de varios gobiernos, me imagino que habrán querido que la mano derecha no supiera lo que hacía la mano izquierda —razonó con cierto tino Carles.

Un sentimiento de indignación me recomía por dentro. ¡La maldita sabandija rastrea de Sabaté! El maldito director comercial compitiendo conmigo, el director de investigación y desarrollo. Si su jugada salía bien, mi ascenso dentro de la empresa estaba condenado y, encima, posiblemente pasaría a depender directamente de él. Yo no era un vendedor, sino un técnico, y los chinos eran bastante difíciles de persuadir. Además, la complicada y pesada burocracia de su administración entorpecía los pasos que había que seguir. Sin embargo, Sabaté, con la capacidad embustera de un buen comercial, había conseguido engatusar a los yanquis en menos de un mes y casi venderles nuestros sistemas. Debido al recalentón que hervía en mi interior, las blanquecinas nalgas que habían saltado por la verja de mi jardín habían pasado a un segundo plano. Me olvidé completamente de mi cornamenta, con lo que me olvidé sacar el tema de las clases de tango a las que asistía Carles con mi esposa. Aun así, el propio Carles me daría una segunda oportunidad para aclarar ese punto al hacerme una última proposición.

—Si quieres quedamos esta semana fuera de la oficina y lo hablamos con calma.

—De acuerdo. Ya buscaremos un hueco esta semana —contesté, al tiempo que un sonoro cacareo de risas tronaba en la cocina. Los dos nos miramos y nos dirigimos hacia allí. Martina y Raúl habían abandonado el jardín de la piscina y también se había reunido con los demás, sobre todo, debido a que Raúl, a pesar de lucirse inflando el pecho y zurear como un palomo salido detrás de la hembra, no había conseguido llamar la atención de Martina. Al vernos llegar, Alba, con una amplia sonrisa en su sonrosada y oronda cara, le solicitó a su marido:

—Carles, cuéntales lo que nos ha pasado hoy con Alex y Pau, que a Sara, como pediatra, seguro que le hará gracia.

—Sí, ha sido buenísimo. Resulta que Pau tiene la costumbre de ir a los

radiadores de casa a restregarse los dedos en el óxido que sueltan, y luego se los chupetea. Se ve que le debe gustar el sabor. Nosotros le tenemos prohibido que haga eso, pero él pasa de nosotros y, cada vez que no le estamos mirando, ataca el radiador. Esta tarde lo pillé y le he castigado metiéndole en el parque. Pero mira si son listos los críos. Alex pasaba por allí y Pau lo ha llamado con su código de «*gu gu ta ta*». Alex se ha acercado al parque, han mantenido un diálogo en su propia lengua, y Alex, ni corto ni perezoso, se fue al radiador, se untó sus propios dedos con el óxido, y se los llevó a su hermano para que éste pudiera chupárselos.

—La verdad es que a esas edades son una monada, y más inteligentes de lo que nosotros mismos pensamos —dijo mi mujer, con una sonrisa en la boca y lanzándome un invisible dardo con su mirada—. ¿Ves lo que te pierdes, cariño? A ver si te decides de una vez.

—Sí, cariño. —«¡Mierda *pa* mí!», pensé, «Ya salió el maldito tema». No tenía yo ya suficiente lío en mi cabeza, entre buscar al propietario de los saltarines glúteos traicioneros y tratar de salvar la virginidad de mi propio culo dentro del contexto de mi empresa, como para encima acabar la noche discutiendo con mi mujer.

No hace falta decir que la cocina quedó como un campo de batalla, regada de cadáveres de salmón reducidos a espinas, casquillos de botellas de vino vacías y metralla de trozos de papas arrugadas, lo cual supuso media hora de recolección de restos y dos lavavajillas al completo. Mientras Sara y yo recogíamos, aproveché para intentar sacarle algo de información:

—¿Y desde cuándo vas a bailar con Carles?

—Pues casi desde que te fuiste. Ya te lo comenté en los *mails* que te mandé, aunque, por lo que veo, no te los leíste —dejó caer con cierta sorna—. Carles está bastante estresado. Entre el trabajo y los gemelos no tiene tiempo para nada, y parece ser que necesitaba hacer alguna otra cosa para relajarse. A él siempre le ha gustado bailar, pero Alba ahora está muy liada con los niños y no se dedica a otra cosa.

—Bueno, también es que bailar con Alba debe ser como bailar con una peonza gigante, porque se está poniendo como un tonelillo —apostillé con mala baba.

—Sí, desde que tuvieron los gemelos el año pasado, ha engordado bastante. Alba sólo se dedica a los chiquillos y no hace nada que no sea cuidar de ellos... Ni quiere. Así que Carles me preguntó si quería ir a clases con él. Le dije que sí y hemos estado yendo todos los jueves, aunque ya hemos terminado el cuatrimestre, así que hasta después del verano no volveremos a ir.

—¿Seguirás con las clases?

—Pues sí. Hasta me he comprado un vestido y zapatos para ir a bailar. —¿Un vestido? ¿Un vestido? Yo había visto dos vestidos, no uno solo. Por tanto, para qué o para quién era el otro vestido que se había comprado—. ¿Te quieres apuntar? —preguntó sin esperar mi respuesta, pues conocía perfectamente cuál era mi posición al respecto. Cambié de tercio, obviando la presencia de Martina en las clases de baile:

—¿Y Romén? ¿Te ha estado visitando?

—¡Tiene unos dedos prodigiosos! —El comentario hizo que a mi cerebro llegaran unas terribles imágenes en las que cierta anatomía de mi mujer era masajeadada por los dígitos de mi amigo. Traté de sacármelas de la cabeza urgentemente—. Al principio de las clases de baile, con los zapatos de tacón, se me cargaban los riñones y los gemelos, así que le pedí que me diera unas sesiones de masaje. En lugar de ir a su consulta, se trajo la camilla portátil y me ha hecho terapia a domicilio. La verdad es que se lo agradezco mucho. Si no hubiera sido por él no podría haber ido ni al gimnasio ni al baile.

Terminamos de ordenar la cocina y subimos a acostarnos. Sara tardó segundos en comenzar a roncar; sin embargo, yo volví a padecer de insomnio, ya no por el desajuste horario, sino por el desajuste mental que estaba produciéndose en mi cerebro debido a las nuevas noticias recibidas sobre el tema laboral y a la falta de pruebas contundentes para acusar a alguno de los implicados en el crimen sentimental de mi puesta de cuernos. Rebobiné la cinta de los hechos de la cena, tratando de recordar alguna mirada, comentario o sonrisa entre mi mujer y alguno de los invitados que pudiera ser sospechosa, pero no conseguí encontrar nada extraño, salvo la mirada de Sara a Raúl cuando Gemma le preguntó por las copas que faltaban.

En el interior de mi agitado ser se mezclaban una serie de turbios y enredados sentimientos. Por un lado, yo aún quería a Sara, y su

comportamiento conmigo, hasta el momento, había sido bastante natural, lo cual me desconcertaba, pues parecía que no hubiera notado mi ausencia; por otro lado, la sombra de la traición me causaba un hondo desasosiego que, además, se me hacía más profundo al no poder compartir mi angustia con ninguno de mis amigos y conocidos más cercanos, pues los tres eran sospechosos. Sólo Martina me daba la posibilidad de hablar con alguien para poder soltar la amargura que me recomía por dentro así que, algunas de mis neuronas decidieron que, en cuanto pudiera, quedaría con ella para contárselo.

Para terminar de complicar el jaleo afectivo que evitaba que mi cuerpo entrase en estado de sueño profundo, la noticia que me había dejado caer Carles, a modo del Enola Gay con la bomba atómica, me había impactado tanto como la visión de aquellas nalgas saltando la verja de mi casa. Los pilares que mantenían el sustento de mi autoestima, mi pareja y mi trabajo, estaban comenzando a sacudirse violentamente, como si un terremoto de nivel ocho en la escala de Richter hubiera decidido destruir el edificio sobre el que se sostenía mi existencia.

Capítulo 4. De vuelta al trabajo

El lunes volví a la oficina después de ciento veinte días de ausencia. El trayecto en coche lo hice conduciendo como un sonámbulo pues, tras haberlo realizado miles de veces, se había convertido en una rutina tan arraigada en mi inconsciente que nunca conseguía recordar cómo llegaba de mis confortables sábanas de seda a la butaca del despacho. Para mí era como si una nave extraterrestre me abdujera cada mañana y me teletransportara de un sitio a otro sin darme cuenta de lo que ocurría durante esa *horeja*, u *horilla*, de desplazamiento.

Mi escritorio permanecía tan limpio y ordenado como lo había dejado antes de irme, sobre todo gracias a Mari, la señora de la limpieza, que se había encargado de quitarle el polvo diariamente. Comencé mi protocolo de rutinas habituales, que consistía en arrancar el ordenador y, mientras éste se desperezaba después de meses sin uso, encaminarme hacia la máquina de café.

Ir al *office* a saciarme con un chute de cafeína no sólo era una táctica para mantenerme despierto en el trabajo, escaquearme durante unos instantes o tomar aquel maldito laxante que escupía la condenada máquina, sino también una buena práctica para conocer el ambiente de la empresa y ponerme al día sobre la rumorología imperante. En aquel pequeño cubículo, las secretarías siempre largaban más de la cuenta, los informáticos comentaban las conversaciones que habían escuchado entre los jefes cuando reparaban sus ordenadores, los varones hacíamos hincapié en lo buena que estaban algunas de nuestras compañeras, o en la inutilidad manifiesta de nuestros respectivos superiores, y las mujeres solían criticar a la colega que no estaba presente en esos instantes. Por tanto, me desplazé hacia allí con la intención de averiguar algo sobre las nuevas nuevas y, de paso, reencontrarme con mis compañeros y compañeras después de tanto tiempo.

Mis relaciones con el resto de empleados eran bastante cordiales, así que fui saludado efusivamente por muchos de ellos. La mayoría me preguntaba sobre mi estancia en China y me daba la bienvenida a casa, pero casi todos me transmitieron el mismo mensaje del que Carles me había informado el sábado por la noche: era casi seguro que cerrábamos el trato con los americanos. Aquella noticia, añadida a que el café recién ingerido se había puesto a jugar con mis intestinos, ambos, delgado y grueso, hizo que tuviera que abandonar el *office* apretando el paso y las nalgas hasta el inodoro más próximo.

Cuando el río suena es que agua lleva. Así que, de vuelta a mi despacho, comencé a bajarme los últimos correos en busca de noticias. Los revisé, pero en ellos no pude descubrir nada que me indicara la posibilidad de un acuerdo entre nosotros y los americanos. Lógicamente los rumores nunca corren por Internet, sino de boca en boca. Para poder aclararlo, sólo podía hacer una cosa: ir directamente a la fuente, a Sabaté. Sin embargo, como aún no había llegado, me dediqué a enviar a mis superiores los informes sobre mis negociaciones con los chinos, así como las ventajas que nos reportaría el asociarnos con ellos. Me hice el bobo, como si no supiera nada del tema con los yanquis. Era la única manera de intentar boicotear el trato que, al parecer, era inminente.

Sabaté, como siempre, llegó tarde a la oficina y se refugió en su guarida. Para no parecer desesperado ni desvelar mi angustia, esperé algo más de media hora antes de acercarme hasta su despacho.

—Buenos días, Sabaté.

—¡Hombre! —Su teléfono móvil sonó y mi nombre quedó oculto bajo el pentagrama de las folclóricas notas de la música de Los Chunguitos. Sabaté colgó directamente—. ¿Cómo estás? ¿Cómo te ha ido por China? —Su voz era cordial y melosa; pero, conociéndolo, yo sabía que tan sólo se trataba de su táctica habitual de peloteo. Él era mejor comercial que yo para vender el producto a los americanos, pero no era tonto, y sabía que me necesitaba. La persona que mejor conocía nuestros sistemas era yo, así que no le interesaba perderme, pero sí tenerme a su cargo—. Pasa, pasa, contigo quería hablar.

Entré, cerré la puerta y me senté frente a él. Gracias a la salvaje deforestación que había sufrido en su cráneo, aquel terreno había quedado completamente yermo por lo que, en su calva, podía ver perfectamente

reflejado el foco de luz que tenía sobre la cabeza. Su nariz, grande y en forma de pico de cuervo, le hacía sombra sobre los labios, que desplegaban una sibilina sonrisa.

—Quería comentarte algo antes de que te enteres por otros, porque creo que los rumores han empezado a correr antes de tiempo —comenzó a decir mientras se acariciaba la corbata. Me transmitió la sensación de que estaba incómodo ante la situación que se le planteaba.

—Demasiado tarde. Parece ser, por lo que he ido oyendo por los pasillos, que el acuerdo que yo había propuesto llevar a cabo con los chinos, al final, se va a firmar con los americanos —dije mirándole fijamente en actitud desafiante—. ¿Qué narices he hecho yo en China durante cuatro meses?

—Oye, oye, no te lo tomes como algo personal. El Gran Jefe decidió jugar a dos bandas.

—Sí, pero fuiste tú quien le fue con la propuesta de los americanos —le acusé directamente.

—No sé quién te habrá contado eso, pero no fue una decisión mía. El Consejo de Administración optó por buscar varias posibilidades. Se barajó incluso proponérselo a los alemanes o a los israelitas, pero la alternativa más clara eran los americanos, ya que yo tenía contactos en su embajada —se defendió.

—¡Pero si tengo prácticamente el negocio cerrado con el gobierno de Pekín! ¿Qué vamos a hacer ahora? ¡Nos pedirán explicaciones! ¡Y no pienso ser yo quien dé la cara para dar excusas! —exclamé con mi carótida inflamada por el exceso de riego sanguíneo producto de mi alteración.

—No te preocupes por eso. Ya se espabilarán nuestros jefes. Lo que debemos hacer, a partir de ahora, es seguir trabajando igual, dentro de la estructura actual de la organización, implicándonos en el proceso del modelo de desarrollo y colaborando para poder cerrar el negocio dentro de un marco que resulte satisfactorio para todos. —Hablaban como un militante de cualquier partido político, juntando una serie de frases hechas, que sonaban rimbombantes, pero sin decir nada en claro y jugando sus cartas para ganar la partida que teníamos entablada entre ambos.

Acabé bruscamente la conversación. Salí de su despacho y volví a mi confortable puesto de trabajo. Mi vuelta a la oficina estaba siendo peor que la

del transbordador espacial en la atmósfera terrestre, pues yo, desprovisto del escudo térmico que tiene la famosa nave, estaba chamuscándome a pasos agigantados. Mi rostro había adquirido una tonalidad gules producto de la sobreirrigación sanguínea debida al cabreo supino que me ocasionaba la incómoda situación en la que me encontraba y, sentado delante de mi ordenador, era incapaz de hacer nada de provecho, porque los razonamientos que cruzaban mi mente impedían que el resto de mi cuerpo pudiera realizar trabajo efectivo alguno.

El infatigable trabajo de cuatro meses tirado a la basura en cuestión de segundos. Cuatro meses desperdiciados. Cuatro meses en los que mi relación de pareja se había resquebrajado y mi aspiración de ascender dentro de la compañía podía quedar hecha añicos.

Conocía bien al director general, el señor Cabezas, un viejo de setenta años, de sobrada inteligencia y picardía para los negocios, que dirigía la compañía *manu militari*, utilizando a su personal como a los soldados de un ejército privado que le servía para llevar a cabo sus estrategias «*de combate*», como él solía decir. Era un enamorado de la Historia, pero, sobre todo, de las anécdotas de batallas y guerras. Admiraba a personajes tan dispares como a Winston Churchill, por su determinación, firmeza y capacidad de resistencia ante el bombardeo de Inglaterra; a Rommel, por su astucia para moverse en las arenas del desierto del Sáhara; o a Joan Pujol, alias *Garbo*, por su habilidad para engañar a los alemanes ante el desembarco de Normandía. Sin embargo, en el cuerpo a cuerpo, era mucho más retorcido, ya que, para sus tácticas de guerrilla, utilizaba estratagemas de personajes tan siniestros como Mussolini o Stalin.

Había diseñado su despacho de manera similar al que tenía el dictador italiano en la Sala del Mapamundi del Palacio de Venecia de Roma, es decir, creando una elegante, enorme y alargada sala, de casi quince metros de longitud, al final de la cual estaba ubicado su escritorio. Copiando la misma truculenta idea del Duce, el piso estaba cubierto de un reluciente mármol que siempre mantenía encerado, de manera que cualquiera que fuera a verle debía llevar mucho cuidado de no resbalar y caer, mientras él miraba fijamente al visitante que se acercaba. De esta forma, tanto Mussolini como nuestro Gran Jefe conseguían entrevistarse con alguien que, al llegar hasta él, ya se encontraba nervioso e incómodo por la situación. La única que conseguía

mantenerse en pie en aquella pista de patinaje era su secretaria, pues, conociendo la trampa, siempre calzaba zapatos planos con suela de goma para evitar patinar.

Como gato viejo que era, en las comidas y cenas de empresa a las que asistía, había que llevar cuidado, pues utilizaba la misma táctica que empleaba Stalin en sus reuniones de gobierno del Politburó. Mientras que servían vodka a sus ministros, él bebía agua para mantenerse sereno y sonsacar información a los que se iban quedando beodos, antes de mandarlos deportados a Siberia si lo consideraba oportuno. Nuestro director general hacía algo parecido, pues emborrachaba a sus colaboradores o posibles socios con buen vino o *whisky* de malta, según se terciase, mientras él no se alejaba de su inseparable vaso de agua, alegando una perniciosa úlcera estomacal.

Por este motivo, tanto Sabaté como yo sabíamos que, cuando se trataba de temas relacionados con los intereses del director general, debíamos manejar la situación con mucho tacto para evitar posibles problemas. Sin embargo, Sabaté era mucho más habilidoso que yo a la hora de relacionarse con el jefe, pues, mientras yo le soltaba las verdades bruscamente y sin tapujos, Sabaté sabía cómo envolver la información en una suave telaraña de palabras que ocultaban parte de la verdad. Además, conocía la debilidad que tenía el señor Cabezas por las anécdotas históricas y Sabaté siempre tenía alguna nueva que contar para hacerse más zalamero a sus ojos.

El director, por su parte, conocía perfectamente nuestras aspiraciones dentro de la empresa y, en cierta manera, fomentaba la competencia entre nosotros porque, tanto Sabaté como yo, éramos trabajadores infatigables, dedicados en cuerpo y alma a la compañía. También sabía usar las diferentes cualidades de ambos para su provecho, pues utilizaba las artes políticas y habilidades comerciales de Sabaté para las situaciones más comprometidas, al tiempo que me usaba a mí para ocasiones en las que necesitaba dar explicaciones más técnicas del producto. En definitiva, el jefe supremo sabía emplear las «armas» con las que contaba en su «ejército» para ganar sus «batallas» y, seguramente, la posibilidad del nombramiento de un director para la delegación de Barcelona no era sino una estrategia suya para mantenernos a los dos en alerta y mejorar los resultados económicos.

Ante el revoltillo mental que atascaba mis sesos, decidí recuperar las rutinas habituales que solía hacer antes de irme a China, así que comencé por

la típica tradición española de interrumpir el trabajo a las nueve y media de la mañana para ir a tomar el almuerzo. Saliendo de la oficina me crucé con Carles, que se sumó, acompañándome para zamparnos un par de bocatas, unas cervezas y unos cafés. Al llegar al bar, nos arrimamos a la barra, trepamos sobre unos taburetes y, como dos muertos de hambre, le pedimos a Ramonet, el dueño, unas cañitas y nuestros respectivos bocadillos de butifarra y chistorra.

—*Company*, tienes que relajarte. No vas a conseguir nada alterándote tanto —trató de animarme Carles, entre mordisco y mordisco al bocata de chistorra, mientras se pasaba el bolo alimenticio de moflete a moflete, en el interior de sus fauces, y sus gafas se movían sobre sus narices, acompasadamente, al ritmo de su masticación—. No vale la pena que te pongas así.

—¡Joder, macho! —exclamé, aún alterado por la conversación con Sabaté—. Me he pegado cuatro meses en China, peleándome para llegar hasta lo más alto de la mastodóntica administración china, para conseguir ofrecerles nuestros sistemas, para que ahora vengan con que vamos a hacerlo con los americanos. El negocio con los chinos es muy ventajoso. La economía china está en pleno auge y su inversión es una apuesta segura. Aún desconozco cuáles son las condiciones con los americanos, pero lo único que sé es que China tiene comprada gran parte de la deuda de los Estados Unidos, así que opino que, desde el punto de vista económico, la operación con los chinos es una gran oportunidad. Además, creo que la próxima gran potencia será China. Todos los grandes imperios del mundo han tenido su principio y su fin: Roma, España, los Incas, Francia, Inglaterra y ahora le está tocando el turno a los Estados Unidos.

—Bueno, también es que les tienes un poco de manía a los yanquis.

—Sí, nunca me han caído bien. Me acuerdo de que, con cuatro o cinco añitos, los sábados al mediodía, en casa, siempre veíamos las películas de indios y vaqueros. Y yo siempre iba con los indios. Al final, terminé creyéndome que los habitantes de los Estados Unidos se llamaban «rostros pálidos» en lugar de estadounidenses. Por no decir que, cada vez que veía a un turista inglés o alemán de piel transparente y venas marcadas, yo le saludaba con un alegre «¡Jau, rostro pálido, yo cortar cabellera!»; con la consecuente sonrisa forzada de circunstancias por parte de mi madre que, avergonzada, me recriminaba mi bocaza de niño que, a esa temprana edad, soltaba verdades

como puños, aunque fueran políticamente incorrectas.

—En eso no has cambiado —apostilló Carles mientras se sonreía por mi endebles e irracionales argumentos para odiar a los americanos

—Y cuando crecí, dejé de ver *westerns* y comencé a ver películas sobre Vietnam, cambiando de equipo para aliarme con los vietnamitas, pues en lugar de indios y vaqueros, se peleaban los «charlies» con los «yanquis». Y al final, después de tragarme unas cuantas docenas de largometrajes sobre este tema, conseguí averiguar que los americanos llamaban «charlies» a los vietnamitas porque designaban al Viet Cong con las siglas VC, que en código de radio se transmite como Víctor Charlie. Así que empezaron a denominar a los soldados aborígenes como «charlies». Pero, a pesar de tanto atracón de películas de tiros, amputaciones y combatientes trastornados, nunca supe por qué llamaban «yanquis» a los habitantes del americano país.

—Esto último pregúntaselo a Sabaté que, como le hace la pelota al jefe con las historias de la Historia, seguro que lo sabe.

—Muy gracioso. ¡Las ganas que tengo de preguntárselo! —añadí con tono irónico—. Que, por cierto, dice que la idea de los americanos no fue suya, sino que lo decidieron en el Consejo de Administración y que él fue solo un mandado. —Carles puso cara de no creerse nada de lo que le estaba contando.

—Bueno, si él lo dice. Pero, desde el día que hiciste la propuesta de los chinos y te fuiste, estoy convencido de que él estuvo buscando una alternativa para presentársela a Dirección y poder colgarse la medalla. Y, al paso que va, parece que lo conseguirá —dijo mientras me miraba con cara de circunstancias, tratando de compadecerme.

Cuando nuestros almuerzos habían pasado de nuestro mundo exterior a nuestro mundo interior y antes de subir a la oficina, continúe recuperando otras de las tradiciones que tenía antes de mi marcha a Shanghái. Fuimos al estanco para echar mi Primitiva semanal. Rellené el boleto de memoria, utilizando los mismos seis números de siempre: las fechas de nacimiento de mis padres. Unos guarismos que, a pesar de haberlos marcado durante los últimos quince años, nunca me habían reportado ganancia alguna sino, más bien, pérdidas. Pero la esperanza es lo último que se pierde y el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra, así que, como animal, me empecinaba en tropezar siempre con aquella piedra pero, eso sí, sin perder la

esperanza.

Al ser ingeniero, cada vez que rellenaba aquel trozo de papel siempre aparecía en mi cabeza la fórmula matemática de la probabilidad de que me tocasen los millones marcando sólo seis de las cuarenta y nueve casillas:

$$C_{49,6} = \binom{49}{6} = \frac{49 \cdot 48 \cdot 47 \cdot 46 \cdot 45 \cdot 44}{6!} = 13.983.816$$

$$P(6 \text{ aciertos}) = \frac{\text{casos favorables}}{\text{casos posibles}} = \frac{1}{13.983.816} = 0,0000000715 = 7,15 \cdot 10^{-8}$$

Aquello implicaba que mis posibilidades de ganar el premio gordo con una apuesta simple eran de un 0,000007% y que para garantizar acertar al cien por cien tenía que hacer 13.983.816 combinaciones diferentes. Pero la verdad era que nunca me encontraba con ganas de hacer tantas primitivas y, aún peor, nunca llevaba suelto casi catorce millones de euros para poder pagarlas, así que siempre lo probaba con una humilde apuesta de un euro.

Carles también echó su apuesta. Como ya estaban a la venta los cupones de la Lotería de Navidad, se empeñó en comprar uno, así que me vi arrastrado a adquirir yo también el mismo número, aun a sabiendas de que la relación entre la inversión y el premio máximo en este sorteo es de las más bajas de todas las loterías y apuestas del Estado. Pero es que, en el caso de la Lotería de Navidad, la envidia siempre puede más que la iniciativa propia y si algún compañero o amigo se compra un décimo en tus narices, siempre piensas: «Pues yo también, a ver si le va a tocar a él y a mí no». Así que, en aquel momento, la avaricia y la codicia ganaron a mi sentido común y a mi capacidad de ahorro.

Volvimos a la oficina y cada uno se dirigió a su puesto de trabajo. Cité a una reunión a todos mis subordinados, Carles incluido, para recabar información de los últimos progresos en nuestros sistemas para satélites para la observación de la Tierra (SPOT). Mi personal agradeció la convocatoria pues, durante mi ausencia, el Departamento de Investigación y Desarrollo había estado a cargo de Sabaté y la relación entre ingenieros puros y duros, que sólo entendían de temas científicos, con alguien que sólo sabía vender, no había sido muy fluida.

Durante unas horas me pusieron al día de los nuevos avances que habíamos ido teniendo en diversos proyectos, como el giroscopio de fibra óptica, el sensor estelar de tres cabezales o las mejoras realizadas en el

instrumento HRS, que ya nos permitía alcanzar resoluciones pancromáticas de 1,5 metros; de color de 1,5 metros y multiespectrales de seis metros. Al final, la reunión se convirtió en un cruce continuado de palabras técnicas y rimbombantes tales como «órbita polar heliosíncrona», «bandas espectrales», «radiometría» o «correlación de imágenes», que hacían las delicias de cualquiera de los frikis empolloncitos que formábamos parte de mi equipo de investigación, pero que, al mismo tiempo, evitaban que pudiera tener una conversación con mi mujer que le pudiera aclarar a qué me dedicaba exactamente. A ella, básicamente, le decía que nuestros satélites eran capaces de realizar una exploración exhaustiva de todo el planeta Tierra para obtener todo tipo de imágenes y que sus aplicaciones podían ser tan variadas como la realización de mapas cartográficos, estudios demográficos de cualquier región, bancos de datos para estudiar la evolución forestal de las masas boscosas o, incluso, poder visualizar los movimientos de tropas de cualquier ejército. A los chinos prácticamente les había contado la misma milonga, pero ellos mostraron, obviamente, mayor interés que Sara cuando le explicaba estas cosas.

Tras finalizar la reunión, dediqué el resto del tiempo a repasar y ordenar la documentación que había generado durante mi estancia en China, revisar los correos e informar a mis superiores de Madrid. Sin darme cuenta, se me hizo la hora de salir y volver a casa. Absorto por mi trabajo y las desagradables novedades sobre el asunto de los americanos, casi había olvidado que esa tarde comenzaban mis investigaciones... *culinarias*.

Sí, ese lunes había quedado con Raúl para ir al gimnasio e intentar sonsacarle alguna información que pudiera aclararme el asunto de mi cornamenta.

Capítulo 5. El gimnasio

Al llegar a casa, Sara ya estaba preparada con la bolsa de deporte. Le di un beso y subí a la habitación a ponerme mi correspondiente atuendo.

Desde el momento en que acabé mis estudios y comencé a trabajar, abandoné la práctica del fútbol y cualquier otro deporte, absorbido por las largas jornadas laborales. Así que, cuando me puse mi antiguo chándal, mi imagen en el espejo era un tanto patética. No es que estuviera gordo, pero la cintura del pantalón deportivo presionaba mi abdomen y éste, algo desarrollado por el consumo de frescas birras, colgaba en el vacío, haciendo que mi ombligo quedase ligeramente inclinado, apuntando hacia el suelo. Me había puesto la camisa que utilizaba en la juventud para entrenar, pero tuve que cambiármela, pues, más que ponérmela, me la había embutido, de manera que apenas si lograba cubrirme el abdominal inferior y hacía que mis pectorales parecieran pequeñas tetas de vaca. Tras localizar una camiseta algo más holgada, que cayera a plomo desde mi pecho y ocultara la barriga, bajé al salón, donde me esperaba Sara.

—¡Vaya pinta tienes! —dijo riendo—. Pareces Rocky Balboa, pero con tripita. Sólo te falta el gorro de lana, la sudadera gris y la música de *Gonna fly now*. —Se le saltaban las lágrimas con mi aspecto.

—¿No era *Eye of the tiger*? —pregunté, dudando del tema de la película y sonriendo por la ocurrencia de mi mujer—. No pretenderás que tenga el cuerpazo de Raúl. Tiene diez años menos que nosotros... —traté de excusarme, tirándole el anzuelo.

—Que tú. A mí sólo me saca cinco, que tengo treinta y cinco —dijo atrincherándose en la barricada de la defensa de su juventud—. Además, eso no es excusa. No digo que pudieras estar como Raúl de cachas, pero podrías

cuidarte un poco más. Aún no estás gordo, pero esa barriguita de la felicidad te quita encanto.

—Sí, claro. Y la frente también, que cada vez se me hace más ancha —dije pensando tanto en mi alopecia como en el mayor espacio disponible para mis astas.

—Contra la caída del pelo no puedes hacer mucho, pero contra el crecimiento de la masa abdominal creo que podrías reducir las cervecitas y hacer algo más de ejercicio. ¿O no tengo razón?

Desgraciadamente, la tenía.

—Bueno, pues poco a poco, ¿no? De momento, hoy ya voy al gimnasio con ustedes dos.

—Sí, y a ver cuánto duras.

—¡Qué poca fe tienes en mí, mujer!

La conversación fue interrumpida por el sonido de un claxon en la puerta de casa. Raúl acababa de llegar para llevarnos al gimnasio. Aquel formidable ejemplar de macho era amigo de Sara desde hacía tres o cuatro años, cuando se conocieron en la clínica infantil dónde trabajaban ambos. Él era enfermero y se dedicaba a apoyar a los médicos en las tareas que le asignaban, a realizar pequeñas curas y a la asistencia primaria. Mi mujer le apreciaba bastante, pues, a pesar de poseer los músculos propios de un púgil de lucha libre, tenía un carácter divertido, era muy delicado con los niños. Sabía hacerlos reír, jugaba con ellos para entretenerlos y que se olvidaran puntualmente de sus enfermedades, y la ayudaba bastante en el día a día, con lo cual, su relación laboral los había llevado a una estrecha amistad que, de momento, yo tenía bajo sospecha.

Mi relación con él no era tan cercana, pero habíamos hecho buenas migas desde que Sara me lo presentara. Como a él también le gustaba el fútbol, me servía de excusa para invitarlo a casa y acaparar la tele para ver los partidos del Barça o, viceversa, escaparme de mi hogar para ir al suyo a disfrutar del balompié cuando Sara se empeñaba en ver algún culebrón. Los dos éramos culés hasta las cejas y los colores nos unieron bastante. Gracias a aquellos encuentros deportivos descubrí el secreto por el cual Raúl conseguía divertir tanto a los niños: él era un niño. En realidad era un adolescente perpetuo hiperhormonado por la testosterona que su propio cuerpo generaba, añadida a

la que se metía para esculpir sus majestuosos músculos. Cuando Sara no estaba presente, el tema de las conversaciones era siempre el mismo: las mujeres. O más bien, lo buenas que estaban todas las mujeres. En definitiva, iba más salido que las esquinas.

Subimos en el coche, Raúl puso nuestras bolsas de deporte en el maletero y, tras algunas chanzas y burlas que tuve que soportar sobre mi atuendo por su parte, llegamos al gimnasio. Sara se dirigió al vestuario femenino y se despidió «*hasta después de su clase de Pilates*».

Nosotros entramos en el vestuario masculino. Yo ya iba con la ropa lista para hacer deporte, pero Raúl acababa de salir de su turno de trabajo y tenía que cambiarse. La situación me vino perfecta para mis investigaciones. Mientras se mudaba de indumentaria pude contemplar todo su cuerpo. Aquel gigante se quitó la camisa mostrando unos pectorales y unos abdominales impecablemente cincelados por las pesas, las proteínas y los anabolizantes que se zampaba. Sus titánicos bíceps y tríceps se marcaban con cada movimiento de sus brazos. Después se sacó los pantalones y aparecieron unos cuádriceps y unos sartorios perfectamente marcados, acoplados firmemente sobre sus rótulas, y exentos de cualquier rastro de grasa y vello. Finalmente, y aunque pareciera mentira para un heterosexual como yo, llegó el momento más deseado por mí. Se quitó los calzoncillos. ¡Y lo primero que dejó a la vista fue su po... ca mecha para tanta dinamita! Una malévola sonrisa se plasmó en mi faz, ya que hasta cierto punto me alegraba del minúsculo tamaño de su dotación en comparación con la mía. Todos los hombres compiten, estúpidamente, a ver quién la tiene más larga y, en aquel instante, yo ganaba con diferencia. Pero no era aquella parte frontal de su anatomía lo que me interesaba, así que, mientras se ponía la camiseta de deporte, aún con el badajillo colgando, lo rodeé disimuladamente para observarlo de espaldas. Si mi esperanza durante la cena del sábado anterior había sido poder «verle el culo peludo», la realidad me quitó esa idea de la cabeza. No tenía ni un solo pelo. Lo tenía completamente depilado. Parecía el culito de un bebé, no por el tamaño sino por su aparente suavidad. Me quedé hipnotizado por aquellas dos nalgas, mirándolas fijamente, tratando de reconocerlas.

¿Podría haber sido aquel trasero el que huyó de mi propiedad? Desde luego, la ausencia de vello le otorgaba la posibilidad de que fuera más brillante y reflejara más la luz de la farola de la calle. Además, Raúl era rubio

y, como la mayoría de los rubios, tenía la piel más blanca de lo habitual, con lo que su capacidad de reflexión lumínica era superior a la media. Yo recordaba unos brillantes cachetes que escaparon por encima de la valla de mi parcela pero, debido a la distancia desde donde los vi, no podía confirmar que los glúteos de Raúl pudieran ser los que habían saltado por allí. También le revisé las piernas; pero mi cerebro, atónito ante la presencia de un culo en mi propiedad, apenas si había guardado algún recuerdo de las ancas inferiores del maldito asalta camas, por tanto sus musculadas extremidades no aportaban ninguna ayuda a mi investigación.

Estaba tan absorto observándole los dos redondeados y forjados «montecitos» donde acaba su aparato digestivo, en busca de alguna marca que pudiera ayudarme, que no me fijé en que Raúl me estaba mirando.

—¿Te estás pensando salir del armario —me preguntó a bocajarro y, continuando con sarcasmo, me lanzó un beso volado—, cariño?

—¿No te duele? —traté de disimular, señalando hacia su trasero.

—¿El qué? ¿Depilarme? No. Bueno..., la primera vez se me ocurrió hacerlo con cera y entonces sí que me molestó un poco, pero, como no tengo mucho vello y, además, es bastante flojo, fue soportable. Ahora ya tengo hecha la depilación láser y casi no me crece. Me costó una pasta pero.... ¡las nenas se vuelven locas cuando me lo tocan!

—Pues por mucho que volviese loca a mi mujer, yo no me depilo ni borracho. De cintura para abajo soy un oso, mira —le dije bajándome los pantalones, haciéndole un calvo para estar empatados y tener los dos el culo al aire.

—¡Joder, tío! ¡Lo tuyo es el Matto Grosso! Antes de ponerte la cera, te tienes que pasar el cortacésped. ¡Si te puedes hacer rastas! —soltó, terminando con una carcajada.

Tras unas breves risas y algunas escatológicas aportaciones de Raúl sobre las ventajas de tener las nalgas depiladas, salimos del vestuario y nos adentramos en un demencial mundo de máquinas de pesas, bicicletas estáticas, espejos, mancuernas y sudorosos seres humanos. Pasamos por delante de la sala de *spinning* donde, detrás de la cristalera, aproximadamente cuarenta descendientes de los simios se afanaban por pedalear velozmente al ritmo de una desquiciante y machacona música a todo volumen, mientras un monitor les

animaba, berreando para hacerse oír entre las alteradas y estrepitosas fusas y corcheas de la terrible melodía. Me detuve unos instantes a contemplar el sudoroso panorama desde fuera y me pasó por la cabeza la curiosa semejanza de aquella situación con la de los reos de galeras.

Raúl me sacó de mis fantasías y me explicó la concienzuda tabla de entrenamiento semanal que me había preparado. Consistía en el trabajo de distintos grupos musculares, alternados por días. El primer día, bíceps y pectorales; el segundo, tríceps y hombros; el tercero, piernas y dorsales. El ciclo se repetía a los tres días, pero siempre, independientemente del grupo muscular a ejercitar, había que hacer calentamiento, algo de ejercicio cardiovascular, abdominales y, tras la serie correspondiente, los estiramientos. En definitiva, casi dos horas de suplicios.

Tras un rato de calentamiento del cuerpo y las articulaciones, Raúl me llevó a la primera máquina de tortura. Elegí una bicicleta estática al azar. Iba a montarme encima de ella, cual indio sioux a su caballo Mustang, cuando Raúl me lanzó un aviso.

—Pero ¿qué haces? —Le miré sin comprender—. Ven aquí —me ordenó, indicándome una de las bicicletas más cercanas a él.

—Bueno, me iba a subir en la bici, enfrente de la tele para matar el rato.

—¡Cómo se nota que estás casado! A ver, ¿para qué vienes aquí? ¿Para ver la tele? Ven, súbete en ésta —dijo mientras yo le obedecía un tanto desconcertado—. ¿Qué ves desde aquí?

—Pues la sala de Pilates, el reloj, la salida de emergencia y las cintas de correr...

—¡Eeeeeeeeeefectivamente! ¿Y qué hay en la sala de Pilates?

A través de las cristaleras y, de espaldas a nosotros, sudorosas mujeres realizaban peligrosos e inverosímiles estiramientos dentro de sus mallas deportivas, marcando sus respectivas y eróticas siluetas en formas de guitarra. Asentí rápidamente, comprendiendo cuáles eran las intenciones de Raúl.

—Y además, con un poco de suerte, igual alguna pechugona se coloca a correr de cara a nosotros en las cintas. Te aseguro que llevarás el ritmo del pedaleo al son de las subidas y bajadas de su delantera. —Rio su propia ocurrencia. Aunque como hombre compartía con él la indomable atracción por

el cuerpo femenino, pensar que su libido podía ser la fuente de mis cuernos me hizo sentir incómodo.

Comenzamos a pedalear uno al lado del otro. Mientras él se ponía un programa con un nivel diez de potencia yo, más por incapacidad que por prudencia, me puse el nivel dos. Al cabo de un minuto de estar sobre la bicicleta me encontraba resollando como si estuviera inmerso en una etapa de doscientos kilómetros subiendo los Alpes en el Tour de Francia, al tiempo que el sudor empapaba la parte posterior de mi camiseta. Entre bocanada y bocanada de aire, intenté empezar una conversación para sonsacarle alguna información.

—Oye..., te agradezco... que durante mi ausencia... hayas estado pendiente... de Sara... Nunca habíamos estado... tanto... tiempo... separados.

—De nada, hombre. Al día siguiente de irte, en el trabajo, le pregunte que qué pensaba hacer mientras tú estabas en China. No lo tenía claro y le propuse que se viniera al gimnasio. La verdad es que tienes suerte, mamonazo: tu mujer está de buen ver y, desde que está viniendo aquí, cada vez está más buena. — Los escalofríos que me recorrían el cuerpo se mezclaban con la sudoración y provocaban que los vellos de mi espalda, tiesos como escarpías, atravesaran la tela sintética de mi camisa—. Venimos tres veces por semana. La paso a buscar por casa y, cuando terminamos, normalmente, vamos a tomarnos algo antes de llevarla de vuelta. Y bueno, para no dejar de aburrirse ya sabes que los jueves, además, se va a bailar tango con Carles... —y, tras una pausa, añadió sonriendo—:... y Martina.

—Sí..., ya lo sé... Mira que es casualidad... Sara no traga a Martina... y van y se encuentran en las clases de tango...

—¡Es que lo del famoso beso! Tu amiga también tiene cada ocurrencia. Morrearte así en tu boda.

—Fue cariñoso..., nada sexual... Somos amigos desde el instituto. —Una maciza se subió sobre la cinta de correr que teníamos enfrente de nosotros. Con una dotación aproximada de una talla cien, comenzó a trotar. Raúl y yo comenzamos a llevar el cabeceo propio del pedaleo al ritmo del rebotar de sus pechos, subiendo y bajando nuestras cabezas al tiempo que lo hacían aquellas hermosas y atractivas glándulas mamarias. Continué mi conversación, resollando, cambiando de tema y bajando el nivel de esfuerzo de la bicicleta

al uno—. Por cierto... no tienes nada que hacer... con ella. Que... el otro día... en casa... te vi tirándole los tejos...

—¡No! ¡Qué va! Sólo estuvimos charlando un rato en el jardín de la piscina. Martina no es mi tipo.

—¿Que no es tu tipo?... Pensaba que... a ti te iba todo lo que tuviera... un par de tetas...

—Sí, pero Martina, ya te digo que no es mi tipo. —Su afirmación me trastornaba aún más si cabía. ¿Qué insinuaba? Que mi mujer sí era su tipo. Aquel picha brava que, por lo que yo sabía por las conversaciones que teníamos viendo los partidos del fútbol, echaba sus redes de arrastre sobre el océano femenino para capturar cualquier tipo de espécimen, ¿rechazaba a una preciosidad como Martina? ¿Significaba eso que ahora podía estar teniendo una relación estable, aunque infiel, con mi esposa, o bien se veía incapaz de domar un carácter tan fuerte como el que tenía Martina? Pensando en la primera posibilidad, la indignación hizo mella en mí. Comencé a pedalear vigorosamente, sobrerrevolucionando los pedales al tiempo que mis rodillas se elevaban violentamente hasta casi tocar mi pecho, lo que provocaba que mi respiración no fuese capaz de adquirir el suficiente oxígeno para alimentar a mis músculos y mi cara se tornase completamente colorada.

Al cabo de veinticinco minutos, Raúl dio por terminada nuestra sesión cardiovascular. Al bajarme de allí, mis piernas hacían caso omiso de las órdenes que mi cerebro les mandaban para que caminasen. Se movían como las patas de un caballo trotando a paso reunido, es decir, elevando las rodillas como si aún estuviera sentado en la bicicleta, mientras me apoyaba en las barandillas para evitar caerme al suelo, debido a mi poca costumbre a la fatiga cardíaca producto de un esfuerzo deportivo. A duras penas conseguí desplazarme hasta la zona de mancuernas y pesas.

—Bueno, ahora verás un curioso fenómeno social que se produce en cuanto a la división de sexos dentro de los gimnasios —comentó sarcástico.

Haciendo acopio del poco oxígeno que me quedaba en los pulmones para hablar y soltar la pregunta, aprovechando la espiración del aire, dije:

—¿Cuáhhh...alff?

—Fíjate en las máquinas. Todas las que son de desarrollo abdominal, bíceps y pectorales están ocupadas por tíos obsesionados por desarrollar sólo

la musculatura superior para aparentar estar cachas. A pocos verás ejercitando las piernas o el culo. Pero, si te fijas en las máquinas de desarrollo inferior, nalgas, piernas y abductores, verás que están ocupadas por mujeres tratando de que se les ponga un culito respingón. A pocas verás haciendo musculatura superior.

Realicé una exploración visual de ciento ochenta grados por aquella sala para comprobar que, efectivamente, Raúl tenía razón. La mayoría de los varones se afanaba por conseguir unos pectorales y unos brazos potentes, y se olvidaban de su cuerpo de cintura para abajo, mientras que gran parte de las féminas se empeñaban en estilizar sus nalgas y la parte inferior de su anatomía, y dejaban de lado los pechos y las extremidades superiores. Sonreí ante la curiosa situación.

Pasamos a través de decenas de máquinas de curiosos nombres, tales como *Leg Curl*, *Low Row*, *Upper Back*, *Rotary Calf* o *Chest Press*, diseñadas para el desarrollo y deformación de paquetes musculares específicos. Nosotros nos dirigimos a los aparatos que nos tocaban ese día según la planificación de Raúl: bíceps y pectorales. Comenzamos por los pectorales. Nos colocamos en un potro de tortura de nombre *Chest Press*, que, básicamente, consistía en un asiento a cuyos laterales había dos palancas a la altura del esternón. Para poder coger dichas palancas, en posición de reposo, los brazos estaban obligados a estar alzados al nivel de los hombros y, al mismo tiempo, doblados por los codos hacia delante. El ejercicio consistía en empujar hacia el frente, estirando los brazos completamente. El nivel de esfuerzo se conseguía a través de un juego de pesas que permitía elegir desde cinco kilos hasta los cien. Por prudencia, puse diez kilos; Raúl, por capacidad, se puso ochenta y cinco. Atónito ante aquella carga, le observé detenidamente para comprobar cómo hacía el ejercicio.

Raúl movió aquellas pesas con gran esfuerzo. Sus músculos se tensaron, los pezones se le marcaron bajo la camisa al final de sus pectorales, y los brazos, poco a poco, se alargaron moviendo el peso. Fue como en las tormentas cuando, al caer un rayo, primero se ve la luz del relámpago y al cabo de unos instantes se escucha el ruido del trueno. Así pues, la imagen llegó rápidamente a mis retinas. Su boca se abrió con un gesto de estreñimiento en su faz. El sonido llegó al cabo de milisegundos. Un relincho atizó mis tímpanos.

—¡IIIIIIIIIIIIIAAAAAAAAAAAAAAAHHH!

A partir de ese momento, los sonidos guturales se fueron repitiendo con cada tanda que él hacía, al tiempo que yo, humildemente, resoplaba como un hámster moviendo aquellos diez kilos que, al final de cada serie, más que kilos, me parecían toneladas. Al cabo de un rato, comprobé que no sólo Raúl era el que se quejaba con cada levantamiento que efectuaba, sino que la mayoría de los héroes que se entrenaban allí dentro también lanzaban sus estridentes gemidos y aullidos como medida de descarga del esfuerzo realizado.

Raúl me fue guiando, corrigiéndome las posturas y los pesos para amoldarlos a mi fofo cuerpo. Él, por su parte, ejecutaba los mismos ejercicios que yo pero con una carga exponencialmente más alta que la que yo desplazaba. Tras otra media hora de paliza para mis escuálidos bíceps y flácidos pectorales, Raúl me dijo que pasábamos a realizar abdominales. El martirio no tenía fin.

Nos dirigimos a la tarima de estiramientos, tomamos unas colchonetas y nos tumbamos decúbito supino, es decir, boca arriba. Me indicó que mantuviera la espalda bien recta, pegadita a la Tierra, las piernas elevadas pero flexionadas por las rodillas con los pies en el suelo y que, con las manos cogidas al cuello, levantase mi cabeza como si quisiera llegar con ella hasta las rodillas. Comencé a hacer el ejercicio. Podía ver, a través de mi camiseta, cómo la piel de mi prominente abdomen se arrugaba al plegarse sobre sí misma y mi gelatinoso michelín temblaba con cada contracción de mi cuerpo. La penosa visión de mi propia panza, bamboleándose tristemente, hizo replantearme la posibilidad de dejar de libar aquellas cantidades industriales de cerveza, un verdadero néctar de los dioses. Por su parte, Raúl se flexionaba por la mitad como si no le costase ningún esfuerzo realizar esos movimientos. La camiseta se le había subido y me dejaba contemplar sus abdominales, perfectamente marcados como las júcaras de una tableta de chocolate. Su piel, sin grasa y sin pelo, dejaba ver unas bellas formas masculinas. Cualquier mujer se podía sentir tentada de pasar la mano sobre los ocho bultitos pulidos de los músculos de su vientre para comprobar su dureza y su potencia. Aquella idea me volvió a hacer temblar. A Sara seguramente le resultaría mucho más agradable acariciar aquella tersa y perfecta tripa que tocar mis redondas y deformadas carnes. Agotado por la paliza física que le estaba dando a mi

organismo, los celos esta vez no tuvieron la oportunidad de manifestarse somáticamente, pero me estaban volviendo tarambana.

Acabamos varias series de ejercicios, tumbados sobre el suelo, y pasamos a una máquina denominada *Abdominal Crunch*. Consistía en un banco sobre el cual, a ambos lados, había dos asas móviles que se colocaban sobre el pecho, como si se llevase una mochila en la espalda. Agarrado a estos asideros, y con el peso seleccionado, debía inclinarme hacia delante y doblarme sobre mí mismo, con lo que el esfuerzo lo realizaba con la barriga. Raúl se cargó con el tonelaje correspondiente para él, mientras que yo apenas me puse cinco kilos. Sin embargo, debido a mi endeblez física, a la tercera flexión lo que hizo «*crunch*» fue mi espalda. Un calambrazo me recorrió la columna a la altura de los riñones y llegó hasta la nalga derecha. Me quedé quieto, resoplando no por el esfuerzo, sino tratando de hacer pasar el dolor, con los ojos achinados, marcando las patas de gallo y con una sonrisa en mi boca, apretando los dientes, que, en realidad, no era una sonrisa. Era una mueca.

—¿Estás bien? —preguntó Raúl preocupado.

—No. ¡Jooóoooder! —El taco me salió del alma y la «*jota*» rasgó mi garganta al ser pronunciada—. Creo que me ha dado un tirón en la espalda.

—Tranquilo. Descansa un momento. —Raúl esperó pacientemente a que me repusiera. Pasaron unos minutos hasta que logré salir de aquel asiento del infierno. Podía caminar, pero notaba una fuerte tensión entre la nalga y la columna, como si el glúteo se me hubiera desplazado hacia arriba—. ¿Te ayudo?

—No, gracias, Creo que voy bien yo solo. —A pesar de la molestia, era capaz de moverme sin problemas. Harto de la paliza física y decepcionado, al no haber aclarado mis dudas sobre la posible culpabilidad de Raúl en cuanto a mis cuernos, decidí abandonar el gimnasio—. Déjame las llaves del coche. Os espero allí, escuchando música.

—Vale, yo estoy terminado. Espero a Sara, que también debe estar a punto de acabar, y nos vemos ahora.

Fuimos a las taquillas, me dejó las llaves de su coche, cogí mi mochila y, sin cambiarme de ropa y sudoroso, escapé de aquel palacio del músculo.

Llegué al vehículo, un flamante deportivo de cinco puertas, que, según Raúl, utilizaba como trampa para sus ligues. El interior del coche estaba

perfectamente limpio y pulido, pero no así el maletero. Cuando lo abrí para dejar mi pequeño petate, comprobé que parecía un trastero. Allí dormitaban una herrumbrosa sombrilla de playa, los accesorios de emergencia —triángulo y armillas reflectantes—, una caja de pequeñas herramientas, un botiquín y varias bolsas con el logotipo de la clínica donde Sara y él trabajaban, que parecían estar llenas de material médico. Traté de hacer hueco entre el batiburrillo que tenía montado. Al desplazar las bolsas, un sordo golpe de cristales me llamó la atención. Para evitar romper lo que fuera que se había movido, investigué el origen del tímido tintineo.

¡Eran las copas! ¡Las copas que habían estado en mi armario!

En aquel momento, si en lugar de testículos hubiera tenido canicas, las hubiera oído sonar al rebotar contra el asfalto y rodar calle abajo. Digamos que, como decía mi abuelo, los cojones se me cayeron al suelo. Estaban envueltas en una camiseta de Sara, para evitar que chocaran entre sí, y metidas en una de las bolsas del hospital. ¿Qué hacían allí aquellas copas? Durante unos segundos, el dolor de mi espalda desapareció, eclipsado por el súbito arrebató de cólera que estaba teniendo. Las pruebas incriminaban aún más a Raúl: las mancuernas, el culo brillante y reluciente y, ahora, las copas.

Pero ¿era la prueba definitiva? ¿Me daba eso la seguridad de que Raúl fuese el traidor? Todavía tenía en mi mente el *mail* de Carles a Sara, en el que le daba las gracias por aquella noche tan divertida que habían pasado juntos. ¿Bailando? Y, aunque la camilla de Romén en mi casa, ya no me producía tantas sospechas; sin embargo, había traído la misma marca de vino que la botella que había aparecido en el armario. Así que aún no quería descartar ninguna posibilidad.

Me resultaba difícil pensar y actuar con tranquilidad y normalidad; por tanto, decidí seguir disimulando para tratar de aclarar mis suspicacias. Molesto por el dolor y atónito ante mi último descubrimiento, conseguí entrar en el coche con gran dificultad, como si hubiera sido un astronauta en el espacio que intentaba introducirse en la cápsula lunar. Cuando llegaron Raúl y Sara, ésta puso cara de preocupación y se interesó por mi estado. Su comportamiento fue completamente cariñoso y no pareció en ningún momento fingir. Más bien mostró gran empatía con mis molestias lumbares.

—Ahora mismo estás llamando a Romén para que te venga a mirar esa

espalda —dijo con un tono mitad de afligida esposa, mitad de preocupada madre.

—Hoy ya es tarde para molestarle. Le llamaré mañana para que venga a casa.

—Sí, porque a Sara le han venido muy bien sus sesiones —afirmó Raúl—. Ha estado tratándola desde que te fuiste. Casi cada semana le ha estado haciendo sesiones de masajes y, mira, puede bailar tango y venir al gimnasio sin ningún problema.

—¿Todas las semanas? —pregunté con curiosidad.

—Bueno, no todas, pero al menos cada quince días —contestó Sara—. La verdad es que tiene unas manos prodigiosas. Me relaja las piernas después de bailar con los tacones, porque se me cargan los gemelos. Y, al principio, cuando me quedé algo enganchada de la espalda, me dejó como nueva. Seguro que a ti también te quitará el dolor.

—Eso espero. Al menos, la camilla ya está en casa —dije intentando averiguar algo más.

—Sí, como casi se ha convertido en una costumbre, ya la dejó en el garaje para no tener que traerla cada vez. —Desde luego no iba a ser fácil descubrir quién era mi alter ego en la cama de mi señora o, más bien, en mi propio lecho. No me quedaba más remedio que ser paciente y esperar.

Aquella noche volvió a ser otra noche de pesadilla, pero no porque las soñara, sino porque nuevamente no conseguí pegar ojo. Mi organismo, físicamente martirizado por los ejercicios realizados aquella tarde, informaba de diversas molestias repartidas en la mayoría de mi cuerpo y me hacía saber de la gestación de futuras agujetas incluso en zonas donde yo pensaba que no había músculos. Mis riñones y mis nalgas enviaban señales de dolor con cada giro que realizaba sobre mí mismo para dar vueltas en la cama, a pesar de haberme endosado dos cápsulas de antiinflamatorios antes de acostarme. Y, para completar las incomodidades, mis neuronas estaban debatiendo e investigando entre ellas, analizando las pruebas encontradas hasta la fecha para desvelar la identidad del culpable de mis cuernos. Ello sin evitar que otro grupo de neuronas comenzaran una animada charla sobre cómo capear el temporal que se avecinaba en mi trabajo con la historia de los americanos.

Mi cabeza, con sus pensamientos, y mi corazón, con sus sentimientos,

estaban envueltos en un torbellino de tal magnitud que mi vida se estaba convirtiendo en un infierno a pasos agigantados. Tras más de tres horas girando sobre la cama, con todos esos revoltijos en mi interior, comencé a sopesar la posibilidad de: a) tomar somníferos para conciliar el sueño y b) dejar de hacer la cama, pues con tantos movimientos convulsivos sobre ella, lo único que conseguía era arrancar la sábana bajera y desenfundar la almohada cada noche.

Finalmente, conseguí dormirme tan sólo un par de horas antes de que el despertador sonara para sacarme de la cueva de Hipnos y arrancarme de los brazos de Morfeo.

Capítulo 6. Masaje

El instintivo zarpazo que solté, a la mañana siguiente, para detener el infernal pitido de aquella malévola máquina del Diablo denominada despertador, fue un error. Al rotar sobre mí mismo y lanzar mi brazo izquierdo sobre el reloj, como un jugador de cesta punta cuando dispara la pelota contra la pared del frontón, todos los músculos de mi cuerpo informaron de múltiples dolores a mi cerebro. Durante unos minutos tuve que permanecer paralizado, incapaz de hacer nada más que no fuera parpadear. Cualquier otro mínimo movimiento corporal me producía terribles molestias. Era incapaz de flexionar y estirar los brazos, pues cientos de agujetas se clavaban como alfileres de un acupuntor novato en la mitad de mi antebrazo. Sobre los pezones, el desplazamiento de mi caja torácica producido por mi propia respiración me provocaba desagradables punzadas. Los riñones y la nalga derecha clamaban al cielo porque me estuviera quietito y que no se me ocurriera levantarme. Las piernas, de cintura a rodillas, eran una auténtica manifestación de células nerviosas reivindicando glucosa para eliminar la sensación de malestar.

Todo aquello, unido a mi reciente adquirido insomnio, hizo que me sintiera como un cachalote varado en la playa. El dolor, la sensación de somnolencia y el peso de mi propio cuerpo me aplastaban con fuerza contra la cama. Por un momento tuve la sensación de que estaba dejando marcada mi silueta contra el colchón, como si estuviera empotrado en él. Para terminar con el compendio de suplicios, mientras dormía, mi oreja derecha se había quedado doblada por la mitad bajo mi cabeza, y soportaba los cinco kilos de mi cráneo, sesos y revueltos pensamientos, lo que me producía una lacerante molestia que agregar a la lista.

Finalmente, tras largos minutos y sin saber cómo, mi consciente y mi

responsabilidad laboral consiguieron vencer a las fuerzas invisibles del ejército formado por mi subconsciente, mi sueño y mis dolencias, y me arrancaron de los suaves abrazos que me proporcionaban mi almohada sin funda y mis sábanas revueltas. De alguna manera, envuelto en una nebulosa y sin ningún recuerdo intermedio, conseguí salir de la cama, vestirme, dar un beso a Sara, abandonar la casa y, de repente, aparecer sentado en la silla del curro con mi cara apuntando hacia la pantalla del ordenador.

Aquel día en la oficina permanecí prácticamente encerrado en el despacho. Para combatir mi terrible amodorramiento me dediqué a atiborrarme del café que soltaba la máquina del *office*, con los espantosos efectos secundarios que aquello producía sobre mis intestinos, tanto de tipo sólido como gaseoso. Procuré no salir mucho de mi puesto de trabajo, pues la molestia de la espalda, aunque no me impedía caminar, sí que me obligaba a andar arrastrando ligeramente el pie derecho y a tener que llevarlo algo abierto, como si fuera una escoba, con lo que al final del día el zapato de ese lado había conseguido almacenar un generoso ribete de polvo y pelusas en la parte interior del mismo, a la altura de la suela. Continué enviando la documentación generada en China a mis superiores, dado que, como nadie me había informado oficialmente de la postura de la empresa con los americanos, para mí el negocio con los asiáticos seguía adelante como si nada hubiese ocurrido. También me entretuve en revisar los progresos realizados por mis compañeros de departamento en los nuevos sistemas de captación de imágenes y en planificar la coordinación de mi equipo de cara a implementar dichos sistemas para instalarlos en el nuevo satélite que estábamos pensando enviar al espacio. Evité encontrarme a Sabaté. Para que no se le ocurriera venir a molestarme, giré las persianillas móviles de mi garita, de manera que nadie pudiera verme desde fuera del despacho. También llamé a Romén para que me hiciera una visita a domicilio y reparase la avería muscular que me constreñía la espalda. Quedamos en que pasaría por la tarde por casa y me daría una sesión de retortijones manuales y acupuntura.

Pasé aquella jornada sin moverme del ordenador, manteniendo al máximo una postura estática. De esta manera conseguía no sentir ningún dolor procedente de ningún músculo. Para evitar desplazamientos innecesarios, cuando quería un café, enviaba a mi secretaria con la orden expresa de que me lo cargara bien de azúcar, con lo que no sólo agredía a mis intestinos con la

cafeína, sino también a mi páncreas, pues lo obligaba a generar insulina suficiente como para metabolizar la bomba de glucosa que ingería con cada vaso de la negra moca.

Finalizado mi horario laboral, regresé a casa, no sin antes darme un buen paseo alrededor del edificio, intentando recordar dónde narices había aparcado mi coche, debido al sonambulismo con el que había conducido hasta allí por la mañana. Durante ese paseo también colaboré con el servicio de limpieza del ayuntamiento, ya que, al ir arrastrando mi pie, abierto como un palo de golf, fui barriendo la acera. Al llegar a mi automóvil, había conseguido adherir al empeine de mi zapato derecho varias colillas y algunas hojas caídas de los árboles.

Llegando a mi propiedad, y al tiempo que yo entraba, Sara salía del garaje con el monovolumen. Me informó de que iba a hacer unas compras y volvería en un par de horas. Aparqué el coche y repté como pude hasta el sofá, a la espera de que Romén se dejara caer por allí. Al cabo de media hora apareció en la puerta de mi hogar con una sonrisa en medio de su cuidada barba y una pequeña bolsa repleta de ungüentos y agujas de acupuntura.

—*¿Pasóoo, mano? ¿Te quedaste trabado?* —preguntó riéndose, al tiempo que me daba un delicado abrazo para no hacerme daño—. *¿Crees que tienes veinte años? ¡A quién se le ocurre ir con el cachas de Raúl al gimnasio!*

—No me hables. Me duele todo el cuerpo. Tengo agujetas hasta en sitios que nunca imaginé que pudiera tenerlas. —Le hice pasar y le rogué que fuera él quien acarrearla la camilla desde el garaje al comedor. Solícito, dejó la bolsa sobre el sofá, fue a buscarla, y la desplegó en medio del salón.

—Por fin te vas a dignar a que te dé un masaje —dijo burlón.

—La última vez casi me rompes la espalda —le atacó.

—¡Todavía te acuerdas! ¡Hace más de veinte años de aquel masaje! Estaba en segundo de carrera y dejaste que hiciera prácticas contigo para ahorrarte un fisio, mamón. ¿Qué pretendías que te hiciera? —se defendió sonriendo.

Después de tanto tiempo todavía recelaba de él por aquel masaje. Por aquel entonces ya llevábamos un año en Barcelona, compartiendo piso y viviendo la aventura de cualquier estudiante que se siente autónomo fuera de su hogar, disfrutando de la libertad de evitar el control paterno y aprovechando la coyuntura para corrernos alguna juerga de vez en cuando.

Nos habíamos apuntado en los respectivos equipos de fútbol de nuestras correspondientes facultades y durante nuestra formación académica pasamos más tiempo pegándole patadas a un balón que estudiando. Durante ese primer año en el equipo sufrí algún que otro tirón muscular en la espalda, producto de los porrazos que, como portero, me arreaba continuamente contra el sólido suelo de los campos de tierra. Así que, en una ocasión, le pedí que me diera un masaje. Por entonces él ya estaba comenzando a realizar prácticas sobre cobayas humanas y se ofreció a echarme una mano.

Supongo que aquel año debió suspender la asignatura de masajes porque lo que hizo sobre mi retaguardia fue una auténtica tortura. Sus nudillos y dedos machacaron durante media hora mis dorsales, las escápulas, los deltoides, el impronunciable esternocleidomastoideo y los trapecios, con tal saña que estuve casi tres días sin poder ducharme, pues las gotas de agua, al golpear mi espalda, me provocaban un dolor insoportable. De forma inverosímil, recuerdo que, estando yo tumbado boca abajo, bajo mi pasmada y atónita mirada, consiguió llevar mi tobillo izquierdo a escasos centímetros de mi oreja izquierda, con el consiguiente berrido que tronó al salir de mis pulmones. Nunca supe cómo no me descoyuntó la articulación de la cadera con aquella manipulación, pero, después de aquella sesión, estuve en el dique seco durante casi tres días y nunca más dejé que volviera a tocarme el cuerpo.

—¡A ver! ¿Dónde te duele? —me preguntó. Rápidamente pensé que aquella era una oportunidad única para observar su trasero. Aunque, cuando éramos jóvenes más de una vez había contemplado su culo, pues solíamos bañarnos desnudos en el mar, hacía mucho tiempo que no le había visto las nalgas. Por aquel entonces solíamos estar bronceados debido a que pasábamos mucho tiempo expuestos al sol canario; pero, desde que vivíamos en Barcelona, nuestras pieles habían tomado una tonalidad algo más pálida, así que me intrigaba saber si sus posaderas se habían blanqueado lo suficiente como para poder coincidir con las que había visto la noche de mi vuelta de China. Sin embargo, mi intento fue bastante torpe, pues me coloqué a sus espaldas y le señalé en su propio cuerpo la zona que me molestaba.

—Si te bajas los pantalones, te digo más o menos por dónde me duele —le dije.

—¿Estás tonto o qué? Se supone que el que se tiene que bajar los

pantalones eres tú y marcarme dónde te molesta. ¿Qué te pasa? ¿Ahora, después de tantos años, vas a salir del armario? —En apenas veinticuatro horas había escuchado dos veces la misma pregunta, dudando de mi heterosexualidad.

—No. Era para explicártelo y que supieras lo que tienes que hacer. Que no me fío —traté de excusarme burdamente.

Me obligó a tumbarme en la camilla decúbito prono, o sea boca abajo, con la espalda desnuda y los calzoncillos bajados hasta media nalga.

—Tienes una buena contractura entre el glúteo y los riñones. Voy a tratar de relajártela con una suave manipulación y te clavaré algunas agujas de acupuntura. Después te aplicaré una crema antiinflamatoria. Te aliviará. A Sara le pasó lo mismo y le funcionó bastante bien.

—¿Así que has aprovechado que yo estaba en China para verle el culito a mi mujer y tocárselo? —pregunté en tono de broma para que no se sintiera atacado, pero con los celos recomiéndome las entrañas.

—Pues sí. Que, por cierto, es mucho más bonito que el tuyo y está más buena que tú. —¡Otro con la misma obsesión sobre la *buenez* de mi señora! ¿Habían aprovechado todos mis colegas mi ausencia para fijarse detenidamente en las jugosas formas de mi esposa? Empezaba a sospechar si era sólo uno el que se había beneficiado a mi mujer o si los tres se la habían pasado por la piedra. Por momentos, tenía la sensación de que doña Esquizofrenia venía a llevarse mi cerebro—. También se quedó trabada después de un entrenamiento con Raúl en el gimnasio. No sé qué os obliga a hacer allí, pero desde luego acabáis todos lesionados. Le di una sesión y se recuperó rápidamente, pero, como empezó a bailar tango con Carles, se le cargaban los gemelos debido a que no está acostumbrada a llevar zapatos de tacón, así que casi cada dos semanas he tenido que ir viniendo por aquí para relajarle la musculatura.

—¿Y cuándo venías? ¿Por qué no iba ella a tu consulta?

—Pues nos resultaba más cómodo a los dos —se excusó—. A mí venir aquí me pillaba a medio camino entre el trabajo y mi casa, así que, al salir de la consulta, venía a hacer la visita. Al principio iba arriba y abajo con la camilla portátil; pero, al final, decidí dejarla aquí, porque se estaba convirtiendo en una rutina.

Comenzó a manipular mis lumbares con sus dedos y nudillos. Cada vez que pasaba sobre los intrincados nudos carnosos que se me habían formado, arrancaba de mí un lastimero gimoteo de sufrimiento. Durante un buen rato estuvo trabajando sobre el área afectada y, poco a poco, comenzó a masajearme las nalgas donde, debido a la existencia de un abundante vello, me dolían más los tirones que le daba a los pelos del culo, al frotar sus manos contra él, que la recolocación interna de la masa muscular de esa zona.

Entre quejido y quejido, por mi cabeza empezaron a pasar turbias imágenes, en las cuales veía a Romén amasando el trasero de mi mujer, sus gemelos o cualquier otra parte de su geografía humana. ¿Podía ser él quién me estaba traicionando? Nos conocíamos desde jóvenes y no creía capaz a Romén de semejante infamia, pero ¿podía ser que me tuviera cierta envidia? Mi casa era mejor que la suya, mi trabajo me reportaba mayores ingresos que el suyo y Sara, en comparación con su esposa, era mucho más atractiva, pues, aunque Gemma era muy simpática y de agradable trato, era menudita, con poco pecho y poco agraciada. Además, el comentario que acababa de hacer sobre Sara me había dejado intrigado. Mientras él continuaba sobándome los dos cachetes del final de la espalda, seguí indagando:

—Por cierto, muy bueno el vino del otro día.

—Sí, a Sara le gusta bastante esa marca. Es un riojita de buena relación calidad/precio. Aunque nada que ver con nuestros vinos de la Orotava —dijo enorgulleciéndose de nuestra patria chica.

—Tío, ¿podrías poner más aceite de masaje? Me estás depilando el culo —le pregunté al tiempo que soltaba un resoplido debido a las soberbias albondiguillas de pelos que me estaba haciendo al enredarme el vello de los glúteos—. ¿Y tú? ¿Cómo sabes que le gusta ese vino?

—Bueno, algún día que he salido tarde y ha coincidido con que Gemma tenía clases de cocina, me he quedado a cenar. —¿Me decía simplemente la verdad para que no sospechase nada o me informaba de la mitad de la verdad para ocultar que había algo más que podía haber ocurrido después de esas cenas? Yo me estaba convirtiendo, a pasos agigantados, en un caso excepcional para ser tratado por la ciencia de Freud—. Una de esas veces traje ese vino y le gustó. Desde entonces siempre he traído esa marca.

—¿Siempre? ¿Qué quieres decir?

—Sí, Sara ha hecho algunas cenas de amigos durante tu ausencia, con Raúl, nosotros y Carles. Alba no ha venido nunca, salvo el otro día para darte la bienvenida. Desde que tuvieron los gemelos está absorbida por ellos y Carles, últimamente, aparece en las reuniones de amigos sin ella. Y debe tener pocas ganas de volverse a su casa, porque siempre se quedaba un rato más con Sara y era el último en irse. —Aquello corroboraba las palabras de Idalia sobre las cenas, pero, al mismo tiempo, abría la puerta a otra posibilidad para aportar más obscuridad a mis indagaciones. ¿Así que Carles, aparte de bailar con mi mujer, también solía quedarse a solas con ella en cuanto podía escaquearse del cuidado de sus chiquillos? Mis neuronas tocaron a rebato, disparando las alarmas ante la presencia de nuevas conjeturas.

—¿Crees que no está bien con Alba? A mí no me ha dicho nada en el trabajo, ni lo he visto especialmente afectado. —Redirigí el foco de mis investigaciones, cambiando de sospechoso.

—No sé. Yo no tengo tanta confianza con él. Podrías preguntarle a Sara. Igual le ha contado algo más entre las clases de tango y las noches que se quedaba con ella. A lo mejor le ha explicado algo. Sé que fueron novios en el instituto y seguramente tendrá suficiente intimidad como para contarle esas cosas.

—Sí, estuvieron saliendo muchos años. Cuando lo dejaron, quedaron como amigos. Curiosamente, algo como lo que me pasó a mí con Martina.

—Salvo que a ti Martina te dio calabazas y nunca saliste con ella. Todavía me acuerdo la pinta que tenías, con aquel ramo de rosas, cuando fuiste a su casa a pedirle que saliera contigo. Con aquellas gafas de culo de botella, los aparatos de dientes y la pelusilla del bigote, ¿cómo querías que se fijara en ti? —se burló.

Desde luego, Romén tenía razón. Veinticinco años atrás yo aún continuaba portando casi todos aquellos elementos de ajuste estructural que, durante la niñez, me habían incorporado mis progenitores con la inestimable colaboración de los médicos de la Seguridad Social, con lo cual, yo seguía llevando mis gafas de culo de botella y mis aparatos de dientes modelo «Aspersión Total», aunque ya había conseguido desprenderme de mis queridas botas ortopédicas, con las que había aprendido a desfilarse más que caminar. Mi desarrollo durante el paso a la adolescencia fue bastante peculiar y cruel: me

siguió creciendo la cabeza, mis pies aumentaron hasta alcanzar una notable talla del cuarenta y cinco y, entre medias, mi cuerpo se alargó sobremanera para llegar al metro ochenta y siete. Básicamente, mi configuración era la de un tubo digestivo rodeado de pellejo, pues no hacía otra cosa que comer y posarme sobre la taza del inodoro, provisto de un inmenso cabezón y unas lanchas con las que podía hacer esquí acuático sin llevar esquís. Con todo esto, mi morfología era similar a la de un chupa-chups al que le hubieran puesto gafas y unos zapatos de payaso. La madre naturaleza, además, se empeñó en empeorar las cosas, pues, para colmo de la pubertad, me dotó de un generoso acné y una pelusilla preadolescente sobre mi labio superior, a modo de bigote. En definitiva, por aquel tiempo yo no era precisamente un Robert Redford.

Como todo adolescente que se precie, a pesar de no ser más que un crío de quince años, quería aparentar que ya era mayor y aspiraba a realizar mis primeros pinitos, descubrimientos y experiencias vitales con el tabaco, el alcohol y el sexo. Con el tabaco nunca tuve buenas sensaciones, pues la calada de iniciación que le di al primer cigarrillo casi me asfixia al intentar tragarme el humo. Empecé a toser como un poseído y los ojos se me plagaron de lágrimas. Empecinado, me acabé aquel pitillo, lo que me dejó un mareo de tres pares de narices del que me costó reponerme casi un día entero, por no decir que las náuseas que sufrí me destrozaron el estómago. El siguiente intento fue el de fumar en pipa, para parecer más intelectual. La estupidez fue aún peor. Los vértigos que tuve no los volví a padecer en mi vida. Y es que la ignorancia es atrevida. Dejé de fumar tan pronto como empecé.

Con el alcohol siempre hubo mucho cariño desde el principio. Según qué bebida, aquello estaba rico y era agradable la sensación de felicidad imaginaria que producía cuando uno se cogía el puntillo; sin embargo, como cualquier novel en la materia, existía el peligro de no saber dónde estaba la frontera del no retorno, a partir de la cual una chispita de alegría se convertía en una resaca descomunal.

Y con el sexo no había manera. Con la pinta que tenía por aquel entonces, no había muchacha que osase arrimarse, así que, más que experimentar con las chicas, uno experimentaba consigo mismo. De estas prácticas pude certificar que no era cierta la advertencia que nos lanzaban desde el púlpito los sacerdotes, que nos amenazaban con que si nos tocábamos nos quedaríamos

ciegos. Yo ya era cegatón desde mi tierna infancia, así que esto no debía ser sino un engaño creado por los curas para evitar el pecado de la concupiscencia sexual. Aunque, por otra parte, si aquello era verdad, recuerdo que por esa época mis dioptrías aumentaron considerablemente.

Y, con mi estrafalaria y repelente facha, conocí a mi amiga. Estábamos a mitad del curso. Aquel día, la profesora que hacía las veces de tutora entró en el aula acompañada de una jovencita y nos la presentó como una nueva alumna procedente de la península que pasaría el resto del año con nosotros. La presentación de aquella belleza adolescente delante de toda la clase tuvo dos impactos completamente opuestos: el sector masculino, descerebrado y rebosante de testosterona, se encandiló unánimemente de la recién llegada; el sector femenino, por su parte, la recibió con cierto resentimiento, ya que la intrusa se había ganado inmediatamente el aprecio de los jóvenes machos de nuestra especie y se convertía en una rival más. Así que, mientras los primeros se encargaban de sacarle todas las virtudes con frases tan elaboradas como «está buenísima», «*pa mojar pan*», «¡ugh!» y otros piropos incoherentes propios de un conjunto de adolescentes varones sobrehormonados, las segundas trataban de localizarle todos los posibles defectos: «¿Has visto cómo viste?», «¡Qué hortera!», «¡Vaya pinta tiene la *goda!*», para tratar evitar que la nueva pudiera convertirse en una loba alfa.

Finalizada la introducción, la profesora envió a Martina a sentarse en el pupitre que había justo a mi lado. Encandilados por la diosa Venus que se acercaba a mi vera, apareció Cupido traicioneramente por la espalda de todos nosotros, sin que ninguno de los chavales de aquella clase nos apercibiéramos de su presencia. El simpático y alado dios ese día se encontraba juguetón y, sin encomendarse a nada ni a nadie, vació el carcaj de flechas amorosas, a modo de fuego a discreción. La mitad de los varones de aquella clase quedó atravesada por aquellas traicioneras saetas y la mía me entró por el costado derecho, que fue por donde Martina se me acercó. Apabullado por la presencia de aquel precioso ente que se había sentado junto a mí, intenté decirle mi nombre para presentarme, con el resultado de dos chocantes impresiones: la primera fue un baño de babas que le di a la pobre chiquilla debido a que el maldito aparato de dientes que llevaba en mi paladar estaba en modo «Riego»; la segunda fue consecuencia de los nervios de aquella ducha, que hicieron que mi lengua se trabara en el susodicho aparato y éste saliera

propulsado fuera de mi boca, y fuera a parar a su regazo. ¡Una entrada triunfal!

Con dos dedos, fui a rescatar el maquiavélico artilugio de los muslos de Martina, al tiempo que ella sacaba un pañuelo para secarse las babas de la cara y la mancha de saliva que le había dejado en la falda. Yo estaba rojo como un tomate, devorado por una vergüenza atroz. Sin embargo, ella sonrió y me dijo su nombre. A pesar de la desastrosa salutación que le hice, la muchacha se comportó gentilmente. Desde aquel momento nos hicimos buenos compañeros. Íbamos juntos a la biblioteca, marchábamos de excursión con el mismo grupo de amigos del instituto, Romén incluido, y salíamos de fiesta con la pandilla que teníamos. Cuando estudiábamos, yo procuraba no llevar puesto el terrible artefacto bucal, para no esputar todos los apuntes cada vez que los recitábamos en voz alta y dejarlos empapados. También me esforzaba por hablarle a Martina desde una distancia prudencial, con el fin de evitar incidentes como el de nuestro primer encuentro.

Aquel curso lo pasamos prácticamente juntos. Un día, casi al final de las clases, me armé de valor y me atreví a decirle lo que sentía por ella. Así que esa tarde me dirigí a su casa parapetado con un ramo de rosas blancas, detrás del cual yo escondía mi cara y mi rubor. Cuando abrió la puerta se sorprendió de verme allí con aquel bonito presente que le llevaba. Me hizo pasar, aun sin entender qué hacía yo allí con aquel regalo, y me indicó que su cumpleaños aún no había llegado. Estaba claro que no se imaginaba cuáles eran mis verdaderas intenciones. A mí me temblaban las piernas, a duras penas mantenía el control sobre los esfínteres, las flores vibraban pues no podía controlar mi pulso, tenía las gafas empañadas del sofocón que llevaba encima y apenas veía más que unas manchas borrosas. En aquel momento tenía más pánico que si hubiera estado delante de una manada de leonas. Tartamudeando, conseguí preguntarle si quería salir conmigo. Aquellos dos luceros azules que tenía como ojos fueron consumidos por la dilatación de sus pupilas ante tamaña sorpresa. Por un momento se quedó sin habla. Para mí esos segundos fueron años. Finalmente se recompuso y, como siempre, sonrió ampliamente. Sin mediar palabra me dio un cariñoso abrazo, un dulce beso en los labios — costumbre que repitió en mi boda—, pero inmediatamente se separó y me dijo que no, que ella sólo me quería como amigo. Y así habíamos quedamos desde entonces.

—Al menos lo intenté. Si no lo hubiera hecho, nunca habríamos sido

amigos —me defendí, mientras Romén terminaba el masaje y comenzaba a secar el aceite de mi espalda. Romén estaba a punto de responder a mi comentario cuando Sara interrumpió nuestra conversación, al aparecer de pronto en el salón.

—¡Hola, Romén! ¿Qué tal? —Le dio dos besos a Romén en su barba y a mí, como estaba boca abajo, me los dio en el cogote—. ¿Qué tal cariño? ¿Te va bien el masaje?

—Te lo diré cuando acabe. Por ahora, aquí el colega me está dando una paliza más que un masaje.

—¡Desde luego! Mira que eres nenaza. Sara no se queja tanto cuando le doy los masajes.

—Eso es porque no tiene pelos en el culo —argumenté. Cambiando de interlocutor, me dirigí a mi mujer—. ¿Qué tal? ¿Qué has comprado?

—¡No te lo vas a creer! He ido a mirar más apliques para el baño y, paseando, he encontrado una tienda de cristalería donde... ¡Mira lo que he encontrado! —exclamó jubilosa.

Metió las manos en la bolsa que traía y sacó... ¡las dos copas! Del respingo que di, la espalda se me arqueó súbitamente y la contractura que Romén acababa de sacarme estuvo a punto de volver a aparecer. Esa vez no se me pudieron caer como canicas, porque los tenía apoyados directamente contra la camilla.

—Son prácticamente iguales a las del ajuar de mi abuela que se rompieron. Así parecerá que seguimos teniendo el juego completo. Y, de paso, también he comprado... —Ella siguió hablando, pero mi cerebro se había desconectado completamente de sus palabras. Yo la veía mover la boca, sin embargo, el sonido de su voz no estaba siendo procesado por mi cabeza. Lo único que se me pasaba en ese momento por el interior de mi sesera era la desfachatez con la que había vuelto a meter en casa las pruebas de delito. Eso significaba que había estado con Raúl y que éste le había devuelto las copas. Pero, ¿para qué? Sabía que Sara le tenía mucho cariño a aquellas copas que le había regalado su abuela en nuestra boda, pero ¿tanto como para recuperarlas de aquella burda manera? No reconocía a mi propia mujer. Yo siempre había confiado en ella, pero desde mi vuelta de China se había convertido en una mentirosa compulsiva. Los embustes que estaba tejiendo, uno tras otro, se

clavaban en mi corazón como el estoque del torero al toro—. Me voy a duchar. Ahora bajo. —Fue lo único que terminé de comprender del discurso que nos había largado sobre sus afortunadas compras. Si ya mis pesquisas estaban siendo bastante complicadas, la aparición de aquellas dos copas en casa hacían más inexplicable la situación. ¿Se estaba liando mi mujer con Raúl en lugar de ir al gimnasio? ¿Carles se había aprovechado de estar a solas con Sara después de aquellas cenas? ¿Romén le había dado algo más que masajes a mi señora? Definitivamente, mi mente se estaba preparando para ingresar en el frenopático.

Romén me sacó de mi abstracción gracias a un punzante pinchazo con una de las agujas de acupuntura.

—¿Quieres relajarte? Acabo de destensarte la espalda y, de repente, tienes el culo duro como una piedra. ¡Así no hay manera de clavarte las agujas! —protestó.

Traté de aflojarme. Romén pudo terminar de remacharme una caja entera de aquellas finas banderillas en el glúteo derecho. Lo hizo con tal delicadeza que sólo noté el primer pinchazo, debido a la tensión producida por la sorpresa de las copas, pero el resto de agujas fueron colocadas sin que me enterase de nada.

—¡Hala! ¡Ya está! Tienes el culito que parece un alfiletero.

Nunca me habían hecho una sesión de acupuntura, así que la curiosidad me mataba.

—A ver, pásame un espejo. En el aseo hay uno. —Tumbado boca abajo como estaba, cogí el espejo con la mano derecha y, levantando a duras penas la cabeza, pude verme el trasero. Efectivamente, parecía un acerico, aunque, por la cantidad de púas que tenía clavada, mi culo podía haber pasado por un coqueto y redondeado erizo de tierra.

Al cabo de un rato, Sara bajó duchada. Romén terminó con mi sesión y le invitamos a que se quedara a cenar.

Aquella noche, para mi felicidad inicial y gracias a la relajación proporcionada por el masaje, tan sólo tocar la cama me quedé frito. Parecía que, por fin, había curado mi insomnio, pero nada más lejos de la realidad. A las dos de la mañana me desvelé nuevamente gracias al batiburrillo de estresados raciocinios que copaban mi cabeza, mezclados con los malos

sentimientos que ahogaban mi corazón.

Capítulo 7. Unas copas de Carles

A pesar de haber estado la noche completamente desvelado, el maldito despertador me pilló a traición. El pitido de su alarma me cogió desprevenido, lo que hizo que mi cuerpo se elevara sobre la cama treinta centímetros y que mi corazón realizara una sístole y una diástole tan potentes que a punto estuvo de salirme catapultado por la boca. Al tercer enojado manotazo sobre la mesilla, tratando de matar a la maquiavélica máquina, conseguí detenerla. Siempre había odiado aquel cacharrito y cada día que amanecía pensaba en poder lanzarlo por la ventana o, mejor aún, machacarlo con un mazo hasta que sus tripas y engranajes quedaran despanzurrados por todas partes, pero, últimamente, debido a mi insomnio, le estaba cogiendo auténtica ojeriza.

Sin embargo, aparte del mal despertar, aquella mañana comenzó relativamente bien para mis intereses. Para comenzar, la paliza muscular y el ensartado de banderillas que me había hecho Romén en mis posaderas habían relajado considerablemente mis molestias y apenas si sentía incomodidad alguna en mis riñones. Las agujetas del día del gimnasio habían dejado de lacerar los músculos de mi cuerpo y podía realizar los movimientos habituales de mis extremidades sin sentir dolores, así que podía desplazarme como un ser humano normal y corriente, y no como un lento y mustio perezoso.

Para continuar con las alegrías matutinas, al llegar a la oficina, tras arrancar el ordenador y bajarme los correos electrónicos, detecté uno especialmente interesante. Era la respuesta de la Dirección a mis informes sobre mi labor en China. Estaban gratamente sorprendidos por mi trabajo y les habían convencido las conclusiones económicas que les había presentado. Por fin me comunicaban, directamente, que mi propuesta de negocio sería tomada en seria consideración, conjuntamente con otra que había encima de la mesa y

que era la referente a los americanos. Según el *mail*, barajaban ambas posibilidades, incluso poder llegarlas a realizar simultáneamente, porque, en principio, no eran excluyentes. Mi ego se infló como un pez globo y yo apenas si pasaba bajo el marco de la puerta de mi despacho, henchido de satisfacción.

Avisé a Carles y le enseñé, ufano, el *mail*.

—¿Qué te parece? Al final igual me hacen caso. Si esto sigue adelante, podría significarme un ascenso y, por supuesto, a ti te arrastraría conmigo.

—¡Joder, *company*! Es cojonudo. Me alegro por ti —contestó feliz, pero sin mostrar mucho entusiasmo. Yo sabía que a él no le apetecía escalar dentro de la empresa, sino mantener su cargo de técnico investigador, trabajo que realizaba con perfecta maestría. Aproveché la oportunidad que se me presentaba para continuar con mis indagaciones sobre mis cuernos y le pregunté:

—Esto hay que celebrarlo. ¿Tomamos una copa al salir del curro?

—Vale, de acuerdo. Pero una rapidita, que si no Alba se vuelve loca con los chiquillos. Además, a ti tampoco te conviene alargarte mucho porque creo que debes descansar algo más. Tienes unas ojeras que te llegan a Cuenca.

Me quedé mirándolo fijamente a sus ojos, con dos ficticios rayos de odio que salían de mis pupilas y atravesaban las suyas. A fin de cuentas, parte de mi insomnio era por su culpa. Disimulé.

—Sí, últimamente no estoy durmiendo muy bien. Debe ser el *jet lag*, aún.

Al cabo de un rato llegó Sabaté. Tarde, como siempre. Pude ver cómo se escondía en su madriguera. Transcurrida una hora, decidí hacerle una visita de cortesía, básicamente por tocarle los cojones.

—¡Buenas, Sabaté! ¿Has visto las últimas noticias de Dirección? —le interrogué apoyándome en el marco de la puerta de su despacho.

—¿Qué noticias? —respondió con otra pregunta sin saludarme siquiera, conoedor, sin duda, de aquella información.

—Bueno, parece que es posible que llevemos a cabo ambos negocios: con los chinos y con los americanos al mismo tiempo. Así los dos podremos desarrollar nuestros respectivos proyectos. —Y burlonamente traté de recordar las mismas políticas, insulsas y vacuas palabras que me había soltado dos días antes—. Tendremos que tratar de seguir trabajando como

hasta ahora, dentro de la estructura actual de la organización, implicándonos en el proceso del modelo de desarrollo y colaborando para poder cerrar los negocios dentro de un marco que resulte satisfactorio para todos.

—Sí, claro, por supuesto. Pues como hasta ahora —reconociendo sus propias frases, respondió secamente con un gesto torcido, que hacía que las arrugas de su frente penetraran peligrosamente en su calva—. Seguiremos colaborando para el mejor funcionamiento de la empresa.

Terminé la conversación y sólo me faltó frotar mi espalda contra el marco de la puerta, como un oso marcando su territorio, aunque más bien me sentía como un lobo alfa después de haber levantado la pata y señalado sus dominios con orín, pues me fui de allí con la sensación de llevar la cabeza y la cola alzadas, resaltando mi supremacía en la jerarquía del grupo.

El resto de la jornada, aparte de realizar las labores propias de mi puesto de trabajo, me dediqué a pasear por la oficina con el único propósito de tener la sensación de que el territorio era todo mío, tras la victoria sobre el pérfido y traicionero Sabaté. De vez en cuando le echaba una furtiva mirada desde mi despacho y lo veía con su nariz en forma de pico de frailecillo incrustada en la pantalla de su ordenador. No se movió en todo el día de su silla. Como un nuevo jefe de la manada, yo le había enseñado mis colmillos y, hasta cierto punto, lo había humillado, por lo que, en aquel momento, él estaba abatido y mantenía su rabo entre las piernas, en señal de sumisión. Pero, seguramente, ya estaba maquinando la venganza.

Tanto me regodeé de mi victoria que hasta conseguí olvidarme de la otra preocupación que me recomía por dentro: la altura de mis cuernos y el causante de los mismos. Al final de la jornada, retorné sobre mis pesquisas cuando Carles y yo nos bajamos al pub irlandés de la esquina para apalancarnos en sus verdes y confortables bancos de madera e ingerir unas dosis de C_2H_6O , alias alcohol etílico.

—Tío, vaya mosqueo llevaba hoy Sabaté. Supongo que no le habrá hecho ninguna gracia la posibilidad de que se lleven a cabo los dos negocios, porque tenía cara de pocos amigos y casi no ha salido de su gruta —dijo Carles divertido.

—Bueno, cuenta con que, hasta cierto punto, él se siente el ojito derecho del director general y aspira al ascenso. Yo le estoy entorpeciendo el camino.

—Sí, tampoco te quedas atrás en ambición.

—¡Eh, es diferente! Su ambición es la de un comercial que quiere poder. La mía es la de un técnico que aspira a organizar mejor su propia empresa para que nuestros proyectos sean mejores en calidad y prestaciones. Él piensa más en sí mismo y yo miro por el conjunto. Además, creo que puedo organizar mejor que Sabaté nuestra delegación. Podría conseguir más recursos que él para hacer mejor nuestro trabajo, porque conozco mejor el producto que desarrollamos.

—Sí, pero Sabaté es mejor político que tú y se sabe vender mejor que nadie. Y también sabe vender el producto que, a fin de cuentas, es lo que importa. Vender para tener ingresos. Con la crisis cada vez estamos perdiendo más financiación estatal y, como no cerremos pronto un acuerdo con los chinos o con los americanos, nos quedaremos sin capital.

—Sinceramente, espero que podamos cerrar los dos tratos. —Decidí dar por finalizado el tema de conversación y cambié de tercio, retomando mis investigaciones—. Bueno. ¿Y Alba y los gemelos cómo están?

—¡Buf! Son un encanto y están para comérselos. Ya empiezan a decir «papá» y «mamá», pero son dos terremotos. No se están quietos. Ahora que ya están comenzando a caminar y se tienen en pie, son dos máquinas de demolición. Pau, con esos brazos tan largos que tiene, parece una de esas máquinas para derribar edificios que tienen un péndulo con una bola colgando, porque alarga las manos sin control y derriba cualquier cosa que esté a su alcance. Ya se ha cargado dos floreros. Y Alex utiliza la táctica del martillo neumático. Coge los lápices de colores y, con la punta, empieza a clavarlos compulsivamente en cualquier cosa que se le ponga por delante. Tengo la mesa del comedor marcada de puntas de todos los colores.

La descripción de las travesuras de sus hijos, mezcladas con el alcohol de primer *gin tonic* que acababa de atravesar mi esófago, hizo que me riera con ganas.

—Debe ser duro tener dos de golpe. ¿Y Alba cómo lo lleva?

—La verdad es que está absorbida por los chiquillos. Casi no tenemos vida de pareja. Ella los cuida durante todo el día y, cuando llego a casa, me los suelta para que juegue un rato con ellos y los bañe. Para mí es el mejor momento del día. Me divierto tanto como ellos, jugando y mojándonos en la

bañera, pero Alba no se fía de mí y me supervisa todo el rato: que si hago mal esto, que si hago mal lo otro, que no les dejes chapotear en el agua, cuidado que se caen, sécalos bien que se van a resfriar. Parece que piense que los niños sean de cristal, pero... ¡son niños! Algún día se caerán, se harán daño, enfermarán... Creo que les está sobreprotegiendo y no creo que sea muy bueno. En fin, que me lo tengo que tomar con paciencia, porque, si no, al final, terminamos discutiendo y... —No finalizó la frase y, con los ojos entornados, su mirada y sus pensamientos se perdieron en el fondo de su copa por unos segundos. Dio un sorbo y continuó—... y, cuando por fin se van a dormir, los dos estamos como si nos hubiera pasado un mercancías por encima. Vemos un rato la tele y nos vamos a la cama a roncar como benditos. Te diría que no recuerdo cuándo fue la última vez que echamos un polvo.

Mis sentimientos ante el desahogo de Carles estaban encontrados: por un lado me alegraba de que fuese feliz con sus hijos, pero, al mismo tiempo, me sabía mal que estuviera tan fatigado por la frenética actividad de ambos. También me dolía que su relación con Alba estuviera en un momento crítico, aunque, simultáneamente, me indignaba la posibilidad de que su culo fuese el que había salido de mi casa aquella noche y que sus problemas conyugales hubieran terminado por arrastrarlo hasta mi propia cama, acompañado, obviamente, de mi propia mujer.

—Bueno, si te sirve de consuelo, yo he estado cuatro meses a dos velas.

—Mal de muchos, consuelo de tontos, ¿no? —dijo, riéndose.

—Al menos, los jueves podías distraerte un rato bailando tango con Sara.

Empecé a lanzar barro contra la pared.

—Bueno, eso ha sido otra fuente de problemas. Ya sabes que Sara para mí es como Martina para ti. Estuve saliendo con ella desde el primer curso del instituto hasta que comenzamos en la universidad. El principal motivo por el que nos enrollamos fue porque a los dos nos gustaba bailar. A mí se me daba muy bien la salsa y a ella le gustaba cómo meneaba mis caderas con los ritmos latinos, así que empezar a salir fue cuestión de poco tiempo.

—Pues no sé cómo se decidió a salir conmigo, porque con la rigidez de caderas que me caracteriza, lo único que puedo bailar es la sardana. Y seguro que pierdo el ritmo. —Nos reímos los dos, animados por las copas.

—Empezó a salir contigo porque le gusta que tengas metas y ambiciones.

Eres un tipo con aspiraciones y eso te hace atractivo para ella. Nosotros rompimos porque me decía que siempre me conformaba con lo que tenía, que me faltaban motivaciones y sueños, y que me acomodaba a lo que tuviera en cada momento. Y, hasta cierto punto, es verdad. Yo soy feliz con lo que tengo y no me gusta complicarme la vida tratando de ascender en el trabajo, buscando una casa más grande o un coche más potente. Me gustan las cosas sencillas y me gusta lo que hago en la oficina, pero el trabajo no es mi vida. Preferiría tener más tiempo libre para estar con mis hijos y tener mis propios *hobbies*. —Dio otro sorbo a la copa y, mientras yo me pedía el segundo *gin tonic*, continuó su explicación—. Pues bueno, como ya sabes, cuando Sara y yo lo dejamos aún nos llevábamos bien y terminamos como amigos. Estuvimos una buena temporada sin vernos. Así, yo conocí a Alba y Sara te conoció a ti, pero nunca perdimos el contacto. Sin embargo, Alba siempre ha estado celosa de Sara. ¡Y mira que le he explicado miles de veces que sólo somos amigos! — ¿Me estaba tratando de convencer a mí también de que, realmente, sólo eran amigos para ocultarme que me la estaba pegando con mi esposa?

—Bueno, pues como yo le explicado a Sara, que Martina sólo es mi amiga, pero no hay manera. No la traga.

—¡Joder, es que morrearte delante de todos los invitados en tu propia boda! —Había sido un gesto inocente de Martina, pero todos los convidados se quedaron impactados con aquella imagen de mis nupcias, más que si la cena había estado sabrosa, la novia preciosa o la fiesta maravillosa. Fue la comidilla de la toda la celebración—. Pues lo que te decía, cuando Sara me habló de ir a las clases de tango con ella, le dije que sí, pero no veas los morros de mi señora. Me costó una buena bronca poder ir a bailar con Sara todos los jueves y, aun así, falté un día.

—¿Y con quién bailó Sara entonces?

—No te lo vas a creer. ¡Con Martina! Como no había hombres suficientes, pusieron a Martina a hacer las veces de hombre y Sara tuvo que bailar con ella.

—¿Qué dices? —Estuve a punto de partirme de risa. No me imaginaba a aquellas dos cabezotas bailando la una con la otra. Con el reajo que tenían ambas, en un baile donde quien manda es el hombre, no me pasaba por la cabeza que una de las dos se dejara dominar por la otra. Así que, por un

momento, en mi cabeza se dibujó la idea de dos cabras montesas peleando entre sí, con los cuernos enzarzados, a ver quién empujaba más, tirando la una de la otra para dar giros en sentidos contrarios—. ¿Te dijo Sara cómo acabaron?

—Pues, por lo que me contó, se ve que fue un desastre y poco menos que terminaron peleadas.

—Me lo creo. No me extraña que, en la cena del otro día en casa, ni se dirigieran la palabra. Al menos, Sara tuvo el detalle de invitarla para que me diera la bienvenida con todos los demás.

—En fin, que lo he pasado muy bien con tu mujer bailando tango. Gracias por prestármela.

—¡Qué remedio! No se iba a quedar esperando a que yo volviera de China, encerrada en casa, sola y desamparada. —Y desde luego que no había estado sola y, mucho menos, desamparada.

—Oye, tengo que irme. Se hace tarde y quiero bañar a los niños. Además, no tengo ganas de que Alba se enfade. Cuando está de buenas, es un amor; pero, como se mosquee, es peor que el Dr. Jeckyll y Mr. Hyde.

—Vale, marcha, marcha. Yo me quedaré un rato más. Sara está de guardia esta noche y no tengo prisa por volver a casa —le dije, despidiéndome de él con una mano y pidiendo un último *gin tonic* con la otra.

Carles me había confundido aún más de lo que ya estaba. Lo veía infeliz con la situación que tenía en casa con su mujer, cosa que podía empujarle a buscar cobijo en un pecho que consolara sus penas, en particular, dos como los que disponía Sara. Pero también parecía orgulloso de sus hijos y no lo creía capaz de echar a perder su feliz paternidad por una peligrosa cana al aire que pudiera poner en peligro no sólo a su familia sino también su puesto de trabajo, pues yo era su jefe directo. Aunque él me había introducido en la empresa, no me imaginaba qué reacción tendría yo mismo contra él en el caso de que me estuviera engañando.

Entendía su amistad con Sara porque yo tenía una relación parecida con Martina. Sin embargo, mientras que yo nunca conocí el cuerpo de Martina, él sí se había paseado por las intimidades de mi esposa. ¿Podía haber pasado que, en una de aquellas cenas en las que él se quedaba un poco más de tiempo en casa a solas con Sara, hubieran recordado viejos tiempos? El vino,

mezclado con ciertas tristezas, puede llegar a ser un peligroso detonante sexual. Aunque también es verdad que, si el alcohol es excesivo, más que un detonante se convierte en un traidor relajante que deja la cosa flácida. Además, aún estaba en mi cabeza el *mail* que Carles le había enviado a Sara en el que le decía que se lo había pasado muy bien con ella la noche de mi vuelta y que tenían que repetirlo. ¿Repetir el qué? ¿Por qué se lo habían pasado tan bien esa noche? Desde luego mi investigación se estaba convirtiendo en un verdadero agujero negro, pues de allí no se escapaba el más mínimo rayo de luz que lograra hacerme vislumbrar quién puñetas había estado con mi mujer.

Permanecí en el *pub* media hora más, tratando de averiguar si en el fondo de la copa, entre las burbujas que la tónica le proporcionaba a la ginebra, estaban las respuestas a mis preguntas. Como no estaban allí dentro, decidí bebérmelas, lo que hizo que condujera hasta mi casa saltándome todas las normas de seguridad a la hora de manejar un volante, pues mi tasa de alcohol en sangre seguramente superaba la legalmente permitida. Si me hubiera parado la Guardia Civil o los Mossos d'Esquadra y me hubiesen hecho soplar, habría fundido el pitorro de plástico de la maquinita con mi halitosis y habría sacado de escala el rango del medidor.

Lo que sí que descubrí, con las burbujas del *gin tonic*, fue el efecto somnífero de su licor. Llegué a casa. Aparqué el coche en el garaje tan torpemente que no pude salir por mi puerta sino por la del acompañante. Subí a mi habitación, me desvestí, dejé la ropa sobre el galán de noche y, perjudicado por las copas ingeridas, me metí en la piltra igual que un avión que aterriza. Como si la cama hubiese sido la pista de aterrizaje, entré con mi cabeza por los pies de la misma y arrastré todo mi cuerpo y las narices por todo el colchón, como si éstas fueran el tren delantero de una avioneta. Me deslicé por las sábanas hasta que mi cabeza topó con la pared y se detuvo mi desplazamiento. Quedé con los brazos en cruz. Apenas se me había comenzado a escapar la babilla por la boca cuando perdí el sentido.

Aunque el alcohol no había matado mis penas, había curado mi insomnio.

Capítulo 8. Fin de semana

El resto de la semana fue una rutinaria sucesión de días en los cuales, siguiendo las enseñanzas bíblicas, me dediqué a ganarme el pan de cada día con el sudor de mi frente. De mi frente, de mis sobacos y del resto de mi cuerpo, pues, debido a una avería en el sistema de climatización de la oficina, aquel jueves y aquel viernes los pasamos metidos dentro de las paredes de una auténtica sauna.

Gracias al brillante diseño de algún lúcido arquitecto, nuestra delegación estaba en un majestuoso edificio acristalado donde el Lorenzo del mes de julio clavaba sus ardientes rayos solares con una saña y una mala baba propias del mismísimo Belcebú. Así que nuestro lugar de trabajo, sin nada que lo refrigerara desde dentro, se había convertido en la antesala del infierno. Se alcanzaron temperaturas de veintinueve grados centígrados y una humedad relativa de un noventa por ciento, lo que hacía que caminar por los pasillos fuera como recibir el lametón de una vaca en plena cara. No dejó de ser paradójico que, en un lugar repleto de ingenieros, ninguno supiera cómo reparar el aire acondicionado y que el único que supiera algo del tema no tenía las herramientas adecuadas para poder arreglarlo. Así que nos cocimos allí dentro durante dos jornadas enteras, hasta que llegó el personal de mantenimiento. En casa del herrero, cuchara de palo.

Aparte de perder algún kilo que otro, debido a la generosa transpiración, durante esos días continué con mis rutinas laborales, esperando alguna respuesta de nuestros superiores acerca de mi posibilidad de negocio con los descendientes de la dinastía de los Qin. Asigné nuevas tareas a mis colaboradores, supervisé los avances de nuestros investigadores y seguí paseándome por todas las dependencias de nuestras oficinas para seguir teniendo la sensación de dominación sobre el territorio. Aunque esto último

también lo hacía para tratar de ventilarme y despegar, de vez en cuando, mi espalda del respaldo de mi silla, evitando así que se me generara una mancha de sudor en los riñones. A Sabaté no lo vi durante aquellas cuarenta y ocho horas, no supe si porque estaba de vacaciones, de viaje, refrescándose en la playa o maquinando algún tipo de contraataque.

Como Sara tuvo turno de noche hasta el viernes, y dado que en los días anteriores mis investigaciones sobre el dueño de las nalgas saltarinas no habían llegado a ninguna conclusión, decidí intentar averiguar algo más a través de una fuente más fiable pero que, posiblemente, no podría ayudarme, pues dudaba de que Martina supiera algo de la vida privada de mi mujer, aparte de lo que pudiera hacer durante las clases de tango. Básicamente, decidí llamarla porque necesitaba desahogarme con alguien de confianza. Sin embargo, no pude quedar con ella porque estaba en Madrid por temas de su trabajo.

Raúl me llamó un par de veces para convencerme de ir al gimnasio a machacarme con él pero, amablemente, le contesté que aún estaba resentido de la lesión... y de la posibilidad de que él fuera el amante de mi esposa, aunque, obviamente, esto último no se lo dije. Y así, con el transcurso de las horas, los minutos y los segundos, debido al rotar de la Tierra sobre sí misma, se nos echó encima el fin de semana, que ya estaba medio planificado. Sara había decidido que el sábado tocaba visita a casa de sus padres, a los cuales yo no veía desde hacía casi cinco meses. El domingo, yo me había planeado, por mi cuenta, ver la carrera de Fórmula 1.

El sábado Sara se despertó sobre las doce de la mañana. Había llegado de madrugada después de su turno nocturno, que por fin se había terminado y la dejaba libre hasta el lunes. Yo había salido a la piscina a darme un chapuzón y estaba leyendo un libro tumbado en una de las hamacas, cuando ella apareció en el porche. Levanté la cabeza y la miré. Tenía su rubia melena revuelta, con los pelos completamente alborozados, y sus atractivos y castaños ojos entornados debido a la cantidad de luz que atacaba sus pupilas, lo que la obligaba a fruncir el ceño. A pesar de llevar marcada en una de sus mejillas el dibujo de las sábanas, su belleza resaltaba con el brillo que el sol le daba a su pálida cara, pues se acentuaban las formas de sus carnosos y rojos labios.

Seguía siendo tan guapa como cuando la conocí. A veces aún me sorprendía a mí mismo del hecho de que ella se hubiera fijado en un tipo como

yo, con mis lupas sobre la nariz y con la pinta de empollón despistado que me caracterizaba. El camisón le cubría hasta la mitad de los muslos y dejaba a la vista sus bonitas y proporcionadas piernas. Sus pies, descalzos, mostraban sus diez pequeños y juguetones deditos. La ligera brisa de esa mañana hacía que el camisón se le pegara a la cintura y al torso, y me dejara disfrutar de la visión de sus maravillosas curvas femeninas y sus irresistibles pechos. Asimismo, aquel aire matinal hacía que su pelo hostigara sus mejillas, tratando de metérsele en la boca y en los ojos, mientras ella luchaba con su mano derecha por peinarse y colocarse los cabellos por detrás de sus sensuales orejas. Con el gesto propio de una niña pequeña que acaba de levantarse, se restregó los párpados con los puños cerrados, haciendo rotar las muñecas de sus manos. Allí, de pie, bajo la puerta que daba acceso a la piscina, me pareció un ángel... Aunque fuese un ángel caído.

—Buenos días, dormilona. —Me levanté, me acerqué a ella y la abracé. Ella se dejó manipular. Apoyó su cabeza sobre mi pecho, como si yo fuera una almohada. Disfruté del momento de sentir su cuerpo, tierno y cálido, entre mis brazos, a pesar de que la sangre hervía en mi interior, conector de su traición —. Por fin coincidimos, que llevo casi tres días sin verte.

—Mmmmm, sí —dijo con voz de niña remolona—. Menos mal que el turno de noche se acabó ya y no me vuelve a tocar hasta dentro de un mes. — Más que oír sus palabras, éstas vibraron sobre mis costillas. Las ondas acústicas se transmitieron a mis oídos a través de todos los huesos de mi ser —. ¿Me preparas el desayuno mientras me ducho? Hazme sólo un café con leche, porque dentro de un rato vamos a comer y mi madre seguro que ha preparado comida para un regimiento.

—Vale, ahora te lo preparo. Espero que tu madre no se haya pasado con la comida. Siempre hace para el doble de gente de la que tiene a la mesa.

—Pues imagínate hoy lo que habrá hecho, porque somos ocho a comer.

—¿Ocho?

—Sí, también vienen mi hermana con su marido y los niños. —¡El enemigo al completo! No sólo tendría que aguantar la verborrea incontenible de mi suegra, como para encima tener que soportar a mi cuñada y a los dos pequeños terroristas a los que mi mujer denominaba, cariñosamente, sobrinos.

Al llegar a la casa de los padres de mi mujer, Sara saludó a su madre.

Doña Carmen, como siempre, me dio la bienvenida con dos afectuosos besos. Pero fue despegar nuestras mejillas y, aquella mujer bajita, algo rechoncha y con unas facciones que en su edad joven tuvieron que ser bastante atractivas, comenzó con sus embestidas bélico-palicosas.

—Desde luego que te han sentado mal estos cuatro meses en el extranjero. Estás más chupado y te has *aprimat* —afirmó, mientras yo dudaba de ello acariciándome mi propia barriguita de la felicidad—. Eso es que has trabajado mucho y has comido mal. Seguro que en la China no saben preparar el arroz como yo, que te he hecho una paellita que te vas a chupar los dedos, con arroz auténtico valenciano, que eso sí que es bueno, y no lo que comen los chinos. ¿Tú has visto alguna vez a algún chino gordo? No, ¿verdad? Eso es porque el arroz ese que comen no tiene sustancia; no como aquí, en España, que le ponemos cosas buenas que sí que alimentan... —Decidí desconectar mi sentido del oído y dejar de procesar la mansalva de información inútil que mi suegra estaba lanzando contra mis orejas, mientras ella movía su lengua a la velocidad de las alas de un colibrí. Por momentos hablaba tan rápido que pensé que, en breve, le saldría humo por la boca debido a la fricción de su lengua contra sus propios dientes y a la falta de lubricación por carencia de saliva suficiente como para evitar un incendio en el interior de sus fauces. Mientras ella entraba en la cocina, sin dejar de platicar, saludé a don Francisco estirándole mi brazo. Aquel hombretón de casi un metro noventa de altura, bronceada tez, pelo completamente blanco y honestas facciones, apretó con fuerza mi mano. Don Francisco había sido comandante del Ejército de Tierra. Era hombre de pocas palabras y me apreciaba. Hablábamos poco, sobre todo porque mi suegra no dejaba intervenir a nadie. Aunque nuestras ideas políticas no coincidían, pues él aún alababa al Generalísimo, nos llevábamos relativamente bien.

—¿Qué tal, *muyayo*? ¿Cómo te ha ido por China? —Como él tenía casi setenta años, a pesar de mis cuarenta, para mi suegro yo era un joven muchacho, pero lo decía cambiando las letras «ch» por las «y», en un bromista intento de imitar el acento canario.

—... y de postre he preparado una tarta de chocolate que vas a perder el sentido. —Mi suegra salió de la cocina y continuó con su incontinencia verbal, nominal y adjetiva, gastando todas las palabras del diccionario castellano, mezclándolas con algunas del catalán. Aquella señora hablaba por los codos,

por las rodillas y por cualquier otra parte de su ser. Gracias al cielo, Sara se la llevó nuevamente a la cocina para hablar con su madre «*de cosas de mujeres*» mientras me dejaba a solas con su padre.

Como dos buenos ejemplares de hombres, mi suegro y yo tuvimos una breve conversación sobre mi trabajo, y de si me iba bien, y tras un coloquio superficial e intrascendente, decidimos encender la tele y ponernos a ver los entrenamientos de Fórmula 1. La ventaja de ser del género masculino es que uno puede estar al lado de otro de su mismo sexo y no tener la necesidad incontenible de tener que hablar por hablar, así que ambos permanecemos en silencio mirando el televisor sin sentir ningún tipo de incomodidad por no dirigirnos ni una sola palabra, salvo para comentar la trompada que uno de los bólidos se acababa de estampar contra las vallas del circuito.

Al cabo de media hora, nuestra paz se vio interrumpida por la aparición de mi cuñada, mi cuñado y mis sobrinos políticos, que entraron en la casa de sus abuelos como el Demonio de Tasmania, moviéndose a una velocidad increíble, chillando y corriendo por el pasillo. El mayor, de nueve años, perseguía al pequeño, de siete, armado con una metralleta de dardos de goma que disparaba a discreción, haciendo caso omiso a su abuelo que, como cabeza de familia, reclamaba el beso de sus nietos. Ante la falta de ósculos y de disciplina por parte de los críos, don Francisco se levantó del sofá y se fue a requisar el arma al mayor de los niños, para recargarla y disparar sobre ambos mientras se ponía a jugar con ellos como un chiquillo más.

Mi cuñado aprovechó la ausencia de mi suegro para ocupar su sitio, saludarme y ponerse a ver conmigo el final de los entrenamientos de la Fórmula 1, mientras nos comunicábamos con breves y pausadas frases para ponernos al día de nuestras respectivas actividades laborales. Al cabo de un rato, don Francisco volvió medio asfixiado de correr detrás de los niños y se sentó con nosotros. Se produjo así la tradicional separación de sexos que ocurre en la mayoría de las reuniones familiares. Los hombres por un lado, hablando de trabajo, deporte, política o mujeres —las propias, para criticarlas y las ajenas para admirar sus físicos—, mientras que las señoras, por su parte, se dedicaban a realizar lo propio hablando sobre asuntos ajenos al sexo masculino.

Tras casi una hora de aperitivos y preparativos, nos reunimos todos en la mesa. Doña Carmen no había reparado en gastos para celebrar mi retorno de

China y nos obsequió con diversos manjares. De entrantes había preparado algo de salmón marinado, jamón serrano, fuet y unos deliciosos boquerones en escabeche. De primero había hecho una abundante ensaladilla que, fresquita como estaba, entró dentro de mi cuerpo casi sin darme cuenta, acompañada de copiosos tragos de vino blanco. Y de segundo teníamos una inmensa y sabrosa paella, aderezada con una generosa cantidad de langostinos, gambas, mejillones y almejas. Por cada plato de comida que me terminaba, mi suegra se empeñaba en que repitiera de cada cosa, a pesar de que yo luchaba por convencerla de que ya estaba lleno y no me cabía nada más. Pero, con tal de dejar de escucharla, me atiborré de tal manera que, antes de llegar a los postres y al café, yo ya tenía el botón del pantalón desabrochado para poder tener algo más de capacidad estomacal y que me cupiera todo lo que ella sembraba delante de mí. Me sentía como un pato cebado preparado para convertir su hígado en paté.

La madre de mi mujer hizo el café y cada uno se lo pidió de alguna de las mil maneras que hay para tomárselo. Don Francisco solicitó el suyo:

—Yo quiero un carajillo de anís con hielo.

—El abuelo ha dicho una palabrota. Ha dicho carajo —cantó Alberto, el mayor de los sobrinos, que apuntaba acusatoriamente a su abuelo con el dedo índice de su mano derecha, manteniendo una maliciosa sonrisa de niño ruin.

—No, señor, no he dicho ninguna palabrota. Yo he dicho carajillo. ¿Sabéis de dónde viene ese nombre? —preguntó con un halo de misterio a sus nietos—. Pues resulta que en la Guerra de Independencia de Cuba las tropas españolas, cuando iban a luchar contra los enemigos cubanos, mezclaban el café con ron porque así les daba más energía y más «corajillo» para la batalla. Y de corajillo se quedó en carajillo.

—¿Y qué es corajillo? —preguntó Joan, el pequeño.

—Es el diminutivo de coraje, que significa valor —contestó su abuelo—. ¿A que tú eres muy valiente?

—Sí, y no me hace falta tomar café —sonrió Joan.

—Pues a mí me habían dicho —interrumpió mi cuñado— que la palabra venía de Barcelona, de la Estación de Francia, donde los arrieros esperaban el turno de carga y cuando tenían prisa por salir, en lugar de pedir el café y la copa por separado, lo mezclaban todo en uno porque decían en catalán «*que*

ara guillo», que quiere decir «ahora marchó con prisas».

—A saber. Supongo que en cada sitio habrá una explicación diferente para el origen de la palabra. Lo que sí que sé es que, en cuanto a cafés, no hay nada como el *barraquito* —intervine yo para aportar mi granito de arena—. Que yo sepa se inventó en Tenerife y está delicioso. Leche condensada, café, leche natural, un toque de canela, un chorrito de Licor 43, una corteza de limón y estás bebiendo la mejor combinación energética que exista. Lo malo es que aquí, en la península, no conocen ese manjar y me tengo que quedar con las ganas.

—Si quieres te preparo uno —dijo mi suegra.

—Pues sí, porque tanto tiempo en China ya casi me he olvidado de la comida de aquí.

—De la comida y de lo que no es la comida. Que mi pobre hija ha estado cuatro meses sola. Así no hay manera de que me deis nietos.

¡La cagamos! Mi suegra acababa de abrir la caja de Pandora.

—Sí, es verdad... —El griterío de los chiquillos ocultó el sonido de mi nombre que mi cuñada Mercè acababa de pronunciar, mientras, metafóricamente, me acuchillaba por la espalda—. ¿Es que no tenéis pensado tener niños?

«Si son como los tuyos, la verdad es que no», pensé.

—Lo hemos hablado Sara y yo muchas veces, pero lo cierto es que, en el momento actual, es una mala época para tenerlos. Por un lado, estamos en plena crisis económica mundial y tener un hijo es caro; por otra parte, yo estoy en un momento en mi trabajo que me absorbe todas las horas que tengo y considero que a los hijos hay que dedicarles tiempo para educarlos bien.

—Sí, pero con esa excusa nunca es buen momento para tener hijos. Siempre hay algo que lo impide: que si la hipoteca, que si el trabajo, que si la crisis, que si somos demasiado jóvenes o demasiado viejos. Nosotros tuvimos los nuestros cuando vinieron y lo aceptamos —continuó con el ataque mi cuñado.

—Lo que pasa es que mi marido, en el fondo, es un egoísta que sólo piensa en él —siguió vapuleándome mi propia esposa, con un cierto tono de resignación—. Lo hemos hablado cientos de veces, pero no hay manera de que

se deje convencer. A mí me gustaría tener algún día un niño. Sabes que me encantan; por eso soy pediatra... —acabó la frase en forma de súplica, dirigiéndose directamente hacia mí.

—Y además, a mí me gustaría tener una nietita, que ya tengo dos nietos —apostilló mi suegra.

Sentado en una esquina de la mesa, me sentí acorralado como un púgil de los pesos pesados arrinconado contra las cuerdas, con los guantes cubriéndose la cara y con los antebrazos defendiendo los costados bajo una lluvia de palos. A modo de golpe final, mi suegro, el único que faltaba por atizarme, lanzó su propio gancho.

—Además, una familia no es una familia si no se tienen hijos. Dios creó al hombre y a la mujer para que se reprodujeran y tuvieran hijos. Los hijos son la bendición de la vida de todo hombre. Si no, ¿para qué venimos a este mundo?

Ya tenía en mi contra hasta al mismísimo Dios. Traté de capear el temporal como pude, intentando salvar los muebles de cualquier manera.

—Yo no digo que no quiera tenerlos, sino que no quiero tenerlos todavía. Tengo mis aspiraciones profesionales, pero si me dedico al trabajo no me puedo dedicar a criar a un niño. Un niño es una responsabilidad muy grande; no se trata de querer tener un perrito al cual después no se saca de paseo a hacer sus necesidades. Un hijo necesita el tiempo por parte de los dos, padre y madre, y tal y como estoy ahora en el trabajo, toda la carga se la llevaría Sara.

—A mí no me importa cargar con el peso de la crianza —respondió ella.

—Sí, lo sé, pero no se trata de eso. Un niño necesita mucho cariño por parte de los dos progenitores y eso requiere tener tiempo para poder jugar con él, criarle y educarle. Y también los niños necesitan normas, normas claras, que los dos padres impongan y hagan cumplir a los niños; si no, la educación que les daremos no será la adecuada.

—No estoy de acuerdo con lo de las normas —saltó Mercè—. Los niños son niños y tienen que jugar y hacer lo que quieran. Siempre que yo pueda, les daré a mis hijos todo lo que me pidan.

«Claro, por eso ahora mismo Alberto está saltando encima de la cama de los abuelos, a punto de darse con la cabeza en el techo, y Joan está chillando como un majareta porque Alberto no le deja subir. Todo un ejemplo de bien

estar y saber comportarse», me pasó por la cabeza.

—Yo no digo que mi postura no sea egoísta, pero creo que es responsable. Para mí es una responsabilidad que me supera y, por ahora, no quiero tenerla. No digo que en un futuro quiera tenerlos; además, también considero que puede ser muy egoísta querer tener un niño por querer tenerlo, para luego no ser lo suficientemente maduro como para saber o querer criarlo.

¡Para qué dije aquello! Mi suegra, mi cuñada y mi propia esposa si hubieran podido me habrían saltado a la yugular como vampiresas para chuparme la sangre, pues las tres consideraron que las había insultado y llamado egoístas, cuando esa no era la intención por mi parte. La algarabía que se formó llegó a alcanzar niveles de decibelios peligrosos para la salud humana. Las tres empezaron a hablar al mismo tiempo, entrelazando sus palabras de tal manera que no había manera de entenderlas, ni saber quién decía qué.

—¿Qué somos...? Pues yo he educado... *mis hijos...* cariño, te has pasado...no hubiera tenido a Sara... *la madre...* Joan... *tener dos hijos...* eso no... justo...

Mi suegro y mi cuñado permanecieron callados ante aquella peligrosa explosión femenina, asustados ante el revuelo que acababa de crear. Entre aquella telaraña de vocablos, a duras penas conseguí que me dejaran hablar para explicarme:

—Lo que quiero decir es que una pareja tiene que estar de acuerdo en tener un niño. Debe ser un deseo de los dos y un proyecto de pareja. Una ilusión de ambos. En el caso de ustedes, esto ha sido así —dije señalando a mi suegra y a mi cuñada, procurando calmarlas—. Pero cuando en una pareja la mujer se empeña, y digo la mujer porque suele ser la norma, en tener hijos y el marido no está dispuesto, suelen terminar divorciados. Por eso digo que, cuando el deseo se convierte en el egoísmo particular de uno de los dos miembros de la pareja, puede llevar a la ruptura.

—Pues por esa regla de tres, tú y yo deberíamos estar separados —sentenció Sara suavemente, con una frase cargada de tristeza y cierta amargura.

Sobre la mesa se hizo un silencio desagradablemente violento. Mi suegra, una máquina de enlazar palabras una detrás de otra, enmudeció súbitamente, se

inmediatamente a su lado. Yo diría que no la vi ir hacia él sino que, más bien, sus átomos se vaporizaron de la mesa y, de repente, se volvieron a juntar todos abrazando a su hijo, mientras éste descerrajaba agudos y lastimeros chillidos contra nuestros tímpanos. Mi cuñado tardó un poco más, pero enseguida se personó junto a su esposa. Mi suegra, a pesar de su ciática, me adelantó en un cerrado *sprint* por el pasillo y llegó antes que yo hasta el lugar del accidente. Mi suegro fue el único que mantuvo la calma y sentenció:

—Tranquilos, seguro que no es nada. Cosa de críos.

La verdad era que el pobre Alberto se había dado un buen coscorrón. Un generoso chichón comenzaba a nacerle en la frente, a modo de pequeño volcán. Al crío le caían lagrimones como puños por sus pequeñas y sonrosadas mejillas, mientras Joan, el pequeño, con cierto punto vengativo, le acusaba.

—Eso te pasa por no querer dejarme subir a la cama.

Tras largos minutos de revuelo, tiernas palabras de consuelo para el hombrecito y unas friegas de agua fría y hielo sobre la inflamación para evitar que el niño se convirtiera en un pequeño unicornio, la situación se normalizó. Alberto consiguió un helado de chocolate adicional y Joan, para no crear agravios comparativos, otro, al tiempo que sus padres tomaban la decisión de irse a su casa para descansar y que Alberto pudiera jugar más tranquilo en la «seguridad» de su propio hogar.

Sara y yo también aprovechamos la coyuntura del momento para despedirnos e irnos.

El trayecto a casa tuvo la misma alegría y jolgorio que el que podía haber tenido un coche fúnebre transportando un ataúd con inquilino. Aquella discusión ya la habíamos tenido en varias ocasiones y siempre acababa de la misma forma, en un silencio mutuo que duraba hasta que pasaba cierto tiempo. Sin embargo, nunca la habíamos tenido en público, y mucho menos delante de toda su familia. Sara y yo no nos dirigimos la palabra, cada uno de nosotros absorto en sus propios pensamientos. No sabía qué decirle y supongo que ella no quería volver a sacar el tema de conversación. La angustia me recomía de tal manera que las toneladas de comida que me había hecho tragar mi suegra no me sentaron bien. Tenía la sensación de que alguien estaba cogiendo con una mano mi corazón y lo estaba apretando con fuerza, pues una honda tristeza

me invadía. Sabía que Sara me estaba poniendo cuernos pero, hasta cierto punto, podía entender que lo estuviera haciendo, ya que yo no cubría sus expectativas como mujer; pero, al mismo tiempo, yo sentía algo por ella, no quería renunciar a ella y me dolía que me estuviera traicionando a mis espaldas.

El resto de la tarde lo pasamos en casa, viendo la tele sin apenas un intercambio de breves frases, salvo para cambiar de canal, tomar algo antes de acostarnos y darnos las buenas noches con un frío beso. Creía que ya había curado mi insomnio, tras varias noches durmiendo a pierna suelta, pero no era así. Una vez más, un revoltillo de pensamientos atacó mi cerebro y éste no me dejó descansar, a base de terribles pesadillas en las que soñaba que Sara se quedaba embarazada de gemelas de Sabaté, pero éste huía después de dejarla preñada y yo me tenía que hacer cargo de las dos niñas que, casualmente, eran idénticas a mis terribles sobrinos, pero en féminas. En el sueño también aparecía mi suegra, que se dedicaba a enseñar a los ejecutivos chinos con los que yo había trabajado en Shanghái a hacer paella, mientras mi suegro me reprochaba que las gemelas eran unas bastardas y que *«con Franco eso no pasaba»*. De fondo, mi cuñada se reía de mí diciéndome: *«No querías sopa, pues toma dos tazas; en lugar de un niño, dos»*.

A la mañana siguiente me desperté bastante más temprano que Sara. Lo primero que hice fue darme un chapuzón en la piscina para refrescarme de la sudoración nocturna que había padecido, producto del calor del mes de julio y, sobre todo, de la terrible pesadilla. El día había amanecido radiante, con un sol espectacular que a las diez de la mañana ya aportaba unos agradables veintitrés grados centígrados. Mientras Sara aún roncaba cuatro metros por encima de mí en la planta superior, yo me dispuse a ver la primera de las carreras matutinas, la de GP2, como preámbulo al gran acontecimiento de ese domingo: el Gran Premio de Hungría de Fórmula 1.

Sara se levantó cerca de las once. Bajó, se acercó a mí medio adormecida y me dio un cariñoso beso matinal. Pensé que, como siempre, ya se le había pasado el enfado del día anterior y que estaba de buen talante. Mientras yo seguía sentado en el sofá viendo el previo de la carrera, Sara salió al porche, vio el maravilloso día que hacía, volvió a entrar y dejó caer una lapidaria pregunta:

—¿Vamos a la playa?

«¡Mieeeeerrrrrrrrrrrda!», pensé al tiempo que mis párpados se contraían completamente, mis pupilas se dilataban al máximo y mis ojos pugnaban por abandonar sus propias órbitas. Yo sabía que aquella pregunta no era una pregunta. En realidad, era una orden. Nunca conseguí entender por qué a mi mujer le gustaba tanto la playa, cuando disponíamos de una piscina con la que nos ahorrábamos colas, apretujones, estridentes hilos musicales y, sobre todo, rebozarnos como croquetas. Y lo más importante, disponer de la piscina en tu propia casa significaba estar lo suficientemente cerca de una lata de cerveza como para poder refrescarte por dentro en cualquier momento.

De repente, se entabló entre nosotros un mudo diálogo conyugal. Un código de comunicación similar al de los sordos y que todo matrimonio posee, en el cual, ninguno de los dos dice palabra alguna, pero que sirve para transmitirnos toda la información necesaria para entendernos. Tras su pregunta, hecha con una preciosa sonrisa, mis pupilas pasaron de enfocar su rostro a enfocar, con cara de perrillo abandonado, el televisor, para indicarle que mi intención era la de ver la carrera. Procuré poner semblante de tristeza, con tal de conseguir que se apiadase de mí; sin embargo, no hubo clemencia. Ella cambió de pose y colocó sus brazos en jarras, apoyando las muñecas sobre las caderas, con las manos y los dedos apuntando hacia fuera de su cuerpo, golpeando dos veces el suelo con la punta de su pie derecho, en una indicación inequívoca de «*como no vayamos, te la cargas*».

Dadas las circunstancias, y después de lo que había ocurrido el día anterior, no tenía ganas de volver a pasar otra jornada de morros con mi señora, así que claudiqué ante sus intenciones y guarde un minuto de silencio en señal de duelo ante la carrera de la que no iba a poder disfrutar y las cervezas que no me iba a poder tomar.

Sara aquella mañana estaba de buen humor, como si no hubiera pasado nada. Durante el trayecto hasta la playa hablamos, cordiales y entretenidos, de temas triviales. Como llevábamos tres días sin vernos, y el anterior, entre la comida en casa de los suegros y la discusión posterior, no habíamos hablado nada de cómo nos había ido durante la semana, nos empezamos a contar lo que nos había ido sucediendo en nuestros respectivos trabajos. Yo le expliqué las últimas y esperanzadoras noticias sobre la posibilidad de que mi propuesta de negocio tirase hacia adelante y que el objetivo de mi ascenso estaba al alcance de mi mano. Sara, por su parte, me detalló los últimos casos de niños que

había tenido que atender, así como alguna de las gracias que Raúl había hecho durante el turno anterior al suyo. De esta manera, inmersos en una agradable conversación, llegamos a nuestro destino.

Tras más de tres cuartos de hora intentando aparcar en las inmediaciones de la costa, conseguí encontrar un hueco a kilómetro y medio, lo que nos supuso una caminata de veinte minutos cargando con todos los bártulos a la espalda, con la sombrilla bajo el brazo, cual Ivanhoe que lleva su lanza en plena justa de caballeros andantes, al tiempo que los rayos solares incidían en la Madre Tierra de manera perpendicular y conseguía hacer hervir el asfalto y derretir ligeramente la parte inferior de la suela de nuestras chanclas. Al llegar a la playa nos esperaba un auténtico bosque de parasoles de todos los colores, que le daban al litoral un cierto aire de tablero de parchís, repleto de millones de fichas móviles que se dedicaban a ir del agua a la orilla y viceversa. Como los antiguos exploradores españoles, que se afanaban y competían entre ellos por conquistar cualquier trozo de territorio americano, conseguí hallar un claro de arena entre aquella masa de seres humanos y toallas. Hinqué con fuerza la base de mi sombrilla y tomé posesión de aquel pedazo de terreno que acababa de descubrir para mí y para mi esposa. Durante unos instantes, me sentí como Alonso Fernández de Lugo cuando clavó su espada en un punto geográfico de la isla de Tenerife, fundando así la que finalmente sería su capital, la Muy Noble y Leal Villa de Santa Cruz de Santiago de Tenerife.

Desplegué nuestro colorido y llamativo quitasol, cuyas tonalidades verdes y rojas fluorescentes eran capaces de ser vislumbradas desde la isla de Mallorca —y por nuestros satélites a simple vista—, y nos fuimos directamente a remojarnos en el mar Mediterráneo. Jugamos divertidos durante un rato en el agua, chapoteando como dos adolescentes y dándonos algún húmedo, delicioso y salado beso de vez en cuando. Parecía que ambos habíamos decidido borrar el día anterior y que hubiésemos firmado una tregua. Yo, por mi lado, a pesar del mosqueo inicial por perderme la carrera de coches, estaba disfrutando de aquel baño. Hasta llegó un punto en que olvidé completamente de que, para poder mojarme completamente la cabeza, tenía que sumergirla un par de metros, si quería incluir los cuernos que llevaba puestos por montera.

Durante aquel breve chapuzón en el mar, disfruté de la compañía de mi mujer y de sentir su suave cuerpo deslizarse junto al mío. Incluso volvieron a

aflorar en mí antiguos sentimientos, de cuando había notado aquellas mariposas en el estómago y aquellos nervios, propios de cualquier enamorado, cada vez que quedaba con ella para salir. Con su pelo completamente mojado y flotando boca arriba sobre las tranquilas olas del Mare Nostrum, Sara parecía una bella sirena.

Volvimos a nuestra parcela de arena. Mi mujer se tumbó sobre su toalla, con la intención de asarse cual hamburguesa a la parrilla, vuelta y vuelta, bajo aquel sol abrasador; yo, como un atemorizado vampiro, me refugié de los rayos solares bajo nuestra llamativa sombrilla. Traté de echarme la famosa siesta del borrego, la que precede a la comida, pero esto no fue posible, pues cada vez que cerraba los ojos, el sentido del oído se aguzaba, con lo que escuchaba todas las conversaciones de nuestros vecinos de toalla y la música de Camarón que, doscientos metros más allá, reproducía a todo volumen un MP3 de última generación. Ante la imposibilidad de dormir, me dediqué durante un buen rato a continuar con la lectura del mismo libro del día anterior, titulado *Las cuarenta y nueve sombras de Gregorito*, parodia de la novela de éxito mundial de aquel momento. Cuando me aburrí de leer, me dediqué a contemplar el panorama que se extendía delante de mí.

Podía disfrutar de la visión de un precioso y tranquilo mar azul, cuyo color apenas cambiaba de tonalidad en el horizonte al hacer el tránsito hacia el cielo, plagado de pequeños veleros que se desplazaban mansamente de un lado a otro, mecidos por la suave brisa marina que me hacía llegar, al mismo tiempo, un agradable aroma salado. Durante unos instantes me relajé con el bucólico paisaje; pero, prontamente, mis pasiones animales se desataron y mis ojos, ocultos bajo las graduadas gafas de sol, se volvieron como los de un camaleón, cada uno de ellos apuntando en direcciones opuestas, observando la fauna femenina de la zona. Durante otro largo rato, me dediqué a repasar los bellos cuerpos de algunas de las mujeres que me rodeaban, evaluando las caderas de ésta de más acá o los voluptuosos pechos de aquella de más allá. Nunca había comprendido por qué, teniendo ya una hembra junto a él, el macho humano se empecinaba en revisar a todas las demás, pero suponía que debía ser por algún hecho evolutivo y por un potente instinto de supervivencia que impelía al hombre a asegurar la continuidad de la especie.

En esos momentos yo debía estar siendo gobernado por aquellos primitivos instintos, pues mis músculos oculares se tensaban y se destensaban

continuamente para hacer rotar mis ojos en sus cuencas y enfocar hacia todas partes en busca de una posibilidad de reproducción. Sin embargo, al cabo de un rato de mirar en todas direcciones, mis pupilas decidieron descansar de aquella fase REM que estaba teniendo, pero en plena consciencia, y se fueron a posar nuevamente sobre las suaves y relajadas olas que rompían en la orilla. Allí jugaban, divertidos, un ejército de niños de entre dos y seis años.

Los niños y las niñas corrían por la arena, cargaban con sus cubos repletos de agua, o con sus torpes andares, equilibrando su cuerpo con sus bracitos, huían divertidos de las olas que trataban de morderles sus tiernas nalguitas, mientras alguno de aquellos padres sonreía, orgulloso de su propia descendencia. Me quedé mirando a aquellos dulces y sencillos cachorrillos humanos. Eran frágiles, necesitaban de un adulto para su propia supervivencia y todos sonreían al ver a su propio progenitor cuidar de ellos. Yo, en el fondo, admiraba a aquellos canijos seres, pues me parecía un prodigio de la Naturaleza el desarrollo de sus jóvenes cerebros, capaces de evolucionar, aprender y realizar miles de conexiones neuronales para almacenar una cantidad ingente de información de todo tipo. Como científico, para mí, el cerebro humano era objeto de mi mayor admiración, sobre todo el de los niños, una máquina diseñada para asimilar cualquier dato procedente de su entorno. Aparte de la visión científica, también me tocaba el corazón la ternura y la alegría de esas pequeñas criaturas, carentes de preocupaciones y felices con las cosas básicas de la vida. Siempre me preguntaba dónde se nos había quedado a nosotros, los adultos, aquella felicidad tan franca que nunca éramos capaces de recuperar.

Viéndolos, comenzaron a rondarme por la cabeza diversas cuestiones. ¿Sería yo capaz de tener uno para quererlo, educarlo y convertirlo en una buena persona? Pero Sara ya me había traicionado, ya se había liado con otro. ¿Volvería Sara a mí si le decía que quería tener un hijo con ella? ¿O llegado al punto en el que estaba nuestra relación sólo serviría para separarnos aún más? Aunque la pregunta previa a todas estas debía ser: ¿Realmente aún nos queríamos?

No pude soportar más el revuelo de pensamientos y sentimientos que se acumulaban en mi interior y decidí hablar con ella, así que la desperté del letargo de lagarto en el que se encontraba sobre la toalla.

—Sara...

—Mmmm —respondió abriendo un solo ojo.

—Oye, ayer con tus padres, no quería ofender a nadie, ni a tu madre, ni a tu hermana, ni a ti. Sólo quería dar mi punto de vista sobre los hijos. No quería llamar a nadie egoísta porque, además, no creo que ninguna lo sea, al revés. Siempre he considerado a la mujer el ser más generoso que existe, en cuanto a hijos se refiere, porque el amor de una madre hacia sus hijos es insuperable —traté de disculparme—. Aunque tú sí que me llamaste egoísta a mí delante de toda tu familia.

Sara, ante la conversación que estaba a punto de nacer, se incorporó, se desperezó ligeramente y se sentó sobre su toalla. Alzó sus rodillas y las rodeó con sus propios brazos. Mirando hacia el mar, comenzó a dirigirme la palabra.

—Yo tampoco quería llamarte egoísta delante de toda mi familia —se excusó—. Pero es que, cariño, es un tema en el que no hay manera de convencerte. Y sabes perfectamente, desde que nos conocimos, que mi ilusión es tener hijos —dijo mirándome con sus ojos regañados por el sol y sacudiendo la cabeza, en señal de decepción.

—Sí, pero también te gusta tener una casa grande y bonita, te gusta ir bien vestida y salir a cenar a sitios elegantes. Sara, reconoce que te gusta una vida a todo tren y que para eso hay que tener dinero. Mi sueldo es lo suficientemente importante como para pagar todo eso, pero para tener nuestro nivel de vida tengo que dedicar casi todo el tiempo a trabajar y no creo que eso sea lo mejor para la educación de un hijo. Lo que dije ayer lo pienso realmente: los niños necesitan recibir cariño y que sus padres compartan tiempo con ellos, no que los dejen abandonados delante de la tele para que los adoctrinen a base de dibujos animados o cosas peores que ponen en el horario infantil —dije pensando en la cantidad de telebasura que las ondas hertzianas son capaces de transmitir—. Tampoco creo que el cariño de los niños se gane a base de comprarles cosas a cambio del tiempo que no se pasa con ellos. Para mí, sinceramente, es una responsabilidad demasiado grande.

—Pues entonces, si consideras que es una responsabilidad demasiado grande, me equivoqué contigo. No eres un egoísta, eres un cobarde que no tienes valor para tomar esa decisión —dijo alzando ligeramente el tono, de tal forma que algunos de nuestros vecinos dirigieron sus miradas hacia nosotros.

—No sé qué contestarte a eso. Quizás tengas razón —respondí atenuando

mi voz, pues los vecinos ya no sólo dirigían sus miradas hacia nosotros, sino también acababan de enfocar sus orejas hacia nosotros, a modo de antenas, para chafardear nuestra conversación y matar el aburrimiento con nuestra discusión de pareja.

Permanecí unos segundos en silencio y llevé la conversación hacia otro objetivo que también me preocupaba.

—¿Crees realmente lo que dijiste ayer de que a lo mejor deberíamos estar separados?

—No lo dije en serio. Me salió en el calor de la discusión. Pero, si te paras a pensarlo detenidamente, algo de sentido sí que tiene mi afirmación. Si yo quiero tener niños y tú no, ¿qué proyecto de vida en común tenemos?

—No sé contestarte a eso. Sólo sé que yo aún te quiero. Y tú, ¿todavía me quieres?

Sara me miró fijamente a los ojos, vaciló unos instantes y su respuesta me sentó mucho peor que aquellos balonazos que recibía en mis partes pudendas cuando jugaba de portero.

—No lo sé.

Un profundo desasosiego invadió todo mi ser. De repente, el estómago se me hizo un nudo y sufrí un súbito aumento de temperatura, completamente independiente del calor reinante. La saliva se me atascó en la garganta y me dejó sin palabras. Una lágrima trató de abandonar las córneas de mis ojos, aunque pude contenerla gracias a una buena inspiración nasal que retuvo los mocos dentro de mi nariz. Durante unos eternos segundos permanecí callado, mirando, con la vista perdida, la arena de la playa que se encontraba entre los dedos de mis pies, sin saber qué decir. Cuando por fin reaccioné, decidí aprovechar el momento de sinceridad que estábamos teniendo para preguntarle lo que llevaba varios días tratando de averiguar.

—¿Estás con otro hombre?

—¡No! ¡No! ¡Nononono! —respondió tan súbitamente a mi sorprendente pregunta que la negación sonó a afirmación—. ¿Cómo piensas eso?

Inmediatamente, ante su falta de franqueza, mi estado de abatimiento se convirtió en indignación. ¿Por qué no me lo contaba? Ya que estábamos desnudando nuestras almas el uno al otro, no le costaba nada soltarme la

verdad. Ya me había hecho suficiente daño, diciéndome que no sabía si me quería. Entonces, ¿por qué no terminaba de sincerarse y confirmaba lo que yo ya sabía? ¿Es que acaso no quería declarar que estaba con otro para evitar lastimarme más? ¿O es que, como el culpable era un conocido mío, pensaba que si me decía quién era todavía podía herirme más aún? ¿Podría ser Romén, mi amigo de toda la vida? Traté de responderle aspirando profundamente por la boca, para evitar que las lágrimas se me desbocaran en forma de cataratas.

—No sé. Has estado sola casi cuatro meses. Si has tenido dudas en tus sentimientos hacia mí, igual has conocido a alguien.

—Yo... no... yo... —Ella miraba hacia el mar, con sus bonitos ojos castaños que enfocaban al infinito. Durante un momento pensé que me iba a escupir el nombre del culpable—. No he estado con nadie, cariño. Es sólo que tengo que aclarar mis sentimientos hacia ti.

La conversación acabó con un largo silencio. Los vecinos que nos rodeaban, al ver que la telenovela se terminaba, desconectaron sus pabellones auditivos de nuestro diálogo y volvieron a sus conversaciones. Nosotros nos quedamos sentados, uno al lado del otro, sin mirarnos, con nuestros ojos atisbando la inmensidad del mar y del cielo que lo rodeaba.

Capítulo 9. Lunes, el peor día de la semana

Despertarme al día siguiente para ir a trabajar fue fácil. Ya llevaba despierto varias horas, así que el detestable reloj no llegó siquiera a abrir la boca, porque desconecté la alarma quince minutos antes de que se le ocurriera ponerse a pitar como un histérico. Levantarme ya fue otra cosa. Con los ojos abiertos de par en par, pero sin ver nada debido a la oscuridad imperante, permanecí tumbado, mirando el techo, reflexionando sobre el sentido de mi propia existencia, mientras decidía si me incorporaba o no.

Mi vida había ido siempre sobre raíles, siguiendo todos los pasos que se suponía que tenía que dar: había estudiado para tener un futuro, había conseguido un buen trabajo, había encontrado pareja, me había casado —por la Iglesia, por supuesto— y, finalmente, había comprado una preciosa casa mediante una suculenta hipoteca a pagar en cincuenta años, para gloria y usura del banco correspondiente. Había hecho todo lo que debía hacer un hombre de pro, siguiendo las normas establecidas, una tras otra, sin salirme de ellas.

Las había seguido todas salvo una que era reacio a llevar a cabo: reproducirme. ¿Por qué? ¿Era yo un cobarde o un egoísta integral? Seguramente una mezcla de ambas, porque mi ambición era seguir prosperando en mi empresa y tener un chiquillo me asustaba, dado que, siendo una persona responsable como era, tenía la sensación de que un niño me quitaría tiempo para alcanzar mi meta. Pero, por otro lado, yo todavía quería a mi esposa y no tenía ganas de perderla, aunque no le veía muchas salidas a la situación, porque, tanto si teníamos o no hijos, seguramente nuestras vidas se distanciarían: si no los teníamos, porque ella no se sentiría realizada y me lo

echaría siempre en cara; y si los teníamos, seguramente el niño la absorbería tanto como le estaba pasando a Alba con sus gemelos. De todas formas, tras el descubrimiento de aquellas nalgas sobre la verja de mi hogar y tras la declaración de sentimientos de Sara del día anterior, seguramente mi mujer y yo ya nos habíamos alejado demasiado.

Súbitamente mis pensamientos cambiaron. Volví a darle vueltas a la idea de por qué Sara no me había dicho la verdad sobre el asunto de mis astas. Rememoré la conversación y recordé que, durante algunos instantes, ella había dudado e, incluso, tartamudeado, como si hubiera estado a punto de desvelarme el misterio, pero al final se había echado atrás. ¿Qué le daba miedo? ¿A quién protegía? Aun a riesgo de saber que conocer aquellas respuestas podría resultar muy doloroso para mí, estaba decidido a averiguarlo.

Los lunes siempre me costaba Dios y ayuda levantarme para ir a trabajar; sin embargo, aquel día se me hizo especialmente duro abandonar el mullido colchón de mi tálamo. Incluso así, realicé todas las rutinas habituales y logré alcanzar la oficina. Procedí a ejecutar todos mis rituales de un día cualquiera: arrancar el ordenador, ir a tomar un café de la máquina del *office*, saludar a mis compañeros, posar mis ancas traseras sobre la taza del inodoro ante el clamor de la Naturaleza que pugnaba por salir de mí, revisar los *mails* recibidos y comenzar a organizar el día de faena. A las nueve y media de la mañana, también siguiendo con mis protocolos particulares de funcionamiento, bajé a la calle a echar la Primitiva de la semana y a tomarme el bocadillo de oferta del día en el Bar Celona.

El Bar Celona no dejaba de ser sino un sencillo restaurante, regentado por Ramonet, un amable señor de cincuenta y pico de años con el cual, a base de ir todos los días, ya tenía la suficiente confianza como para poder comer allí de fiado, pedirle algún plato en especial o discutir de fútbol, pues él era merengue.

—¡Buenos días, Ramón! Ponme el bocata de queso y un cortado —dije mientras mis palabras hacían eco en las desconchadas paredes del local y, seguramente, espantaban alguna cucaracha que estuviera durmiendo la siesta por allí dentro.

—¡Buenos días! ¿Qué tal el fin de semana? —bramó con su voz cascada

por el tabaco.

—Bien, tranquilito en casa —mentí—. Déjame el TIMO, que quiero ver qué pasa por el mundo hoy.

—Toma. Hoy han destapado otro escándalo político. ¡Otro más! Ya dentro de poco dejará de ser noticia que un político robe —dijo mientras me alargaba el periódico del día.

Yo los denominaba TIMO (Transmisores de Información Manipulada y Organizada), pues consideraba que el nombre «medio de comunicación» no era apropiado para ellos, porque «comunicar» proviene del latín *communicare*, que significa «poner algo en común», lo que implica intercambio de opiniones, cosa que a través de una publicación o una transmisión no es posible, debido a que la información va en un solo sentido. También les llamaba TIMO porque, según qué periódico, radio o televisión, una misma noticia puede relatarse desde enfoques bien diferentes dependiendo de la lupa o de la visión política con la que se mire.

El tema principal del diario, y titular en portada, correspondía al último escándalo en el que se había visto envuelto el político de turno, que había cobrado comisiones ilegales de: chanchullos diversos, mamoneos varios y recalificaciones de terreno ilegales. La policía había localizado libros de contabilidad falsos y pruebas a porrillo que lo implicaban en evasión de impuestos, impagos a la Seguridad Social, tráfico de influencias y lucro personal ilícito.

Comiendo el bocadillo, estudié con interés las cuatro páginas impresas, magníficamente documentadas y redactadas por un buen y brillante periodista que se habría dejado cientos de horas de trabajo en recabar información, indagar y verificar datos para poder publicar la sonora exclusiva. La crónica describía cómo los Cuerpos de Seguridad del Estado habían conseguido numerosos testimonios y evidencias concluyentes, tras dos años de investigación y meses de labores de seguimiento por parte de honrados agentes e inspectores.

Me asombraba el gran trabajo que estaba realizando el juez, pues se debía estar dejando las pestañas, los codos y la salud para revisar las quince mil páginas del *dossier* policial. También debía estar dejándose las mandíbulas, porque tragarse semejante mamotreto tenía que provocar unos bostezos

bárbaros. Terminado de leer el artículo, y con algunas migas de pan decorando las comisuras de mis labios, expresé mi indignación a Ramonet.

—¡Qué vergüenza! Es que no se salva ninguno. Todos terminan metiendo mano en la caja. Al final le cambiarán el nombre al Congreso de los Diputados por el de Congreso de los Imputados.

—Sí, y lo peor de todo es que, ¿sabes cómo va a acabar esto? —tosió, más que habló.

—¿Cómo? —pregunté con curiosidad, queriendo saber su punto de vista.

—Pues, sabiendo cómo es este país de pandereta, te lo voy a decir. Al periodista lo enviarán a *Can Collons*, por no decir a tomar por culo, para mantenerlo alejado del tema y que no joda más la pavana aireando la mierda del partido político. Así conseguirán que la opinión pública se olvide del tema. Con suerte, al pobre pardillo lo degradarán a redactar esquelas o a escribir los horóscopos. —Sonreí divertido y él continuó con su teoría—. A los polis que han estado en la investigación fijo que los destinan a otros casos y seguro que las pruebas desaparecerán o, peor aún, seguro que el abogado defensor del tipejo ese alegrará que se han obtenido por medios anticonstitucionales o algún rollo de esos, y que violan la intimidad de las personas o alguna chorrada por el estilo que hará que las pruebas sea nulas. —Asentí con la cabeza y él siguió despotricando—. Y el pobre juez se va a *jartar* de empollarse el tocho ese de quince mil páginas y, para cuando vaya a salir el juicio, dentro de cinco años, lo trasladarán a otro juzgado. Pero lo más jodido será que, cualquier sentencia que se falle, podrá ser recurrida tantas veces como sea hasta llegar al Tribunal Supremo. Para entonces, ya no habrá causa.

—Te veo enterado de cómo funciona el sistema judicial —le apoyé.

—Yo no sé si funciona así, pero lo único que sé es que la justicia siempre termina favoreciendo a los ricos. Quieres robar, pues no atraques una farmacia, porque entonces estás *pringao* y te meten diez años en la cárcel. Roba un furgón blindado con miles de millones y con eso pagas a unos abogados cojonudos, sobornas al juez y, como mucho, si te pillan, pasas un año en prisión. Y con estos políticos caraduras, igual. ¿Qué te crees, que les van a poner cadena perpetua? Dentro de dos días están en la calle, con toda la pasta y sin haber devuelto un solo duro de lo que han robado. Pero lo peor es

que la gente *semos* gilipollas —continuó, alzando el tono, con la indignación reflejada en unos colorados chapotes que se le estaban marcando en las mejillas—. El tipo este verás cómo se vuelve a presentar a las elecciones y, ¡coño!, volverán a votarle para que siga en el cargo viviendo a cuerpo de rey. Para acabar, cuando ya deje el cargo político, se enchufará como director ejecutivo en cualquiera de las grandes empresas a las que ayudó. Ya lo verás.

Ramonet finalizó su indignado discurso, entre gargajo y gargajo que se le atascaba en la garganta. Detrás de la barra, con la boca a la altura del grifo de la cerveza, con el puño alzado como estaba y su sonora voz tronando en todo el bar, hizo que me vinieran a la cabeza las imágenes de documentales históricos en los que aparecía el loco de Hitler arengando a sus tropas desde lo alto del Bundestag. Inmediatamente, borré ese *flashback* en blanco y negro de mi mente y volví a ver la cara de hombre honrado y bonachón al que le afectaban las injusticias del mundo. Tratando de calmarlo y de reconducir la conversación, cambié de tema.

—Sí, es un abuso. La verdad es que tienes razón. Mejor no pensarlo. Yo prefiero ganar el dinero honradamente, trabajando. Y, si no, con una Primitiva, que todas las semanas hago mi boleto para ver si me tocan los millones.

—¡Bah! Si me tocara una Primitiva, entonces sí que haría mi sueño realidad... —Cambiano súbitamente su alterado semblante, suspiró con cara de niño ilusionado.

—¿Y cuál es?

—Compraría un local bien coqueto y pondría un restaurante de calidad, de esos con un montón de estrellas Michelin. Contrataría buenos chefs, para aprender de ellos la cocina, pero sólo por *hobby*, porque yo sería rico y disfrutaría dando de comer a estrellas y a gentes de la tele. No como aquí, que en este tugurio nunca va a entrar nadie de la *jet set*.

—¡Hombre, Ramón! Es que tendrías que arreglar un poco el local. Porque esto, en mi tierra, es lo que llaman un bar de *chochos y moscas* —aconsejé al buen hombre, dado el cochambroso estado de las paredes.

—¿*Chochos y moscas*? Eso suena a puticlub barato. —Me miró desafiante Ramonet.

—No, hombre, no. Quiere decir que es un bar cutre y *salsichero*. En mi tierra, *chochos* significa altramuces, no pienses mal. Tendrías que pintarlo un

poco y darle un toque algo más elegante.

—No, no. La clientela de este bar es la que es y no pienso gastarme los dineros en arreglarlo. Tal y como está y con la gente que viene ya tengo suficiente para vivir —finalizó su argumentación y me preguntó.— ¿Y tú qué harías con los millones?

—Pues, sinceramente, no lo sé. —La pregunta me había pillado descolocado. Inicialmente, esa fue la contestación que me salió con naturalidad. Pero al cabo de varios segundos, me estaba repitiendo esa misma cuestión a mí mismo y la respuesta seguía siendo esa: no lo sabía. Mi única aspiración era mi trabajo. No tenía otras aficiones. En todo caso, ver deportes en la tele. Por unos instantes sentí pena de mí mismo. ¿Tan vacía era mi vida que sólo me dedicaba a currar?

Entraron nuevos clientes al local. Ramón se dirigió a ellos para atenderlos. Yo volví al mundo real, tras hacerme aquella pregunta existencial, y continué con la lectura del diario. Repasé las páginas deportivas para estudiar el artículo referente a la carrera de Fórmula 1 del día anterior y me arrepentí de habérmela perdido pues, al parecer, había habido un montón de adelantamientos, accidentes e incidentes en boxes, que habían hecho de la competición de bólidos un excitante espectáculo completamente diferente de la habitual y sosa caravana de cochitos dando vueltas sin parar a trescientos kilómetros por hora.

Para terminar con mi café y la lectura del periódico, le eché un vistazo al horóscopo, costumbre que siempre tenía, más por la curiosidad que por la creencia en ello. Busqué el mío.

«*Sagitario:*

Esta semana cuídate de los idus de julio porque la posición lunar, en el sector más inestable del horóscopo, indica un momento crítico en el que las circunstancias pueden obligarte a realizar cambios en tu vida personal y profesional, que serán determinantes para tu futuro próximo. Como la lunación se produce en el signo de Cáncer, seguramente las cuestiones familiares o relativas al hogar van a sufrir una transformación. Quizás la mejor manera de asimilar los cambios o de adaptarse a las nuevas circunstancias, sea el aventurarte hacia otros ámbitos todavía inexplorados en ti»

Para variar, no entendí nada de lo que me querían transmitir aquel conjunto de palabras unidas entre sí con adverbios y conjunciones, de tal manera que parecía que las hubieran seleccionado tirando los dados y que, por pura casualidad, habían dado lugar a un texto más o menos legible.

Cerré el periódico, apuré el cortado y me volví a la oficina.

Llevaba un buen rato ya delante de mi ordenador, cuando apareció Carles en la puerta de mi despacho. Se apoyó en ella sin llegar a entrar del todo:

—¡Buenas! ¿Qué tal el fin de semana?

—Bien. El sábado fuimos a casa de mis suegros —«donde casi me excomulgan», pensé— y el domingo a la playa.

—¿Viste la carrera?

—No, me la perdí. Sara se empeñó en ir a la playa y no pude verla.

—Pues te perdiste la mejor carrera del siglo. ¡Fue una pasada! —El comentario hizo que se me pusieran los dientes largos de la envidia, especialmente los colmillos, que se me clavaron en los dedos gordos de los pies—. No recuerdo haber visto una tan emocionante como la de ayer.

—Y tú, ¿qué tal? —cambié de tema para olvidar la tristeza de haberme perdido el evento automovilístico.

—Bueno, ya sabes, entretenido con los gemelos. Son un encanto y me lo paso pipa con ellos, pero son agotadores. Y Alba también. No deja de reprocharme que lo hago todo al revés y al final siempre terminamos discutiendo. Pero, en fin, eso es otro tema. Oye, a lo que venía. ¿Has visto las noticias?

—¿Cuáles?

—Lo del escándalo del secretario de Estado para Investigación y Desarrollo del Ministerio de Economía.

—Sí, sí. Me acabo de leer el periódico. Veinte millones en cuentas suizas. ¡Menudo chorizo! —Y utilizando la argumentación de Ramonet, continué—. Pero ya verás que no le pasará nada, como al resto de chupópteros de este país.

—Bueno, a él no sé si le pasará algo o no, pero el escándalo seguro que nos va a afectar a nosotros directamente.

—¿Por qué dices eso?

—Conociéndote, me imaginaba que no te habrías dado cuenta. ¡Cómo se nota que eres técnico puro y te da igual la política interna de la empresa! ¡Joder, que es íntimo amigo de nuestro director general! Seguro que dentro de esos chanchullos que le han descubierto están las aportaciones económicas que el Gobierno ha hecho a nuestra empresa. No tengo ni idea de cómo nos afectará, pero seguro que será así. Por eso vengo a avisarte de que estés atento con lo de los negocios con los chinos y con los americanos porque, si perdemos la fuente de ingresos del Estado, vamos a depender de ellos completamente. No sé qué pasará, pero estoy convencido de que, a partir de ahora, ese tema pasará a ser prioritario. Estate al tanto.

—Gracias por la información. No sabía lo de la amistad del jefe con ese tipejo. Estaré atento y, si me entero de algo, te lo cuento —contesté sumamente agradecido por el gesto que Carles acababa de tener conmigo.

—De nada —dijo, e hizo ademán de irse.

—Oye, espera. —lo detuve—. ¿Sabes qué significa «idus»?

—Pues no tengo ni idea. Pero mira, por aquí llega Sabaté, que seguro te lo explica. —Y dirigiéndose a Sabaté, que venía a mi despacho, le preguntó directamente—. Sabaté, aquí el director técnico me pregunta que si sabes lo que significa «idus».

—¿Idus? Sí, claro —respondió Sabaté entrando en mi despacho. Obviando a Carles y hablándome directamente a mí, se sentó en la silla de enfrente de mi mesa—. ¿Por?

—Hasta luego. Ya hablamos —se despidió Carles, retirándose.

—*Adéu*. No, porque acabo de leer «idus de julio» en un artículo. —Mentí para que no me considerara una alcahueta de las que se informan del futuro bebiendo de fuentes tan fidedignas como el horóscopo.

—Serán los idus de marzo —contestó Sabaté inmediatamente.

—No sé. El artículo ponía los idus de julio.

—Bueno, pues los idus eran, en el calendario romano, la fecha que señalaba la mitad del mes. Era el día quince de los meses de marzo, mayo, julio y octubre. Y el día trece del resto de los meses del año. Así que supongo que el artículo ese se refería al quince de julio. Aunque los más conocidos son

los idus de marzo.

—¿Por qué?

—Porque en los idus de marzo del año cuarenta y cuatro antes de Cristo asesinaron a Julio César. Y eso que le habían advertido de que se cuidara de los idus de marzo. —Al oír la misma frase que había leído en el periódico, un incómodo escalofrío me recorrió la espalda desde la punta de la rabadilla hasta lo alto de la coronilla y me dejó el vello de la espalda peinado al estilo *punky*, pero sin los pelos de colores—. Incluso la propia esposa de Julio César había soñado que lo matarían ese día y le había suplicado que no fuera a la reunión que tenía en el Senado.

—Sí, se lo cargó Bruto, que era hijo suyo, ¿no? —aporté algo de información, recordando las clases de Historia básica del instituto.

—Marco Junio Bruto. No está claro ni que fuera hijo suyo ni que fuera él quien matara a César, porque lo acorralaron una multitud de senadores cuando éste llegó al Senado y le metieron veintitrés puñaladas. Así que vete tú a saber si fue la daga de Bruto la que lo mató. Lo que parece que ocurrió, según cuenta la historia, es que César, agonizante, dijo esta última frase: «*Tu quoque Brute, filli mei*», que significa «¿Tú también, Bruto, hijo mío?». Por eso la mayoría de la gente piensa que fue Bruto quien lo asesinó.

—¿Seguro que dijo «*filli mei*»? Yo en su lugar hubiera dicho: «*Tu quoque Brute, filli putta*».

Sabaté sonrió ante mi ocurrencia y, bajo su nariz de berenjena, su boca dejó a la vista unos amarillentos dientes producto del consumo masivo de cajetillas de cigarrillos.

—Bueno, a lo que venía. ¿Has visto las noticias?

—Sí. ¿Lo del secretario para la Investigación y Desarrollo?

—Pues esto va a tener consecuencias en nosotros como empresa porque, hasta que no se aclare el escándalo, vamos a tener la financiación del Estado bloqueada y la empresa necesitará una aportación económica importante que venga del exterior. Seguramente nos convocarán para una reunión en Madrid, ya te lo aviso. Y antes de que te enteres por otras vías, vengo a decírtelo directamente. Lo más probable es que el trato se cierre con los americanos.

—¿Y eso? —Ahora el que estaba enseñando los colmillos con la cola

alzada era él. Incluso casi me pareció que, por un momento, levantaba la pata para orinar y marcar el territorio.

—No puedo darte detalles, pero es más seguro el pacto con los americanos que con los chinos, porque, por lo que he podido averiguar, nos dará liquidez inmediata. Te lo digo abiertamente para que lo sepas. Necesitaremos de tu ayuda para poder cerrar el negocio con ellos. Sé que tú aspirabas a cerrarlo con los chinos, pero es lo que han decidido por encima nuestro y me gustaría contar con tu apoyo. —Ya me estaba hablando como un superior. ¡Se estaba dirigiendo a mí como si yo fuese su subordinado! Tuve que mantener al Titán de mi indignación atado con cadenas en mi interior para que no se manifestase en forma de explosión de cólera. Tragando sapos y culebras para no detonar la ira que se acumulaba dentro de mí, protesté:

—Pero ambos negocios eran posibles simultáneamente. Dirección los había sopesado y eran perfectamente compatibles.

—Parece ser que, con este asunto del secretario, las cosas han cambiado. —Se levantó de la silla, se dirigió a la puerta y se apoyó en el marco—. Vamos hablando.

—Gracias, Sabaté —contesté con un hilillo de voz, al tiempo que me quedaba anonadado y ausente sentado enfrente de la pantalla de mi ordenador, con la cabeza tan vacía de pensamientos que el ruido de una transmisión neuronal dentro de mi cráneo hubiera hecho eco dentro del mismo, como si no hubiera existido cerebro en su interior.

Reaccioné y mis neuronas se volvieron frenéticas transmitiendo cabreados mensajes entre sí. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo sabía Sabaté esa información de antemano? ¿Durante el fin de semana habría estado hablando con el director general para camelárselo? ¿O el director general había llamado a Sabaté para planificar la táctica que iban a seguir? Seguramente antes de que el periódico publicara la noticia, los rumores habrían llegado a nuestro jefe supremo y éste habría movido ficha para reaccionar cuanto antes. Él era un fabuloso estratega y sabía moverse en el intrincado mundo político y de los negocios; así que, ante un ataque sorpresa del enemigo, sabía cómo movilizar a sus tropas para parar el golpe y realizar el contraataque con las mismas armas que utilizaba el adversario. Por tanto, no era de extrañar que, ante una incursión de carácter político, el señor Cabezas combatiera con un comando de naturaleza

diplomática como era Sabaté y dejara al margen a los escuadrones técnicos, como yo, para una ocasión mejor.

Por algún motivo desconocido, mi cerebro se había quedado con la *matraquilla* del horóscopo y decidió rememorar los datos que había dejado almacenados en mis neuronas. ¿Eran estas las circunstancias críticas que me obligarían a realizar cambios en mi vida personal y profesional? ¿De qué debía llevar cuidado yo el próximo quince de julio? ¿Tendría que ver con lo que Sabaté me acababa de informar? Estábamos a día doce, así que aún tenía tres días para ponerme en guardia. ¿Y a qué se referiría con que las cuestiones familiares iban a sufrir una transformación? ¿Qué puñetas hacía la luna en el signo de Cáncer como para jorobar mi matrimonio? Porque si algo se había transformado era mi frente que súbitamente había sufrido el nacimiento de dos preciosos cuernos a cada lado. ¿Qué querría insinuar la pitonisa del periódico con que tenía que aventurarme a conocer ámbitos aún inexplorados en mí?

A modo de respuesta a mis elucubraciones, un correo electrónico de la Dirección General asomó tímido en la bandeja de entrada de mi Outlook.

«Prioridad: Urgente

Asunto: Reunión de directores de área en Madrid

De: Dirección

Para: Undisclosed Recipient

Texto: Estimados colaboradores,

Debido a inesperados acontecimientos, os convoco a una reunión de carácter urgente el próximo miércoles, 14 de julio, a las 10 horas, en nuestras oficinas de Madrid. La asistencia es obligatoria, puesto que a dicha reunión acudirán importantes ejecutivos de una empresa colaboradora de Estados Unidos con la que estamos manteniendo relaciones comerciales; por tanto, ruego la máxima puntualidad y sobriedad en el vestir.

Tras la reunión agasajaremos a nuestros invitados con una comida típica en el restaurante Sobrinos de Botin. Los días siguientes, 15 y 16 de julio, realizaremos unas visitas por nuestras dependencias para enseñarles nuestros laboratorios y nuestra forma de trabajar. Cada director de área

tendrá una reunión independiente con ellos para informarles de su correspondiente sección.

Atentamente,

Alfonso Cabezas»

Mi escepticismo y mi falta de fe en las artes adivinatorias se vieron seriamente afectados. ¿Una reunión con los americanos el catorce de julio que iba en contra de mis propios intereses? ¿Iba a pasarme algo realmente grave el día quince como le había ocurrido a Julio César? Particularmente, nunca había creído en las meigas, pero según se dice, haberlas, haylas.

Cierta inquietud, ante el aparente acierto de mi horóscopo, me desconcentró de mi trabajo. Divagué un buen rato pensando en que mi ascenso, con esa reunión, podía quedar en agua de borrajas. Mi futuro profesional, mis aspiraciones, todo mi esfuerzo... ¡Diluidos! Súbitamente pensé que, si tenía que estar en Madrid tres días, el augurio del periódico todavía podía tener más razón si cabía, pues Sara podía aprovechar mi ausencia para retomar su aventura sentimental con el propietario de la raja del culo que había visto la noche de mi vuelta de China. Un sudor frío cubrió con una fina película todo mi cuerpo. ¿Qué podía hacer? En apenas unos minutos de aquel aciago lunes, mi vida sentimental y laboral volvían a estar en el filo de la navaja. Siempre había odiado los lunes, pero a aquel, en particular, le estaba cogiendo bastante tierra.

Finalmente logré concentrarme y tomé un par de decisiones.

En el aspecto laboral no era fácil que yo me diera por vencido, así que opté por mantener la calma y prepararme bien la reunión con los americanos, de manera que causara buena impresión a los yanquis y que mis opciones de ascenso dentro de la empresa se mantuvieran intactas, a pesar de que debería lucharlas ante la presencia de Sabaté. En el apartado sentimental, lo único que se me ocurrió fue que necesitaba a alguien de confianza para que me ayudara en ese tema, así que llamé a Martina y le dije que tenía algo urgente y personal que contarle. Quedé con ella para el día siguiente, justo antes de irme a Madrid. Con estas dos acciones, conseguí recomponerme en lo mental, aunque en lo físico me descompuse...

Al llegar a casa esa tarde, Sara estaba preparando las cosas para irse al

gimnasio con Raúl, siguiendo con la rutina que había adquirido durante mi ausencia. Nos saludamos con un sencillo y áspero beso en la mejilla, y charlamos brevemente, con la misma actitud de distanciamiento que habíamos mantenido durante el domingo por la tarde. Ambos estábamos incómodos ante la situación que se había planteado en medio de aquella arenosa colmena humana, denominada playa, y los dos sabíamos que teníamos pendiente una difícil conversación. Pero debía ser Sara la que la comenzase cuando descubriera sus verdaderos sentimientos hacia mí y quisiese desvelarme la verdad. Yo ya lo había intentado, pero ella había ocultado la información acerca de su amante, con lo que yo no deseaba volver a sacar el tema hasta que ella lo tuviese claro o hasta que yo descubriese quién era el interfecto.

Por tanto, nos comportamos como dos desconocidos que se acaban de meter en un ascensor y que, ante la incomodidad de la situación, se dedican a criticar la climatología reinante —por exceso de calor o por sobradas precipitaciones—. Nosotros no utilizamos el comodín del tiempo, así que, mientras ella me contaba rápidamente alguna anécdota de su trabajo, yo le dije que tenía que ir a Madrid a una reunión y que pasaría tres días allí. Para no preocuparla no le dije nada de la importancia de aquella junta ni de que mi futuro profesional estaba en juego. Cuando le informé de que estaría ausente de miércoles a viernes, procuré mirarla fijamente por si conseguía atisbar algún signo de alegría o euforia en sus facciones, por la posibilidad que le brindaba de reencontrarse con su querindango; sin embargo, no noté ningún gesto o mueca que la delatara. Ella se comportó normalmente y me dijo que era una pena que la volviera a dejar sola nuevamente. ¡Odiaba que me mintiera!

Sara se marchó al gimnasio. Agradecí quedarme solo en casa, sin tener que encontrarme dentro de un incómodo silencio con ella o, peor aún, teniendo que hablar por hablar para fingir normalidad en nuestra relación, como si nada hubiese pasado.

Sabiendo que al día siguiente iba a quedar con Martina y que, probablemente, llegaría tarde a casa, aproveché la ausencia de Sara para organizar mi viaje del miércoles. Nunca supe si mi mente siempre había sido cuadrículada y por eso me había hecho ingeniero o bien si fue que, al hacerme ingeniero, se me cuadruló la mente, pero la cuestión era que no me hacían gracia las sorpresas ni los cambios de programación, así que me gustaba tener

siempre las cosas bien organizadas con antelación. Por tanto, llamé a la compañía de taxis para que me vinieran a por mí bien temprano para coger el vuelo que había reservado mi secretaria. Marqué el número y me salió un contestador automático, en el que una grabación repetía constantemente:

—Nuestras líneas están ocupadas. En breves instantes le atenderemos. Espere, por favor. —El mensaje sonaba una y otra vez, pero aquella voz... no era una voz femenina normal. Más bien era sensual, casi erótica, de una mujer que vocalizaba las palabras perfectamente, con una dicción de las letras «c» y «s» sin mácula y que hacía que aquellos fonemas me embargasen y me hiciesen imaginar a la dueña de aquella boca, posiblemente con los labios pintados de rojo pasión, pronunciando como si de una línea caliente se tratara—. Nuestras líneas están ocupadas. En breves instantes le atenderemos. Espere, por favor...

Tras más de una semana sin actividad sexual, mis órganos reproductores comenzaban a desperezarse. La grabación se truncó súbitamente para dejar paso a otra voz femenina completamente diferente.

—L'atiende laPaqui ¿enquepuedo servirle?... Zí, un tarsi... el mieercoles, las cuatrimedia lamaanana... ferpecto... allistará, muchas grasssias....

Me dejó el gatillazo servido.

Tras aquella secuencia de reposo-subidón-bajón en mis instintos, comencé a preparar mi equipaje. Me dediqué a componer un entretenido puzzle con varias escuetas pertenencias para conseguir insertarlas en el interior de un pequeño maletín de viaje y evitar así tener que facturarlas. El director general nos había informado de que debíamos asistir a la reunión *sobriamente vestidos*, lo que significaba que teníamos que ir de traje y corbata, una indumentaria que, particularmente, odiaba, pues me resultaba muy incómodo tener que ahorcarme ligeramente con el nudo de aquel pañuelito para el cuello. Yo, normalmente, para mi trabajo usaba un cómodo pantalón y elegantes camisas, pero nunca me ponía corbata, porque consideraba que aquella prenda simbolizaba la mentira. De hecho, salvo en las bodas, donde aquel trapito suele terminar anudado alrededor de la cabeza de los invitados que se pasan con el alcohol, siempre desconfié de los individuos que se presentaban ante mí ataviados con el estirado lacito, con lo que nunca me gustaron políticos,

ejecutivos, abogados, representantes comerciales o cualquier otro tipo de personajillo capaz de vender a su propia madre parapetado tras aquel babero alargado. Incluso yo mismo, muchas veces, sentía que actuaba bajo la influencia de mi propia corbata y mentía como un bellaco cuando me la colocaba alrededor mi garganta.

Por tanto, para liberarme de su posesión, en mi equipaje coloqué ropa cómoda para después del trabajo durante los días que estuviera en Madrid. Empotré allí dentro mi ordenador portátil, unas sandalias de verano, unos pantalones pirata, dos camisas de vestir, dos camisetas *sport*, gayumbos de repuesto, calcetines de vestir y un pequeño neceser con lentillas de diario, cepillo de dientes y unas toallitas aromatizadas con mi colonia. Dado que la normativa aérea no permite llevar ningún tipo de líquido en el equipaje, ni siquiera nitroglicerina, decidí prescindir del desodorante, so pena de que me cantara el alerón.

Justo cuando estaba terminando de hacer mi maleta, Sara volvió del gimnasio. Se duchó, bajó a cenar conmigo, hablamos de temas banales y triviales, vimos un rato la tele y, finalmente, decidimos insertarnos entre las sábanas y el colchón de nuestra cama.

Como venía ocurriendo durante los últimos días, mientras ella apenas daba dos vueltas sobre sí misma y se desmayaba roncando, yo estuve varias horas haciendo el molinillo, revolviendo nuevamente todo mi lado del catre.

Capítulo 10. Martina

Al día siguiente me dediqué exclusivamente a preparar la reunión del miércoles, documentando y realizando presentaciones de mi departamento y de los equipamientos de alta resolución que estábamos desarrollando para la captación de imágenes terrestres. Redacté aquel papeleo con todo lujo de detalles, con el fin de venderme bien delante de los americanos y colgarme todas las medallas posibles, de forma que mis aspiraciones dentro de la empresa se mantuvieran intactas.

A media mañana, Carles se pasó por mi despacho.

—¡Buenos días! ¿Cómo te va? Ya me han dicho lo de la reunión de mañana con los yanquis.

—No me hables. Aquí estoy, currando como un loco para preparármela.

—Espero que te vaya bien. Al final, ¿qué te dijo Sabaté ayer?

—Pues que seguramente cerraremos el negocio con ellos, en lugar de con los chinos.

—Pero me habías dicho que dirección sopesaba las dos opciones por igual —añadió sorprendido.

—No sé qué habrá pasado, pero me lo imagino. El negocio con los chinos consiste, básicamente, en que nosotros les vendemos imágenes de cualquier punto terrestre que ellos nos soliciten y nos pagan inmediatamente en el momento de recibir la información. De esta manera, nosotros seguimos siendo independientes y autosuficientes. Sin embargo, por lo he ido averiguando estos últimos días, el trato con los americanos se basa en que ellos participen con su tecnología en nuestro proyecto y pasen a formar parte de la corporación, controlando parte de las acciones de la empresa. Supongo que, inicialmente, la Dirección no vio inconveniente en poder llevar a cabo ambas negociaciones y

sacar tajada de ambas, pero no creo que a los americanos les haga mucha gracia que les vendamos fotos de su propio territorio a los chinos.

—Obviamente. Aunque imagino que la noticia de ayer debe haber afectado a algunos aspectos de las negociaciones, porque ahora recibir financiación estatal va a ser algo complicado —afirmó Carles.

—Sí, supongo. Pero desconozco cuál ha sido el giro que han podido dar los acuerdos previstos. Espero que mañana me quede claro.

—¿Crees que Sabaté sabe algo?

—Seguro. Ayer, cuando vino aquí a decírmelo, se dirigió a mí como si yo ya fuera su subordinado. Tuve que contenerme para no mandarlo a freír *chuchangas*.

—Me imagino.

—Sí, porque lo que más me revienta es que, si cerramos el negocio con los americanos, ellos pasarán a formar parte de la Junta Directiva y tendrán voz y voto. Podrán decidir las líneas de investigación, la tecnología que se vaya a utilizar y los proyectos que se vayan a desarrollar. Es decir, van a meter las narices directamente en el trabajo que llevamos toda la vida haciendo. Por supuesto, meterán a su personal y podrán modificar el organigrama de la empresa —terminé de explicarme con cierta indignación en mi tono.

—Y al garete tu ascenso —concluyó mi colaborador.

—Podría ser. Y me imagino que en todo esto Sabaté tendrá algo que ver y alguna ventaja conseguirá. En fin, ya sabes que es un... —No acabé la frase, para darle la opción a Carles de que colocara en los puntos suspensivos que yo acababa de dejar en el aire la palabra que él prefiriese para denominar al responsable comercial.

—Sí, todos lo conocemos; pero deberías tomarte este tema con más calma. Te está afectando demasiado y sigues con las mismas ojeras de la semana pasada. Pareces un mapache.

«Sí, gracias, en parte, a ti, tendré que empezar a maquillarme», pensé.

—A veces te envidio. No te lo tomes mal, pero ojalá yo fuese un tipo con menos ambiciones. Creo que viviría más relajado... como tú —le contesté.

—Todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes —respondió Carles sin

sentirse ofendido por mis palabras—. Pero en este momento, estoy de acuerdo contigo, ahora mismo te vendría bien ser un hombre menos ambicioso. Estarías más calmado.

Carles se marchó a reanudar su trabajo mientras yo seguí aporreando con saña las teclas de mi ordenador para continuar redactando los informes y los documentos que quería presentar ante los yanquis. Mis dedos estaban danzando a toda velocidad sobre las letras del ordenador, como saltimbanquis en una cama elástica, cuando la coreografía digital que mis manos estaban realizando para esculpir palabras en el monitor fue interrumpida por una llamada telefónica.

Era Romén.

—¡Passsssooooooooooooo, mano! —chilló tan fuerte en el auricular de su teléfono que las letras de aquel saludo atravesaron mi tímpano derecho yendo a impactar contra el tímpano izquierdo, que fue quien captó el significado de sus palabras, al tiempo que, en mi oído derecho, el estribo, el yunque y el martillo temblaban irritados y mis ojos bizqueaban ante el salvaje alarido.

—¡Ñossss, mano! Me acabas de dejar sordo.

—¿Cómo te va la espalda? ¿Ya estas bueno? —Me lo imaginé al otro lado de la línea, con una franca sonrisa en su boca y un puñado de agujas de acupuntura en una mano.

—Pues sí, tío, la verdad es que me dejaste casi nuevo.

—Y mira que no te fiabas de mí, ¿eh, mamón? Pues te llamaba para ver si querías que pasara hoy por tu casa para darte un repaso, que ya ha pasado una semanita y creo que te vendría bien una pequeña sesión de acupuntura de refuerzo —terminó de decir la frase y volví a recordar mis redondas nalgas peludas ensartadas en agujas.

—Pues mira, hoy no puedo.

—¡Bah! No me pongas excusas. Lo que pasa es que no quieres que te vuelva a dejar el culo como un alfiletero. ¡Mira que eres nena!

—Que no, hombre, que no, que he quedado esta tarde.

—¿Con quién?

—Con Martina, pero no se lo digas a Sara, que ya sabes que no la traga.

—De acuerdo, no le diré nada. ¿Cómo es que has quedado con ella? — preguntó sorprendido Romén.

—Bueno, hace bastante tiempo que no la veo. Desde mucho antes de irme a China que no hablamos con calma. Supongo que querrá hablarme de cómo está después de lo de Luis —disimulé.

—La verdad es que Martina no aprende con los hombres. Siempre elige a los más cáncamos. Ese tipo no me caía nada bien. Martina estaba con él por el deportivo, porque seguro que ella se lo quitaba para conducirlo y era por lo único que le interesaba estar con él, porque si no, no me lo explico. Más chulo y no nace. Todo el rato fardando de que si esto, que si lo otro, que si tengo un móvil *megaguays*, que si mira qué *peluco* más *popi*, y chuleándose de estar con un *pibón* como Martina.

Aproveché la oportunidad que me brindaba Romén para participar en un cotilleo masculino que, aunque no lo parezca, también existen. El *marujeo* no es exclusividad de las mujeres, porque, aunque diferente en la temática, cuando los hombres se ponen a ello pueden superar incluso a las propias féminas.

—Sí, menos mal que Martina también tiene su carácter y no se deja mangonear por nadie. En eso, al menos, estoy orgulloso de ella, porque no se deja pisotear. Si le tiene que plantar el machango a alguien, se lo planta y punto. El problema es que eso no le funciona con las relaciones de pareja. No le duran ni un año —traté de defenderla.

—Pero ¡acuérdate del instituto! Estuvo una buena temporada saliendo con Curro, el más *laja* de toda la clase. ¿Sabes por qué? Porque tenía una moto. De esas pequeñas de 50 centímetros, y a ella le gustaba que la pasearan arriba y abajo, hasta que aprendió a conducirla y entonces era ella quien llevaba al *notas*. Pero el tipo la trataba fatal y la ponía de vuelta y media.

—Sí, me acuerdo de las broncas que tenían. —Y tanto que me acordaba, porque luego siempre venía a mí a llorarme en el hombro cuando, por aquel entonces, yo hubiera dado mis brazos por salir con ella. Nunca comprendí la atracción que mi amiga sufría por los indeseables, cuando yo me portaba como un santo bendito.

—Y cuando llegó a Barcelona estuvo saliendo también con otro que la llevaba de discoteca en discoteca con el pepino aquel de 750 centímetros

cúbicos. Se llegó a comprar el casco y todo el equipo completo para salir con él, hasta que también consiguió llevar la moto.

—Sí, menudo payaso. —Parte de mis celos dejaron paso a aquella sentencia—. Otro que también la trató cómo una mierda. Gracias al genio que tiene consiguió dejar a aquel desgraciado. Pero sí, tienes razón, es que no sé si es que tiene mala suerte con los hombres o es que repite siempre el mismo patrón de paisano.

—En fin, dale un beso de mi parte cuando la veas. Por cierto, ya que no he conseguido convencerte para clavarte las agujas, llamaré a Sara para ver si quiere que pase a hacerle un trabajillo. —Aunque me lo dijo en tono de broma, la palabra *trabajillo* no me hizo ninguna gracia, pues Romén seguía en la lista de sospechosos y, sobre todo, después de la conversación que había tenido con Sara en la playa cuando no quiso desvelarme quién era la persona con la que me estaba engañando. Algo azorado, conseguí responderle.

—Sí, sí..., tú mismo... Pero no le digas que estoy con Martina, que yo le voy a decir que me quedaré en la oficina trabajando hasta tarde. ¡No me vendas!

—Tranqui, tronco. No te preocupes. Cuídate y ya te volveré a llamar, a ver si te convenzo para ensartarte un poco.

Terminé mis informes para los yanquis, quedé con Sabaté para vernos al día siguiente en el aeropuerto y, en cuanto pude, me fui al centro de Barcelona para reunirme con Martina. Habíamos quedado para hacer un café y charlar tranquilamente, pero, tras saludarnos al encontrarnos, me lanzó una traicionera pregunta.

—¿Te importa que, antes de sentarnos a tomar algo entremos en el centro comercial? Es que tengo que comprarme un bikini. No tengo nada para ir a la playa...

Esponáneamente, icé la ceja izquierda y se me cambó el labio inferior. ¡Me estaba proponiendo ir de compras! Siempre lo odié. De hecho, cuando mi mujer me pedía que fuéramos de tiendas se me torcía el gesto inmediatamente, cosa que la ponía de bastante mal humor, con lo que, para evitarlo, yo ya había aprendido a disimular y resignarme. Además, nunca entendí para qué narices quería Sara que la acompañase, porque, al final, yo siempre terminaba, como la mayoría de los maridos del mundo, adoptando uno de los dos estados

básicos posibles en estas situaciones.

El primero era lo que yo denominaba de «guardaespaldas», que consistía en perseguirla por toda la tienda con aburrido semblante mientras ella pasaba revista a los últimos modelitos de la temporada. En ese estado, se me podía confundir con un escolta que contestaba con monosílabos tipo «sí» o «no» a preguntas como «¿te gusta?», «¿me queda bien?». Durante esta situación era bastante fácil localizar, de un vistazo, a otros «colegas de profesión» realizando las mismas tareas con sus respectivas parientas.

El otro estado básico era el de «motocicleta aparcada», que solía darse tras estar más de una hora haciendo de séquito conyugal dentro del mismo local comercial y que implicaba salir a esperarla a la calle, para permanecer de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, al tiempo que, con la mirada perdida y resoplando, ladeaba la cabeza como si ésta fuera la rueda delantera de una moto que cabecea cuando queda alzada sobre sus caballetes. En ese «estado» también era posible encontrarse con una ristra de Hombres Desesperados esperando fuera de la tienda con la testa torcida.

Martina me sacó de mi estado de *shock* y desplegó una dulce sonrisa. Me cogió de la mano para arrastrarme detrás de ella, pues era perfectamente consciente de que yo odiaba los centros comerciales.

—¡Anda! ¡Vamos! No tardaré mucho, te lo prometo.

—¿Seguro que necesitas un bikini nuevo? ¿No te sirven los del año pasado? —protesté yo.

—No. No tengo nada que ponerme para ir a la playa este año.

—Me conozco esa frase. Sara siempre dice que no tiene nada que ponerse, pero el armario de casa está repleto de ropa suya, mientras que yo apenas tengo un rincón para poner mis cuatro trapos.

—Venga, no te quejes. —Se rio Martina—. Así me ayudas a elegir.

Más que una pareja de amigos, parecíamos una madre que tiraba de un hijo remolón que no quiere ir al colegio. Ella avanzaba delante de mí con su mano derecha agarrada con fuerza a la mía, mientras yo caminaba con la cabeza gacha, arrastrando los pies por el suelo, con la mano que me quedaba libre girada hacia arriba y protestando.

—No entiendo esto que hacéis las mujeres. Os considero mucho más

inteligentes que los hombres, pero en cuanto veis un escaparate con cosas brillando en su interior, o ropa bonita, perdéis la noción de la realidad pasta-espacio-tiempo y os pasáis horas y horas de compras, utilizando la tarjeta de crédito a discreción y recorriendo el máximo número de tiendas posibles.

—No exageres. ¿Y vosotros, los hombres, con el fútbol? Porque yo tampoco comprendo que un hombre inteligente como tú se transforme en un descerebrado chimpancé chillón cuando se sienta delante de un televisor para ver a otros veintidós monos en calzoncillos pegarle patadas a una pelota, mientras se infla de cerveza. —Contraatacó ella a mi comentario, mientras yo era consciente de que tenía razón en lo que decía pues, cada vez que jugaba el Barça, yo mismo me transmutaba en aquel histérico chimpancé, ataviado con una calurosa bufanda azulgrana alrededor del cuello a la vez que de mi boquita de piñón salían potentes y soeces palabras contra el árbitro si pitaba mal, contra los jugadores contrarios si atizaban a los míos y contra mi propio equipo si no sabía dar más de tres pases seguidos. Martina siguió con su defensa—: Por no hablar de las declaraciones, de contrastada inteligencia, que hacen los jugadores de fútbol, del tipo: «Jugamos como nunca y perdimos como siempre», «El fútbol es así» o, la que más me gusta, «No hay enemigo pequeño, pero nos metieron quince». —Y terminó de clavarme la mirada en medio de mis pupilas como si hubiese sido mi madre echándome el sermón por algo que hubiera hecho mal. Me quedé mirándola y me reí divertido ante la amistosa bronca en defensa del sexo femenino.

—Sí, tienes razón. Cada vez tengo más claro que el hombre y la mujer son dos especies distintas que, por algún extraño motivo, cuando se juntan son capaces de reproducirse. Si no, no lo entiendo.

Ella sonrió ante mi ocurrencia, al tiempo que accedíamos al local que Martina quería visitar. Enseguida fuimos atacados por una terrible música de ambiente y un aire acondicionado puesto a tan baja temperatura que parecía que estuviera diseñado para criogenizar a los clientes que entraban allí. Comenzamos a rondar por los pasillos de la tienda, repletos de ateridos clientes envueltos en la vorágine de las rebajas de verano. Martina, antes de llegar a la sección de bañadores, se dedicó a revisar cada percha, estante y espejo, para no perderse nada de la temporada primavera-verano.

Mientras ella realizaba la inspección del género, me preguntó:

—¿Cómo estás? El otro día en la cena casi no pudimos hablar.

—Sí, cuánta más gente invitas, más difícil es hablar con alguien tranquilamente durante un rato. Pues mira, bien. Un tanto agobiado en el trabajo. Mañana tengo que ir a Madrid y pasaré allí tres días. Lo que pasa es que después de estos cuatro meses en China, posiblemente mis jefes decidan cerrarlo con unos americanos. Si tenía alguna posibilidad de ascender, creo que va a ser difícil, porque, mientras he estado fuera, se han dedicado a maquinar otras alternativas a mis espaldas.

—Lo siento. ¿Seguro que no tienes posibilidades?

—Está complicado, pero ya me conoces: lo intentaré hasta el final.

—Eso me lo creo. Otra cosa no sé, pero cuando te empeñas en algo, al menos luchas por ello.

—Sí. Si no, nunca te hubiera pedido salir conmigo —concluí.

Martina se rió alegre, recordando viejos tiempos, mientras se entretenía en desplegar la ropa de las bien organizadas pilas de prendas para darles un vistazo. Tras desorganizar toda una tonga, volvió a dejar el trapito que había cogido, perfectamente arrebujado encima del mismo montón, bajo la atenta y odiosa mirada de las dependientas, que sabían que deberían volver a doblar aquella camiseta por enésima vez, hasta que la próxima clienta decidiera volver a arrugarla. Después de dismantelar varias estanterías más, nos dirigimos a la sección de bañadores. Ella comenzó a seleccionar algunos modelos. Yo cambié de tema.

—Y tú, ¿cómo estás, después de lo de Luis? —pregunté preocupado.

—Pues bien, la verdad. Ya han pasado siete meses y no lo echo de menos en absoluto. Ya es pasado.

—No es por meterme contigo, Martina, pero no sé qué ves en los tipos con los que sales.

—Si quieres que te diga la verdad, a veces yo tampoco lo sé. Supongo que me impacta la forma de ser de esos hombres; pero, sinceramente, creo que no me he enamorado nunca de ellos. Aunque tengo una novedad para ti: estoy saliendo con alguien y creo que esta vez sí que siento algo diferente.

—¡Anda! ¿Y eso? No me dijiste nada el otro día.

—Con tanta gente en tu casa tampoco era el momento adecuado.

—Bueno, ya me lo presentarás. ¿Es del mismo estilo que los otros?

—No creo. Lo conocí en las clases de tango. Si le preguntas a tu mujer, ella te lo podrá decir.

—¿Se lo has contado a Sara? —pregunté sorprendido ante la extraña confianza que, de repente, parecían tener mi mujer y Martina.

—No, hombre, pero me ha visto bailar con él. Así que se imaginará quién es.

—Vale, ya le preguntaré a ver qué me cuenta. ¡Vaya un misterio! Ahora me dejas con la intriga. —Martina me acababa de dar pie para poder empezar a contarle mis penas con Sara, pero decidí esperar a salir de aquel local capitalista para contárselo con más calma. Además, se acababa de meter en el cambiador y había comenzado a probarse los distintos modelitos. Con cada uno que se vestía me utilizaba de jurado para darle una puntuación. Realmente Martina tenía un cuerpo muy bonito, así que, para mí todos los que se iba poniendo le sentaban de escándalo. Sin embargo, ella siempre le encontraba algún defecto: «Que no me sujeta bien», «Que este me marca las chichas», «No me gusta el color»... Finalmente, tras colocarse ocho diseños diferentes, desistió de adquirir alguno de ellos y mi paciencia se agotó.

—Martina, te voy a ser sincero.

—¿Sí? —preguntó ella extrañada.

—Mira, da igual el bañador que elijas, porque, te pongas el que te pongas, vas a estar igual de «buenorra» para el público masculino. Y ya te digo yo que lo último que van a mirar los tíos va a ser el color o el tipo de bikini que lleses puesto. Te lo aseguro —dije riéndome mientras ella, con toda la confianza del mundo y partida de la risa, me mandaba a la mierda.

Salimos de aquel suplicio y fuimos a tomarnos un café por allí cerca. Una vez que nos sentamos y pudimos hablar tranquilamente, fui directo al grano.

—Martina, quería contarte algo y pedirte un favor.

—Sí, claro —contestó sonriendo.

—Mira, Sara y yo no estamos bien. —Ante esta frase Martina dejó de sonreír—. No sé si ha sido culpa mía, por mi obsesión por el ascenso en el trabajo, por no querer tener hijos o porque ya, después de tanto tiempo, los sentimientos se han ido atenuando, pero la relación con ella no está yendo

bien. Yo creo que aún la quiero, pero ella el otro día me dijo que no estaba segura de saber lo que sentía por mí. —Martina irguió su espalda, estirándose en la silla y me miró con cara de preocupación. Yo continué con mi explicación—. Y, durante estos cuatro meses que hemos estado separados, creo que la cosa aún ha ido a peor. Nos estuvimos enviando *mails* para estar en contacto, pero eran correos triviales de lo que ella hacía o lo que yo dejaba de hacer en Shanghái, hasta un punto que, si eran demasiado largos, yo casi ni los leía y viceversa. La verdad es que, obsesionado como estaba por cerrar el negocio con los chinos, yo no me prodigué en ser cariñoso por *mail*, aparte de que no tenía mucho tiempo para escribir. La cosa es que no sé si eso ha influido aún más en nuestro distanciamiento. Pero, durante mi ausencia..., Sara me ha estado engañando con alguien.

Súbitamente, Martina palideció. Sus peinadas pestañas se desplegaron al máximo y marcaron perfectamente el contorno de sus ojos, con lo que sus azulados iris contrastaron con fuerza en el fondo blanco de sus córneas. Su mentón se desprendió de su maxilar superior y dejó que su boca marcara una «O» perfecta con sus labios.

—¿Cómo?... ¿Qué me dices? ¿Y cómo sabes eso?... ¿Con quién? —apenas si pudo balbucear.

—Sé que me ha estado engañando con alguien, aunque no sé con quién. La noche de mi llegada de China, Sara pensaba que yo llegaba un día más tarde y debí sorprenderlos in fraganti. Así que, cuando llegué a casa, debieron asustarse. El tipo que estaba con ella salió huyendo por la valla trasera de mi casa. Sólo pude verle el culo, porque el muy cobarde huyó en pelotas; así que no sé quién es, porque estuve rebuscando por toda la casa y no encontré nada que pudiera inculpar a nadie. Ni ropa, ni calzoncillos, nada de nada, salvo unas copas de vino que misteriosamente desaparecieron y después han vuelto a aparecer; pero eso es una larga historia. El caso es que creo que tiene que ser alguien que conozco. Yo he estado disimulando para que Sara no sospechara nada y pensara que no había visto nada, de manera que yo pudiera descubrir quién es pero, en fin, que, resumiendo, ahora mismo sospecho de Raúl, de Romén y de Carles.

—¿Tú crees? ¿Estás seguro? —me interrogó Martina, atónita ante lo que le estaba diciendo.

—Es de suponer. Los tres han estado viendo a Sara en mi ausencia. Raúl es amigo de Sara desde que empezaron a trabajar y se ven en el curro cuando coinciden en el turno y, además, van juntos al gimnasio. Romén ha estado yendo a mi casa a darle masajes y Carles ha estado bailando con ella todos los jueves y, si había alguna cena en casa, siempre se quedaba un rato a solas con Sara.

—Yo... No creo que... Es muy difícil que sea uno de ellos... Me dejas... No sé qué decirte... ¿Le has preguntado a Sara?

—Sí, eso es lo que más me duele. El otro día en la playa, cuando me dijo que no sabía si me quería o no, le pregunté directamente si había otro hombre, pero me dijo que no. Hubo un momento en que tartamudeó y pareció estar a punto de decírmelo pero, al final, se calló. Por eso pienso más aún que es alguien conocido, porque creo que Sara, o está intentando protegerlo, o no quiere decírmelo para no hacerme más daño. Porque, si fuese uno de ellos, no sé cómo podría reaccionar yo. Ya me duele bastante saber que mi mujer no me quiere, pero que un amigo me traicione de esa manera, ya sería el colmo.

—Yo... Me gustaría decirte que... —Martina me cogió de la mano con compungido semblante, buscando algunas palabras de ánimo con las que consolarme. La interrumpí antes de que pudiera seguir.

—Por eso te quiero pedir un favor. Voy a estar tres días fuera y creo que Sara volverá a quedar con el maldito traidor, así que me gustaría que, si puedes, la vigiles para ver con quién va o con quién está.

—¿ME ESTÁS PIDIENDO QUE LA ESPÍE? —En la otra punta del bar donde estábamos resonó el eco de su pregunta y todos los allí presentes levantaron sus cabezas para enfocar sus miradas hacia nosotros. Con la presión de varias decenas de ojos que nos enfocaban en el cogote, bajé el tono de voz y se lo volví a suplicar.

—Sí. Me harías un gran favor. Tengo que aclarar esta situación de una vez por todas. Yo ya le pregunté directamente a Sara y no me lo ha querido decir. Me gustaría que Sara aclarara sus sentimientos por mí y, si es posible, saber con quién está. Llevo noches sin dormir pensando en eso y en mi posible ascenso en el trabajo. —Casi le susurré para evitar convertirnos en el cotilleo del bar—. ¿Podrás hacerlo? —le pregunté directamente poniendo la mejor cara de pena disponible en mi repertorio de expresiones faciales para causarle

lástima.

—Vale... Haré lo que pueda —respondió Martina sin mucha convicción—. Intentaré pasar por tu casa después de mi trabajo y veré qué hace..., supongo. Nunca he espiado a nadie...

—Gracias, gracias. Te iré llamando desde Madrid para ver cómo va. ¿De acuerdo?

—Sí, sí, de acuerdo. Pero tú, ¿cómo estás? ¿De qué te servirá saber quién es? ¿Qué harás?

—Pues me siento confuso, perdido, asustado y dolido. No sé qué hacer en cuanto a si seguir con Sara. Sigo sintiendo algo por ella, pero ahora ya no tengo claro qué siento realmente. También estoy algo confundido con mi vida, porque, si las reuniones de Madrid no van bien, mis aspiraciones en el curro se pueden ir al garete. ¿Y para qué habrá servido tanto esfuerzo y dejar de lado mi relación de pareja? Eso por no decir que me duele que mi mujer ya no me quiera y que haya un amigo que esté poniéndome los cuernos con ella.

Se hizo un emotivo silencio entre nosotros. Yo me quedé con la mirada perdida dirigida hacia la mesa en la que estábamos sentados y Martina se quedó con cara de participar en un funeral. Finalmente, decidimos marcharnos de allí.

—Bueno, ya estamos en contacto para que me vayas diciendo si descubres algo. Por cierto, a ver si me presentas pronto a tu nuevo novio. Espero que sea un tipo diferente de los habituales y que te haga feliz —le dejé caer.

—Sí, no creo que tarde mucho en presentártelo —me respondió con una triste media sonrisa en su boca.

Nos despedimos.

—Lo siento mucho —me dijo Martina mientras apretaba con fuerza mi cuerpo con sus brazos y se enroscaba conmigo en un tierno y cariñoso abrazo. Nuestras cabezas quedaron paralelas y pegadas, mirando en sentido contrario, con lo que pude oler su agradable esencia a jazmín y sentir su suave pómulo contra el mío. Permanecimos así, inmóviles, durante varios segundos, casi fundiendo nuestros entes en un solo ser de cuatro patas. Finalmente, nos untamos las caras respectivamente con el contacto de nuestros labios, dándonos un afectuoso beso en la mejilla.

—Te quiero mucho. Ya vamos hablando.

—Y yo a ti —me respondió con una pequeña lagrimilla colgando en su ojo izquierdo, indecisa a tirarse por el tobogán del contorno de su nariz.

Llegué tarde a casa. Sara ya había cenado y estaba viendo la tele. Me senté junto a ella para ver un programa donde veinte individuos de lo mejorcito de la especie humana, encerrados en un piso repleto de cámaras para que todo el mundo pudiera ver lo que hacían en cada momento, se dedicaban a tirarse trastos a la cabeza, a tirarse a la piscina del chalet o, en el mejor de los casos, uno de ellos conseguía tirarse a una de ellas. Sara y yo apenas abrimos la boca para dirigirnos cuatro tristes y sencillas frases. Desde que habíamos hablado el domingo, se me hacía incómodo estar junto a ella. Decidí que no quería que esa situación se prolongara más. A la vuelta de Madrid la presionaría para que me dijera qué quería hacer con nuestra relación y me aclarase con quién estaba y por qué. Y si no me lo explicaba, al menos, esperaba que Martina me ayudase a desvelar el asunto del visitante misterioso.

Cuando las náuseas hicieron acto de presencia en mi cuerpo, debido al consumo de las imágenes de aquel *intelectual* programa televisivo, decidí que tenía suficiente. Le di un beso de buenas noches y subí a la habitación para terminar de cerrar mi escueto equipaje y meterme en la cama. Ni me acordé de preguntarle a Sara si Romén la había llamado para hacerle la sesión de acupuntura.

Capítulo 11. En el aeropuerto

En plena noche abrí los párpados sobresaltado. Mi amigo el despertador aún no se había puesto a pitar como un histérico, pero mi subconsciente me había sacado de mi dulce sueño ante la posibilidad de quedarme dormido y perder el avión a Madrid.

Desorientado y sin saber qué hora era, me alongué ligeramente desde mi cama y acerqué la cabeza al despertador hasta que mis narices estuvieron a escasos milímetros de los dígitos rojos que marcaban el tiempo. No en vano, mis ojos dioptrías por cada ojo me impedían ver bien de lejos, aunque, con esa graduación, para mí, lejos significaban cinco centímetros de distancia. Nada más pegar el apéndice nasal al visor del reloj descubrí que eran las cuatro de la mañana, pero no porque llegase a ver bien la hora, sino porque, en ese preciso instante, el detestable y maquiavélico ingenio horario se puso a cantar su malévolos pipipipí. Al borde del infarto y con los ojos fuera de las cuencas, lancé varios alterados puñetazos contra el cacharrito de marras hasta que conseguí hacerlo callar, al tiempo que en mi mente yo mentaba a la madre del topo (Topota Madre) y mascullaba en silencio un par de improperios nada cariñosos contra algunos santos y beatos.

Alterado ante aquel susto, pero aún dormido, salí de mi catre y me dirigí a tientas al lavabo en una difícil postura, pues caminé arrastrando las chanclas como si estuviese haciendo esquí de fondo, con el brazo derecho al frente, para evitar darme un castañazo con la puerta del baño en los morros, mientras que con la mano izquierda me rascaba frenéticamente el cachete derecho del culo. Rápidamente me asecé, me vestí con el traje que tenía preparado desde la noche anterior, me ahorqué ligeramente con el nudo de la corbata y, para no parecer un perrillo de las praderas con mis portentosas gafas, decidí ponerme las lentillas, para causar buena impresión a los americanos. Sara roncaba

profundamente, en do sostenido, y ni se enteró de mis maniobras orquestales en la oscuridad. Antes de abandonar la habitación para bajar a la rúe, le di un beso en la mejilla sin que ella se diera cuenta de mi tierno ósculo.

Durante unos instantes permanecí de pie al borde de la cama, mirando en la oscuridad hacia donde ella yacía completamente dormida. Un estremecimiento recorrió todos mis músculos al tener la sensación de que mi ausencia sería aprovechada para incrementar el tamaño de mi cornamenta. Con cierto pesar ante lo que me imaginación rumiaba, salí de allí, bajé las escaleras, recogí mis pocas y ligeras pertenencias y me dirigí a la calle, donde un taxi típico barcelonés, pintado de amarillo y negro, me esperaba ronroneando con el habitual *clac, clac, clac* de los vehículos diésel. De pie, al lado del coche, aguardaba el taxista, que al principio, con la distancia, me pareció que venía medio dormido, hasta que al acercarme a él descubrí que no es que tuviera los ojos rasgados porque tuviera sueño sino porque, para mi sorpresa, era chino. Me ayudó a meter el equipaje en el maletero. Yo le saludé y le indiqué.

—*Buenoj diaj, al aroppueto, po favó.* —Mi pronunciación resultó un tanto empalagosa debido a que mi lengua todavía estaba dormida y a que las sinapsis neuronales que transmitían la información entre mi cerebro y mi boca lo hacían aún a cámara lenta.

—*Si seño!, al aelopuelto* —respondió el chino con la habitual dificultad de este pueblo para vocalizar la letra «r»; convirtiendo aquella primera conversación del día en un derroche de prosa, cacofonía y fonética de la lengua castellana.

Llegamos al aeropuerto al mismo tiempo que Sabaté, pues dio la casualidad de que el taxi que aparcó justo delante del mío era el que lo traía a él. Al verle, le saludé sin mucho entusiasmo. Ya con las conexiones neuronales completamente restablecidas, conseguí enlazar hábilmente más de tres vocablos seguidos sin que la lengua se me enganchara al paladar.

—¡Buenos días, Sabaté! ¡Qué casualidad! Ya no hace falta que te busque.

Sorprendido al oír su nombre, se giró y, con algunas legañas pendientes de sus ojos, a duras penas me respondió, mezclando, sin ningún pudor, las palabras con un gigantesco bostezo de hipopótamo que hizo que, aun a pesar de la poca luz de la mañana, yo pudiera ver su colección de caries y cómo su

campanilla bailaba en el fondo de su garganta.

—¡Buaaaaaaaaahhhhhhhnnnnnnnos diaahhhhhsssssssss! —Sólo le faltó desperezarse y estirarse como un gato recién levantado de la siesta. Si hubiera aspirado un poco más con semejante bostezo, habría absorbido la corbata que llevaba puesta.

Me estrechó la mano, desganado, y entramos rápidamente en la estación aeroportuaria, pues comenzaban a caer unas primeras gotas de lluvia. Nada más acceder a ella pudimos comprobar que, a pesar de la temprana hora, los mostradores de facturación se hallaban completamente abarrotados de pasajeros repartidos en diferentes y desordenadas filas de espera.

—Siempre que vengo al aeropuerto se cumplen todas las leyes de Murphy en lo relativo a colas —afirmé.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamó curioso Sabaté.

—Sí, mira. Ley de Heid sobre las colas: llegue a la hora que llegue, siempre habrá más gente en la cola. Observación de Etorre: la otra cola siempre es más rápida. Variación de O'Brien sobre la Observación de Etorre: si se cambia de cola, la que acaba de dejar empezará a avanzar más deprisa que la nueva. Colorario de Kenton: si se vuelve a la primera cola, lo único que se conseguirá es que se produzca un tumulto y que todo el mundo se mosquee con usted.

—Pues elige una, porque vamos a estar un ratito esperando —respondió con una media sonrisa en su boca.

Respiré hondo y elegí la hilera que me pareció que menos gente tenía. Efectivamente, nada más seleccionar la cola, la de al lado comenzó a ir más deprisa. Tras más de quince minutos de espera para sacar nuestras tarjetas de embarque, y recibir continuos golpes en mis tendones de Aquiles del carrito de las maletas del pasajero que me seguía en la fila, fuimos atendidos por la azafata del mostrador.

—¡Buenos días! Vamos a Madrid en el vuelo de las siete. ¿Podría darnos butacas en salida de emergencia, por favor? —pregunté.

—Sí señor, pero esas plazas tienen un sobrecoste de quince euros cada una.

Presas de un súbito ataque de tacañería e indignación, decidí que nos diera

unos asientos en cualquier otra parte del avión. La señorita introdujo nuestros DNI en el ordenador y la máquina de su lado, por respuesta, imprimió las dos tarjetas de embarque y las escupió como si nos estuviera sacando la lengua. De allí nos dirigimos en silencio, aún adormecidos, a pasar el control de seguridad. Tras participar en una serpenteante recua humana llegamos a la zona de los escáneres. Cada uno de nosotros dos luchó con el resto de pasajeros por conseguir una bandeja de plástico donde depositar cartera, anillos, monedas, teléfono móvil, ordenador portátil, cinturón, cualquier elemento metálico y parte de nuestra dignidad. Al no llevar botas ni extraños zapatos donde poder esconder un misil tierra-aire, tanque acorazado o cualquier otra arma susceptible de causar algún daño al avión, decidí no descalzarme.

—Odio pasar estos controles —protestó Sabaté.

—Y yo. En eso el AVE es más cómodo. Llegas a la estación de tren veinte minutos antes, sin colas para facturar, pasas un pequeño arco de control y ya estás en el tren. Aquí, con el jaleo de facturar la maleta y sacar la tarjeta de embarque ya pierdes un montón de tiempo. Y, encima, tenemos que pasar medio en pelotas por el arco magnético. —Me quejé con algo de razón, pues, al quitarme el cinturón, el pantalón del traje se me caía y dejaba a la vista la parte superior de mis calzoncillos y mi rabadilla.

Nos pusimos nuevamente en fila india. Fui avanzando en una dificultosa postura, ya que debía caminar con pasitos cortos para evitar que se me cayera la bandeja de la mano izquierda con todas mis pertenencias, al tiempo que dividía en dos grupos los dedos de la mano derecha. El índice y el pulgar para sostener el pantalón, y que no se me viera más mi ropa interior, y el resto de dígitos para arrastrar mi *trolley* de viaje detrás de mí. Esto suponía que, con cada paso que daba, mi equipaje me iba dando golpes en los tendones de Aquiles, que ya habían sido mortificados previamente por el carrito de las maletas del pasajero de la cola de facturación. Un par de posiciones por delante de nosotros, en nuestra hilera, esperaba una joven chiquita de aspecto alternativo. Iba calzada con unas sencillas sandalias de dedo, una camiseta negra de asillas que dejaba entrever las tiras de su sujetador y pantalones anchos de color verde militar que le llegaban a media nalga, enseñando, sin rubor, la parte superior de sus bragas. Por un momento me sentí identificado con su moda, pues por mi retaguardia yo también estaba dejando a la vista

parte de mis bóxers. Sabaté me hizo un gesto con la cabeza, apuntando con el mentón hacia ella.

—En la vida me haré un agujero más de los seis orificios con los que vine de serie a este mundo. No sé cómo pueden ponerse todo eso encima. —Al principio no entendí a qué se refería Sabaté, pero me fijé un poco más en la chica. Efectivamente, estaba más taladrada por elementos de metal que un mueble con carcoma, porque, aparte de su corto y rojo pelo, llamaba la atención la cantidad de *piercings* que llevaba distribuidos por todas las partes visibles de su cuerpo y, por suponer, también en las no visibles. Tenía tres o cuatro en cada oreja, uno sobre cada ceja, otro en la nariz y uno, pequeño y coqueto, entre el labio inferior y su mentón, lo que le resaltaba su bella cara. En su barriga podía apreciarse, bajo la camiseta, la presencia de otro más en el ombligo.

—Hombre, yo tampoco me dejaría agujerear la piel, pero cada uno es feliz con sus cosas —respondí.

—Pues, si mi hija llegara así a casa, no la dejaría entrar con esas pintas. ¿Qué pensaría la gente de ella? En la vida hay que ser una persona formal si quieres llegar lejos.

—Pues yo creo que el aspecto exterior de las personas no importa. Lo que importa es si uno es buena persona o no, y eso es lo que te hace llegar lejos en la vida —defendí a la chica.

—Las buenas personas no llegan muy lejos. En la vida tienes que luchar por conseguir lo que quieres, porque, si te pasas de bueno, te pisotean. —Terminó de resumirme su filosofía de vida. Para evitar que se alterase, decidí zanjar la cuestión con una pequeña broma.

—Pues yo, sinceramente, lo peor que creo que le puede pasar a la chica esa es que, con toda el hierro que lleva encima, se le quede pegada la cara al marco del arco magnético cuando pase por debajo.

—Seguro que pita cuando pase. ¡Si podría fundir lingotes de metal con toda la cacharrería que lleva ensartada en las carnes! —afirmó Sabaté.

Sin embargo, la joven pasó feliz y pizpireta sin que el chivato aparato electrónico la acusara de nada. Al llegar mi turno, dejé mi maletín, la bandeja plástica y mi ordenador portátil sobre el escáner, para ser rociados con una ducha de rayos X, mientras mi cuerpo se fue a probar el funcionamiento de los

campos electromagnéticos del arco. Los probé con una efectividad pasmosa.

Pitaron.

Me quedé perplejo, pues no recordaba llevar encima nada metálico. En el mismo instante que yo me sorprendía de la alarma de la máquina, también se activaron las neuronas de un gorila de seguridad de dos metros diez y ciento quince kilos de peso, que se giró inmediatamente hacia mí, ya que me acababa de convertir en un peligro para la seguridad nacional.

—Disculpe, caballero —se dirigió gentilmente hacia mí—. ¿Lleva algún objeto metálico encima?

Estuve a punto de replicarle que el *bazooka* me lo había olvidado en casa y que, posiblemente, lo que había hecho saltar la señal acústica eran mis genitales, acerados por el ultraje que estaba recibiendo. Pero reconsideré mi respuesta, porque, primero, el hombre se había dirigido a mí amablemente; y, segundo, me sacaba una cabeza y dos cuerpos, con lo cual aquella contestación hubiera podido finalizar con dolorosas consecuencias para mi ser.

—No, señor. Lo he dejado todo en la bandeja —respondí con humildad ante los ochenta centímetros de distancia que separaban los hombros de aquel colosal guarda de seguridad.

—Si me permite, le pasaré el escáner manual. ¿Puede levantar los brazos, por favor?

Ante la dulzura de sus palabras, y su perímetro torácico, extendí mis extremidades superiores como un Jesucristo crucificado. Inmediatamente mis pantalones cayeron hasta media nalga y dejaron a la vista mis gayumbos y mi culito respingón. El hombre pasó el aparato magnético por todo mi cuerpo hasta que emitió un sordo *bip bip* al llegar al botón del pantalón. Apenas dos gramos de chapa me había convertido, por unos segundos, en un criminal en potencia. Agradecí no llevar dientes de oro, pues me imaginé a aquel tiarrón insertándome el detector de metales en la boca, a modo de pala de otorrinolaringólogo, para comprobar mi garganta. Aclarada mi presunción de inocencia, volví a reunirme con Sabaté, que me esperaba entretenido viendo cómo me cacheaban.

—Le has gustado al de seguridad. Yo creo que te estaba tirando los tejos —bromeó Sabaté.

—Sí, le he dejado mi número de teléfono —continué sin ganas con la broma—. ¿Vamos a tomar un café?

—Sí, por supuesto. Y así te voy contando algunos aspectos de la reunión de hoy —sugirió, como si tuviera información que yo desconociera.

Llegamos a una de las cafeterías de la terminal de pasajeros, realizamos la pertinente transacción económica de soltar seis euros por un café con leche y un donut, auténtico atraco a mano armada sin violencia, y nos fuimos a sentar en una de las mesas libres del local.

—Pues la reunión de hoy es de vital importancia —comenzó a explicarme Sabaté—. Necesitamos la aportación de los americanos. Ya sabes que con el escándalo de lo del secretario para la Investigación y Desarrollo, y hasta que se aclare la investigación, cosa que puede durar varios años, la financiación que veníamos recibiendo del Estado puede verse notablemente reducida o, incluso, paralizada.

—Pero también estaba la opción de realizar el negocio con los chinos al mismo tiempo. Era perfectamente posible. —Defendí mi postura mientras echaba el azúcar en mi humeante café con leche y comenzaba a removerlo—. Podíamos jugar a dos bandas, según Dirección. Aunque los americanos participasen con tecnología y financiación, existía la posibilidad de seguir vendiéndoles imágenes a los chinos, aunque supongo que eliminando las que pudieran afectar a intereses estadounidenses.

—Sí, pero con el tema del escándalo las cosas han cambiado rápidamente. El director general ha dado un giro a la estrategia para asegurar el futuro de la compañía. Por eso es tan importante quedar bien hoy con los americanos, y que les convenzamos.

—Sigo sin entender qué pasa.

—Pues ahora ya te lo puede decir claramente. El director les ha ofrecido comprar todas las acciones de la compañía. Les va a vender la empresa a los yanquis.

La noticia me cogió completamente desprevenido. Di un respingo y las torpes zarpas, casi palmípedas, de las que me dotó la Hija de la Madre Naturaleza soltaron, sin querer, la taza con el ardiente café con leche. El líquido cayó sobre la parte inferior de mi camisa y en la zona de mi anatomía destinada a la reproducción y evacuación de líquidos sobrantes. Me acordé

del Supremo Hacedor mediante un sonoro y potente gorgorito:

—¡DiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiOOOOOOOOooooooOOOOOOOOSSSSsssssjjjj!

La sensación de calor era insoportable y el dolor muy intenso, así que mi organismo reaccionó completamente por instinto. Empujé la silla hacia atrás y me levanté rápidamente. Para mitigar el sofocón que me producía aquel líquido infernal en mi zona noble, lo único que se me ocurrió fue bajarme los pantalones para separarlos de la piel de mi cuerpo y enfriar inmediatamente el área afectada. En cuestión de milisegundos me quedé de pie, casi en bolas, en medio de la terminal de pasajeros del aeropuerto. Sabaté se acercó a mí, tratando de echarme una mano de algún modo, pero sin saber muy bien qué hacer.

—Tranquilo, tranquilo, ya pasó.

—¡Uf! ¡Uf! ¡Uf! —Una pequeña lagrimita afloró en la cuenca de mi ojo derecho y mis pulmones comenzaron a inspirar aire con fuerza, resoplando e hiperventilando. Con el alarido que acababa de soltar, propio de una soprano, y que hizo temblar todas las cristalerías del aeropuerto, la camarera que me había servido el abrasador café con leche se percató de lo que me había pasado y se acercó hasta donde nos encontrábamos con algo en la mano.

—Caballero, tome —me dijo alargando hacia mí un tubo con algún tipo de crema—. Vaya al baño y póngase esto rápidamente. Es un gel para quemaduras. Nosotros ya estamos acostumbrados a que nos pasen esas cosas. Le aliviará enseguida. —La miré agradecido. Cogí la pomada y mi equipaje para ir al aseo a cambiarme de ropa.

—¿Te ayudo? ¿Te acompaño? —preguntó Sabaté. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al imaginarme a Sabaté dándome unas friegas en mis partes, así que le dije que no. Se quedó en la cafetería a esperarme, mientras la camarera se dedicaba a pasar el mocho y recoger el estropicio que yo había generado.

El lavabo más cercano se encontraba a unos treinta metros de donde nos habíamos sentado. Me dirigí hacia allí lo más deprisa que pude; sin embargo, al desplazarme con los pantalones bajados a la altura de los tobillos, no podía sino dar pequeños y cortos pasitos. Con la cabeza gacha, la camisa blanca y la negra chaqueta, parecía un pingüino emperador transportando su huevo por la Antártida, mientras que el cinturón, que había quedado suelto, tintineaba

constantemente con cada trote que daba.

Durante aquel penoso tránsito no supe qué era lo que más me estaba irritando, si el calor que enrojecía la cara interna de mis muslos, el no poder alargar la zancada para llegar cuanto antes al baño, para acortar el ridículo que estaba sintiendo, o el desquiciante sonido de mi cinturón, que iba anunciando a todos mi triste procesión con un rítmico *tin-tin-tin*. Una vez alcanzado el aseo de caballeros, me apalanqué sobre el mármol de los lavamanos y descansé resollando. En el espejo se reflejaba mi cara, completamente desencajada, sudorosa y colorada, debido a una mezcla de dolor, angustia, vergüenza, altas temperaturas, exceso de riego sanguíneo y falta de oxígeno. Nunca había pasado un bochorno semejante. En el tiempo que había durado mi peregrinación había sentido cómo todo el aeropuerto clavaba sus miradas en mi esperpéntica estampa. Vi las caras de sorpresa de los niños al contemplar a un señor paseando medio desnudo, intuí los ojos de las señoras repasándome el trasero y mi marca de ropa interior, y supuse las socarronas sonrisas de los varones debidas a mi demostración de torpeza y al desfile del pingüino. Pero, sobre todo, me dolía en el orgullo que Sabaté hubiera presenciado la escena y me hubiera visto en tan humillante situación.

Debido a la situación de pánico, mi cuerpo había sido gobernado por la parte emocional, inconsciente e irracional de mi cerebro. Una vez sosegado, observando mi propia imagen, mi parte consciente y racional volvió a tomar el control de la situación y ordenó los pasos que tendría que seguir. Procedí a aplicarme el gel sobre la piel afectada, la cara interior de los muslos y la zona genital, e inmediatamente comencé a notar el efecto calmante de la crema. Con los calzoncillos impregnados en un repugnante olor a café con leche reseco, y con la chaqueta y los pantalones del traje manchados con unas vistosas trazas de color *capuccino*, no me quedó más remedio que cambiarme completamente. Sin embargo, la única alternativa que tenía para vestirme era la ropa de verano que tenía prevista utilizar para después del trabajo: los pantalones vaqueros tipo pirata, que me llegaban justo por debajo de las rodillas, las sandalias de verano y dos camisetas de manga corta. Una era verde con la serigrafía de *Pijus Magnificus*, un personaje de la película *La vida de Brian*, que caricaturizaba a Poncio Pilato. En el dibujo aparecía el busto sonriente de Pijus rodeado con una corona de laurel y, bajo el mismo, el eslogan de la película: «*Always look on the bright side of life*». La otra camisa

representaba el kamasutra del vago, que me pareció políticamente más incorrecta que la primera; así que me decidí por llevar al romano laureado en mi pecho. Tras equiparme con aquellas prendas, procuré secar todo lo que pude las piezas húmedas utilizando los secamanos automáticos, las doblé de cualquier manera y las introduje en el pequeño *trolley*.

Finalizada mi particular metamorfosis, volví a mirarme en el espejo. La situación me parecía surrealista. Al salir de mi casa yo era un pincel de ejecutivo, con mi traje de pantalones y chaquetas negros, corbata azul, camisa de vestir blanco hueso y unos elegantes y relucientes zapatos que me otorgaban la presencia de un respetable, elegante y notable caballero. Un desayuno y unas horas después, estaba allí plantado con un tipo que se estaba descojonando en medio de mis costillas, pantalones cortos y unas sandalias de verano que me hacían parecer un turista despistado dispuesto a tomarse unas cañas en un chiringuito de playa. No daba crédito a lo que me estaba ocurriendo. Iba a tener que afrontar la reunión que marcaría mi futuro profesional con la pinta de un *skater* a punto de echarse a rodar con su monopatín por encima del mobiliario urbano de la ciudad. ¡No podía ser! ¿Cómo podía haber tenido tan mala suerte esa mañana?

Por unos instantes recordé la advertencia del horóscopo sobre los idus de julio...

Retorné a la cafetería, devolví agradecido a la camarera el gel que me había prestado y me acerqué a Sabaté. Éste, al verme, me repasó de arriba a abajo y trató de hacer una broma.

—Eso es lo que yo llamo sobriedad en el vestir. —Lo fundí con la mirada—. ¿Estás bien? ¿Quieres terminar de desayunar? —me pregunto un tanto arrepentido del chiste que acababa de intentar hacer. Normalmente la cafeína me hacía efecto tras ingerirla por vía oral pero, gracias a la ingeniosa aplicación tópica de la dosis de aquella mañana, yo ya estaba completamente espabilado y cabreado, así que no me apetecía volver a repetir la hazaña.

—Sí, estoy mejor. Vamos a la puerta de embarque, si quieres... —respondí secamente.

Tomamos una de las cintas transportadoras que tiene la terminal y cabalgamos sobre ella hasta que nos dejó relativamente cerca de nuestra puerta. Aún faltaban casi treinta minutos para la salida del avión, pero los

pasajeros de nuestro vuelo ya estaban haciendo cola, impacientes, como si el hecho de esperar de pie en fila india delante del mostrador de la entrada pudiera provocar el adelanto del embarque. Sabaté se puso detrás del último viajero.

—Prefiero esperar sentado y entrar al final. Me da algo de claustrofobia entrar tan pronto —me justifiqué para poder estar a solas un rato.

—Vale, yo mejor me quedo en la cola, porque luego no hay sitio en los compartimentos para dejar el maletín —me respondió Sabaté, mientras yo me dirigía hacia los bancos de la sala de espera ubicados frente a una de las pantallas planas de las que disponía el aeropuerto.

Cada vez que iba a coger un avión, en aquellos televisores siempre estaba sintonizado un canal de deporte en el que, invariablemente, emitían en diferido los partidos de tenis del último Roland Garros o la repetición de alguna etapa del Tour de Francia del año anterior. Aquella mañana, para sorprender a los telespectadores, estaban retransmitiendo una competición mucho más apasionante y excitante: la Copa del Rey de vela. Tras diez minutos viendo imágenes de valerosos, ágiles y morenos regatistas batiéndose el cobre contra el mar, recogiendo velas, desplegando el foque, esquivando la botavara con cada giro o dando vertiginosos botes en sus botes contra las olas marinas, el sueño comenzó a eliminar el efecto enervante que me había proporcionado la cafeína del café con leche que me había echado por encima. Mis párpados comenzaron a cerrarse intermitentemente, mientras yo luchaba por mantener los ojos abiertos. Poco a poco, mi respiración comenzó a hacerse más profunda y a pausarse, mis oídos empezaron a dejar de escuchar sonidos, mis piernas se estiraron y comenzaron a sentir una relajante sensación de descanso, y mis brazos cayeron, lánguidos, a ambos lados de mí. Ya me estaba comenzando a quedar dormido, a soñar, a desaparecer del mundo real. Morfeo estaba raptándome. Finalmente, mi vista se colapsó y desaparecieron todas las imágenes del mundo exterior... Silencio, paz, tranquilidad, inconsciencia...

—*¡PLEASE, DO NOT LEAVE BAGGAGE UNATTENDED!*—me chilló el altavoz del sistema de megafonía que tenía a escasos centímetros del mi oreja izquierda. La onda expansiva producida por semejante rebuzno se desplazó a la velocidad del sonido portando decenas de decibelios que, cuando impactaron con mi oído interno, sacaron a todo mi ser de su estado de hibernación de una manera bastante violenta. Di un respingo de medio metro

de altura sobre el asiento en el que me encontraba, alterado por el súbito berrido que me acababa de soltar el animal de bellota que se encontraba al otro lado del micrófono.

Parecía que aquella mañana el destino hubiera querido matarme a sustos, pues en escasas horas ya mi miocardio había sufrido cuatro potentes impresiones. Me levanté de donde estaba, con algo de dolor en el huesito dulce debido al rebote sobre el banco, y, nervioso, me dediqué a pasear para tratar de serenarme.

En ese momento llamaron a los pasajeros de mi vuelo para comenzar el embarque, aunque, realmente, no hacía falta, pues ya estaban todos allí y el que menos llevaba cuarenta minutos esperando en la cola. El azafato del mostrador informó que el acceso al avión se realizaría por número de fila, empezando por las de numeración más alta, y que las personas que viajasen con niños o ancianos tendrían prioridad. La ordenada hilera de seres humanos se desbarajustó en un momentito. Varias familias con chiquillos se adelantaron a todo el mundo, al tiempo que los que esperaban en la cabeza del pelotón fruncían el ceño, pues comenzaron a ser adelantados por viajeros con butacas de la cola del aeroplano. El caos se apoderó de la reata de homínidos que querían acceder al remachado pájaro de hierro. Un individuo listillo trató de colarse y la señorita que recogía la documentación y los pasajes lo envió hacia atrás, como si una profesora castigara a un crío pequeño en el colegio. El muchacho del mostrador volvió a recordar a los señores pasajeros, por tercera vez consecutiva, el orden de entrada. Oídos sordos.

Al cabo de treinta minutos, la mayoría de mis acompañantes de vuelo ya habían ingresado en el *finger* y apenas quedaba nadie por entrar, así que me dirigí hacia allí y accedí al avión. Localicé a Sabaté, que ya estaba aposentado en su butaca, coloqué mi equipaje en los compartimentos superiores y me senté, más bien me empotré, en mi plaza, en el centro de un grupo de tres, al lado izquierdo de Sabaté.

—Cada vez hacen el espacio entre filas más estrecho —le dije a Sabaté al tiempo que me acomodaba, con la espalda completamente pegada al respaldo del sillón y las piernas abiertas en forma de uve, mientras mis rodillas se quedaban incrustadas en el asiento de la pasajera que me precedía—. Como a la señora de delante le dé por reclinarsse hacia atrás, me van a salir disparados los meniscos.

—Sí, con esto de conseguir rentabilidad, cada vez aprietan más las butacas para meter más pasajeros —me contestó.

—Tarde o temprano, terminaremos volando de pie dentro de los aviones. Creo que ya lo han llegado a proponer, incluso.

—Bueno, de hecho, ya han diseñado un invento que reduce el espacio entre hileras, de los ochenta y cuatro centímetros normales a sólo cincuenta y cuatro —me explicó Sabaté, que estaba más informado que yo sobre este tema—. Es una especie de asiento con forma de silla de montar, que tiene respaldo, sobre la que te sientas a horcajadas y te mantiene en una posición intermedia entre sentado y de pie.

—Pues yo creo que, al paso que vamos, con tanta reducción de costes, al final la carlinga del avión será un espacio completamente diáfano donde habrá asas colgando del techo, como había antes en las guaguas, para que los pasajeros se agarren mientras viajan de pie —expresé mi enojo pataleando con palabras, pues con el cuerpo me era imposible—. Terminaremos con «empujadores» en la puerta del avión, como si fuera el metro de Japón, para que quepa más gente.

—¿Guaguas? ¿Guaguas? ¿Tanto tiempo en Barcelona y aún no sabes decir «autobús»? Estos canarios... —Sabaté sonrió.

En el pasillo, un último pasajero trataba de colocar su voluminosa maleta en el compartimento de equipajes sin ser capaz de comprender que un rectángulo no entra en el espacio de un cuadrado. Sonó la megafonía del avión para darnos la bienvenida, mientras la tripulación de cabina terminaba de realizar los protocolos para el despegue y una azafata reprendía cordialmente al caballero que, sin ningún tipo de visión espacial, trataba de ubicar su fardo en cualquier hueco libre a base de empujones. Comprobé, mirando por la ventanilla de mi izquierda, que las cuatro gotas con las que nos habíamos mojado ligeramente Sabaté y yo al entrar en el aeropuerto se habían convertido en la generosa catarata de una tormenta de verano.

Dado que los aviones comerciales no suelen estar autorizados a ir marcha atrás con sus propios motores, pues realizar esa maniobra por sí mismos incrementa sustancialmente el consumo de combustible y las turbinas son susceptibles de dañarse al retroalimentarse con la suciedad que se pudiera levantar, nuestro aparato comenzó a desplazarse hacia atrás empujado por uno

de los enormes tractores que les ayudan a realizar las operaciones de *pushback*. Finalizado el movimiento de retroceso, quedamos parados, pendientes de avanzar hacia la pista de despegue. Al cabo de estar unos largos minutos detenidos, el comandante nos informó de que los limpiaparabrisas no funcionaban y de que, debido al chaparrón que estaba cayendo, su visibilidad era nula y no podía despegar. Así que revolucionó ligeramente los propulsores y dirigió nuevamente la nave hasta la terminal, al mismo punto donde habíamos estado estacionados, para que el personal de tierra hiciera las correspondientes reparaciones.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé indignado—. Llevamos tres meses de sequía y tenía que ponerse a llover precisamente hoy. Para colmo de males, se le averían los limpiaparabrisas al avión. ¡Llegaremos tarde a la reunión! Sólo me faltaba eso.

—Cálmate. No creo que tarden tanto en cambiar unos simples limpiaparabrisas. —Trató de tranquilizarme Sabaté—. Y, si llegamos tarde, tampoco pasa nada. Primero, tenemos una buena excusa y, segundo, ya nos hartaremos de estar con los americanos, que van a estar tres días con nosotros.

—Sí, tal vez tengas razón —le contesté procurando relajarme—. Pero es que encima, con las pintas que llevo, a ver qué van a pensar los yanquis.

—Podrías decir que vas de *Casual Friday*. En Estados Unidos y Canadá es habitual que los viernes la gente se quite su traje y su corbata y vayan a la oficina de manera más informal.

—Hoy es miércoles, Sabaté —dije mirándole con cierto aire de desprecio—. ¿Qué les digo, que voy de *Casual Wednesday* porque en España lo celebramos el miércoles?

—Relájate. Todo irá bien.

—No, si es que cuando Murphy se pone a ello, lo borda el muy hijo de... —obvié el insulto—. Mira qué casualidad. Con los grandes inventos siempre pasa lo mismo: pueden costar miles de millones, pero cuando se averían siempre es culpa de la pieza más barata. ¿Qué puede costar un avión como éste? ¿Sesenta? ¿Setenta millones de euros? Y queda inutilizado por unos tristes limpiaparabrisas de quince euros.

—Bueno, acuérdate de lo que le pasó a la Mars Climate Orbiter —dijo Sabaté, poniendo un ejemplo de nuestro sector de trabajo—. Se estrelló en

Marte porque el equipo de control de Tierra le enviaba los datos en el sistema de medida anglosajón mientras que la nave realizaba los cálculos en el sistema métrico decimal. El error de la información hizo que el satélite calculara mal las distancias y se acercara tanto a Marte que se fundió al entrar en su atmósfera.

—Sí, desde luego. Aquello también fue sonado. Una pequeña tontería y a la porra un montón de años de trabajo —dije procurando relajarme.

Nuestro avión ya había llegado a la terminal. Habían abierto las puertas para que los mecánicos de la compañía aérea realizaran los arreglos pertinentes.

—Aunque para retrasos curiosos —seguí hablando con Sabaté para matar el rato—, el que me ocurrió una vez. Estábamos ya embarcados y yo estaba mirando por la ventanilla, viendo cómo los mozos de carga entrenaban el lanzamiento de peso con nuestros equipajes para colocarlos en la bodega del avión. De repente, dos de los operarios que estaban en la panza de aquel Boeing saltaron a tierra y salieron corriendo. Yo pensé que habían encontrado algún tipo de explosivo y ya me veía volando por los aires, pero, al cabo de un rato, llamaron a un pasajero por la megafonía para que bajase a la bodega de carga. Se ve que había facturado un dóberman de cuarenta y cinco kilos y el animal, con los nervios, se había liberado de su transportín. Aquella bestia parda se había cuadrado allí dentro y se había convertido en el Can Cerberos, pues allí no había quien entrase a calmar al bicho; así que tuvo que bajar su dueño a tranquilizarlo. Al final salimos con hora y media de retraso.

—Pues a mí lo más extraño que me ha pasado fue en el aeropuerto de Nueva York, cuando fui a la primera reunión con los americanos. Resulta que el aeropuerto JFK está pegado a un parque natural, la bahía de Jamaica, donde habita una especie de tortugas denominada «de espalda de diamante». Pues íbamos a despegar cuando nos anunciaron que había un ejército de tortuguitas cruzando la pista para ir a desovar al otro lado. Me asomé por mi ventanilla y era verdad: podía ver un montón de pequeñas tortuguitas caminando en fila india, perseguidas por unos cuantos operarios que las iban recogiendo en grandes cubos de plástico. Tardamos casi dos horas en poder salir.

—Por cierto, ahora que volvemos a los americanos. Explícame bien eso de que nos van a comprar —le solicité a Sabaté, retomando la conversación

que habíamos dejado a medias.

—Pues lo que te estaba contando antes de que te tiraras el café por encima. Que, debido al escándalo del secretario para la Investigación y Desarrollo, a partir de ahora no podemos contar con la financiación estatal. Así que el Gran Jefe les ha hecho una oferta de acciones a los americanos para que nos compren, en lugar de lo inicialmente previsto, que era participar con tecnología y comprar parte de las acciones. Supongo que de esa manera aseguramos la continuidad de la empresa.

—Pero entonces, ¿qué pasará con nosotros? Cuando pasan este tipo de cosas, de compras de empresas, normalmente se produce una reestructuración del organigrama y los protocolos de trabajo cambian para adaptarse a los de la empresa compradora.

—Sinceramente, no te lo sé decir. Creo que el director les ha hecho una propuesta de cargos y les habrá puesto algunas condiciones, pero lo desconozco. Ya sabes que él siempre se guarda un as en la manga y nunca muestra todas sus cartas.

—Sí, ya lo sé. —«Y tú tampoco enseñas la tuyas», pensé con la sensación de que él sabía algo más pero que no me lo quería decir.

Al cabo de casi una hora de ajetreado movimiento en el interior de la cabina del piloto, con entradas y salidas constantes de los mecánicos y variado personal de tierra, consiguieron apañar la avería.

En cuanto el aparato comenzó a moverse hacia delante, la tripulación salió a representar, sin pasión alguna, la habitual, sosa, mecánica y poco sincronizada actuación mímica de indicaciones, para informar a los pasajeros de la ubicación de las salidas de emergencia, la utilización del chaleco salvavidas y la colocación de las máscaras de oxígeno en caso de despresurización. Asistí al espectáculo mientras pensaba que, en caso de darnos el castañazo, la salida de emergencia iba a ser cualquier agujero del fuselaje; que, si tenía que ponerme el chaleco, seguramente me lo pondría al revés, lo inflaría dentro del avión y atoraría la evacuación; y que, si saltaban las máscaras, hiperventilaría de tal manera que, probablemente, consumiría las reservas de oxígeno antes de que el avión bajase a una altura con aire respirable. Los mimos terminaron su función mientras nos recordaban que debíamos apagar los teléfonos móviles. Sabaté seguía jugando con el suyo.

—Apaga el móvil. Parece mentira que trabajes en una empresa tecnológica. Ya sabes que puedes causar interferencias —le apremié.

—No pasa nada. Cada día hacen los aviones con más protección ante interferencias electromagnéticas —se excusó.

—Pues yo estaría más tranquilo si lo apagases. Te recuerdo algunos ejemplos que sé que han ocurrido gracias a las revistas aeronáuticas que tenemos en la oficina: Avión B-757 en vuelo Londres-Málaga. A los tres minutos de despegar, al llegar a los dos mil metros de altura y en plena ascensión, se le desprogramaron al piloto todos los datos de navegación y actuaciones, y se le desconectó el piloto automático central sin que pudiera conectar los dos restantes. Al final la culpa era de un energúmeno que estaba utilizando su ordenador personal en pleno despegue. —Sabaté me miró con aire de fastidio—. Otro: Avión MD-87 en vuelo Barcelona-Estonia. De repente fallaron todos los equipos de comunicaciones VHF en todas las frecuencias, hasta que se localizó a un pasajero con un ordenador portátil en la fila 4F. En cuanto le ordenaron que lo apagase, se restablecieron todas las comunicaciones. Más...

—Vale, vale, no sigas. Ya lo apago. Ves, ya está —dijo desconectando su teléfono—. Mira que eres integrista.

—Con las interferencias electromagnéticas no se juega. Además, bastante nervioso me pone ya volar como para encima tener más factores en contra.

La torre de control indicó a nuestro comandante que se encaminara hacia la pista 25L, dirección oeste-suroeste, para dejar a nuestra disposición sesenta metros de anchura para circular, dos mil seiscientos sesenta metros de longitud para coger carrerilla y escasos segundos para ir rezando algún padrenuestro durante el despegue. El piloto se dirigió hacia allí para ir contra viento y marea. Literalmente. Contra viento, porque los aviones suelen despegar contra él; y contra marea, porque lo que nos aguardaba al final de la carrera era el agüita fresquita de la mar salada del Mediterráneo.

Nos colocamos en cabecera y me santigüé vergonzosa y disimuladamente, procurando que Sabaté no me viera, para pedir ayuda divina. La parejita de enamorados de las butacas de al lado se cogió de las manos. Las mías comenzaban a sudar. Un lloro, que rompió el silencio en el interior de la cabina, sonó en la parte trasera. De repente, los motores rugieron, el aeroplano

empezó a correr y las fuerzas G actuaron sobre nosotros. Primero, la G_x+ , o transversal delantera, que nos aplastó ligeramente contra los respaldos de nuestros asientos según cogíamos velocidad. Al cabo de unos instantes, al comenzar a elevarse el aparato, la Fuerza G_z+ , o positiva, comprimió nuestros cuerpos contra el suelo, me dejó el cerebro achatado contra mi cráneo y el píloro unido con la tráquea, lo que me produjo unas ligeras y desagradables nauseas.

Por fin estábamos volando hacia Madrid. ¡Con una hora y media de retraso!

Capítulo 12. La reunión

Cuando el avión llegó a su altitud de crucero y se niveló, volví a respirar, procurando mantener el rostro inmutable, ya que, aunque lo había pasado fatal, como siempre, tenía que demostrarle a Sabaté que yo no era un cobarde y que no estaba asustado. Sabaté desplegó su periódico como pudo, pues las páginas copaban el espacio entre nosotros. Yo intenté acomodarme de la mejor manera posible, intentando desencajar mis rodillas de los riñones de la pasajera de delante. Inicié una sorda lucha contra Sabaté y contra el pasajero de mi izquierda por conquistar los reposabrazos y poder apoyar los codos, pero ambos protegían bien sus respectivos territorios, así que decidí cruzar los brazos sobre mi pecho y tratar de dormir un poco. Lo único que conseguí fue que mi mente se llenara de pensamientos que me impidieron descansar.

Al ver que nuestro aeroplano se estabilizaba y se mantenía horizontal, sin ningún tipo de sacudida, cambié de preocupaciones. Pasé de las incómodas angustias somáticas que me producían las fuerzas gravitatorias y los nervios propios del despegue a los desagradables razonamientos referentes a mi futuro profesional y sentimental. Iba a estar tres días en Madrid, durante los cuales estaría ausente de mi casa, dejando a Sara con la posibilidad de volver a ver a su amante. Confiaba en que Martina me ayudaría a desvelar la identidad de aquel individuo; pero, realmente, ¿qué ganaba yo con saber esa información? Si ya el hecho de que Sara tuviera dudas en sus sentimientos hacia mí me hacía sufrir, el saber con quién estaba seguramente me dolería aún más. Sin embargo, mi orgullo masculino deseaba desenmascararle, en un irracional impulso de destapar la mentira que Sara me ocultaba. De todas formas, a mi vuelta de Madrid, independientemente de si averiguaba o no quién era el susodicho, yo ya había decidido aclarar nuestra relación por muy desolador

que me resultase.

Mezclados con estos pensamientos, otras ideas se abrieron paso en mi interior: ¿Nos iban a vender a los americanos! ¿Qué habrían estado tramando desde Dirección? ¿Cómo afectaría eso a mi futuro inmediato dentro de la empresa? ¿Qué más me podía estar ocultando Sabaté? Aunque se mostraba relativamente cordial, recordaba cómo se había comportado en mi despacho cuando me anunció lo de la reunión en Madrid. Durante aquella conversación me pareció que se dirigía a mí como un superior. ¿Le habrían ascendido ya y yo aún no lo sabía? No en vano, las negociaciones con los yanquis las había llevado él, así que, aunque el Director ya hubiera cerrado un trato con ellos por su cuenta, seguramente Sabaté estaría en el lote de los acuerdos. Lo más lógico es que a él lo colocaran en algún cargo superior a mí.

Las azafatas, que pasaron pasillo arriba y abajo ofreciendo café, me sacaron de mi abstracción. Ante la imposibilidad de dormirme, y coincidiendo con que el avión comenzó a sufrir algunas sacudidas, abrí los ojos e interrumpí la lectura de Sabaté.

—¿Sabes quiénes vienen a la reunión?

—Pues creo que nosotros dos, el señor Cabezas, el director financiero, el director de operaciones y el jefe de área de Construcción —dijo cerrando el periódico.

—¿Y por parte de los americanos?

—No lo sé exactamente. Me parece que vienen dos o tres directivos de la empresa que nos compra y no sé si algún militar.

—¿Militares? ¿Qué quieres decir? —pregunté algo sorprendido.

—Pues militares del Ejército americano. Los primeros con los que tuve contacto en Estados Unidos, a través de mi conocido de la embajada, fueron agentes de la CIA. Y gracias a estos fui derivando hasta la empresa con la que estamos en negociaciones. Así que no es de extrañar que venga algún mando militar para supervisar el acuerdo.

—Pensaba que el interés de los americanos estaba en un uso comercial de las imágenes.

—No te hagas el ingenuo —respondió condescendiente Sabaté—. Sabes perfectamente que nuestros datos pueden ser utilizados para multitud de

aplicaciones, tanto para temas sociales, demográficos o agrícolas, como para uso en temas de defensa y supervisión de movimiento de tropas. ¿Qué te crees, que los chinos no iban aprovechar nuestros datos con ese fin?

Recapacité y recordé que, aunque con los chinos nunca hablé de un uso militar para nuestras imágenes, ciertamente, en las reuniones que había tenido en Shanghái con los miembros del aparato político chino, siempre había estado presente un comisario del Partido Comunista, que me fue presentado con el rango de comandante, para supervisar el trabajo que estábamos realizando.

—Sí, supongo que también utilizarían nuestra información para ese tipo de aplicaciones —respondí, sintiéndome un tanto estúpido ante el razonamiento que me acababa de plantear Sabaté.

—La cuestión es que, ahora mismo, da igual para qué quieren los datos los americanos. Tenemos que ser conscientes de que, si queremos que la empresa continúe, hemos de aprovechar esta oportunidad para mantener nuestros empleos y seguir trabajando. No pienso renunciar al esfuerzo que he estado haciendo durante años en esta empresa. Y supongo que tú tampoco, ¿verdad?

—No, por supuesto —corroboré sus palabras. Al menos en ese punto, los dos estábamos de acuerdo. La ambición nos podía a ambos.

El avión inició el descenso al acercarnos a Barajas y comenzó a bambolearse violentamente, debido a que todavía nos encontrábamos inmersos entre las apretadas isobaras de la borrasca que nos había acompañado durante todo el trayecto. Los bruscos zarandeos me recordaron, por un instante, el aterrizaje del vuelo en el que había llegado a Barcelona procedente de Frankfurt, con la diferencia de que, en lugar de tener a mi lado a una exótica belleza brasileña, en ese momento se encontraba a mi derecha un auténtico adefesio, calvo y narigudo, oriundo del corazón del Penedés, a quien no me apetecía cogerle su mano peluda en caso de estrellarnos.

Sabaté parecía disfrutar con los desapacibles tumbos que daba nuestro aeroplano al pasar sobre los socavones aéreos que hacían que rebotasémos en nuestras butacas. La señora que iba delante de mí dio un respingo y soltó un acallado «¡Ay!», presa del miedo. Aquel fue el último cabeceo que dio el avión antes de aterrizar, cosa que hicimos sin mayores problemas. En cuanto nos detuvimos, Sabaté y yo nos codeamos con el resto de pasaje en el sentido

más físico posible, pues salimos de aquel avión a base de codazos para abrirnos paso y llegar cuanto antes a la parada de taxis de la megalópolis de la T4 del aeropuerto de Madrid-Barajas, ya que se nos hacía tarde.

Quince minutos más tarde nos introdujimos en el taxi que nos tocaba por turno. El interior del automóvil estaba completamente decorado. Una estampita de la Almudena iba adherida al parasol del conductor, un san Pancracio presidía la palanca de cambios con su perejil correspondiente y san Cristóbal colgaba del retrovisor. Todos ellos estaban ubicados con cuidadoso mimo. Junto a estas sacras personalidades, se hallaban unos iconos seguramente mucho más sagrados para el taxista que los propios santos. Una foto de treinta por veinte centímetros de Juanito estaba pegada a la tapa de la guantera, una minicamiseta con el número cinco de Zidane pendía al lado de san Cristóbal y una descomunal bufanda blanca y violeta con el escudo del Real Madrid rodeaba todo el techo.

Tras casi una hora de atasco y concierto de pita y claxon, *opus 54*, en menor, llegamos a la puerta de la sede central de nuestra empresa y soltamos cincuenta euros de vellón al taxista, que huyó de allí escuchando la radiofónica e inagotable tertulia deportiva sobre la rivalidad *merengoculerda*, fuente de ríos de tinta y apasionadas discusiones masculinas.

Subimos rápidamente a las oficinas y allí nos saludó amablemente Elisa, nuestra recepcionista, una joven eficiente, simpática, de unos veinticinco años, con ojos azules. No es que fuera una belleza, pero sí tenía un interesante atractivo, debido a que era pelirroja con pequitas en los pómulos, pero, sobre todo, porque disponía unos generosos pechos ante los que cualquier hombre se hubiera quitado el sombrero. Nosotros no disponíamos en aquel momento de sombrero que quitarnos, así que, tanto Sabaté como yo dirigimos unas furtivas miradas hacia su escote.

—¡Buenos días! ¡Cuánto tiempo sin verles! —saludó, alegre, con su aguda voz.

—¡Hola, Elisa! —respondí. Pude notar cómo ella me miraba con asombro, al verme vestido como si fuera de safari por el África central a matar rinocerontes. Aunque sus ojos lo decían todo, ella, inteligentemente, no dijo nada al respecto.

—¡Buenos días, Elisa! —respondió Sabaté con su mejor sonrisa—. ¿Cómo

estás? —preguntó, aunque por el tono, a mí, más que una pregunta me pareció una exclamación.

—Muy bien, señor Sabaté. Como siempre, trabajando un poco. —Tuve la extraña sensación de que Elisa coqueteaba con mi compañero de viaje—. Vienen a la reunión, ¿no? Es en la sala de juntas de la cuarta planta. Creo que empezó hará una media hora.

—¿Te importa que te dejemos aquí los equipajes? Después vendremos a buscarlos —le pregunté, mientras aparcaba mi *trolley* detrás de su mesa y cogía la cartera con el ordenador portátil.

—No, por supuesto —respondió ella solícita.

—Gracias, Elisa. Nos vemos después —se despidió Sabaté, cruzando con nuestra secretaria una lasciva mirada que generó en mí más sospechas aún.

Abandonamos la recepción saludando a algunos de los compañeros con los que nos fuimos tropezando, nos dirigimos presurosos hacia los ascensores y nos introdujimos en el primero que se detuvo en nuestra planta.

—¡Esta Elisa cada día está más buena! —afirmó Sabaté.

—Sí, la verdad es que sí. Pero nos ha pillado mirándole el escote —contesté divertido y avergonzado al mismo tiempo.

—Bueno, eso es natural. Es fácil que las mujeres se den cuenta de que las miramos. Según algunos estudios que he leído, los hombres y las mujeres ven el mundo de manera diferente, que descendemos de homínidos que vivían en clanes familiares en los que los machos solían ir a cazar mientras que las hembras se dedicaban a cuidar la prole y el hogar. Eso, parece ser, hizo que enfocásemos la vida de maneras distintas. —Cuando Sabaté se ponía pedante, era imparable. Él siguió con su excusa—. Los hombres tenían que ir cazar, por tanto, tenían que dirigir la mirada hacia la presa y orientar la vista hacia un objetivo concreto, lo que hizo que desarrollaran una «visión de túnel» y que perdieran percepción periférica. Las mujeres, sin embargo, debían vigilar a las crías, conservar el fuego vivo y controlar la entrada de la cueva, así que desarrollaron una visión panorámica, para evitar tener que mover los ojos.

—¿Y?

—Pues que en la actualidad, tras siglos de evolución, los hombres tenemos que enfocar la mirada hacia nuestro objetivo. Así que, cada vez que miramos a

las tetas de una mujer, movemos los ojos y es fácil que nos pillen. Ellas, en cambio, nos dan el mismo repaso pero sin tener que mover los ojos, pues tiene una visión panorámica y completa de nosotros con un solo vistazo. ¿O te crees que ellas no nos miran?

—Supongo —dudé de su razonamiento—. Será por eso que cuando mi mujer me dice que busque la mantequilla en la nevera yo nunca la veo, hasta que llega ella y la localiza a las primeras de cambio, sin entender cómo es posible que yo no la encuentre.

Se abrieron las puertas del ascensor, salimos y nos dirigimos, con paso raudo y veloz, hacia la sala de juntas, un cubículo anexo al alargado, presuntuoso y deslizante despacho del director general. Sabaté, que iba delante de mí, tocó a la puerta y pidió permiso para entrar, mientras ya accedía al interior.

La sala era una habitación rectangular con las paredes revestidas de nobles plafones de madera de castaño que creaban un ambiente similar al del interior de una iglesia, salvo el ventanal acristalado que daba a la calle, sobre el que refulgían unos estores color *beige* que impedían que el sol derritiera con sus rayos a los allí reunidos, pero que, al mismo tiempo, aportaban una delicada claridad que iluminaba toda la estancia. Las paredes carecían de decoración alguna, excepto la principal, en donde aparecía colgado el logo corporativo bajo el cual se encontraba un óleo con el retrato del señor Cabezas. El suelo estaba forrado por una mullida moqueta de color canelo, tan suave que parecía más bien que le hubieran puesto un abrigo de visón a todo el piso.

En el centro, aplastando la moqueta con sus patas, estaba la mesa de reuniones, también de madera de castaño. Los bordes de la mesa guardaban una meticulosa equidistancia con los cuatro tabiques del lugar, de manera que el espacio entre el tablero y los límites de la sala era el mismo, fuera cual fuera el lado en el que se estuviera sentado. Diez confortables butacas de cuero negro, cuatro por cada banda y dos en los extremos, acorralaban la mesa.

El señor Cabezas descansaba sus nalgas sobre la silla que presidía el cónclave. A continuación, por su banda siniestra, encima de los confortables cojines de sus poltronas, reposaban las posaderas del director financiero, del director de operaciones, del coordinador de Construcción y del asesor legal.

Frente a ellos, por el lado diestro del director general, respiraban el secretario corporativo y tres personajes a los cuales no conocía, pero que, con la pinta de guiris que tenían, debían ser los yanquis, cosa que también deduje por el pálido color de sus pieles, que transparentaban la mitad de las venas de sus cuerpos. Cada uno de los individuos de aquella estancia estaba correctamente uniformado con su traje, chaqueta y corbata, excepto uno de los americanos que iba vestido de militar. Todos lucían sus mejores galas para representar el papel que les tocaba y dejar claro su rango correspondiente.

Al entrar, Sabaté saludó cordialmente.

—¡Buenos días a todos! Disculpen el retraso, pero hemos tenido un percance con el vuelo que nos traía de Barcelona —se excusó.

El señor Cabezas lo recibió con una grata sonrisa dibujada en el rostro. Sin embargo, aquella cordial expresión de bienvenida se diluyó rápidamente de la jeta de nuestro mandamás. Yo entré en la habitación por detrás de Sabaté, que ocultaba mi presencia a los allí presentes, con lo que aparecí ante los ojos de todos como el sol durante su orto matutino. Lentamente, mi figura fue asomando tras la silueta de Sabaté, como la luna después de un eclipse. Primeramente, pudieron vislumbrar mi cabeza; después, un brillante color verde correspondiente a mi camiseta, con Pijus partido de la risa en el centro de mi pecho; y, finalmente, mis pantalones pirata y mis sandalias.

Al verme, el director palideció. La piel de su cara sufrió un cambio de pigmentación y, como si de un camaleón se tratara, copió la misma tonalidad blanco-lechosa de los visitantes del otro lado del charco. Al tiempo que el Gran Jefe sufría una pérdida completa del riego sanguíneo en su faz, la mía, sin embargo, padecía el efecto contrario, pues rápidamente comencé a notar un intenso calor en las orejas, así como en las mejillas, lo cual, combinado con el color verde de mi camiseta, hizo que, por unos instantes, me sintiera como un semáforo de peatones con ambas luces encendidas. Para incrementar mi sensación de vergüenza, pude observar en las facciones de mis compañeros de Madrid alguna que otra sonrisa que, de no haber sido por los forasteros del lejano oeste, seguramente se hubieran convertido en sonoras carcajadas.

Por su parte, los yanquis me miraron desconcertados, como si no comprendieran la presencia de un repartidor de *pizzas* en aquella reunión. El silencio que se produjo en la sala apenas se prolongó unos segundos; pero,

para mí, aquella incómoda situación duró tanto como el Pleistoceno completo. Finalmente, el director reaccionó y nos dio a conocer a los americanos, un tanto desorientado y utilizando su dominio de la lengua inglesa.

—Caballeros, les presento al director comercial, señor Sabaté, y... — titubeó, mirando mi aspecto— al director de la delegación de Barcelona. — Me sentí completamente turbado por dos razones: la primera, porque no dijo mi nombre; y la segunda, y más importante, porque ¡me había presentado como director de la delegación de Barcelona! Ese no era mi cargo, ese era... ¡el puesto que yo deseaba! ¿Había sido un desliz? ¿Un nombramiento extraoficial? De repente olvidé la sensación de sofoco que me había producido el aparecer con la pinta de un mindundi y me sentí eufórico. El jefe continuó con el protocolo—. Míster Samuel Scratch, delegado de la embajada de los Estados Unidos en Madrid, el señor Morgan Sterr, *chief executive officer* de la empresa Sky Enterprises y el coronel Sam Peterson, del Estado Mayor de Defensa de los Estados Unidos de América.

Los tres iban perfectamente disfrazados con sus respectivos trajes de gala, dos con americana y corbata, y el tercero con un uniforme militar plagado de decenas de galones, estrellas y condecoraciones distribuidas por hombros, pechera y gorra. Uno a uno se fueron levantando y mirándome con cara de incredulidad al descubrir que el repartidor de *pizzas* era en realidad un alto cargo ejecutivo. Estrecharon mi mano firmemente, comportándose con exquisitos modales. Como buen español, destapé el tarro de las esencias de mis conocimientos de inglés y saludé a cada uno de ellos con la típica pronunciación macarrónica que tienen la mayoría de los hispanoparlantes cuando hablan la británica lengua.

—*Plissstu mitiu. ¿Jáguar yu?* —les dije, utilizando el deje de los sioux de las llanuras de Dakota del Sur.

—*Fine, thanks* —respondió cada uno de mis interlocutores a mi saludo, utilizando el típico acento gangoso-nasal del norteamericano no aborigen del centro de Nueva York.

Finalizadas las presentaciones, el director nos invitó a acomodarnos. Sabaté, hábilmente, lo hizo inmediatamente en la única butaca que quedaba libre, en el extremo opuesto a donde se encontraba el Gran Jefe. Yo me quedé de pie. Me sentí como un niño pequeño al que se le acaba de terminar la

música en el juego de las sillas y descubre que todo el mundo está sentado menos él. Desconcertado, salí un momento a buscar un asiento para mí, mientras la reunión seguía su curso. Con prisas, fui a robar la primera silla que encontrara libre. Apenas tardé unos segundos en bajar a la planta tercera, pues en el piso cuarto sólo estaba la sala de juntas y la quinta del director, y no era cuestión de quitarle el trono al jefe o a su secretaria. Al regresar, volví a interrumpir el discurso de nuestro capo, que ya mostraba síntomas claros de impaciencia y disgusto con las miradas asesinas que me disparaba. Coloqué mi humilde escabel junto al coronel americano e hice que todo el mundo se desplazara ligeramente hacia su izquierda para que yo pudiera tener mi correspondiente espacio en la mesa. Finalizado el traqueteo de poltronas y la reubicación de posiciones, el señor Cabezas resopló y continuó sus explicaciones.

Mientras el jefe divagaba describiendo nuestro trabajo y nuestros proyectos, yo procuraba recuperar el control de la situación y centrarme, tras la sensación de ridículo que me producía ir vestido de aquella manera. En aquel momento, desde la perspectiva de nuestro máximo dirigente, la estampa debía resultar cuanto menos curiosa, porque, estando a la derecha del *marine*, debíamos parecer el militar aguerrido y orgulloso de pertenecer a su Ejército, sentado junto a un manifestante *hippie* y pacifista con una camiseta con la cara de un fumeta en su pecho.

Para culminar con las desgracias matutinas, la diosa Fortuna me había abandonado y se había ido con otro, porque, entre las más de doscientas sillas que había disponibles en nuestras oficinas, había ido a elegir la que tenía los muelles flojos, con lo cual, aunque intentaba regular su altura para ponerme al nivel del militar, el soporte hidráulico se desinflaba poco a poco y el asiento terminaba descendíendome hasta dejarme a la cota del hombro del soldado. A su lado parecía un enanito de jardín. Traté de izarme varias veces, pero, ante los feroces vistazos que me lanzaba el director, decidí estarme quietecito.

Intenté sacar el portátil de la cartera para, llegado el momento, realizar la presentación de mi departamento, pero, al mirar en la bolsa, fui asaltado por una de las dos dudas existenciales que siempre he tenido. La primera es: ¿cómo es posible la reproducción no sexual de las cucharillas de café en el fregadero o en el lavavajillas? Basta con dejar una allí colocada para que, al cabo de escasas horas, se multipliquen sorprendentemente, mientras que en las

cajoneras no queda ni una sola. Mi otra duda existencial es: ¿cómo lo hacen los cables de los ordenadores para liarse tanto? Al instalar una computadora, los cables vienen perfectamente enrollados en sus bolsas de plástico, pero, una vez se juntan todos, deciden organizar una orgía y se enredan de manera inverosímil. El cable del ratón siempre se anuda con el del teclado, y los del monitor, alimentación, red e impresora montan unos *ménage à trois* que es imposible saber por dónde va cada uno de ellos. En aquel instante, los cables de la batería y el ratón de mi PC estaban tan acaramelados que resultaba inviable separarlos sin organizar un guirigay importante. Y no estaba el horno para bollos, pues el director no hubiera tolerado más interrupciones por mi parte, así que dejé el ordenador donde estaba.

El señor Cabezas continuaba con su palique de perfecta gramática inglesa aderezada con fonética de garrafón. Durante más de un cuarto de hora estuvo soltando una perorata sobre los magníficos empleados que trabajábamos en la empresa, la proyección meteórica de ésta y los extraordinarios resultados económicos y técnicos que estábamos consiguiendo, así como los futuros proyectos que estaríamos dispuestos a acometer contando con la ayuda de los colegas americanos. En definitiva, les estaba vendiendo la moto; pero, a pesar de que la moto era de buena calidad, la estaba tuneando bastante.

Finalizada su intervención, cedió la palabra al director financiero, para que explicara nuevamente el espectacular crecimiento económico logrado en los últimos cinco años. Para aclararlo, se dedicó a presentar, utilizando el proyector de la sala, una multitud de diapositivas con balances, debes y haberes. Gráficas trabajadas y un montón más de datos que, en principio, sólo él era capaz de entender, porque mi cara y la de todos los allí presentes se convirtieron en máscaras de teatro, similares a las que podían haber llevado los griegos en la representación de *La Iliada*, pues cada uno de nosotros forzaba expresiones de interés, e incluso a veces asentíamos, procurando dar la impresión de que captábamos lo que nos contaba el financiero. Sin embargo, aquellas muestras de interés tan sólo eran para quedar bien, pues ninguno de los que rodeábamos aquella mesa comprendió un pijo de la descripción económica que nos estaba haciendo el jefe de finanzas. Para empezar, porque su inglés era terrorífico; y, para seguir, porque la información la enseñaba de manera desordenada, con continuas idas y venidas en el Powerpoint.

El único que parecía deducir algo era el CEO de la empresa inversora, míster Morgan.

Asistí impasible, manteniendo mi cara de póker, a las explicaciones, cabeceando afirmativamente de vez en cuando para disimular, porque todo aquello para mí era un auténtico tostón. Mirando las diapositivas, adopté una falsa pose de meditación, colocando mi mano izquierda en mi cadera y mi puño derecho delante de mi boca, apoyando el codo sobre la mesa. Un estudiado gesto para simular que estaba atento a la exposición del financiero, aunque, en realidad, estaba camuflando un gigantesco bostezo, pues me estaba aburriendo soberanamente. Apenas conseguí mantener las mandíbulas cerradas, para evitar abrir mis fauces como la boca de un caimán, con lo que se me escaparon un par de lágrimas de cocodrilo que me enjuagué sin que nadie se diera cuenta.

Incapaz de estarme quieto más de diez minutos seguidos en la misma postura, me dediqué a garabatear en un folio con el lápiz que tenía más a mano, envuelto en el rítmico mantra que suponían aquellas trabadas palabras, hijas de la Gran Bretaña, que salían de la boca de nuestro economista. A los cinco minutos me cansé de dibujar palitos y cuadraditos, debido a la incómoda postura en la que estaba, pues la maldita silla me mantenía a la altura de un pitufo, lo que hacía que viera al director general, en el extremo opuesto de la mesa, como si se encontrase al final de horizonte. El tedio hizo mella en mí, me desconecté de la realidad y comencé a divagar. Para distraer mi cerebro me entretuve en comprobar si se estaban cumpliendo los axiomas y principios referentes a las reuniones de trabajo, pensando:

«Ley de Courtois: si la gente se escuchara a sí misma más a menudo, hablaría menos... Correcto. Ley de Truman: si no les puedes convencer, confúndalos... Comprobado. Ley de Lieberman: todo el mundo miente, pero no importa, porque nadie escucha... Como estoy haciendo yo ahora mismo... Axioma de Gourd: una reunión es una situación en la que se levantan actas y se pierden horas... Efectivamente».

Estas sesudas reflexiones se interrumpieron en el momento en el que el director financiero dejó de hablar y dio paso al representante de la embajada de los EE. UU, míster Scratch, que, como experimentado diplomático, realizó una breve introducción de los motivos de la reunión con nosotros, utilizando

el lenguaje habitual en los políticos: verbo fácil, agudeza de réplica, mínimo sentido del ridículo, gesto decidido y sin creer demasiado lo que él mismo decía. Nos contó que estaban orgullosos de encontrarse allí y que nuestros países eran una referencia para Occidente y más allá y que si patatín patatán. Según él, España y los Estados Unidos debían colaborar estrechamente debido a las excelentes relaciones que mantenían y agradeció personalmente a Sabaté el haber pensado en los americanos para tener aquella oportunidad única de trabajar conjuntamente. Aquel agradecimiento me repateó el estómago, pues acrecentaba la potestad y presencia de Sabaté sobre la mesa, pero al mismo tiempo me desconcertaba, pues el señor Cabezas me había presentado como el director de la delegación de Barcelona. Yo ya empezaba a tener claro que Sabaté saldría beneficiado de la operación de venta a los americanos y que, seguramente, tendría un cargo superior al mío. Pero, si a mí me ascendían a director de la delegación de Barcelona, ¿qué puesto ocuparía él? Al menos, rezaba porque no fuera un puesto en el que fuera mi superior directo.

Tras la actuación del telonero, el señor Samuel Scratch, entraron las estrellas principales a escena. Sobre todo las estrellas, pues el siguiente en hablar fue el condecorado y castrense, que no castrado, militar que se encontraba a mi izquierda. Una pequeña y dorada constelación sobre sus hombros reflejaba su graduación de coronel y la luz de la estancia. Vestía un uniforme pulcramente planchado, que le otorgaba una marcial presencia. Su gorra de plato yacía frente a él sobre la mesa y en la chaqueta caqui, sobre el pecho izquierdo, aparecían cosidos multitud de premios militares y medallas, que le daban un toque de código de barras pero de cientos de colorines. Aquel señor parecía sentir tanto el uniforme que me imaginé que, al desnudarse, seguramente las medallas, las estrellas y los premios estaría desteñidos sobre su piel, y se marcarían a modo de tatuajes o de calcomanías. Se levantó y, con un tremendo y enérgico vozarrón, comenzó a hablar. Por la fuerza de sus palabras, y antes de que mi mente las tradujera al castellano, mi primer impulso fue el de tirarme al suelo y ponerme a hacer cientos de flexiones sobre un charco de barro y contestarle «¡Señor, sí, señor!». Pero al comprender lo que decía me di cuenta de que esa no era su intención. Lanzó un eterno discurso resaltando un exacerbado patriotismo sobre las fuerzas defensoras de la libertad, la democracia y Occidente y lo orgulloso que se

sentía de servir a las mismas. Según él, los valores de Occidente no podían ser subyugados por las intimidaciones del terror o del comunismo aún imperante en algunos países, como podían ser Corea del Norte, Cuba o China, y que nuestro trabajo era importante para poder mantener a raya aquellas amenazas. Con la resolución de imágenes terrestres que nosotros éramos capaces de obtener, que otorgaba grandes ventajas en el campo de batalla a quien las utilizase, y su asesoramiento político, comercial y técnico, nuestra empresa se convertiría en el adalid de la defensa de unos valores irrenunciables para cualquier ser humano, por los cuales él estaba dispuesto a dar su vida.

El dolor de cabeza que me estaba generando aquel infumable chorreo de rimbombantes vocablos hizo que deseara zamparme un frasco completo de pastillas de paracetamol y derivados opiáceos. Tras la insufrible y chovinista monserga, sólo le faltó cuadrarse, dar un golpe de tacones y saludar llevándose la mano a la frente, pero no hizo nada de eso y, simplemente, cedió la palabra al CEO inversor.

Míster Morgan Sterr se dedicó a contar lo impresionado que se encontraba por los últimos cinco años de resultados económicos pero, sobre todo, que estaba gratamente sorprendido por la calidad y la resolución de imagen que habíamos logrado conseguir en todos los espectros de frecuencias. Ellos estaban dispuestos a realizar la aportación económica pertinente para continuar con nuestro trabajo, aunque introducirían su tecnología y sus protocolos de funcionamiento. Indicó que, seguramente, habría alguna reestructuración en el organigrama y en la funcionalidad de los equipos de personal, pero que, en resumidas cuentas, reorientaríamos nuestra producción y enfoque de los proyectos hacia fines exclusivamente militares. Así pues, la conclusión a la que llegué fue que el americano con americana nos aportaría la pasta y el americano con galones las ideas en las que utilizarla, con lo cual pasaríamos a convertirnos en un apéndice del sistema militar de los Estados Unidos.

Tras casi tres horas de peloteo mutuo y de compadreo supino, el director general dio por terminada la reunión.

—Señores —continuó explicándose en inglés—, creo que es la hora de hacer una parada para comer. Después, por la tarde, cada uno de ustedes —dijo señalándonos al director de operaciones, al coordinador de Construcción,

a Sabaté y a mí—, tendrá una entrevista personal con nuestros invitados para que les expliquen sus funciones y les detallen el trabajo de sus respectivos departamentos. —Y cambiando de interlocutores, se dirigió a los yanquis con gran pompa y boato—. Caballeros, les vamos a llevar a degustar la gastronomía española... al restaurante más antiguo del mundo.

Los americanos se miraron sorprendidos y agradecidos por el agasajo, con cara de no creerse lo que les acababa de anunciar su anfitrión. Nos levantamos de nuestros respectivos asientos y volví a recuperar mi altura de persona normal, después de haber estado reducido al tamaño de un gnomo durante toda la reunión por culpa de mi silla. Desfilamos en fila india hacia la puerta de la sala. Cuando yo me disponía a abandonarla, escuché al Gran Jefe decir mi nombre. Me detuve y esperé a que salieran todos. Una vez a solas, se dirigió a mí secamente.

—Hijo. —Al igual que mi suegro, que me llamaba *muyayo*, el director general llamaba así a todo aquel que tuviera treinta años menos que él—. ¿Cómo se le ocurre presentarse con semejante facha? ¿No les advertí de que vinieran adecuadamente vestidos? —terminó de decir, clavando sus verdes ojos en los míos.

—Disculpe, señor Cabezas, pero esta mañana en el aeropuerto me he tirado un café con leche sobre el traje y la única ropa que llevaba a mano era la que tenía para ponerme después del trabajo.

—¡Pues la próxima vez lleve un traje de repuesto! —me ordenó, y continuó dándome nuevas instrucciones—. Cuando salga esta tarde de la oficina, vaya a comprarse un traje nuevo. Mañana le quiero ver impecablemente vestido, como si tuviera que ir a su propia boda. ¿Está claro?

—Por supuesto, mañana vendré correctamente vestido —asentí, respetando la jerarquía.

—En fin, no se preocupe, pero esta tarde procure agradar a los invitados cuando se entreviste con ellos. Les he hablado muy bien de usted y de su trabajo —me aclaró posando sobre mi hombro su arrugada pero bien cuidada mano izquierda—. No me defraude.

A pesar de la bronca que acababa de recibir, aquella última muestra de confianza, junto con el nombramiento extraoficial como director de la delegación de Barcelona, mejoraron mi abatido estado de ánimo. Salimos de

la sala de juntas y nos reunimos con el resto de aquella trajeada cuchipanda para ponernos las botas en el *Sobrinos de Botín*, el restaurante más antiguo del mundo.

Capítulo 13. El restaurante

Caminamos hacia el restaurante, que quedaba bastante próximo a nuestras oficinas centrales. Era un punto estratégico habitual donde nos reuníamos con nuestros clientes para organizar comidas de trabajo. El señor Cabezas siempre utilizaba la ibérica táctica de cerrar ventas o contratos mediante grandes festines regados generosamente con copas de buen vino y finalizados con unos buenos lingotazos de *whisky* de malta.

Mientras íbamos transitando por las calles del centro de Madrid, el grupo se fue alargando poco a poco. El director general encabezaba la comitiva explicando a nuestros invitados los orígenes del *Sobrinos de Botin*. De vez en cuando, se giraba sobre sí mismo y dirigía las explicaciones hacia los que íbamos más retrasados. Por momentos, parecíamos un grupo de turistas japoneses recibiendo los comentarios históricos de su guía salvo que, en nuestro caso, el Gran Jefe no llevaba ningún paraguas alzado para que pudiéramos identificarlo y seguirlo.

—El restaurante está considerado por el *Guinness de los récords* como el más antiguo del mundo. Fue fundado en 1725 por un francés llamado Jean Botin y desde entonces el horno del local no se ha apagado nunca. Las brasas están activas las veinticuatro horas del día. —Enfatizó el director a los yanquis, los cuales ponían expresiones de asombro y curiosidad en sus pálidos rostros, que comenzaban a tomar cierta tonalidad color gamba debido al potente sol madrileño de pleno julio—. Inicialmente, Botin no era más que una posada y no podían vender carne, pues se consideraba competencia desleal a los carniceros, pero sí preparar la comida que les llevaran sus clientes. El local sobrevivió incluso a los bombardeos de la guerra civil. Cuando llegemos verán que en los pisos superiores hay alguna reja doblada debido a una bomba que cayó en el inmueble anexo y lo destruyó. Durante esa época

también estuvo a punto de desaparecer, pues los republicanos casi fusilan a la dueña de entonces, Amparo Martín; pero ésta les argumentó que «muerta no les servía para nada, pero viva les podía dar de comer a los soldados». Así que el restaurante se convirtió en un comedor para las milicias.

Mientras nuestro director se enrollaba como una persiana, dando explicaciones en inglés a los americanos, yo me fui retrasando hasta quedarme el último junto con Carrasco, el director de operaciones, un simpático y divertido madrileño de metro sesenta de altura, de mi misma edad, ingeniero mecánico, con pinta de friki empollón y con el que daba gusto trabajar en equipo, pues era metódico, inteligente y, sobre todo, un líder carismático que sabía ganarse el respeto de sus subordinados.

—¡Joder! Siempre que venimos a Botin con algún cliente suelta el mismo rollo. Creo que yo podría hacer el discurso de memoria... —Y tratando de imitar la voz del jefe y repitiendo sus ademanes, dijo— *...y por sus mesas han pasado, a degustar el cochinito de la casa, escritores como Perez Galdós, Graham Greene, Hemingway y hasta Martin Luther King. Y se dice incluso, aunque no está demostrado, que Goya trabajó allí de friegaplatos...* —Sus inglesas palabras coincidían con las mismas que en aquel momento estaba pronunciando el señor Cabezas, sonando como el coro de un grupo musical que repite el estribillo del cantante principal.

—¡Calla, coño! ¡Que te va a oír! —le dije riéndome.

—No te preocupes. Está medio sordo. Si ya debería estar jubilado, con setenta años que tiene... Por cierto, me gusta tu traje. ¿Te lo compraste en las rebajas o es la última moda de los ejecutivos de china? —preguntó sonriendo, mirándome de arriba a abajo—. Que sepas que a mí, particularmente, me gustan los Monty Python. Pero, ¿cómo se te ocurre venir así? Con Pijus en pleno pecho. Cuando entraste en la sala de juntas casi me meé de la risa. No sé qué me divirtió más, si tu pinta o la cara que puso el jefe.

—No me hables. Esta mañana en el aeropuerto me he tirado el café con leche encima. Además, estaba hirviendo y me ha caído todo ahí. ¡No veas qué daño! —Y señalándome los «cascabeles», afirmé—: Los tengo escalfados.

Carrasco sonrió.

—Oye, ahora en serio. ¿Sabes qué está pasando y cuáles son los planes de la empresa? —le pregunté.

—Pues, como has podido comprobar en la reunión, nos venden a los americanos. Me imagino que te hará la misma poca gracia que a mí. No sé si mantendrán los cargos, si meterán a gente suya ni qué tecnologías nos impondrán. Sinceramente, con todo este follón del escándalo político del secretario de Investigación y Desarrollo, creo que el jefe puede salir escaldado, así que debe estar buscando la manera de salvar el culo.

—Supongo. ¿Has visto que me ha presentado como director de la delegación de Barcelona? —inquirí interesado.

—Sí. Creo que vas a tener suerte, porque, por los rumores que he oído, el director quiere promocionarte. Aunque eso dependerá del trato que cierre con los americanos y lo que ellos quieran. Esta noche los americanos se irán a cenar con el señor Cabezas, el asesor legal y el secretario corporativo para terminar de firmar la venta y cerrar el acuerdo.

—¿Y Sabaté?

—Mejor que empieces a llevarte bien con él porque, como ha sido el principal impulsor de este negocio, seguramente va a subir como la espuma. No tengo ni idea de hasta dónde lo ascenderán, pero seguro que tendrá un cargo importante.

—¡Mierda! —exclamé escatológicamente.

—Y que lo digas. Lo tuve una vez de jefe directo y fue un infierno. Es desorganizado, liante y consigue que cualquier cagada suya se convierta en culpa tuya. Pero también es buen comercial y sabe camelarse al señor Cabezas.

—Sí, ya lo conozco. ¿Y contigo sabes qué va a pasar?

—Pues no tengo ni idea sobre qué cambios querrán hacer. Si quieres que te diga la verdad, yo prefería que hubiésemos cerrado el trato que fuiste a negociar a China. No implicaba ningún cambio de estructura y seguíamos siendo nosotros mismos, sin depender de nadie. Sinceramente, creo que la mayoría de nosotros compartíamos tu punto de vista, pero ya sabes cómo es el jefe. Tiene su propia visión del negocio, aparte de que la empresa es suya, claro.

—Dímelo a mí, que me pasé cuatro meses en China para nada —afirmé indignado—. Además, les tengo particular manía a los gringos: no me caen

bien y no me fio de ellos. Prefiero a los chinos. Mucho rollo soltó el tipo de la embajada, ahora en la reunión, de que si España y Estados Unidos mantienen excelentes relaciones comerciales y que debemos trabajar de la mano y bla, bla, blá. Por lo poco que recuerdo de lo que estudié en el instituto, en 1898 nos la jugaron cuando enviaron el acorazado Maine a Cuba, con la excusa de proteger a sus compatriotas que vivían allí de los incidentes que pudieran derivarse de la guerra que España tenía con los independentistas cubanos. Atracó en La Habana y, el 15 de febrero de aquel año, explotó y se hundió en el mismo puerto. Los yanquis dijeron que había sido un sabotaje de los españoles y utilizaron el suceso como casus belli para declararnos la guerra y quitarnos Cuba... y, de paso, también las Filipinas... Cuando, la verdad, parece ser que fue una explosión espontánea debida a la autocombustión del carbón bituminoso almacenado en el depósito anexo a la santabárbara del barco. —Terminé de aclararle a Carrasco, rememorando las explicaciones que nos había dado mi profesor de Historia cuando yo era un adolescente—. Así que no me ilusiona nada que vengan a meterse dentro de nuestra empresa, porque a saber qué van a hacernos.

—Baja la voz —me aconsejó Carrasco—. A ver si ahora te van oír a ti.

—Vale, pero no creo que me oigan —contesté atenuando mis palabras—. Además, el de la embajada y el Morgan están aguantando el chorro del jefe y aquí el tío Sam —dije señalando al Coronel Peterson que caminaba en solitario varios metros por delante nuestra— no creo que entienda el castellano.

Ante mis palabras, Carrasco se detuvo. Cínicamente, se cuadró, sacó la lengua y saludó militarmente a espaldas del soldado americano. Nos reímos disimuladamente ante la chiquillada que acababa de hacer y seguimos caminando, cerrando el encorbatado grupo, hasta que llegamos al restaurante. Al llegar allí nos recibió Carlos, uno de los copropietarios del local, nieto de aquella señora a la que estuvieron a punto de fusilar y con quien yo, particularmente, tenía una agradable relación, pues siempre nos atendía con una delicada cortesía.

Nos dio la bienvenida, nos invitó a pasar y nos derivó a la mesa que teníamos reservada al final de la primera planta, donde habitualmente suelen recibir a las celebridades que van por allí a degustar sus cochinitos. Íbamos a subir cuando el coronel se separó del grupo y, curioso, se dirigió hacia la

izquierda, hacia el horno principal. Yo, por impulso, le seguí. Carlos se unió a nosotros y se ofreció a explicarle al americano las peculiaridades de aquella escueta cocina, mientras yo hacía de intérprete.

Le detallamos las curiosidades de aquel antiquísimo horno moruno de leña, ubicado en una pequeña sala de forma triangular decorada con añejos azulejos, en donde apenas cabían dos personas y donde decenas de lechoncitos aguardaban en cinco hileras de viejas estanterías de madera, cada uno de ellos sobre unas bandejas de barro en las que ya estaban previamente condimentados. El coronel permaneció impasible a nuestras explicaciones, observando cómo el cocinero metía y sacaba los cochinitos vigorosamente de aquel arcaico fogón. Durante varios minutos se quedó allí hipnotizado, mudo, viendo cómo iban preparando aquellos manjares. Carlos, entonces, se dirigió a mí.

—¿Qué tal? ¡Cuánto tiempo sin verte por aquí! —Sonrió cordialmente y sus gafas se le resbalaron ligeramente hacia la punta de la nariz. Escudriñó disimuladamente mi indumentaria, sorprendido por mi estival ropaje; pero, prudentemente, no hizo comentario alguno.

—Pues más de cinco meses, desde que vine con aquellos chinos para ver si cerrábamos un negocio con ellos.

—Sí, es verdad, ya me acuerdo. No dejaron ni los huesos para los perros —guaseó Carlos.

—¿Y pudisteis cerrar el trato?

—Pues no, al final aquí los americanos que vienen con nosotros se han llevado el gato al agua. Me pasé cuatro meses negociando venderles información y datos a los chinos para nada, porque han decidido que no, que mejor se los damos aquí al imperialismo yanqui. —Bromeando, señalé al militar. Carlos sonrió y terminamos de exponerle unos cuantos datos más sobre el restaurante al castrense caballero, sin que éste dijera nada. Estuvo unos minutos más escrutando la pequeña cocina, donde el afanado chef asaba los deliciosos puercos y se movía con una agilidad pasmosa para maniobrar entre las viandas sin golpearse con nada, sacando los platos que le iban solicitando los camareros.

Mis papilas gustativas generaban cataratas de saliva en el interior de mi boca al ver cómo salían del horno aquellos pequeños cerditos con la piel

tostada, cubierta de una misteriosa salsa que despedía un aromático olor mezcla de las especias y la leña con la que los asaban. Mi estómago se manifestó en forma de sonoros rugidos, pues llevaba en huelga de hambre forzada desde el día anterior, ya que, en el aeropuerto, el desayuno había pasado sobre él y no a través de él, como hubiera deseado.

—Así me gustaría que fueran las cocinas de nuestros submarinos. Lo tendré en cuenta —bramó súbitamente en inglés el condecorado oficial, reflexionando en voz alta con ademán serio y sin dirigirse directamente a ninguno de nosotros. Giró, dio media vuelta y, sin darle las gracias siquiera a Carlos por la gentileza, subió las escaleras de madera para reunirse con el resto de nuestra comitiva. Me encogí de hombros, saludé a Carlos y seguí al coronel Sam Peterson hasta nuestra mesa.

Cuando me uní al grupo, la escena que vi me recordó a la Última Cena, salvo por el número de comensales y porque el director general no parecía precisamente un carismático y afable Jesucristo. El señor Cabezas presidía la mesa, en forma de U invertida, y era el núcleo de la conversación, pues él era el principal orador al cual todos los demás escuchaban o parecían atender con interés. Sabaté se había sentado estratégicamente a su derecha, mientras que a la izquierda estaba ubicado el señor Sterr. El resto estaban enfrentados en igualdad numérica, tres a tres, a cada lado del tablero. Yo me acomodé junto a Carrasco, en el extremo más alejado a nuestro jefe y enfrentado al militar, que también se aposentaba en ese instante. El vino ya había empezado a correr entre los ejecutivos, salvo para el director general, aferrado a su inseparable vaso de agua, y para el coronel, que se acababa de servir un burbujeante refresco de cola que mataba cualquier posible maridaje con la comida que estaban a punto de servirnos.

—¡Ah, mi estimado coronel! —Centró la conversación en el impasible militar, lo que le obligaba a alzar la voz y proyectarla a lo largo de toda la mesa. La potencia de aquellas ondas sonoras, desplazándose entre toda la cubertería, hacía rilar las copas y llegaban a producir circulares olas en el vino de su interior y otitis en los comensales más próximos al Gran Jefe—. Sepa usted que estará orgulloso de colaborar con nosotros, los españoles. Somos un pueblo apasionado y luchador ante las adversidades. Nosotros, hace quinientos años, también fuimos un imperio, como ustedes, y tuvimos que luchar para defender nuestros intereses comerciales y creencias. —Al señor

Cabezas se le estaba hinchando la vena patriótica.

—Veo que comprende entonces por qué es necesaria nuestra presencia militar en muchos de los países del mundo. —Justificó seriamente el aguerrido soldado, devolviendo las ondas sonoras en sentido contrario e irritando mis tímpanos, más cercanos en esta ocasión a la fuente de ruido—. Nosotros somos los defensores de Occidente y de la democracia, pero los enemigos tratan de destruir nuestros ideales; por eso no debemos mostrar nunca síntomas de debilidad ante ellos. Siempre hay que estar atento ante cualquier amenaza.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, coronel. —En este caso, al director se le inflamó la vena pelota—. Y no solo eso, sino que además siempre hay que luchar hasta el final contra las adversidades por conseguir las cosas, aunque la causa parezca perdida. Mire, le voy a contar una anécdota histórica de las tropas españolas para que vea el carácter de la gente de este país...

Carrasco giró la cabeza hacia mí y por lo bajini me susurró:

—Te apuesto veinte euros a que cuenta la del milagro de Empel.

—No. Yo te apuesto veinte a que cuenta la victoria del general Gutiérrez sobre el almirante Nelson y cómo éste perdió un brazo al tratar de invadir Tenerife.

—El milagro de Empel —anunció rimbombante nuestro director.

—¡Venga, suelta la pasta! —me ordenó sigilosamente Carrasco, sonriendo triunfal.

—Desde luego hoy no es mi día —me lamenté y le solté disimuladamente el billete azul a Carrasco.

El señor Cabezas comenzó con su perorata histórica.

—1585. En el reino «federal» de las Españas, pues aún cada territorio conservaba sus propias cortes, reinaba Felipe II, alias *el Prudente*. Por aquel entonces, España era todo un Imperio. Dominaba los territorios americanos, toda la península Ibérica, incluida Portugal, la mitad sur de Italia y Milán, el Franco Condado y los Países Bajos.

—Si hubiesen existido entonces los mundiales de fútbol, habríamos arrasado —me cuchicheó Carrasco sin mover los labios.

—Pues imagínate las olimpiadas. ¡Nos habríamos entullado de medallas

de oro! —le contesté utilizando la ventriloquía, sonriendo con los dientes apretados para simular atención a las palabras del director.

—Sí —me respondió cínicamente el cachondo de Carrasco—. Por aquel entonces, oro, precisamente, no nos faltaba, pues nos dedicábamos a expoliarlo directamente de las tierras recién descubiertas y conquistadas. No hacía falta batir ningún récord mundial, ni sudar la camiseta para conseguirlo en forma de medallas; bastaba con arrasar unas cuantas tribus de indígenas y esclavizarlas.

—Éramos la potencia mundial —continuó la historia el jefe a pleno pulmón, ajeno a nuestra silenciosa conversación— y, al igual que ustedes actualmente, teníamos múltiples enemigos que envidiaban nuestro poder y luchaban contra las ideas católicas de la época. Sobre todo los Países Bajos, que Felipe II había heredado de su padre, el emperador Carlos I. Mientras que los holandeses consideraron siempre al emperador como a uno de los suyos, pues había nacido en Gante y hablaba su idioma, Felipe II siempre fue visto como un rey extranjero, impuesto por las circunstancias y más preocupado por los intereses de Castilla que por los de Flandes. Además, los neerlandeses hacía tiempo se habían pasado al protestantismo. Esto tampoco le sentaba nada bien al beato Felipe II, que se había erigido en baluarte del Papa para proteger a la Santa Iglesia Católica. Por ambos motivos, posesión de unos territorios heredados y defensa religiosa, Felipe II se empeñó en mantener a capa y espada el dominio de aquella región.

—Sobre todo a espada —me susurró Carrasco. Parecíamos dos alumnos de instituto cuchicheando al fondo de la clase, pasando del profesor que impartía la asignatura del momento. Mientras el director seguía con su conferencia, los platos de comida comenzaban a danzar por la mesa. Los cochinitos empezaron a desfilarse en los brazos de los camareros y fueron siendo colocados en formación, mirando hacia cada uno de los comensales. Se despertó en mí una ligera lástima por el pobre y asado animalillo que me miraba fijamente con cara de pena tostada; pero, al mismo tiempo, el aroma de aquel manjar y la visión de aquella comida despertaron los instintos básicos alojados en mi vacío estómago.

El señor Cabezas seguía a lo suyo, contando la batallita con el mismo énfasis y entonación que un documental del NO-DO.

—Por tanto, en 1585, españoles y flamencos estaban embarcados en la guerra de los ochenta años, pues las guerras, en aquella época, duraban años al no existir los grandes avances militares como los que, por ejemplo, tienen ustedes los americanos en sus ejércitos.

—Sí. Hoy en día, con dos botones y unos misiles nucleares, al carajo con todo —susurró Carrasco, que no perdía ocasión para meter baza. Le hincó el diente a su lechón—. ¡Qué gran muestra de avance de la estupidez humana!

—En aquel otoño, las ciudades católicas de las provincias septentrionales de Zelanda y Holanda pidieron ayuda a Felipe II para separarse de la Unión de Utrecht. En su auxilio fueron enviados tres tercios, al mando de Francisco Arias de Bobadilla, formados por unos cinco mil hombres entre piqueros, arcabuceros y mosqueteros. Se les ordenó ocupar la isla de Bommel, para desde allí dirigirse hacia el norte. Bommel es una ínsula fluvial, pues está ubicada entre los ríos Mosa y Vaal, y es una tierra ganada al agua mediante diques. Los españoles llegaron allí y abatieron sin mayor esfuerzo las tres plazas fuertes del lugar. Sin embargo, habían cometido un error táctico: habían entrado en un terreno que era fácilmente anegable si se rompían las barreras de contención de las corrientes que la rodeaban.

»Así, el 2 de diciembre, las tropas holandesas, tras darse cuenta de este error, destruyeron los muros de las presas y la isla comenzó a inundarse rápidamente. Los españoles tuvieron que correr y recular a toda velocidad para ascender hacia las partes más altas y evitar mojarse y perder los pertrechos de guerra. Empujados por la riada, los cinco mil hombres de los tres tercios terminaron apiñados alrededor de la iglesia de un pequeño lugar denominado Empel. Estaban completamente rodeados de agua. Y no sólo de agua sino, además, de la flota holandesa al mando del Conde Holac, que envió a sus barcos río arriba para sitiar a los españoles. Bobadilla mandó realizar un fuerte alrededor de la iglesia, distribuyó con orden y concierto a los tercios y los atrincheró para resguardarlos de posibles ataques. Los soldados y la chatarra bélica se apretujaban en el pequeño espacio de tierra que no quedaba cubierto por las aguas. En estas condiciones no disponían de suficiente munición ni bastimentos pues, en la huida de las olas, tuvieron que dejar por el camino bastante material y provisiones. Contaban aún con algo de carne de vaca y de caballo, pero no les quedaba ni brizna de pan, ni de leña con la que hacer un triste fuego para protegerse del gélido frío del invierno europeo. Ante

esta desesperada situación, los sitiados envían a un emisario a pedir socorro a las poblaciones cercanas y leales a los españoles.

»El 5 de diciembre reciben respuesta de las localidades amigas de tierra firme, que les indican que disponían de cincuenta barcas, dos leguas río arriba, y que, antes del amanecer del día 6 asaltarían a la flota holandesa para intentar romper el cerco. Bobadilla también debería acometer desde dentro con lo que pudiera. La señal de inicio de las hostilidades serían disparos de dos piezas de artillería y grandes fuegos y humos. Los asediados, pelados de frío y muertos de hambre, reciben la noticia con alborozo y se disponen a batirse el cobre para salir de la situación. A la mañana siguiente, en lo alto del cerro, se esperan con ansia las susodichas salvas para comenzar los ataques desde el interior del sitio. Sin embargo, cuando se hace de día, en lugar de encontrarse con las cincuenta barcas de apoyo exterior, detectan que los holandeses han tomado posiciones más cercanas y que no hay atisbo de refuerzos, pues las barcas habían sido incendiadas antes de que pudieran llegar a socorrer a los españoles.

»El sábado 7 de diciembre, tras cinco días de aislamiento, las tropas rodeadas se quedan sin comida. Sopla un viento helado muy intenso y los españoles los tienen morados del frío que hace, al no tener ni leña para calentarse ni paja ni palos para construir tiendas en las que refugiarse. En éstas, uno de los soldados, buscando protegerse del aire glacial que bufa, decide cavar una trinchera, con tal suerte que a las primeras paletadas tropieza con una tabla con la imagen, pintada en vivos y limpios colores, de la Inmaculada Concepción. Ante tal descubrimiento se monta un revuelo tal que el mismo maestre de campo, Bobadilla, se dirige presto al lugar del hallazgo. Los católicos militares, delante del tesoro, no ven sino una señal de apoyo e intervención divina. Recogen la imagen, la llevan en procesión hasta la iglesia del pueblo, le rezan una salve y le piden a la Virgen María que los saque del aprieto en el que se encuentran metidos.

—¡Qué feo pedirle a un Dios que mueran los otros en lugar de los tuyos! ¿No somos todos los hombres iguales ante Sus Ojos? —volvió a cuchichear Carrasco, que no se mordía la lengua, y menos ya en el punto alcohólico que se veía reflejado en sus ojillos. Yo volví a sonreír ante la nueva ocurrencia del director de operaciones.

—Con este suceso —seguía el director general, al que sólo le faltaba la

banda sonora de fanfarrias y tambores para exaltar el orgullo patrio—, se infla la vena de guerrero de Bobadilla y decide que no queda otra que una huida hacia adelante, es decir, quemar las banderas, hundir la artillería, para evitar que caiga en manos enemigas, y al llegar la noche, atacar los barcos que los mantienen acorralados, utilizando las pocas lanchas que les quedan para intentar romper el cerco. Una misión suicida. Mientras Bobadilla se encuentra en plena plana mayor con sus capitanes, explicando sus determinaciones, un tambor holandés llama a parlamentar. El tambor es conducido con los ojos vendados hasta Bobadilla y le transmite a éste que el general Holac les ofrece una honrosa rendición, dado lo precario de la situación de los tercios. Bobadilla responde valeroso en neerlandés: «Los infantes españoles prefieren la muerte a la deshonra. Ya hablaremos después de muertos». El correo es liberado y devuelto con el mensaje a sus tropas.

»El almirante Holac se frota las manos, no sólo debido al frío que pela, sino porque ve la victoria inminente. Tan clara tiene la derrota de los españoles que comienza a negociar con las poblaciones de Bommel y villas de alrededores para alojar a los futuros prisioneros. Se pone el sol y, mientras el flamenco empieza presumir de su triunfo, los sitiados se disponen a pasar otra oscura jornada abrigados como pueden. Esa noche, milagrosamente, comienza a soplar un fuerte viento helado que congela el río Mosa. Los españoles, que no pueden pegar ojo debido a los tiritones que tienen, se percatan de que la capa de hielo de los canales puede pisarse sin peligro. Apercebidos de ello, ven la posibilidad de escapar de su prisión insular, cogen sus armas y con muy malas pulgas, después de seis días de hambre y penurias, se dirigen caminando sobre las aguas solidificadas hacia los barcos holandeses y a los fuertes de las orillas del río.

»Éstos son cogidos por sorpresa. Los barcos flamencos que pueden, tratan de huir antes de quedarse atrapados por el hielo, mientras que los soldados holandeses de los fuertes de tierra se aprestan al zafarrancho de combate ante lo que se les viene encima, pues los católicos tercios se aprestan, arremangados, a repartir hostias —el jefe enfatizó esta última palabra como si él también fuese a soltar guantazos— y no precisamente de las ecuménicas. Los pobres holandeses reciben una tunda de padre y muy señor mío. El propio conde Holac diría más tarde que «los cinco mil españoles eran, a la vez, cinco mil infantes, cinco mil caballos ligeros, cinco mil gastadores y cinco mil

diablos» y explicaba el fenómeno de la helada atribuyéndolo a la intervención divina, «pues no era posible sino que Dios era español, ya que había obrado con ellos gran milagro». Tras la batalla, los españoles consiguieron un botín de guerra de diez navíos de bastimentos de boca y armas, toda la artillería y munición holandesas e hicieron unos dos mil prisioneros. Finalizada la pelea, el cielo se cubrió, comenzó a llover y el hielo se deshizo. Por supuesto, como buenos creyentes, los españoles no pudieron sino asignar el milagro a la Inmaculada Concepción, cuya imagen apareció el día de la congelación de las aguas. Así pues, los tercios la adoptaron como patrona, cosa que perduró con el tiempo ya que, actualmente, lo es de la Infantería española. Todavía, a fecha de hoy, historiadores y meteorólogos tratan de estudiar y comprender qué situaciones anómalas se produjeron para que, en una sola noche, se helase el río, pues fue un suceso nunca visto en esas tierras. El alma de los desdichados holandeses que cayeron aquella noche y la del conde Holac deben estar pidiéndole explicaciones a Dios de por qué se volvió español aquel día — terminó de contar el director, al tiempo que empezaban a servirnos los cafés y las copas.

—Impresionante historia —respondió el coronel—. Una muestra de valor, resistencia y fe.

—Sí, ése es el carácter hispano. —Sacó pecho el director—. Igual que el que tienen estos colaboradores míos con los que estamos reunidos. Todos están orgullosos de poder trabajar codo con codo con ustedes, amigos americanos.

El militar asintió con la cabeza, pero, por algún motivo, clavó fijamente sus pupilas en mí. Aquellos ojos castaños se entornaron ligeramente y parecieron introducirse en mi alma, pues sentí un súbito y repentino sofoco en el interior de mi pecho, como si decenas de alfileres se clavaran en mi corazón. Un sudor frío afloró rápidamente por toda mi epidermis y la ligera chispa que llevaba producto del trasiego alcohólico desapareció instantáneamente. Giré la cara para evitar sostener aquella helada mirada que me había producido cierto pánico. Él también dejó de observarme y continuó hablando con nuestro jefe.

Capítulo 14. Entrevistas

Terminado el sabroso ágape, abandonamos el restaurante. Aparte de los once esqueletos de cochinitos que dejamos en los platos, sobre la mesa quedaron cinco botellas de un fantástico tinto riojano, tres de un aromático blanco somontano, una docena de jarras, donde habían vertido las cañas de cerveza que calmaron la sed inicial a nuestra llegada, siete vasos de tubo con restos de *whisky* de veinte años de barrica, dos copas ya sin *brandy* y nueve vasitos de chupitos donde, por cortesía de la casa, nos habían obsequiado con un orujo de hierbas capaz de eliminar cualquier enfermedad infecciosa de la tráquea de quien se lo bebiera. En medio de la colección de recipientes alcohólicos, destacaban las dos botellas de agua que se había empujado el jefe y los tres refrescos de cola que, seguramente, estaban generando severas flatulencias en el aguerrido militar. También, a modo de obelisco caído, un palillero yacía completamente vacío en medio del mantel.

Tras un paso previo y por turnos por el lavabo para aliviar vejigas, nuestra alegre comitiva salió del local con tanta algarabía y jolgorio como escaso equilibrio. Me despedí con un caluroso abrazo de Carlos, el cual, amablemente, nos invitó a volver a vernos en el menor plazo posible en su restaurante.

Regresamos a nuestras oficinas en pequeños grupos. Por delante, Sabaté peloteaba al jefe, al coronel y a míster Morgan. Los demás los seguíamos a cierta distancia. Yo me retrasé y llamé a Sara, pues hasta entonces no había tenido un momento de tranquilidad para poder decirle que había llegado bien, salvo un triste *wassup* que le había enviado al bajar del avión.

—¡Hola, cariño! —me saludó distante. Me encantaba su dulce tono de voz cuando cambiaba el registro y pronunciaba como si fuese una niña pequeña; pero, dado el enfriamiento de los últimos días en nuestra relación, no fue el

caso—. ¿Qué tal? ¿Cómo ha ido la reunión?

—Bien, bien. Ya te contaré, pero creo que seguramente me ascienden a director de la delegación de Barcelona.

—Enhorabuena. Me alegro por ti. —La felicitación sonó un tanto fría.

—Sí, si todo va bien, el viernes ya volveré a casa siendo el delegado. Por cierto, si hablas con Carles no le digas nada. No quiero que se corra la voz sin que lo anuncien oficialmente.

—Pues menos mal que lo dices, porque he quedado para comer mañana con él. —Esa información me alteró. Carles no me había contado nada de que fuera a verse con Sara. ¿Para qué querían encontrarse? ¿Para que Sara se desahogara con él? ¿Para que Carles le contara sus penas a Sara? ¿O para consolarse mutuamente y recordar viejos amoríos?

—Pues no le expliques nada, por favor. ¿Y tú, qué tal? ¿Ya saliste del trabajo?

—Sí, ya estoy en casa. Descansaré un rato y por la tarde iré al gimnasio con Raúl. Hoy me tocan abdominales y ejercicios con mancuernas.

«Mancuernas, mancuernas... A ver qué mancuerna vas a coger tú», pensé. Y la sangre volvió a bullir en mis venas.

—Vale, lleva cuidado. No te pases, que luego te quedas enganchada.

—Bueno, no pasaría nada porque mañana por la tarde vendrá Romén a darme una sesión de acupuntura. Así que si me quedo enganchada ya tengo hora con el fisio...

¡Romén! Ya no me acordaba de que, al no haber podido conseguir insertar sus agujas en mi trasero, me había dicho que llamaría a Sara para intentar hacer lo mismo en el culo de mi señora. Mi sangre empezaba a coger tal temperatura que los hematíes y las moléculas de alcohol que transportaban estaban comenzando a evaporarse y la ligera cogorza que portaba sobre mis hombros empezó a desvanecerse.

—No me habías dicho que tenías cita con Romén.

—Me llamó ayer para ver si necesitaba un masaje, porque me dijo que contigo no había podido quedar. Le dije que sí, y al final nos vemos mañana.

—Es verdad, me olvidé de decírtelo. Dale un saludo cuando lo veas.

Corté la conversación y me despedí, pues ya estábamos llegando a la oficina. Nuevamente, por mi cabeza pasaban pensamientos turbios. Por lo visto, Sara estaba cogiendo la costumbre de citarse con los tres sospechosos cada vez que yo me ausentaba. Se me volvía a plantear el mismo alud de incómodas preguntas: ¿Tan malo era yo en el sexo que se había convertido en una ninfómana y se lo estaba montando con los tres? ¿Era pura y simple casualidad? ¿De quién de ellos era el culo que yo había visto saltar la valla de mi casa? También era verdad que Sara no me ocultaba nunca que quedaba con ellos, pero ¿lo hacía para no generarme sospechas o sencillamente porque no tenía nada que esconderme? Las pistas no me conducían a ninguna parte. Las mancuernas en el armario implicaban a Raúl junto con aquellas copas de vino que desaparecían y aparecían; la marca de vino que tanto le gustaba a Sara y los masajes fisioterapéuticos apuntaban a Romén; y esas clases de tango y esas noches a solas con Carles me tenían completamente confundido. La única opción que tenía era que Martina me ayudara a desenmascarar al culpable.

Inmerso en esas reflexiones entramos en nuestro edificio. El representante de la embajada americana ya no pintaba nada allí y se despidió de todos nosotros, bien cebado y cocido internamente por los caldos vitivinícolas ingeridos durante el copioso papeo. Con una cara de siesta que no podía con ella, nos estrechó la mano y se marchó en su coche oficial, seguramente para ir a dormir la mona a su despacho bajo la bandera de las barras y las estrellas. Nuestro director, por su parte, nos emplazó a reunirnos con los otros dos miembros de la delegación americana para que les mostrásemos el trabajo de cada uno de los departamentos que representábamos, así como para que nos conocieran en lo personal y en lo laboral. Rifó los turnos y el primero le tocó a Sabaté, después le asignó tanda al coordinador de Construcción y a Carrasco. A mí me tocó la última sesión de entrevistas; así que, cuando llegó mi hora, ya eran casi las siete de la tarde.

Entré en la pequeña salita que teníamos para las charlas de formación en la planta segunda, donde había dispuesta una pequeña mesa redonda prevista para seis personas. Sentados frente a mí estaban el coronel Peterson y mister Morgan. Éste último me saludó cordialmente en un nítido e inteligible inglés.

—Si no recuerdo mal, usted es el director de Investigación y Desarrollo. El señor...

Terminé de decirle mi nombre para facilitarle el trabajo de recordarlo, me

acomodé frente a ellos y desplegué mi ordenador portátil para presentarles mi departamento.

—Sí, míster Sterr, efectivamente soy el director de Investigación y Desarrollo, aunque no lo parezca con esta ropa. Pero es que esta mañana me tiré el desayuno por encima del traje y no tenía nada más que ponerme. — Traté de excusarme, mientras ellos asentían comprensivos—. A continuación les describiré, primeramente, qué hacemos en nuestro departamento, cómo lo tengo organizado y el personal con el que cuento para desarrollar nuestros sistemas. —A partir de entonces mi discurso se llenó de cientos de palabras técnicas, incomprensibles para los no iniciados: «ortoimagen», «*bundle*», «*pansharpened*», «adquisición bisegmento», «infrarrojo cercano» fueron expresiones con las que apabullé durante más de tres cuartos de hora a mis interlocutores. Míster Morgan me escuchaba con atención y, por las preguntas que me hizo durante mi exposición, supe que comprendía lo que yo le estaba explicando y que conocía la terminología. El coronel me oía sin abrir la boca, con gesto adusto e inexpresivo, observando de vez en cuando la pantalla de mi portátil. Me resultaba incómoda su presencia, no porque fuese militar, sino porque, cuando no atendía a la información del monitor, me miraba directamente a mí, como si le importase un pimiento lo que estaba diciendo y estuviese más pendiente de que Pijus no saliera corriendo de mi camiseta. Por momentos tuve la impresión de que el prefecto del ejército del Imperio romano, Pijus, dejaba de sonreír, asustado ante la imponente seriedad de aquel coronel del nuevo Imperio de los Estados Unidos de América.

Tras referirles detalladamente las actividades a la que se dedicaba mi departamento, pasé a mostrarles cómo yo había diseñado el organigrama del personal que tenía a mi cargo. Entonces cambié de léxico y comencé a utilizar términos con los que cualquier político, directivo, empresario, profesor de *master bussiness* o gurú de los negocios se llenaría la boca: «eficiencia», «productividad», «coordinación», «cooperación», «rentabilidad» y palabrotas similares pasaron a copar el núcleo de mi palique. Por momentos tuve la sensación de que míster Sterr estaba impresionado por la forma en que tenía distribuidos a mis subordinados. Cuando les hube presentado el organigrama y pensando que mi cargo quedaría disponible, al yo ascender a director de la delegación de Barcelona, empecé a darles referencias de Carles. A pesar de que estaba en mi lista de sospechosos de tener las dos nalgas y la raja de culo

que habían batido el récord mundial de salto de altura al pasar sobre el cercado de mi casa, Carles era la persona más adecuada para ocupar la coordinación del departamento que yo había dirigido hasta el momento. Así que me dediqué a adularlo con la intención de que a él lo promovieran al puesto que yo ostentaba hasta la fecha. Míster Morgan agradeció la información sobre Carles, mientras que el coronel permaneció ausente durante ese rato.

Cuando terminé mi exposición, míster Sterr pareció satisfecho, no así el impertérrito militar, que comenzó a preguntarme inquisitivamente.

—Entiendo que toda esta información técnica es de carácter confidencial y que sólo está al alcance de unas pocas personas. —Tronó aquella inglesa voz que inducía al *Cuerpo a Tierra*.

—Por supuesto —contesté rápidamente—. Está almacenado en nuestros servidores y sólo tienen acceso a ella determinados cargos y técnicos. Se controla siempre el acceso del personal a los archivos y nadie puede sacar de la oficina ningún dispositivo de almacenamiento electrónico que permita la salida de información al exterior. También se controlan las comunicaciones de *mail* para evitar fuga de datos.

—Pero ¿usted puede llevar la información en su ordenador portátil?

—Sí, claro. Soy de los pocos autorizados a llevar un portátil pero, aun así, no se me permite tener cierta información confidencial en él y los archivos confidenciales que llevo tienen claves de seguridad para que, en caso de pérdida, nadie pueda acceder a ellos o copiarlos. —Comenzaba a incomodarme el suspicaz interrogatorio del soldadito.

De repente, aquel frío e insensible ser humano, comenzó a dirigirse a mí en un académico y perfecto castellano, con una pronunciación propia del mismito centro de Valladolid. Aquel malnacido había estado disimulando durante toda la mañana y durante toda la entrevista, haciéndome creer que no entendía la lengua española, y empezaba a hablar en mi propio idioma con la clara intención de ponerme nervioso.

Palidecí.

—Tengo entendido que ha estado usted varios meses trabajando con el Gobierno chino, ¿no es así? —Su mirada taladró mi cerebro y sus orificios nasales expulsaron un potente chorro de aire. Su boca quedó abierta de manera

amenazadora y dejó entrever sus colmillos.

—¿Eh? Sí, sí... Estuve tratando de cerrar un acuerdo de colaboración con una empresa china.

—¿Una empresa china o el propio Gobierno chino?

—Bueno, allí, empresa privada, lo que se dice empresa privada, aún está todo un poco mezclado... Ya sabe... Están comenzando a cambiar de sistema económico... —traté de excusarme de cualquier manera.

—Sí, sí, claro, claro... Ahora están aprendiendo a utilizar nuestro sistema capitalista. Claro. ¿Y esta información también llegó a mostrársela a ellos?

Busqué ayuda, pero estaba rodeado. Por un lado se encontraba míster Morgan Sterr que, haciendo honor a su nombre, parecía un verdadero «gánsterr»; por el otro, el coronel Sam Peterson. Tuve la sensación de estar acorralado entre la Mafia y el Ejército del tío Sam. Me vinieron a la cabeza aquellas películas de detectives americanos en las que cada uno de ellos representaba el típico papel de poli bueno y poli malo. Eché un vistazo a mi alrededor con la impresión de que alguna de aquellas paredes no era más que un espejo donde el resto del cuerpo policial observaba mis movimientos y mis respuestas.

—Por supuesto que no. El trato previsto con ellos no implicaba ningún tipo de venta de tecnología, sino de imágenes y datos que pudieran desear obtener —respondí.

—Imágenes de cualquier parte del mundo, supongo.

—Sí, en principio, sí.

—Ya. Claro. —En aquel momento aquel hombre hubiera sido feliz teniendo a mano un cigarro puro con el que gasearme con su humo y un flexo con una bombilla de sesenta vatios para cegarme con su luz—. ¿Qué ideas políticas tiene usted? —preguntó, mirándome fijamente, cerrando los ojos aún más hasta que quedaron en dos simples rayas y escudriñando cualquier gesto que pudiera ver reflejado en mi cara.

—Bueno, eso es un tema privado y particular. Pero básicamente creo en la democracia, la libertad de pensamiento, el Estado de derecho y todo eso —respondí intentando recordar palabras similares a las que él había dicho durante el panfleto propagandístico que nos había soltado por la mañana.

—Y todo eso... Claro. —Su perfecto castellano sonó completamente cínico. Los escalofríos se repetían y recorrían mi espalda de los tobillos a la cerviz, con una frecuencia similar al del parpadeo de sus ojos. Pijus y yo estábamos completamente atemorizados ante la presencia de aquel Soldado Universal. Yo deseaba que las burbujas de los tres refrescos que se había tragado durante la comida le provocaran algún tipo de aneurisma cerebral, en lugar de los habituales meteorismos y eructos que suelen producir.

Míster Morgan interrumpió cordialmente aquel interrogatorio utilizando una especie de *spanglish* del centro del mismito Brooklyn, y que hizo que me diera cuenta de que él también entendía el castellano.

—No *preocupaaarr*. El coronel *estar* hombre *very direct*. Yo *soy* muy impresionado con su *tecnology and your work* —dijo, pronunciando como si tuviera la lengua adherida al paladar.

—Gracias. Será un placer poder trabajar conjuntamente con ustedes. —Mentí como un bellaco, a pesar de no llevar la corbata en ese momento, y relajé la musculatura de todo mi cuerpo.

Finalmente, nos pusimos en pie los cuatro: míster Sterr, el coronel, Pijus y yo, y entrelazamos nuestras manos con firmeza para despedirnos hasta una próxima ocasión. Agradecí poder salir vivo de aquella salita, pues tenía la sensación de haber sido entrevistado por la Santa Inquisición y su principal lacayo, Torquemada. Si a aquel soldado le hubieran permitido tener una antorcha en la reunión, yo habría terminado en la pira.

Casi eran las nueve de la noche. Me dirigí presuroso hacia la recepción para coger mi equipaje, que aún seguía custodiado por la silla de Elisa, y dirigirme hacia el hotel donde teníamos previsto pasar la noche Sabaté y yo. Justo cuando estaba cogiendo mi *trolley* aparecieron él y el director, charlando amistosamente. Al verles, me dirigí a Sabaté.

—¿Vienes al hotel?

—No. He quedado con un amigo para cenar. Oye, ya que vas para allí, ¿te importaría llevarme el equipaje y dejármelo en la recepción? Coge un taxi para que no lo estés cargando, y así yo me voy directamente a cenar con mi amigo —me dijo, más como si yo fuese su botones que como un compañero.

—Señores —interrumpió el director de buen humor—, mañana será un gran día. Esta noche pienso cerrar el trato con los americanos. Creo que están

impresionados con nuestro trabajo, nuestros sistemas y con nuestro personal. Han hecho ustedes una buena labor y creo que muy pronto habrá ascensos en sus carreras profesionales —enfaticó y nos dio una palmada en el hombro a Sabaté y a mí—. Por cierto, mañana no hace falta que vengan temprano. Seguramente hoy nos acostaremos tarde... Ya me entienden. —La verdad fue que no le entendí, pero imaginé a dónde podrían ir aquella noche a cerrar el trato—. La visita a las instalaciones no empieza hasta las diez, así que no tengan prisa por venir mañana. Disfruten de la noche madrileña. Y usted —dijo dirigiéndose a mí en tono cordial y sonriente—, recuerde venir bien vestido. No me venga otra vez de campo y playa.

—Gracias, señor Cabezas. Lo intentaré. Pero por la hora que es, dudo que pueda encontrar algún centro comercial abierto para poder comprarme un traje —intenté excusarme.

El director obvió mi comentario y se perdió por los pasillos para ir a reunirse con los americanos. Sabaté le siguió sin mirarme y allí me quedé yo, como un panoli, plantado con los dos maletines. Por mi cabeza se me pasó la posibilidad de tirar su equipaje por la ventana de las oficinas, o simplemente abandonarlo en la calle para que tuviera que usar dos días seguidos los mismos calzoncillos. También se me ocurrió comprarle un maletín exactamente igual y rellenárselo con indumentaria para el sexo sadomasoquista, o llenarlo de lencería de mujer, pero... ¿y si le gustaba?

Finalmente, cargué, como el *sherpa* de una expedición al Himalaya, ambos bultos hasta el hotel, donde nos asignaron habitaciones contiguas a Sabaté y a mí. Dejé sus pertenencias en la recepción y, sin asearme, salí en busca de algún centro comercial donde poder adquirir un traje nuevo. Sin embargo, era tan tarde que ya no pude encontrar nada abierto. Me fui a cenar un tradicional *bocatacalamares* madrileño, di un breve paseo para disfrutar de la fresca noche que hacía y, aprovechando el momento de soledad, decidí llamar a Martina para que me informara de sus pesquisas.

—¡Hola, Martina!

—¡Hola! ¿Qué tal por Madrid?

—Bien, muy bien. Con un poco de suerte, mañana me habrán ascendido.

—Me alegro mucho por ti. —Su felicitación sonó mucho más creíble que la que me había dado Sara a mediodía—. Oye, antes de que me preguntes, no

he podido hacerlo. No he podido seguir a Sara.

—¿Y eso? Me dijiste que me ayudarías —respondí sorprendido.

—Te dije que lo intentaría, pero después lo estuve pensando y no me parece bien espiar a nadie. No me siento cómoda. Además, hoy he quedado para cenar con la pareja de baile de tango que te dije que había conocido y no podré acercarme a tu casa.

—Vaya... Pensé que podrías ayudarme —contesté bastante decepcionado.

—Mira, creo que lo mejor que puedes hacer, cuando vuelvas el viernes, es hablar directamente con Sara. Pienso que si la presionas y le dices que sabes que está con alguien, ella te lo dirá.

—¿Tú crees?

—Sí, yo... gura que... niendo cuernos... proochupp... culo de la valla... Sara... —Tanto teléfono de última generación y resultaba que la comunicación con Martina era un verdadero asco y se estaba entrecortando por falta de cobertura. Prácticamente no entendía lo que me estaba diciendo.

—¿Martina? ¿Martina? ¿Me oyes? —grité tanto al auricular que seguramente Martina, en Barcelona, me oía desde Madrid sin necesidad de utilizar el teléfono.

—..o a ti sí... a mí?... fectamente... quqirrpp... pruchi...

—No, muévete un poco. Yo tengo cuatro rayas de cobertura. Debes ser tú.
—Enseguida la acusé de no estar bajo la antena de telefonía móvil.

—...cobertura... no te... churriprip... blip... oyesssss???? —Las ondas electromagnéticas no se estaban decodificando correctamente, generando incómodos bips y pitidos que me estaban sacando de quicio. El diálogo de besugos se estaba prolongando demasiado, así que decidí despedirme de Martina.

—Bueno, ya hablamos. Un beso. Te quiero.

—...eso.. a ti... puchiirirpbliop... erooooo.

Y la comunicación, por llamarla de alguna manera, se cortó. Cada vez que me pasaba eso con el teléfono, mi primer instinto era el de empotrarlo contra el suelo; sin embargo, el aparato era de la empresa y no era cuestión de reventar un modelo de última generación contra el pavimento de la calle.

Además, todavía me quedaba por investigar si, entre las más de cinco mil aplicaciones que tenía, existía alguna que fuera capaz de hacer huevos fritos utilizando el móvil en lugar de una cutre sartén de toda la vida.

Abatido ante la falta de información que podía brindarme Martina, volví al hotel. ¿Tendría razón ella en que si presionaba a Sara diciéndole que sabía que estaba con alguien me lo desvelaría? A fin de cuentas, Martina era una mujer y nadie mejor que una mujer para saber cómo funciona el cerebro de otra. Como yo ya había decidido que a mi vuelta de Madrid quería esclarecer la relación entre nosotros, mi amiga acababa de darme una idea para sacar el tema y comenzar la conversación con mi esposa, aunque era obvio que no iba a ser un diálogo agradable para ninguno de los dos. Sobre todo para mí, pues no sólo descubriría la traición de mi señora, sino también la de un amigo.

Mientras caminaba hacia mi hospedaje, volví a llamar a Sara para ver qué tal le había ido el día y para narrarle brevemente mis pequeñas aventuras con el Padrino y el Sargento de Hierro, aunque en aquel caso más bien se trataba del Coronel de Titanio. Estuvimos charlando breve y melancólicamente, más por obligación que por ganas. Ella me contó sus peripecias atléticas en el gimnasio con Raúl, cosa que volvió a enervarme. Yo, aparte de detallarle mi interrogatorio con los dos americanos, le expliqué que el ascenso estaba al alcance de mi mano, tras las efusivas palmadas que me había dado en la espalda el señor Cabezas. Volvió a felicitar-me, con algo más de entusiasmo que al mediodía, y finalmente se despidió de mí dándome las buenas noches. Durante un momento tuve la extraña sensación de que Sara tenía prisa por colgar. ¿Estaba engañándome otra vez? ¿Tan impaciente estaba por volver a ejercitar las mancuernas con Raúl? ¿Tantas ganas tenía de reencontrarse con su amante que apenas le interesaba saber algo más de mi ascenso?

¿Dónde había quedado la alegría con la que nos habíamos conocido?

Ocho años atrás yo había salido de fiesta por Barcelona con antiguos compañeros de la facultad. Por casualidades del destino, tras una copiosa cena y unos buenos tragos, terminamos yendo a bailar a una sala de música latina. Personalmente nunca me gustaron esos ritmos, pero uno de los colegas de aquel entonces estaba en clases de salsa y se empeñó en que acabáramos la noche en aquel local. Así que allí que fuimos nueve ingenieros empollones a ver si éramos capaces de mover nuestros esqueletos al ritmo de aquellos sonos y, de paso, ya que la mayoría estábamos solteros, a echar la caña por si

pescábamos algo entre el mar de hermosas señoritas que allí se pavoneaban.

Cuando llegamos a aquel tugurio, lo primero que hice fue empujarme el primer el licor que encontré a mano. Primero, para soportar el ritmo de los cencerros de la música; segundo, para animar a mi cuerpo a seguir las notas musicales; y tercero, para ganar el suficiente valor como para atacar a alguna de aquellas hembras si se terciaba la ocasión y, en caso de ser rechazado, camuflar mi vergüenza con el color sonrosado de mis mejillas gracias al puntillo alcohólico.

Sara estaba con una amiga, disfrutando con la canción de Rubén Blades que en aquel momento estaban cantando los altavoces de mil vatios de potencia que rodeaban el local y que eran capaces de producir un agudo pitido en los tímpanos de tres días de duración. Ella se estaba meneando sensualmente, contoneando sus caderas con garbo y gracia, al tiempo que movía los pies siguiendo la base rítmica de ocho tiempos de la música y cambiando los tipos de paso, uno cruzado, uno de cumbia, otro lateral, ahora uno básico, mientras acompañaba con sus brazos y sus hombros la sensual armonía de la música para ejecutar aquella bella danza, prácticamente bailando en un espacio de medio metro cuadrado.

Yo, por mi parte, me agitaba como un algarrobo con epilepsia y me movía por toda la pista como si el suelo estuviera regado de chinchetas y yo estuviera descalzo pisándolas todas. Yo no pasaba vergüenza ajena por dos sencillos motivos: uno porque estaba pedo y el otro porque estaba rodeado de todos mi colegas de facultad, los cuales, ingenieros todos, tenían mi misma destreza para el baile, con lo que estábamos inmersos en una ardua competición por ver cuál de nosotros hacía más el ganso aleteando con los brazos.

En estas estaba cuando la vi. En aquel momento me pareció preciosa, a través de la nube de humo del tabaco que flotaba en la discoteca y en medio de la penumbra de la sala. Los primeros detalles que capté, como ente reproductivo en busca de presa, fueron los vibrantes pechos que temblaban bajo su blusa y el respingón trasero que se bamboleaba bajo su falda siguiendo las notas musicales. Tras estas instintivas percepciones, algunos rasgos más de su cuerpo me embaucaron definitivamente: su pelo amarillo brincaba alegre con cada giro, sus ojos castaños brillaban cada vez que el foco giratorio de luz roja pasaba sobre ellos y su sonrisa me encandiló nada más verla. Aunque la

verdad, todo sea dicho, era que aquella maravillosa sonrisa era producto de mi espantosa forma de bailar. De hecho, se estaba riendo de mí junto con su amiga, partida de la risa ante mi peculiar forma de... ¿llevar el ritmo? Percatándome de la situación, en lugar de salir huyendo de allí con el rabo entre las piernas, y empujado seguramente por el alcohol, decidí presentarme y pasar a la acción. No se me ocurrió otra brillante idea, para darme a conocer, que entregarle mi DNI.

—¿Para qué me das esto? —preguntó extrañada.

—Para que te quedes con ese nombre, si me rechazas. Porque quiero que sepas que ese nombre será importante algún día. Si quieres ser feliz, estás delante de la oportunidad de tu vida. —Las carcajadas de ella y de su amiga ante mi pretenciosa y penosa presentación superaron en decibelios a las notas de la atronadora música—. Te lo digo en serio, creo que una chica tan..., tan...

—¿Guapa? —preguntó presuntuosa.

—Bueno, no. No creo que seas guapa. Más bien atractiva.

Ofendida con mi comentario, a partir de aquel momento comenzamos una larga y divertida discusión sobre si ella era o no guapa, mientras que conseguía separarla de su amiga y quedarnos a solas. Por algún motivo que nunca supe comprender, le resulté divertido, atractivo y, sobre todo, un hombre con ambiciones e ideas claras sobre su futuro. Yo ya había perdido hacía mucho tiempo mis *gadgets* de la infancia —salvo mis gafas—, y ya había tenido varios triunfos pasajeros con algunas mujeres, como para averiguar que el truco para ligárselas estaba en el palique y no en el físico; así que desplegué la mejor verborrea que pude para ganarme su admiración. Por su parte, averigüé que Sara sólo había salido con un chico llamado Carles y que nunca había tenido otra pareja.

Apenas estábamos empezando a conocernos cuando Lali, su amiga, harta de hacer de carabina bailando sola y sin haber tenido el éxito de Sara, vino a apremiarla para que se fueran a casa. Me despedí de ella:

—Bueno, chica fea, espero volver a verte —le dije mientras le daba mi número de teléfono.

Ella se rio y se alejó de allí con una linda sonrisa en su boca, que fue dejando el rastro marcado de sus labios pintados de rojo en la cortina de

espesa niebla que había en aquel club musical. Y, efectivamente, la chica fea me llamó al día siguiente, momento a partir del cual comenzó nuestra relación. Con el tiempo, le presenté a mis amistades, Martina incluida, y ella me presentó a las suyas, entre ellos a Carles, que ya trabajaba en la empresa. Gracias a que por aquel entonces yo era director técnico de una compañía de fabricación de cámaras fotográficas, conocer a Carles fue el primer paso que di para alcanzar las metas y las ambiciones profesionales con las que, en aquella discoteca, había logrado captar el interés de Sara por mí.

Cabizbajo, rememorando aquellos felices recuerdos, con las manos en los bolsillos de mis pantalones pirata y arrastrando mis sandalias por las baldosas tipo Bilbao de las aceras de Madrid, Pijus y yo volvimos entristecidos al hotel. Estaba a escasos veinte metros de la entrada cuando vi el perfil de Sabaté, que estaba a punto de llegar, aproximándose por la izquierda de la fachada. Iba a levantar el brazo para saludarlo cuando, gracias a las luces de la marquesina, pude ver, tras su silueta, la protuberancia de unos generosos pechos de mujer que asomaban a la altura de su barriga. Detuve mi ademán y traté de identificar a la fémina. Me acerqué a ellos sigilosamente sin que detectaran mi presencia. Vi cómo entraban en recepción y cómo Sabaté pedía su equipaje y la llave de la habitación. Cuando ya iban a introducirse en el ascensor, descubrí quién era la interfecta: ¡Elisa! Aquel tiparraco poco agraciado le ponía los cuernos a su esposa con la secretaria de la oficina, a la que sacaba casi quince años. Por un lado, me pareció despreciable, pero, por el otro, me supuso una información extra de la que tal vez yo podría sacar tajada en algún momento. Ante este pensamiento, saqué mi móvil, les tomé varias fotos a hurtadillas y me las reenvié a mí mismo a mi correo electrónico particular. Por instinto, borré las fotos de la memoria del teléfono.

Aquella volvió a ser una noche de insomnio. No sólo por los pensamientos que mortificaban mi psique, que me recordaban la posibilidad de que Sara estuviera nuevamente con alguno de sus amantes, o preocupándome sobre mi futuro ascenso en la empresa, sino porque los repetitivos golpes del cabezal de la cama de Sabaté martillearon durante varias horas la pared de mi cuarto y no me dejaron conciliar el sueño. Para añadir más leña al fuego, descubrí que Elisa sabía hacer gorgoritos operísticos del nivel de una soprano cuando tenía un orgasmo. Una información que, personalmente, hubiera preferido no saber. Al final, tras una segunda tanda de topetazos contra el tabique de mi

habitación, conseguí dormirme. Pero las imágenes que llegaron a mi subconsciente no fueron nada reparadoras, pues estuve toda la noche haciendo maniobras militares bajo las órdenes de mando del coronel Peterson, sudando la gota gorda.

Capítulo 15. Idus de julio

Jueves 15 de julio, idus de julio. A las 08:29, hora zulú, con una temperatura en el exterior de 23 grados centígrados y una temperatura interior de 37,5 °C debajo de mi lengua, 37,4 °C en las axilas y 37,2 °C en el... final de mis intestinos, mi cuerpo se encontraba en completo estado de reposo. Mi aparato digestivo terminaba de procesar el *bocatacalamares* de la noche anterior, mi aparato respiratorio aspiraba medio litro de aire cada cuatro segundos produciendo un ronquido de 53 hercios de frecuencia y 55 decibelios de intensidad, mientras el circulatorio bombeaba a mis eritrocitos a sesenta y tres pulsaciones por minuto. Los aparatos reproductor, excretor y locomotor permanecían desconectados. El sistema nervioso permanecía tranquilo, mi consciente inconsciente y mi inconsciente soñando en plena fase REM.

A las 08:30 el teléfono de la habitación sonó, gracias al aviso de la recepcionista de que era la hora de levantarse, tal y como yo les había solicitado la noche anterior. Me incorporé parsimonioso, me di una ducha y se me volvió a plantear la cuestión de la indumentaria con la que ir ese día a la oficina. Con el traje sucio y sin haberme podido comprar uno nuevo, mi única posibilidad consistía en volver a vestirme con la misma ropa informal y veraniega con la que había ido el día anterior. La alternativa a la camiseta de Pijus seguía siendo la del kamasutra del vago, que resultaba más políticamente incorrecta que la primera; así que, aún a riesgo de que cantara ligeramente a Eau du Sobac, volví a enfundarme con la cara de Pijus. También volví a colocarme las lentillas para evitar llevar mis anteojos modelo Rompetechos.

Llegué a la oficina pasadas las nueve y media, cargando con mi ordenador portátil, dispuesto a reunirme con el grupo de visitantes para mostrarles nuestras instalaciones e ir con ellos hasta nuestros talleres en las afueras de

Madrid.

—Buenos días, Elisa.

—Buenos días —me contestó ella alegre y feliz.

—¿Qué tal estas hoy? Te noto un poco afónica—pregunté con toda la malicia del mundo como venganza por las arias que había cantado la noche anterior y que no me habían dejado dormir.

—Debe ser el aire acondicionado. En esta época, con los cambios de temperatura tan bruscos, ya se sabe. —Sonrió, sin saber que yo —y medio hotel— la habíamos escuchado alcanzar el éxtasis.

—Claro. En esta época hay que llevar cuidado con los cambios de temperatura porque producen enfermedades vener... víricas—corregí rápidamente, ante el desliz que estaba a punto de cometer.

—Sí, por eso, en verano, en el metro siempre llevo un pequeño pañuelo para ponerme sobre la garganta y no congelarme con el aire acondicionado —se justificó—. Por cierto, tengo una nota para usted. El señor Cabezas me ha dicho que en cuanto llegase usted que le enviara a ver al jefe de Recursos Humanos.

—¿Para qué? —pregunté sorprendido ante la orden remitida por el director.

—No sé. Me ha dicho que en cuanto usted llegase que le dijera que fuese a ver al señor Castañeda.

¿Ir a ver al jefe de Personal? ¿Para qué? ¿Es que ya me iban a nombrar oficialmente director de la delegación de Barcelona? No esperaba recibir el ascenso tan pronto. Aunque la noticia que me acababa de dar Elisa me extrañó, me animó la posibilidad de que me confirmaran, de una vez por todas y oficialmente, que me promocionaban.

Salí hacia el despacho de Recursos Humanos cavilando sobre el concepto que representaban aquellas dos palabras unidas, pues según la Real Academia de la Lengua Española, el significado de la palabra «recurso» es el de «medio del que se dispone para satisfacer una necesidad, realizar una tarea o conseguir algo». Con la palabra «humano» a continuación, los empleados de cualquier compañía podrían ser considerados como «prostitutos», «llaves inglesas» o «mercenarios», por ese orden, según la definición. Sin embargo,

pensé que una empresa sería no podía permitirse el lujo de tener un departamento que se denominara Satisfacciones Humanas, Herramientas de Carne y Hueso o Mercenarios a Sueldo, así que Recursos Humanos me parecía un eufemismo bastante aceptable.

Nuestra particular división de Mercenarios a Sueldo tenía un vestíbulo previo al despacho de su mandamás, donde estaba la mesa de su secretaria particular, Marisa. Una mujer agradable y encantadora, de unos cuarenta años, que llevaba quince de ellos trabajando en la empresa, con la que daba gusto tomarse un café de vez en cuando para tener una conversación amena y reírse un poco de la vida. Siempre que podía iba a verla, no solo porque me cayera bien sino porque tener buenas relaciones con el personal de Recursos Humanos era una táctica para conseguir vacaciones, tener un adelanto de la nómina, conocer los chismes de la compañía, saber quién llegaba a la empresa y quién la dejaba, o incluso a quién iban a despedir y por qué. Sin embargo, ir a visitar a Marisa entrañaba el riesgo de poder tropezar con su jefe, ya que ella era la antítesis de Castañeda.

El director de Recursos Humanos tenía muy poco de humano. Era un personaje tétrico. Siempre iba vestido con un traje de riguroso e impoluto negro, orlado con corbata azul y una camisa roja cuyos puños, invariablemente, asomaban por debajo de las mangas de su chaqueta. Rondaba ya los sesenta y cinco años de edad. Era bajito y enjuto, con el pelo canoso. Su cara estaba marcada por profundas arrugas en la frente y unas pobladas y desmelenadas cejas. Tenía los ojos de color verde aceituna y su mirada producía escalofríos, pues no transmitía ningún tipo de emoción. Siempre estaba serio. Sus músculos de la risa debían haber quedado atrofiados hacía lustros, porque yo nunca le había visto ni la más mínima mueca de sonrisa. Poseía un tono de voz de baja frecuencia, lo que le proporcionaba una pronunciación grave, de bajo, con lo que cualquier interlocutor tenía la sensación de que sus palabras provenían del más allá cuando las profería. Se movía por los pasillos como una sombra. No hacía ruido cuando llegaba y nunca se le veía venir. Cuando menos te lo esperabas, aparecía por tu espalda. No caminaba, se desplazaba levitando. Por ello, uno de los motes que tenía en la oficina era el de conde Drácula.

Siete años atrás, yo me había reunido con él para tener la entrevista de trabajo a partir de la cual me contrataron. Casualmente, por esas fechas, yo me

estaba leyendo la novela de Bram Stoker. Cuando me lo presentaron un escalofrío me recorrió la espalda, pues tuve la sensación de encontrarme con el protagonista de la historia. En aquel momento pensé que el autor del libro se había inspirado en Castañeda para crear al malvado Drácula, pero yo ya sabía que el origen del personaje procedía de Vlad Drăculea III, *el Empalador*, un príncipe rumano cuya afición era ajusticiar a sus enemigos mediante empalamientos.

En nuestra empresa, nuestro particular vampiro fumaba como un carretero. Siempre disponía de un cilindro nicotínico entre sus labios. La colilla a la que le pegaba los últimos chupetones servía para encender un nuevo cigarrillo. Rezumaba humo por nariz, boca y orejas y, pensando mal, uno no dejaba de imaginarse cómo serían sus aerofagias. ¿Apestarían a tabaco? ¿También saldrían echando humo? Si el de Quevedo era un hombre a una nariz pegado, éste era un hombre a un pitillo adherido. Por supuesto que las normas internas prohibían fumar en las oficinas; sin embargo, el despacho del director de Recursos Humanos atufaba a rancias cenizas y siempre había en él una espesa y cancerígena niebla flotando en el ambiente. Era obvio que no se iba a despedir a sí mismo por incumplir la legislación que él sí aplicaba al resto de los empleados. ¡Para eso era el jefe de Personal! Y a pesar de que no paraba de darle a aquel insano vicio, su respiración era sonora y profunda, ya que, realmente, le costaba tomar oxígeno del aire que aspiraba. Por eso, el otro mote que tenía era el de Darth Vader.

Llegando al departamento me dispuse a entrar en lo que, metafóricamente, mi mente comenzó a imaginar que podía ser el castillo de Drácula, donde Marisa esperaba como una bella vampiresa en la antesala del trono del perverso conde. Con aquella fantasía rondando por mi mente, Pijus y yo pasamos sonriendo al interior de aquella *fortaleza transilvana*.

—¡Buenos días, Marisa!

—¡Hombréee! ¡Cuánto tiempo! —me respondió. Se levantó de su silla y se aproximó a mí para darme dos besos de bienvenida—. ¿Cómo estás? Ya me he enterado de la reunión de ayer con los americanos. Parece que bien, ¿no? —terminó de preguntarme soltándome el segundo ósculo casi dentro de mi pabellón auditivo.

—Sí, creo que fue bastante bien. A ver qué cambios hay con tanto yanqui

por aquí. ¿Y tú qué tal?

—Pues ya ves, trabajando. ¡Qué remedio! Si no fuera por la hipoteca y por los chiquillos, anda que iba a estar aquí —me confesó con un gesto de hastío—. ¡En fin! Es lo que hay. *C'est la vie*.

—Te veo un poco rebelde hoy —puntualicé.

—No sabes tú bien lo que es aguantar a mi jefe... —dijo bajando el tono de voz— ¿Haces un café?

—No, ahora no puedo. Elisa me ha dicho que tenía que ver a Castañeda nada más llegar y he venido directamente a verle. Si quieres lo hacemos después.

—Vale. Quedamos después. ¿Para qué quiere verte Castañeda? —me preguntó extrañada.

—No tengo ni idea. ¿Cómo está hoy?

—Fumando —contestó Marisa con ironía, pues ese era el estado natural de Castañeda.

—Mientras no esté fumado...

—No me lo imagino con un porro en la mano —se rio ella.

—Si ya de por sí, cuando camina levita, imagínatelo tras un canuto marihuana. Volaría sin alas, o incluso igual hasta sonreiría como un beodo.

—No lo creo. Antes le da un patatús —afirmó con resentimiento.

Tras echarme unas risas con Marisa, llamé a la puerta del despacho del jefe de Recursos Humanos y pedí permiso para entrar. Castañeda levantó la mirada de su ordenador y la clavó en mis ojos. Con un leve movimiento de la cabeza, me autorizó a entrar en sus dominios.

—¡Buenos días! Pase, pase... —Aunque Castañeda estaba sentado en su mesa, justo enfrente de mí, su voz, grave, pausada y similar a la de un sintetizador electrónico, llegó a mis oídos desde todas las partes de la habitación, como si no fuera él quien estuviera hablando.

—¡Buenos días, Castañeda! —contesté aproximándome a su escritorio y cortando con mi cuerpo la nube de humo de tabaco que flotaba en el ambiente. Los remolinos de aire blanquecino me abrazaron al atravesarlos. Me senté frente a él.

Con una habilidad increíble para hablar con el cigarrillo en la boca, sin que se le cayera ni el pitillo ni la pavesa, comenzó a dirigirme sus palabras. Antes de que éstas llegasen a mis orejas y que mi cerebro comenzara a procesarlas, me cruzó la cabeza un pensamiento admirativo que hacía que me preguntara cómo conseguía que no se le desprendiera ni el cigarrillo ni la ceniza mientras hablaba, pues ya se había fumado la mitad y no se le había caído ni una brizna. Además, el cilindro de tabaco se movía acompañando acompasadamente a sus labios sin despegarse de ellos. Por fin, sus ondas acústicas atizaron mis tímpanos y comencé a entender lo que trataba de transmitirme.

—Señor director de Investigación y Desarrollo —Castañeda jamás llamaba a nadie por su nombre sino por su cargo y al único que rendía pleitesía era al director general—, como ya sabrá, hemos estado en negociaciones con una compañía americana para llegar a unos acuerdos que nos permitan seguir adelante con nuestro proyecto empresarial... —La voz de Castañeda retumbaba en la habitación y llegaba a producir un cierto eco que resultaba molesto, pues sus palabras se solapaban unas con otras. Yo asistía a su discurso con una sonrisa en la boca, al igual que Pijus, esperando que, de un momento a otro, me diera el nombramiento oficial que tanto estaba anhelando. Sin embargo, empezó a introducirse en un conglomerado de circunloquios que no llevaban a ninguna parte, explicándome detalles sobre el nuevo grupo inversor y las decisiones sobre los objetivos del negocio que querían llevar a cabo. Su tono de voz era monótono, melancólico y sin alteraciones en la pronunciación, lo que ocasionaba que me estuviera empezando a entrar sueño, porque lleva casi diez minutos paseándose por los cerros de Úbeda para contarme lo que yo ya sabía.

Por algún motivo, aquella cantinela, soporífera y repetitiva, me sonaba igual de pesada que la justificación de las cuentas del Gran Capitán:

«Por limosnas a frailes y monjas para rogar por la prosperidad de las armas españolas ante Dios: doscientos mil setecientos treinta y seis ducados y nueve reales. En picos, palas y azadones: cien millones de ducados. Pólvora y balas: cien mil ducados. Guantes perfumados para que los soldados no se mancharan las manos con la sangre de sus enemigos muertos: diez mil ducados. Reparación de campanas averiadas de tanto tañer victorias españolas: ciento setenta mil ducados. Aguardiente para las

tropas: cincuenta mil ducados. Misas de Gracia y tedeums al Todopoderoso: un millón. Por pago a espías y sobornos varios: setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados. Y, finalmente, por aguantar las tonterías un Rey a quién regalo un reino: cien millones de ducados».

—...Y teniendo en cuenta todos estos datos que le acabo de dar... —Darth Vader seguía con su plática sin cambios de atenuación y sin ningún tipo de emoción. Ya me costaba mantener los párpados abiertos y la sonrisa que traía al entrar en el departamento había desaparecido de mi cara, pues cada vez tenía más sopor. Pijus, sin embargo, seguía despierto y burlón en el centro de mi pecho. Volví a desconectarme del monólogo que estaba creando mi interlocutor, haciendo que las palabras que pronunciaba entrasen por mi oreja izquierda y se precipitaran al vacío al salir por la oreja derecha, sin ser procesadas por mi cerebro. Éste último pasaba completamente tanto de los sonidos que recibía de mis oídos como de las imágenes que procedían de mis retinas, y comenzó a tener diferentes pensamientos estúpidos e inconexos. *«Después tengo que llamar a Sara para decirle que me han ascendido... ¡Jolín!, realmente, este tío es el Reverso Tenebroso de la Fuerza... Aunque si le ponemos unos colmillos en la boca y una capa, tiene una cara de murciélago que espanta, sí que parece el conde Drácula... ¿Bajé la tapa de váter ayer cuando salí de casa? Si no, mañana me tocará monserga de Sara... A ver si el tipo este acaba ya, que tengo que reunirme con los americanos...»*

Perdido estaba, inmerso en aquellos profundos y trascendentales razonamientos, con mis sesos desconectados del mundo exterior, cuando mis tímpanos recibieron una señal de emergencia en el particular código Morse que generaban los huesecillos de mis oídos:

—Por tanto, y sintiéndolo mucho, he de comunicarle que está usted despedido. —Finalizó el mitin el jefe de Personal.

Las tres últimas palabras que recibieron mis orejas retumbaron con fuerza en el interior de mis paredes craneales y me sacaron bruscamente del ensimismamiento en el que me encontraba. En mis lóbulos cerebrales saltaron todas las alarmas y se llamó a zafarrancho de combate a todos mis sistemas, especialmente al nervioso. Mis pupilas se dilataron completamente, mis cejas casi salieron disparadas de mi cara debido al sobresalto sufrido y mis mejillas se mimetizaron perfectamente con el blanco de las paredes de la habitación.

en aquel momento indicaban furia e indignación, cambiaron de ubicación para pasar a transmitir sorpresa y pánico. En un solo paso atravesé toda la habitación y llegué hasta su escritorio como un novato que se acaba de poner unos patines por primera vez: haciendo grandes aspavientos con los brazos en plan molino de viento para mantener el equilibrio y no caerme, y moviendo la cadera bruscamente de un lado a otro, como si tuviera un *hula hoop* en la cintura, para no estampar mi dentadura contra el fino mármol de la estancia.

Finalicé mi deslizamiento estrellándome contra una de las dos sillas que tenía frente a su mesa el señor Cabezas. En una de ellas se encontraba mi amigo el coronel. En la otra, estaba míster Sterr. Ambos me miraron atónitos: míster Morgan, como si nunca en su vida hubiera visto la actuación de los Payasos de la Tele, y el coronel, porque le acababa de clavar la rodilla en los riñones. Por un momento me recordaron a un cabreado jurado de patinaje artístico a punto de ponerme un cero en técnica y un cero en coreografía.

Aún no me había recuperado del susto cuando el director, que me miraba fijamente, abrió la boca.

—Y eso que le dije que viniera correctamente vestido... —dijo, tranquilamente, más como si se le hubiera escapado el pensamiento que como si hubiera tenido la intención de expresarlo. Inmediatamente, se dirigió a los dos americanos—. Caballeros, si me disculpan, tengo que hablar de algunos asuntos en privado con...

Los yanquis no dejaron que terminara la frase, entendiendo que la tensa situación requería un poco de intimidad entre el jefe y yo. Asintieron y, caminando como funambulistas sobre una cuerda para evitar resbalarse, se fueron por la puerta por donde yo había entrado.

—ÑorCabezas, *exijonaxplicaciónaa...* —comencé a hablar atropelladamente, comiéndome el principio de unas palabras con el final de las otras.

—¡Tranquilícese! Tranquilícese y siéntese, por favor —me interrumpió. Sus palabras fueron pausadas y sonaron cordiales y afables, pronunciadas con intencionada calma para que me relajara. El director era un hombre astuto y sabía cómo debía enfrentarse a una persona fuera de sus cabales, utilizando la táctica de bajar la voz y usar un tono suave ante un alterado interlocutor para apaciguarlo. Le hice caso, me senté y continué con mi enérgica protesta.

—Vengo de ver a Castañeda y me ha dicho que estoy despedido. No me lo creo. Ayer usted nos prometió un ascenso a Sabaté y a mí. ¿Qué ha pasado? ¿Ha tenido algo que ver Sabaté?

—Hijo, el señor Sabaté no tiene nada que ver con su despido; sin embargo, usted sí que tiene mucho que ver con su propio despido. — Terminando la frase, se puso en pie, cruzó las manos por detrás de su espalda, se cogió la muñeca izquierda con la mano derecha y comenzó a pasear por la estancia girando alrededor de mí como si fuera un satélite orbitando, charlando conmigo conciliadoramente—. ¿Sabe? Esta empresa ha sido mi vida durante cuarenta años. Empezamos con veinte personas y hoy somos una corporación de casi quinientos empleados que trabajamos en tecnología punta y somos líderes en nuestro sector. He trabajado muy duro para llegar hasta donde estamos hoy en día, pero también he de decirle que ya estoy cansado. — Sus cejas, rayadas como la piel de una cebra, se arquearon y las comisuras de sus labios apuntaron hacia abajo—. Podrá pensar que tengo algo que ver con los negocios sucios de mi amigo el secretario de Investigación y Desarrollo, pero no es así. Siempre he sido honrado en los negocios y nunca me he aprovechado de mi amistad con él. Sin embargo, no pienso poner en juego ni mi futuro ni el futuro de la empresa. Por tanto, ante la posibilidad de que el escándalo me salpicase, tomé la decisión de venderla para salvar mi jubilación. —Tomó aire y continuó—. Sabaté y usted han hecho un gran trabajo para llevar adelante este proyecto y los he utilizado a ambos para conseguir mis metas según las necesidades del momento. Cada uno de ustedes tiene sus propias virtudes y sus propios defectos y he sabido aprovecharme de sus puntos fuertes para llevar la empresa hacia adelante. Yo, con la venta de mis acciones, pienso retirarme definitivamente, descansar y disfrutar de la vida que me queda, saboreando la paz del mar con mi yate y rodeado de mi familia. Sabaté ocupará mi cargo, será el próximo director general —aquel anuncio me recomendó por dentro—, y usted iba a ser el director de la delegación de Barcelona, el segundo a bordo. Sin embargo, ayer usted lo estropeó todo. —Cambió el tono cordial y melancólico a uno más directo y acusatorio—. Pensaba que usted era un tipo más inteligente. No sé qué les contó a los americanos, pero desde luego no tuvo ningún tacto con ellos. Les habíamos ocultado las relaciones que habíamos tenido con los chinos, por lo menos hasta el momento de la venta, para evitar tener problemas durante las

negociaciones... Y usted va y se lo suelta. Además, no sé qué comentarios hizo durante la comida contra los americanos, pero el caso es que el coronel le tiene a usted por un reaccionario antiamericano. —Ya me quedaba perfectamente claro que aquel sibilino yanqui había ocultado sus conocimientos del castellano con la estudiada intención de espiarnos—. En definitiva, ayer estuvo usted a punto de dar al traste con todos los preacuerdos que tenía pactado con los americanos. Al enterarse de nuestra relación con los chinos estuvieron a punto de echarse atrás, pero yo no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad y finalmente conseguí convencerlos a cambio de venderles las acciones a un precio inferior al que teníamos convenido. En resumen, he perdido dinero en la venta, con referencia al que teníamos pactado inicialmente. —Yo comenzaba a moverme inquieto en la silla, incómodo ante la situación—. En cuanto a usted, como comprenderá, su comportamiento ante los americanos me dejó sin argumentos para defenderle y colocarle en el cargo que tenía previsto darle, así que no me quedó más alternativa que ceder a sus presiones y despedirle. Como en toda guerra, siempre caen algunos soldados en el campo de batalla, pero lo importante es ganar la victoria final. —Y yo había caído con todo el equipo abatido por balas trazadoras de las tropas aliadas—. Lo siento, hijo, pero así son las cosas. Ahora le ruego que me acompañe nuevamente al despacho del señor Castañeda para que firme los papeles de su despido. Comprobará que hemos sido generosos con usted, en agradecimiento por los servicios prestados.

No tuve capacidad de réplica. ¿Tan lerdo y tan bocazas había sido como para soliviantar tanto a los yanquis? El director general acababa de hundirme con su discurso y no supe cómo reaccionar. No encontraba palabras en la boca para defenderme o protestar. Mi lengua había muerto. Mis glándulas bucales se habían desecado como el mar Aral y habían dejado de lubricar mis cuerdas vocales. Mi mirada se perdió en la punta de mis veraniegas sandalias. El señor Cabezas se acercó a mí y, tomándome del brazo, me acompañó hasta la misma puerta del despacho de Recursos Humanos. Yo, cabizbajo, iba arrastrando los pies en pasitos cortos, con las manos por delante de mi cuerpo, mientras él sostenía mi antebrazo. Parecíamos el reo encadenado que se dirige al Corredor de la Muerte acompañado por su celador. El Gran Jefe no me dejó ni un momento a solas, como si estuviera escoltándome. Al llegar al Departamento de Personal me estrechó la mano fríamente y se marchó. Marisa

estaba allí mirándome con aire compungido, pues acababa de conocer la noticia.

—Lo siento mucho —dijo para tratar de consolarme. La miré con afecto y con gratitud.

Volví a llamar a la puerta del perverso Conde. Me esperaba con cierto aire de impaciencia.

—Pase, pase. Espero que no vuelva a dejarme con la palabra en la boca. —Tableteó su grave voz, con ánimo de reproche—. Siéntese, por favor. Tengo que explicarle su finiquito y el contrato de confidencialidad que debe firmar. —Mi expresión facial era todo un poema. La de Pijus no. Él, impasible, seguía sonriendo. Por su parte, el malvado Darth Vader parecía estar disfrutando con la situación. Su semblante seguía sin inmutarse ni transmitir emoción alguna. Continuaba fumando lentamente su cigarrillo y respirando asmáticamente, aspirando el humo por la boca y soltándolo por la nariz. Recordaba a una locomotora de vapor de los años veinte. Empezó a hablar, envuelto en una cortina de niebla que apenas me dejaba apreciar sus ojos. Me sentía empalado por aquel grandísimo hijo de... Dräculea que tenía enfrente de mí.

—Aquí tiene su finiquito. El importe suma una cuantiosa suma. —No supe si estaba intentando hacer un chiste con aquella redundancia, pues sus facciones ni se desplazaron para generar una sencilla sonrisa—. Sin embargo, la cuantía se ha reducido con respecto a la que debía haber recibido hace algunos meses, pues no sé si sabe que el Gobierno de la nación, en su política de recortes, ha aprobado recientemente nuevas leyes de austeridad contra la crisis y ha reducido los días de indemnización a pagar por despido improcedente. —Sí, yo conocía aquellas nuevas leyes, impulsadas por el Gobierno para mantener contento a los mercados y que nunca había comprendido, pues no hacía falta ser un genio para entender que debían ser los gobiernos quienes controlaran a los mercados; ya que, girada la tortilla, tal y como estaba ocurriendo, la Democracia se convertía en una falacia.

Tomé el finiquito y el importe me pareció suficientemente respetable como para pasar unos meses tranquilo desde el punto de vista financiero.

—Y este es el acuerdo de confidencialidad, de dos años de duración, durante el cual se compromete a no trabajar en el mismo sector ni desvelar la información que conoce a ninguna empresa, sea o no de la competencia.

Alargó el brazo y me lo acercó. Lo leí durante un buen rato, revisando todas las cláusulas, incluidas las que estaban escritas con letra Time New Roman, tamaño 3, y para las cuales hacía falta una lupa para visualizarlas. El contrato me suponía dos años de sueldo sin trabajar, cobrando un salario similar al que estaba percibiendo en aquel momento, lo que me dejaba un buen margen de tiempo para buscarme alternativas. Consideré que los documentos me beneficiaban y procedí a firmarlos.

—Para acabar —dijo soltando una copiosa cantidad de humo por su boca —, le ruego que me entregue su ordenador portátil y su teléfono. —Por un momento me identifiqué con el poli bueno de las películas americanas cuando, tras haber destrozado la mitad de los vehículos que circulan por la ciudad persiguiendo al malo con un camión de quince toneladas, es requerido por su sargento para suspenderle de empleo y le solicita la placa y el arma. En mi caso sentí que la placa era el móvil y el ordenador, el arma. Los deposité lenta y pausadamente sobre su escritorio—. Ahora, cuando salga, Marisa le entregará un billete de tren para que vuelva a su casa. —Y fríamente, extendió su mano en señal de despedida. Se la estreché flácidamente.

Me levanté de la silla lentamente, incrédulo y apesadumbrado por el puntapié con saña que había recibido en mis partes pudendas por parte de la empresa a la que le había dedicado siete años de mi vida. Me dispuse a salir de la habitación. Cabizbajo, abrí la puerta y, antes de abandonar la sala, dirigí la vista a la metáfora de Darth Vader. Se quedó observándome impertérrito, sin ninguna emoción reflejada en su rostro. Nuestras miradas quedaron fijadas la una en la otra durante unos instantes. Durante unos milisegundos pensé que iba a abrir la boca para declararme asmáticamente: «Luke, yo soy tu padre».

Marisa me recibió con triste semblante, con los ojos temblorosos, perfectamente redondeados y a punto de segregarse alguna lágrima. Parecían los ojos de Candy-Candy, Heidi o cualquier otro personaje femenino de dibujos animados japoneses de manga cuando están a punto de echarse a llorar.

—Me han ordenado que te sacara un billete de AVE para que vuelvas a Barcelona hoy mismo —me anunció cariacontecida—. Me he tomado la libertad de sacártelo para las 21:00 horas, por si tenías que hacer algún recado por Madrid. También me han permitido que te lo sacase en asiento de la clase Club, como deferencia por...

—¿Darme una patada en el culo? —ayudé a que terminara la frase.

—Sí, la verdad es que sí.

Tomé el billete de tren y me dispuse a salir de allí para ir hacia el interior de nuestras dependencias, a decir adiós a los compañeros con los que más trato tenía. Sin embargo, Marisa me detuvo.

—Lo siento, me han ordenado que te acompañe directamente a la salida y que no te deje entrar en las oficinas.

Suficientemente humillante era que me repudiaran de aquella manera como para que, encima, no me dejaran despedirme de colegas a los que conocía desde hacía mucho tiempo y con los que había compartido cientos de horas de trabajo. Fue un golpe bajo por parte de la empresa. Instintivamente dirigí mi ira contra Marisa. Me sentí como Mazinger Z y la hubiera fulminado con la visión de *Rayos Fotónicos*, el *Fuego de Pecho* o con los *Puños Fuera*. Ante mi indignada mirada, Marisa bajó los ojos y se defendió contraatacando como pudo, igual que Afrodita A cuando disparaba sus *Pechos Fuera*, salvo que en su caso no se quitó el sujetador para lanzarme un tetazo.

—Ya sabes... Por las normas de la casa sobre protección y seguridad de datos... —Se excusó como pudo—. Yo personalmente sabes que te dejaría, pero me juego el puesto. Me lo han dejado bien claro.

Asentí y me arrepentí de haberme enojado con Marisa, pues ella no era la culpable de lo que me estaba sucediendo; así que relajé el gesto y pinté una amarga sonrisa de cortesía en mi rostro. Pijus, por su parte, seguía con su careto de empanada mental. Salí del departamento de Recursos Humanos con la sensación de llevar un tronco de abeto ensartado en el final de mi aparato digestivo, cortesía del vil Vlad, *el Empalador*, que dirigía aquella sección. Hasta me pareció escuchar el eco de una espeluznante carcajada en el interior del despacho del avieso conde.

Marisa me dio dos amistosos y sentidos besos de despedida y me dejó en la puerta de las oficinas. Llamé al ascensor con la intención de convertirlo en *descensor*. Con un *ding dong* se detuvo en el rellano. Mientras las hojas automáticas se abrían, la sensual voz de la megafonía informaba: «Planta segunda». Pijus y yo entramos. Pulsé el botón del nivel de la calle y sentí cierta nostalgia mientras se cerraba la cabina y veía cómo desaparecía, lentamente, el logotipo con la imagen corporativa de mi, ya, antigua empresa.

La señorita de la voz enlatada volvió a informarme: «Cerrando puertas».

La bajada en aquel montacargas me pareció el descenso a los infiernos. En mi interior se agolpaban, simultáneamente, múltiples sentimientos: ira, sorpresa, tristeza, decepción, disgusto, malestar, rabia, angustia, impotencia y desesperación. Todos ellos pugnaban por aflorar a la superficie al mismo tiempo, con lo cual mi cuerpo se bloqueó y quedé en estado catatónico, pues mi organismo era incapaz de expresarlos todos a la vez. Permanecí impasible, apoyado en las puertas automáticas, mirando al infinito con el encefalograma plano, pues no podía pensar en nada. Al llegar a la planta baja, salí del ascensor sin conciencia de lo que hacía. Mi conjunto de células vivas se encaminó hacia el exterior del edificio como un autómatas. Mi cuerpo se movía sin un rumbo fijo hacia un destino desconocido y los pies me propulsaban por inercia, dirigidos por algunas neuronas que, inconscientemente, les mandaban órdenes de marcha. Junto con mis pies se activaron las rodillas, las caderas y los brazos para mantener el equilibrio, en un pausado paso que hacía que me balanceara ligeramente de lado a lado de la acera, como si hubiera estado bebido. Mi organismo estaba caminando por las calles de Madrid, pero yo no estaba caminando por las calles de Madrid. Simplemente, no estaba.

El eco de mi nombre resonó en mi cabeza y, como a un paciente cardíaco al que acaban de endosarle la descarga de un desfibrilador para devolverle al mundo de los vivos, mi alma volvió a entrar en mi cuerpo. Volví a escuchar mi nombre. Levanté la cabeza. Apenas a dos metros de mí se encontraba Carrasco, que venía en sentido contrario, en dirección a las oficinas.

—¿Dónde vas? ¿No tenías que ir a acompañar a los americanos a visitar las instalaciones? —me preguntó.

—¿Y tú? Se suponía que tú también debías estar con ellos.

—Tenía visita con el urólogo. Ya sabes, a ciertas edades no queda más remedio que revisarse la próstata —me dijo sonriendo cínicamente, levantando el dedo índice de su mano derecha y girándola como si fuera un taladro. Carrasco tenía la habilidad de hacerme reír hasta en los peores momentos.

—Pues no te lo vas a creer. Me han despedido —anuncié gravemente.

Carrasco se quedó petrificado, como si en lugar de haberme visto a mí hubiera mirado directamente a los ojos de la diosa griega Medusa.

—¿Qué me dices? Eso no es posible... No es... ¡Tú ibas a ser director general y Sabaté iba a quedar como segundo dirigiendo la delegación de Barcelona!

—¿Có... co... co... co —cacareé como una gallina clueca—... mo dices?

—Sí. Ayer, cuando iba a irme para mi casa tras entrevistarme con los americanos, tropecé con José Antonio Márquez, el secretario corporativo. Él tenía que esperar hasta que los americanos terminaran de entrevistarse contigo para ir luego a cenar con ellos para cerrar el negocio junto con el jefe, el financiero y el asesor legal. Me propuso ir a tomar unas cañas para hacer tiempo. Nos tomamos un par de jarras y, por curiosidad, le pregunté si sabía los cambios que iba a haber. Como somos buenos amigos, me confesó confidencialmente la proposición de cargos que iba a hacer el jefe a los americanos. Tú quedarías como máximo responsable de la empresa, pues eres el mejor técnico, sabes gestionar a tu personal y conoces como nadie nuestros sistemas. Sabaté quedaría como segundo, a cargo de la delegación de Barcelona y como responsable comercial.

En aquel momento, el que se había quedado petrificado era yo. A duras penas reaccioné para explicarle cómo me habían comunicado mi destitución. Le conté la conversación que había tenido con nuestro Gran Jefe, el finiquito y el contrato de confidencialidad que me había visto obligado a firmar.

—Hay algo que no me cuadra. Ahora tengo que volver a la oficina. Déjame que hable con José Antonio y, si te parece, quedamos para comer. ¿Te acuerdas de aquel restaurante que nos gustó tanto, cerca del parque de El Retiro, por Alfonso XII? Allí podremos hablar tranquilos y sin que nadie nos vea.

—Sí, ya sé cuál dices.

—Vale, pues nos vemos allí a las dos y media.

—Pero ¿no tienes que acompañar a los americanos?

—Tú tranquilo. Ya me espabilaré.

Las noticias que me acababa de comunicar Carrasco no encajaban en el discurso que me había dado el señor Cabezas para notificarme las razones de mi cese. Según el jefe, yo había metido la pata hasta el fondo, había perjudicado sus intereses económicos al desvelar nuestra relación con los

chinos y me había cubierto de gloria al despotricar permanentemente de los yanquis y ser oído por aquel miserable espía americano. Pero ¿por qué, si yo había sido designado por él mismo como el futuro mandamás de la empresa, había cambiado de opinión? ¿Qué o quiénes habían conspirado contra mí? ¿Sabaté? ¿El suspicaz coronel? Si no tenía suficiente con el misterio del traidor que me había puesto una soberana cornamenta metiéndose en la cama con mi mujer, ahora se me planteaba la incertidumbre de saber quién me había *hecho la cama* en el trabajo para ponerme los cuernos con mi director general. En mi cabeza apareció nuevamente el aviso del horóscopo: «*Cúdate de los idus de julio...*». Recordé la historia de Julio César y me sentí identificado con él, pues yo había sido apuñalado vilmente y por la espalda por alguien; sin embargo, no sabía quién había sido el culpable para poder dirigirle las palabras del célebre romano: «*Tu quoque ¿...?, filli ¿putta?*». Pasé de sentir rabia contra mí mismo y mi propia estupidez a una profunda ira y enojo contra aquellos que me habían traicionado, tanto en mi vida laboral como en mi vida privada.

Para matar el tiempo decidí volver al hotel, recoger mis pertenencias y dejarlas en la consigna de la recepción, para pasar a buscarlas por la tarde, antes de ir a coger el AVE a Atocha. Llamé a Sara usando el teléfono de la habitación, no para comunicarle mi despido, sino simplemente para darle los buenos días, escuchar su voz y sentirme acompañado. Pero, tras varios tonos de señal, saltó el contestador automático y no quise dejarle mensaje. Recordé entonces que ella había quedado con Carles para comer. ¿Por eso no me cogía el teléfono? ¿Porque estaba entretenida divirtiéndose con su pareja de baile? Tuve la sensación de que los cuernos crecían en mi cabeza igual que la nariz de Pinocho cuando mentía.

Indignado, salí en dirección al Retiro. A las dos y media, puntual como una sanción de Hacienda, me planté en la puerta del restaurante donde me había citado con Carrasco. Él llegó media hora tarde, lo que me valió una generosa transpiración sudorípara, esperando bajo el asfixiante sol de aquel día, y que a Pijus se le humedecieran las mejillas.

—Disculpa el retraso —dijo mientras se acercaba a mí y me extendía la mano para saludarme—. Me ha costado hablar con José Antonio, pero ya tengo la información. Ahora te cuento, pero primero necesito una cerveza para aclararme el gaznate.

Al entrar en el restaurante, un joven camarero de negro uniforme y blanca camisa nos atendió amablemente.

—Buenas tardes. ¿Van a comer los señores?

—No, mira, venimos a pintar el techo. Vete recogíendome las mesas y tápalo todo con sábanas, que tengo al compañero esperando en la furgoneta y ahora viene con las escaleras. Rapidito que tengo prisa y se me seca la pintura... —ordenó Carrasco. El camarero se quedó paralizado sin saber qué contestar, descolocado ante la respuesta de aquel señor vestido de traje y corbata que señalaba a un pazguato con una camiseta verde con un romano en su pecho. Carrasco, divertido al ver la cara desencajada del camarero, continuó—. Tranquilo, muchacho, es broma. Sí, venimos a comer. Gracias.

El desconcertado camarero nos acompañó hasta una mesa engalanada con delicadeza. De un modo educado nos dejó las cartas del menú. Pedimos urgentemente dos cervezas para aliviar nuestras respectivas pérdidas de líquido.

—¡Qué cabrón eres! Menudo susto le has dado al camarero —le dije a Carrasco sonriendo.

—Sí, pero es que me hacen gracia estas preguntas obvias y retóricas. Es como si yo esta mañana al llegar al urólogo le hubiera dicho: «Hola, vengo a que me mire la próstata» y él hubiera respondido: «Así que viene a que le meta un dedo en el culo, ¿eh, pillín?» —respondió él con aire divertido.

Las dos cervezas que nos trajeron desaparecieron en cuestión de segundos. La mía ni siquiera pasó por mi estómago, pues el alcohol se fue derecho a mi cabeza, la espuma se dirigió hacia mi piel para convertirse nuevamente en sudor y la parte líquida comenzó inmediatamente a ser procesada por mis riñones. Hicimos la elección de nuestras comidas. De primero ambos elegimos paella, como es preceptivo todos los jueves de guardar; de segundo, yo me pedí unas albóndigas y Carrasco, unos gelatinosos pies de cerdo.

Entre mejillón y mejillón, y con algunos granos de arroz en la comisura de sus labios, Carrasco comenzó a narrarme las noticias de las que se había enterado.

—Macho, te han hecho una putada. Me ha costado bastante, pero al final he conseguido ver a José Antonio y le he preguntado directamente qué era lo que había pasado. Me dijo que no podía hablar allí en las oficinas, así que

quedamos para tomarnos un café al cabo de un rato, en el bar de la esquina. — Hizo una pausa para desvestir a la pobre cigala que tenía sobre el plato y poder comérsela. Se rechupeteó los dedos y prosiguió—. Esto ha sido una lucha de poder entre dos facciones y tú has sido el cabeza de turco. Te cuento. —Yo asistía impaciente a sus explicaciones, mientras me peleaba con una almeja para intentar arrancarla de su cocha con mi lengua—. Como ya sabes, todo esto comenzó como una aventura de negocios para conseguir otras fuentes de ingresos, aparte de los fondos que nos inyecta el Estado a través la Secretaría de Investigación y Desarrollo. Tú hiciste una apuesta de futuro con los chinos y Sabaté, con los americanos. Ambas propuestas contaban con el visto bueno del director general. Durante unos días se valoró la posibilidad de llevar ambos negocios en paralelo; sin embargo, con el tema del escándalo del secretario para Investigación y Desarrollo, todo se precipitó. —Carrasco hizo un inciso y también precipitó un poco de vino en su esófago para pasar el buche de granos de arroz que tenía en su boca.

—¿Y?

—Bueno, pues que cada uno ha estado buscando su propio beneficio para salir lo mejor parado posible de la situación. El jefe buscó una salida para evitar que le salpicara el escándalo del secretario de Investigación y Desarrollo, que, como ya sabes, es amigo íntimo suyo. Lo único que ha querido conseguir es vender sus acciones al mejor precio, obtener una jubilación con unos fondos de procedencia legal y dejar al margen del escándalo a la empresa. Por tanto, la mejor opción era que los americanos le compraran todas las acciones. También es cierto que, aunque se retira definitivamente, no quería dejar que la compañía que creó de la nada hace cuarenta años se hundiera. A fin de cuentas, es como si fuera su hija.

—Sí, eso fue lo que me explicó.

—Pero lo que no te contó fue que su plan inicial era nombrarte a ti director general y a Sabaté dejarlo como segundo en la delegación de Barcelona. Ya sabes que el jefe es un tipo astuto, conoce a Sabaté y sabe perfectamente que no es la persona indicada para el máximo puesto; sin embargo, confiaba más en ti. Pero Sabaté ha sabido moverse en la oscuridad. Esta propuesta de cargos también estaba apoyada por José Antonio, pues es un tipo cabal, lógico y consecuente, conoce tu forma de trabajar y cómo funciona tu departamento en Barcelona. Además, no soporta a Sabaté. Sin embargo, Gómez, el director

financiero, no estaba de acuerdo y proponía que fuese Sabaté el director general.

El camarero trajo los segundos y retiró nuestros platos de paella, vacíos de granos de arroz y repletos de cáscaras de marisco. Mientras Carrasco seguía con su exposición, yo comencé a zamparme las albóndigas, que inflaron los cachetes de mis mofletes e hicieron que pareciera un hámster con el buche lleno.

—No sé si lo sabes, pero Gómez es buen amigo de Sabaté y es casi su perrillo faldero. A Gómez le interesaba que Sabaté fuera el nuevo jefe, pues lo dejaba a él casi como segundo de a bordo, mientras que, si salías tú como nuevo director, él iba a quedar como un cargo secundario. Así que ayer, cuando Sabaté salió de su entrevista con los americanos, Gómez fue a su encuentro y le contó la propuesta de cargos que iba a hacer el director general a los yanquis. Parece ser que Sabaté montó en cólera, pues consideraba que el puesto de máximo jefe debía ser suyo, que para eso se había currado el negocio con los americanos, y trató de localizar al señor Cabezas para hablar con él.

—Sí, cuando yo salí de mi entrevista con los americanos me los tropecé en la recepción y estaban hablando tranquilamente. Incluso el director nos dio unas palmadas en la espalda a ambos y nos dijo que nos ascendería. —Y recordé indignado que el maldito singüango de Sabaté me había tratado como al mozo de las maletas.

—Efectivamente. Sabaté acababa de encontrarse con el jefe y le dijo que tenía que contarle algunos detalles sobre la negociación, antes de que se fueran a cenar para firmar los contratos. Así que se reunieron brevemente en el despacho contiguo al de José Antonio, pensando que ya no quedaba nadie en las oficinas.

—Sí, eran casi las nueve cuando me los encontré.

—Pues José Antonio acababa de dejarme a mí, después de tomarnos las cervezas. Había subido a recoger sus cosas para ir a la famosa cena y escuchó toda la conversación entre el jefe y Sabaté.

—¿Qué pasó?

—Pues que Sabaté le hizo chantaje. El director está enfangado hasta las cejas con el asunto del escándalo. Gómez le pasó información confidencial y

contable a Sabaté que, si llega a manos de ciertos abogados, implicarían al director general directamente y podrían llevarle, incluso, a la cárcel.

La sorprendente noticia hizo que la albóndiga que estaba deglutiendo se me atascara entre la campanilla y la nuez de la tráquea, lo que me provocó un acceso de violenta tos que propulsó la carnosa pelotilla a través de mis orificios nasales. Carrasco tuvo que levantarse de su silla para darme unas potentes palmadas en la espalda para descongestionarme. Por momentos, pensé que Carrasco iba a tener que hacerme el boca a boca para hacer que recuperara la respiración pero, tras tres o cuatro vasos de agua, conseguí evitar que Carrasco tuviera que darme unos besos de primeros auxilios. Aún medio asfixiado, le pregunte:

—¿Cómo es posible? El director me dijo que él no tenía nada que ver con el asunto del escándalo.

—No esperarías que te confesara que había infringido la ley y darte motivos para denunciarlo, ¿verdad?

—Pero ¿y por qué despedirme? ¿Por qué no dejarme como delegado de Barcelona?

—Sabaté pensaba inicialmente que él iba a ser el director general y tú el delegado de Barcelona; con lo cual te hubiera tenido por debajo y no hubieras supuesto un estorbo. Pero al enterarse de que la cosa iba a ser al revés, vio que la confianza del jefe estaba puesta en ti y no en él, con lo que te consideró un rival peligroso al que valía más la pena eliminar que dejar como segundo, y que algún día pudieras quitarle el trono. Así que forzó al señor Cabezas a que te despidiera y le diera el cargo a él. Las pruebas que Gómez y Sabaté deben de tener han de ser muy claras como para que el director se haya dejado chantajear de esa manera. Aunque, ya sabes, el jefe siempre barre para sus propios intereses personales, así que tampoco creo que le haya dolido mucho tomar esa decisión. Él lo que quiere es jubilarse y salvar el culo.

Yo estaba completamente atónito ante la jugada maestra y rastrera de aquellos dos traidores ejecutivos de primer nivel, capaces de arruinar la vida de cualquiera que se interpusiera entre ellos y sus metas.

—Pero ¿cómo convencieron a los americanos para echarme?

—Fue fácil. Durante la cena, el coronel hizo algunos comentarios sobre los chinos, sobre tu trabajo con ellos y sobre algunas cosas que te oyó decir

cuando íbamos caminando hacia el Sobrinos de Botin.

—¿Sólo por eso? En la entrevista con ellos, el coronel me machacó a preguntas sobre mis ideas políticas y sobre los chinos, pero no creo que fueran suficientes para mi despido. Míster Morgan estaba impresionado con mi trabajo.

—Sí, bueno. A mí también me acojonó, presionándome por saber mis ideales, pero creo que es una táctica que usa con todo el mundo para asustarlos y ver de qué pie cojean. Lo que pasa es que el director utilizó bien la información que le diste a los americanos sobre los chinos para jugar sus propias cartas.

—Pues según él, por mi culpa, perdió dinero en la venta de las acciones.

—¡Desde luego, el tipo es un *crack*! Te despide y encima te hace creer que eres el culpable de tu propio despido para que cojas el finiquito, firmes el contrato de confidencialidad y te largues de allí sin rechistar.

—¿A qué te refieres?

—Pues que aprovechó la noticia de tu trabajo con los chinos para conseguir matar dos pájaros de un tiro. Los americanos, al saber que estábamos en negociación con los chinos, no quisieron que éstos tuvieran la posibilidad de pujar por comprar las acciones de la empresa y le ofrecieron un precio final al jefe muy superior al que habían pactado inicialmente, con lo que el negocio le ha salido redondo. Y aprovechando la información de que tú habías estado en China y los comentarios que había hecho el coronel, les puso tu cabeza en una bandeja de plata, diciéndoles, poco más o menos, que tú eras un rojo comunista que dormía con la biografía de Lenin y el *Libro Rojo* de Mao bajo la almohada.

—¡Hijo de....! —me contuve

—Sí, sí, puedes decirlo tranquilamente.

—¡...PUTA! —me desahogué. No pude evitar que aquella soez palabra retumbara entre las paredes del restaurante y que todos los comensales allí presentes dirigieran sus miradas de reproche hacia mí, mientras alguna madre tapaba las orejas de algún pequeño párvulo y trataba de explicarle que aquellas cosas feas no se decían y que yo era un maleducado.

—Lo siento mucho por ti. Hubieras sido un gran jefe —trató de

consolarme Carrasco.

—¿Cómo se puede ser tan rastrero? Ahora entiendo el discurso que me echó el señor Cabezas y que me acompañara por toda la oficina hasta el despacho de Recursos Humanos. No quería que hablara con nadie para evitar que me enterara de todo eso y que firmara el finiquito y el contrato sin poner ningún inconveniente. Si no llego a encontrarme contigo, nunca lo habría sabido.

—Sí. Aunque ya no puedes hacer nada, al menos has podido saber que no eres culpable de tu propio despido.

—Pero puedo denunciarles.

—Lo dudo. Primero porque que no tienes pruebas y segundo porque me imagino que en el contrato de confidencialidad seguro que hay alguna cláusula en la que te impide realizar algún tipo de acción judicial contra ellos, so pena de que quieras perder el dinero que te pagan por mantener la boca cerrada.

—Pero podría hablar con Márquez para que me ayudara. O tú mismo... — insistí.

Carrasco guardó silencio y me miró como quien mira a un orate que no sabe lo que está diciendo. Sus ojos hicieron que me sintiera como un loco de un pabellón psiquiátrico que trata de desligarse violentamente de su camisa de fuerza al tiempo que grita incongruencias sin parar. Su rostro me lo dijo todo.

—Ya, ¡claro! ¡Qué estúpido soy! Nadie va a mover un dedo por mí. —Caí, por fin, en la cuenta.

—Entiéndelo. Ninguno podemos jugarlos el puesto de trabajo sin tener pruebas claras de lo que te acabo de decir. Lo único que conseguiríamos es que nos despidieran. Y más ahora que Sabaté será el director general. — Carrasco tenía razón. No podía forzarlo a luchar por una causa perdida. No hubiera sido justo para él. Bastante se había arriesgado ya con el hecho de haberme desvelado aquella información.

En mi estómago, las gambas y las cigalas de la paella debían estar jugando un partido de fútbol utilizando las albóndigas como pelotas, pues comencé a sentir unos terribles ardores. Terminamos de comer y Carrasco, generosamente, pagó la cuenta. Nos despedimos con un entrañable abrazo, no sin antes apuntarme su número de teléfono particular en una de sus tarjetas del

trabajo, para seguir manteniendo el contacto personal.

Nuevamente volví a pulular sin rumbo fijo. Me introduje, inconscientemente, en el parque de El Retiro por el paseo del Paraguay, atravesando la puerta de Felipe IV y el increíble jardín de El Parterre. A aquella calurosa hora apenas si circulaba gente por sus paseos. Me crucé con una espectacular mujer rubia, con pantalones cortos y generosos escote. Automáticamente enfoqué mis ojos hacia ella. Mientras pasaba a mi lado en sentido contrario, fui girando el cuello hasta que llegó al tope que permitían mis cervicales. Llegado a ese punto, comencé a rotar el resto del cuerpo, sobre todo para evitar desnucarme, y le eché un vistazo a su silueta posterior. Me sorprendí a mí mismo mirándole el culo a aquella chica, a pesar de que mis preocupaciones eran otras completamente. Estaba claro que mi cerebro racional y mi cerebro instintivo tenían intereses diferentes.

De repente, había pasado de estar en la agradable compañía de Carrasco a quedarme solo y rodeado de mí mismo por todas partes, sin escapatoria posible, deprimido ante el trauma que me producía la puñalada vil y trapera que me había asestado la empresa a la cual había dedicado siete años de mi vida. Horas extras sin remunerar, donadas sin rechistar, vacaciones pegado al teléfono para solucionar problemas que yo sólo podía resolver, roces matrimoniales debido al poco tiempo dedicado a la pareja y peleas por el tema de tener hijos. Me creía imprescindible para el buen funcionamiento de mi departamento y, de buenas a primeras, ¡a la rúe! ¡A la calle sin contemplaciones! ¡Sólo para que los grandes jefes pudieran conseguir sus propios objetivos!

Me planteé que para el próximo empleo que encontrase, si es que con aquella crisis universal galopante era posible hallar uno decente, me tomaría las cosas de manera diferente, sabiendo disfrutar de la vida y no esclavizado por conseguir unos *targets* de productividad, eficiencia y beneficios. A mi empresa sólo le había interesado mi cerebro para rentabilizarlo al máximo, hasta que, exprimido como un limón, dejó de gustarle su sabor para tirarlo a la basura y, como a los zombis de las películas, buscar uno nuevo que devorar.

Enojado con estos pensamientos, paseé por todo El Retiro procurando tranquilizarme. Caminé entre las rojas y florecidas flores de La Rosaleda, rodeé el brillante y fantasmal Palacio de Cristal y terminé por apalancarme en las barandillas del estanque central, donde una solitaria barca surcaba sus

aguas, impulsada por la fuerza motora de los dos brazos de un buen mozo que trataba de demostrar a su enamorada pareja su habilidad para manejar el bote. Sin embargo, el chaval tenía más fuerza en una extremidad que en la otra, con lo que el barquito navegaba dando círculos sin ir a ninguna parte.

Finalmente, agotado por el pateo, el cabreo y el papeo, paré a descansar en uno de los bancos románicos de El Retiro, colocado bajo una frondosa sombra, me desplomé sobre sus maderas y las hice crujir ligeramente. Más que sentarme, me desparramé. Me coloqué en el centro con los brazos extendidos sobre la parte superior de mi recién adquirido trono, no sólo porque era una postura cómoda, sino porque así también oreaba el sobaquillo que, con el bochorno que hacía, venía secretando sudor. Extendí mis piernas en forma de uve, mientras Pijus seguía sonriendo, molón, en el centro de mi pecho, y dejé caer ligeramente hacia atrás mi cabeza, apoyada sobre el respaldo del asiento.

¡Maldito Sabaté! Ansiaba tanto el poder como para eliminar a cualquier rival que se le pudiera poner por en medio. ¡Y el director general! No le importó deshacerse de uno de sus mejores hombres para conseguir salvarse de sus propios sucios negocios. Yo no había caído en el campo de batalla abatido por el fuego enemigo ni las tropas aliadas, sino fusilado por la espalda por las balas traicioneras de las armas de mi propio ejército. ¡Malditos bastardos! ¿Qué podía hacer para vengarme? Sabaté lo había urdido todo y había hecho que me ejecutaran, y el Gran Jefe no había movido ni un dedo para defenderme. Tenía que buscar alguna forma de devolverles la jugada, pero no se me ocurría cómo.

Envuelto en esa nube de pensamientos, y en una calurosa temperatura de treinta y cuatro grados a la sombra, me quedé dormido. Llevaría una hora desconectado del mundo real cuando un impacto en el centro de mi pecho me sacó de mi inconsciencia. Amodorrado, con un ojo medio cerrado y el otro medio abierto, me miré el costillar. Pijus había sido severamente malherido por las deyecciones de una *Columba livia* que, asustada por mis ronquidos, había alzado el vuelo y había utilizado mi camiseta como retrete. Aún sin espabilarme del todo, yo ya estaba profiriendo pensamientos impuros contra la asquerosa paloma e imprecando sonoras blasfemias que hicieron temblar los pedestales de varios santos y algunas vírgenes.

En aquel momento, juré, por la Cuquita del Niño Jesús, que la próxima vez

que recibiera un *mail* prometiendo la felicidad eterna si lo reenviaba a diez amigos so pena de años de penurias si no lo mandaba, lo haría inmediatamente, pues a lo largo de mi vida me habían llegado miles de aquellos correos electrónicos y nunca los había reenviado.

¡No era posible que aquel día estuviera teniendo tan mala suerte!

Procuré limpiarme la camiseta como pude con un pañuelo de papel y el resultado fue nefasto para Pijus, pues su sonrisa quedó marcada por una caries severa y se me volvió tuerto del ojo izquierdo, desaparecido bajo la marca de las heces de ovíparo espécimen. Tras el desahogo contra el pájaro, permanecí sentado en el banco durante un buen rato para sosegarme, inspirando sustanciosas raciones de nitrógeno, oxígeno y argón procedentes del aire que, generosamente, me prestaba la atmósfera. Egoístamente, le devolví dióxido de carbono para contribuir al calentamiento global del planeta. También de paso, y tras unos pequeños retortijones, contribuí con algo de metano para destrozar la capa de ozono. Tras esta última aportación a la Madre Naturaleza, hui presuroso de mi asiento, rezando porque nadie se aproximara a aquel lugar durante un buen rato.

Decidí volver al hotel para ir a buscar mi equipaje y llamar desde allí a Sara, ya que, sin mi *smartphone* de última generación, y dado que en el mundo de las comunicaciones inalámbricas actualmente existente las cabinas telefónicas se han convertido en una especie en extinción, era la única posibilidad que tenía de comunicarme con ella.

Recogí mis pertenencias y probé localizarla en casa, pero nadie respondió. Marqué su número de móvil y volví a escuchar varios tonos, hasta que saltó la grabación del contestador. No le dejé ningún mensaje, primero porque no tenía muy claro qué decirle y segundo porque odiaba *palicar* con máquinas. También intenté hablar con Martina, pero tampoco tuve suerte, así que me quedé sin poder desahogarme con nadie. Los intentos de contactar con Sara y con Martina me devolvieron a mi otra realidad paralela: mis cuernos. Martina no me había servido de mucha ayuda para conseguir desvelar con quién se dedicaba a retozar mi esposa; por tanto, me quedaba claro que tendría que solucionar ese problema por mi cuenta. Sin embargo, aquella situación me podía ayudar a desenmascarar la infamia. Si me presentaba por sorpresa en casa, igual podía pillar a los amantes in fraganti. Sara no me esperaba para esa noche porque se suponía que yo llegaba el viernes. Aunque ella había quedado

ese día para comer con Carles, recé por que éste no se hubiera enterado aún de la noticia de mi despido o, si lo sabía, que no se lo hubiera dicho a mi mujer. También recé por que entre Carles y ella no hubiera pasado nada extra, ya que Sara seguía sin atender mis llamadas y las sospechas volvían a atenazarme.

Así pues, los idus de julio podían llegar a convertirse en el peor día de mi vida: despedido y, con un poco de suerte, ¿buena o mala?, descubrir con quién me la pegaba mi mujer. Volví a recordar el puñetero horóscopo: «*Como la lunación se produce en el signo de Cáncer, seguramente las cuestiones familiares o relativas al hogar van a sufrir una transformación...*».

Y tanto que iban a sufrir una transformación.

Salí del hotel y me fui hacia la estación de Atocha. Como aún era pronto para coger el tren, me dediqué a pasear entre medias del jardín tropical que alberga la terminal. Durante un buen rato estuve espiando a las decenas de curiosos quelonios, intentando comprender qué clase de bicho se ocultaba bajo aquellos verdosos caparazones, y casi sentí envidia de ellos, porque eran animales sin preocupaciones, salvo comer, dormir y reproducirse. ¡Qué felicidad! Reflexioné y pensé en la enorme diferencia que había entre ellos y nosotros los humanos, estresados por nuestros trabajos, que nos complicábamos la vida continuamente con problemas superfluos y que sufríamos constantemente por conseguir dinero de cualquier manera para satisfacer necesidades creadas por nosotros mismos. ¿Quién era el animal inteligente? Maldije al primer mono que se bajó de un árbol para evolucionar hasta llegar a nosotros, el *Homo sapiens*.

Llegó la hora de la salida. Subí por las pasarelas que conducen al primer nivel para pasar los puestos de control. Quemé veintitrés calorías, que no me sirvieron para reducir el tejido adiposo de mi abdomen. Esa vez atravesé el condenado arco magnético sin que me acusara de nada. Bajé a los andenes y me introduje en el Pato, la serie 102 del AVE, llamado así por el pico achatado de la máquina locomotora, diseñado de esa manera para mejorar la resistencia al aire y reducir la contaminación acústica cuando alcanza su máxima velocidad de 350 kilómetros por hora. Entré en mi vagón de clase club. Al menos, la empresa había tenido el detalle de despedirme con elegancia: me empaquetaban de vuelta a casa con la tarifa más selecta.

Nada más ingresar en el tren, una amable azafata me ofreció una copa de cava, que acepté inmediatamente, mientras, sorprendido, curioseaba las características de aquel compartimento. El vagón, más pequeño que el resto, tiene pocas plazas, pero muy cómodas. Los asientos son de cuero negro, con enchufes para móviles y ordenadores, y la distancia con el pasajero de delante es mayor de la normal, lo que permite estirar cómodamente las piernas. En la parte trasera existe una pequeña sala de reuniones con seis sillones enfrentados que permiten tener encuentros laborales durante el trayecto. Todo pensado para hacer el viaje lo más confortable posible a los grandes hombres de negocios del país. Sin embargo, pronto descubrí quiénes eran los clientes habituales de aquel exclusivo servicio cuando cuatro individuos, impolutamente vestidos con sus trajes y corbatas, se apalancaron en cuatro de las poltronas de la salita y empezaron a trasegar *gin tonics* como auténticos cosacos.

—¡Qué pesadilla! Menudo rollo ha soltado el ministro de Agricultura. — Resopló el más orondo de ellos, al cual la corbata, como una corta serpiente, se le ondulaba sobre la generosa tripa en la que se apoyaba.

—Sí, un poco más y no me deja intervenir. Casi no llego a coger el tren — contestó el que se encontraba a su derecha.

—¿Pactaréis con el Gobierno para aprobar la ley? —Se sumó a la conversación un tercero, de mayor edad que los otros dos.

—Bueno, dependerá de qué podamos sacarles a cambio —volvió a contestar el gordo—. Creo que, aparte de financiación extra, igual podemos conseguimos que nos apoyen en las mociones de censura para recuperar los ayuntamientos de Sabadell, Terrassa y Lleida. ¿Y vosotros?

—No lo sabemos aún. También tenemos que pactar con ellos alguna contraprestación —respondió el cuarto individuo, que había permanecido callado hasta el momento—. Por cierto, Lleida es nuestra, así que igual intentaremos que el Gobierno nos apoye a nosotros y no a vosotros —dijo riéndose, tratando de hacer una broma.

¡Políticos! Aquellos que instaban al resto de la población a hacer esfuerzos económicos y a ajustarse el cinturón en tiempos de crisis, *daban ejemplo* ahorrando dinero a las arcas del Estado viajando en la clase *más económica* de nuestro mejor sistema ferroviario. Me desconecté de aquella

conversación para evitar irritarme aún más.

De repente, una imagen vino a mi cabeza: ¡Sabaté con Elisa! ¡Las fotos! Tenía que rescatar aquellas fotografías para, al menos, vengarme de Sabaté de alguna manera. Las había sacado con el móvil y me las había reenviado a mi correo particular, así que sólo era cuestión de revisar mis *mails*. Me quedaba claro que no me servirían para recuperar mi puesto de trabajo ni ser el director general de la empresa, pero sí para poder jorobarle su vida familiar. Me apunté aquella nota mental en mi lista de *Venganzas Pendientes*.

La locomotora arrancó y comenzó la película de turno. Opté por verla para entretenerme, no pensar en mis propias tribulaciones y hacer más ameno mi viaje de vuelta a casa. Intenté una decena de veces insertarme los auriculares para escuchar el audio del largometraje, pero rápidamente desistí, pues no había manera de que se quedaran fijados en los lóbulos de mis orejas. El del lado izquierdo siempre se salía del hueco entre el trago y el antitrago y caía colgando sobre mi hombro, así que nunca pude tener ambos pinganillos en mis oídos. Para colmo, sólo se percibía el sonido por uno de los microaltavoces. Por tanto, también daba igual tener los dos puestos, ya que sólo uno voceaba. Decidí gastar mis lentillas leyendo los subtítulos en la pantalla, mientras comenzaba a dar buena cuenta de la cena que me acababan de servir.

El film duró una hora y cuarenta y cinco minutos. Narraba las peripecias de una profesora superguay de un instituto americano. Esta mujer se ganaba a unos indómitos y simpáticos alumnos que al principio de curso asistían a clase armados hasta los dientes y al final terminaban todos compadreado entre ellos y bailando rap. Las moralejas que conseguí extraer fueron varias.

En primer lugar, concluí que en EEUU, la única asignatura que se imparte en los centros docentes es Literatura. Ni Matemáticas, ni Física, ni Químicas. De Plástica ni hablar y el Inglés ya se lo saben, que para eso son angloparlantes. Latín y Griego son lenguas muertas, así que *pa'qué*. Total, que supuse que en USA solo daban Literatura y que se sabían las obras de William Shakespeare de memoria, que Macbeth, Hamlet y Oteló el Moro eran coleguitas de toda la vida de los estudiantes y que el «*tubí ornot tubí*» lo recitaban cosa bárbara. También deduje que el peor insulto que se le puede proferir a un yanqui es el de «gallina». Puedes mentar a su madre y a su familia, pero basta cloquear y aletear con los brazos para conseguir que las vacas vuelen. Y finalmente aprendí que se saben la Biblia al dedillo y que

pueden llegar a hacer verdaderas conversaciones con sus versículos.

Por un momento me puse en situación y me imaginé a mí mismo hablando con el director de la sucursal de mi banco pidiéndole una hipoteca. Éste me diría: «Mi estimado cliente, escrito está: Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. San Marcos 12,17». A lo que yo hubiera respondido: «Sí, pero también dicen las Sagradas Escrituras: Cada siete años ustedes perdonarán las deudas. Deuteronomio 15,1»; y chulescamente apostillaría: «¿Lo sabía..., Makeijan?».

Me olvidé de aquellos extraños pensamientos cuando la megafonía del AVE nos anunció la llegada a nuestro destino: Barcelona Sants. Salí del vagón y abandoné a aquellos próceres representantes de la democracia de nuestro país, que compadrecaban entre ellos a pesar de pertenecer a formaciones políticas diferentes y a defender distintas formas de pensar.

Cogí un taxi y me fui para casa. Mientras iba siendo transportado por mi chófer particular, le daba vueltas a la terrible jornada que había tenido esa mañana, con un despido que había desmoronado los cimientos de la parte laboral de mi vida, pues yo había centrado mi propia realización y crecimiento personal en mi trabajo; lo había convertido en la esencia de mi existencia. De buenas a primeras, me encontraba perdido, desorientado y sin saber cómo canalizar y expresar la rabia que sentía contra las sabandijas que me habían utilizado y tirado a la basura, como si yo hubiera sido un resto de comida ya podrida.

También, durante aquel trayecto comencé a ser consciente de que mi vuelta al hogar podía suponer que la otra parte de mi vida, la sentimental, se viniera abajo, si me tropezaba con lo que me imaginaba que podía encontrarme. Aunque no pillara a Sara con alguien aquella noche, de todas formas tendría que hablar con ella para aclarar nuestra situación; así que, seguramente, aquellos pilares no tardarían en caer.

Con este último pensamiento en la cabeza, le solicité al taxista que se detuviera algunas manzanas antes de mi chalet, de manera que la presencia de aquel vehículo no me delatara, tal y como había ocurrido a mi llegada de China. Ya eran las doce y media de la noche cuando el conductor se detuvo para depositarme en mi destino. Cogí mi equipaje y me dirigí caminando hacia mi domicilio. Decidí no arrastrar el maletín por la acera para evitar el ruido

de las ruedas, rítmico y ronroneante al rascar el rudo terreno, y lo llevé sosteniéndolo en las manos de manera que Sara no pudiera oírme al aproximarme. Sigiloso, abrí la puerta de la cerca, atravesé nuestro pequeño jardín, dejé el equipaje sobre el césped y accedí a la casa.

Rápidamente todos mis sentidos se pusieron en alerta para captar cualquier extraña señal que pudieran percibir. El primero que se puso manos a la obra fue la vista, pues antes de que yo pudiera accionar el interruptor y encender la lamparita de la entrada, mis ojos ya pudieron localizar un foco de luz. Al fondo, en el comedor, sobre la mesa central, dos mortecinas velas soportaban la danza del vientre de dos pequeñas lenguas de fuego, que habían consumido prácticamente toda la cera. En penumbra, me descalcé, crucé el recibidor y me aproximé al comedor, procurando que el parqué no me delatara con algún quejumbroso crujido. Sobre la mesa quedaban los restos, que no habían sido recogidos, de una cena para dos comensales. Los platos sucios, con las cuberterías sobre ellos, y un par de copas con posos de vino contemplaban, hipnotizados e inmóviles, las dos llamas que ardían cansinamente. Las servilletas, abandonadas de cualquier manera, colgaban ligeramente del borde del tablero.

Aquel desorden hubiera sido más propio de mí, pues cuando Sara tenía que viajar a alguno de sus congresos de pediatría y yo me quedaba de Rodríguez, era habitual que uno pudiera tropezar con algún calcetín-bomba o algunos calzoncillos-trampa abandonados por mí sin miramientos en cualquier punto de la geografía hogareña. Pero aquel pequeño caos no era propio de Sara, pues, cuando ella estaba en casa, imperaba el orden. Sin embargo, el sentido de la vista siguió haciendo su trabajo y detectó algo que hizo que comprendiera por qué aquel urgente abandono del menaje sobre el mantel. Un vestido de mujer yacía sobre el asiento de una de las sillas. Era uno de aquellos trajes que yo le había encontrado a Sara en el armario a mi vuelta de China. La parte de la falda estaba tocando el suelo mientras que la tela diseñada para cubrir el torso se doblaba sobre el cojín. Parecía como si a Sara la hubieran desnudado mientras estaba allí sentada. A pesar de que me había estado concienciando para encontrarme con aquella situación, la indignación hizo hervir mi cuerpo y más cuando mis pupilas se posaron sobre un detalle que me había pasado desapercibido. Una botella de vino de Rioja, prácticamente vacía, se hallaba en el centro geométrico de la mesa. ¡De la

marca que Romén solía llevar a casa! ¡Y Romén había estado aquella tarde con Sara para darle un masaje! Pero ¿qué tipo de masaje? La temperatura de mi interior estaba alcanzando cotas propias de una estrella Gigante Roja, así como el resto de mi cuerpo, que empezaba a tomar esa misma tonalidad.

En aquel momento, el sentido del oído me sacó de mi abstracción. Una risa de mujer y algún chirrido de muelles de cama resonaron sobre mi cabeza. Me deslicé descalzo por el parqué, en dirección a la escalinata, sin realizar ningún ruido, para que mis orejas pudieran escuchar nuevas ondas acústicas procedentes del primer piso. Llegué hasta las escaleras y subí los escalones uno a uno, apoyando los pies en los peldaños con la punta del dedo gordo, a modo de bailarina de *ballet*, para evitar generar cualquier sonido que espantara a mis presas. A ciegas, me moví por el pasillo y me acerqué progresivamente hasta nuestra habitación. El sentido del tacto me comunicó que mis patas habían localizado algo. Parecía una prenda de ropa. Para evitar agacharme, agarré aquel trozo de tela haciendo pinza con los dedos gordo e índice de mi pezuña, doblé la rodilla y me lo llevé hasta la altura de mis manos. Tras nuevas palpaciones, detecté que aquello eran unas bragas.

El olfato me indicó que algo olía mal y no era precisamente aquel escueto retal de lencería diseñado específicamente para tapar escasamente ciertas partes íntimas. La película que estaba montando en mi cabeza comenzaba a ser de terror: Romén había ido a mi casa a darle una sesión de acupuntura a Sara pero, de paso, había llevado una botella de vino para cenar con ella. Tras verle su redondito culo para clavarle las agujas, habían comido elegantemente vestidos y, con la pasión del alcohol, Romén había desvestido a Sara en el comedor, prácticamente con el último bocado del postre. Medio desnuda, habían subido hasta la planta primera, pero Romén, salido como un mono, le había quitado las bragas antes de entrar en nuestros aposentos. ¡Y el final de la película estaba a punto de verlo! Los pelos del cuerpo se me engrifaron como los de un gato furioso.

El sentido del gusto me informó de que, si traspasaba los umbrales del dormitorio marital, la escena con la que me iba a encontrar me dejaría mal sabor de boca. Me arrimé a la puerta de la estancia, pegando la oreja, tratando de descubrir algún indicio de conversación o movimiento en el interior, pero no escuché nada.

Sin más contemplaciones, empujé la puerta súbitamente.

El panorama con el que me encontré no era de conversación; más bien era de movimiento, mucho movimiento, el cual se vio abruptamente interrumpido por mi violenta irrupción en la alcoba. Aunque mis cinco sentidos ya me habían advertido previamente de aquello con lo que podía toparme, no di crédito a la realidad.

El caballero, por no denominarlo de otra manera, que se encontraba sobre mi mujer se desacopló rápidamente de ella y, a una velocidad vertiginosa, se ocultó completamente bajo las sábanas. Aunque la acción transcurrió tan rápidamente que no pude apreciar ningún detalle de su cuerpo, mis ojos habían captado un dato importante antes de que se tapara del todo.

¡Tenía el pelo rubio! ¡¡¡¡Raúl!!!!

Aferrado al pomo de la puerta, rígido, tenso, mirando fijamente a Sara, con las pupilas dilatadas como un gato en la oscuridad; y al contrario que en el ascensor de mi oficina, donde había sido asaltado por ocho emociones que me mantuvieron catatónico durante largos minutos, fui arrebatado por una única emoción, la ira, que se manifestó en modo «*Furia de Titanes*». Por tanto, en lugar de quedarme en *stand-by* (o *quieto-parao*) mi cuerpo reaccionó. Me cargué el pomo de la puerta al que me encontraba asido, me acerqué al lado de la cama donde se encontraba el delincuente y me expresé utilizando lo mejorcito del léxico chino, con un potente chorro de voz de centenares de decibelios que hicieron temblar las paredes y los cimientos de toda la casa y hasta produjeron olas en la piscina:

—¡RAÚL!, ¡妓女! ¡叛徒,了你的母 出生! —insulté a la forma humana que se ocultaba bajo la sábana.

—Cariño, no es lo que parece —consiguió decir Sara atemorizada, como reflejo instintivo y con un imperceptible hilillo de voz.

—¿QUE NO SE PARECE A QUÉ? ¿A LA REPRODUCCIÓN DEL MANDRIL? ¿A UN NUEVO SISTEMA DE REANIMACIÓN DE PRIMEROS AUXILIOS DENOMINADO BOCA-TETA? —Si yo hubiera sido Sherlock Holmes, le hubiera soltado a mi estimado colaborador una frase del estilo: «Elemental, doctor Watson. Dos y dos son cuatro. Esto es una canita al aire y sí, es lo que parece».

—No, no... Te lo puedo explicar. Te lo iba a contar, pero... —terminó de balbucear Sara, con una expresión mezcla de miedo, culpa y tristeza.

Yo no hacía caso a las palabras de mi mujer y sólo pensaba en sacar de la cama a aquel musculitos que me la había metido doblada. Me daba igual que tuviera unos bíceps como pelotas de baloncesto y unos pectorales capaces de aplastar mi cabeza con un abrazo. En aquellos momentos yo estaba poseído por una fuerte pasión irracional y estaba dispuesto a partirle la cara a aquel Goliat, así que tiré con fuerza de la sábana que lo ocultaba y lo dejé completamente al descubierto.

El mundo se paró. Para mí, la Tierra dejó de girar en ese instante. Mi corazón dejó de latir. La explosión de energía de la Gigante Roja en la que me había convertido pasó a transformarse, instantáneamente, en la frialdad y la lividez de una Enana Blanca. El tiempo se detuvo. Me volví sordo y no escuchaba absolutamente nada, a pesar de que Sara estaba diciéndome algo.

La imagen que llegaba a mis retinas era estática, inmóvil, como si mis ojos hubieran detenido la grabación del movimiento y la vida real estuviera en modo pausa. Todo me parecía una fotografía en tres dimensiones. Sara estaba sentada sobre la cama, tapada hasta la cintura, con las mandíbulas desencajadas, los ojos completamente desorbitados y con los pechos apenas ocultos por su brazo derecho, con cuya mano trataba de taparse la boca. A su lado yacía un pálido ser humano, del mismo tamaño que el de Sara... ¡Y con el mismo sexo que el de Sara! Pero eso no era lo peor... Lo peor era que la cabeza de aquel primate correspondía a... ¡Martina!

Sus ojos azules brillaban, dilatados al máximo, ante mi presencia. Sus preciosos labios aparecían arrugados, en una inequívoca expresión de culpabilidad, y sus brazos trataban de ocultar su bonita desnudez. Sufrí un vahído, el suelo se movió bajo mis pies, como el de un barco en plena tormenta, y tuve que dar un paso hacia atrás para evitar desmayarme allí mismo. Espeté un fuerte resoplido y dejé mi organismo completamente vacío de gases. Lentamente, a trancas y barrancas, dando marcha atrás, terminé por caer sentado a los pies de la cama, mientras Sara y Martina se cubrían con la sábana y se recostaban contra el cabecero. Me llevé la mano a las costillas de mi lado izquierdo, con la intención de sostener mi corazón y que mi miocardio no sufriera un infarto. Con la boca abierta aspiré todo el aire que me fue posible para oxigenar mis neuronas, que se negaban a aceptar la información que estaban recibiendo del exterior.

Hiperventilé.

Los tres permanecemos paralizados durante unos segundos, mirándonos fijamente como si estuviéramos compitiendo por ver quién dilatava más sus pupilas. Finalmente, empecé a escuchar lo que me estaba diciendo Sara:

—Cariño, iba a... iba a contártelo el día que fuimos a la playa pero... pero... no tuve valor de... —sollozó mi mujer.

—Pero... pero... pero... —Tartamudeé señalando lenta y asombradamente a Martina con mi índice de la mano derecha—. ¡Somos amigos! ¿Cómo has podido, Martina?

—Lo siento. Lo siento mucho —lloró Martina—. Íbamos a decírtelo, pero no sabíamos cómo. Sara lo intentó el día de la playa, pero se asustó... Yo no quise decirte nada, porque creía que lo más lógico era que tenía que ser Sara quien te lo contase. Me pareció que lo más fácil era decirte que yo estaba saliendo con alguien de las clases de tango y que le preguntaras a ella quién era esa persona. —Las palabras salían de la boca de Martina mientras las lágrimas corrían paralelas a su nariz—. Pero luego me contaste que habías pillado a alguien saliendo desnudo de tu casa..., y entonces te dije que le preguntaras a Sara directamente con quién estaba saliendo ella, para evitarte más sufrimiento.

—Sí. En la playa no quise decirte nada porque no quería hacerte más daño tras decirte que no sabía lo que sentía por ti... —continuó Sara, con la misma carrera de lágrimas que Martina sobre su linda carita—. No sabíamos que nos habías pillado aquella noche juntas. Martina me contó la conversación que había tenido contigo antes de irte a Madrid y decidí que te diría la verdad en cuanto volvieras.

Yo también participaba en la competición de carreras de lágrimas y aspiración de mocos, y aún no daba crédito a que mi mujer hubiera salido del armario y me hubiera dado con la puerta en las narices, aunque la realidad era que las dos habían salido al mismo tiempo de sus respectivos armarios, y las puertas de ambas me habían aplastado entre medias. Las preguntas se me agolparon en la cabeza y salieron de mí, todas de golpe, reivindicando la heterosexualidad de mi esposa y negando la realidad que estaba presenciando.

—Pero ¿Raúl? ¿Romén? ¿Carles? Yo sospechaba de ellos.

—Ese fue otro de los motivos por el que quería decírtelo a tu vuelta de

Madrid —respondió Sara—. Martina también me contó que sospechabas de ellos y no me parecía justo que pudieras culpar a alguno de nuestros amigos.

—Pero, cuando llegué de China, tenías unas copas de vino escondidas —exclamé mirando hacia el armario, mientras en mi mente se forjaba la imagen de mi propia esposa saliendo de él completamente desnuda y proclamando abiertamente su homosexualidad—, que luego vi en el coche de Raúl el día que fuimos al gimnasio. Es más, tienes unas mancuernas escondidas ahí. Por eso pensaba que Raúl estaba contigo

—¿Viste las copas? —me preguntó Sara. Consciente de la obviedad de la respuesta, continuó—. Raúl se ha comportado como un bendito y de hecho te ha defendido bastante, aunque no ha querido intervenir. —Miré a Sara desconcertado—. Con Raúl tengo mucha amistad y sabe lo mío con Martina desde el principio. El día que llegaste, escondí las copas y la ropa de Martina en el armario para que no las vieras. —En aquel momento comprendí por qué no había podido localizar ninguna prenda masculina abandonada por el suelo a mi llegada de China. Con las prisas, Martina había salido huyendo completamente desnuda, mientras que Sara ocultaba el vestido y los zapatos de Martina entre sus propios trajes. No hay mejor lugar para esconder un árbol que el propio bosque y por eso yo había pensado que Sara se había comprado ropa nueva—. Al día siguiente, mientras desayunabas, decidí llevarme las copas para que no las encontraras. Raúl pasó a recogerme aquel día para ir al trabajo, así que se las dejé a él porque no quise tirarlas a la basura... Eran de mi abuela. Y me las guardó hasta que tuve oportunidad de recuperarlas.

—De hecho —intervino Martina con los ojos enrojecidos—, Raúl estuvo hablando conmigo el día de la cena de tu bienvenida de China para que te dijéramos cuanto antes la verdad, porque no le parecía justo lo que te estábamos haciendo. —Y recordé que había visto a Raúl y a Martina charlando aquella noche en el jardín de casa, pensando que aquel le estaba haciendo una sesión de culturismo para impresionarla con sus recios músculos. También comprendí por qué me había dicho en el gimnasio que Martina no era su tipo. Era obvio. Raúl era un macho machote y Martina... Martina era... era... ¿¿también??

—Y las mancuernas que están en el armario son su regalo de cumpleaños, que es a final de mes, y las tengo ahí guardadas —moqueó Sara.

—¿Y Romén, con sus masajes y esas botellas de vino que te trae y que están por todas partes? ¿Y Carles? Iba contigo a bailar y luego se quedaba a solas contigo cuando hacías cenas con los amigos... —pregunté tristemente, por aclarar las dudas que aún tenía en mi cabeza.

—Romén es un hombre feliz. Él no sabe nada de esto. Seguramente, si lo hubiera sabido, ya te lo habría contado. ¡Es tu mejor amigo! —exclamó Sara—. Es verdad que siempre trae el mismo vino, porque es un detallista y sabe que me gusta mucho. Los masajes que me hace me alivian mucho los dolores del baile y del gimnasio. Pero sólo eso, me hace masajes y sesiones de acupuntura.

—¿Y Carles?

—Ya sabes que Carles es mi mejor amigo, desde que lo dejamos antes de que empezara a salir contigo, y nos contamos todo... O casi todo. —«Bueno, pues como Martina, que también era mi mejor amiga y me lo contaba todo... O casi todo», pensé amargamente mirándola fijamente, mientras ella bajaba la mirada asumiendo, dolida, su culpabilidad. Sara continuó con su explicación—. Él está pasándolo mal en su relación con Alba desde que tuvieron los gemelos. Alba está absorbida por los críos y, encima, le reprocha que lo hace todo mal. Por eso me propuso ir a clases para aprender a bailar tango con él, para poder tener algún rato de tranquilidad y disfrutar con lo que más le gusta, que es bailar. De hecho, el último día de clase, el día que tú llegaste, se lo pasó fenomenal en la exhibición que hicimos delante del resto de la academia. —Por fin comprendía el maldito *mail* que le había mandado Carles a Sara y que tantos dolores de cabeza me había dado—. Y cuando hacía alguna cena en casa, siempre se quedaba un rato más para poder charlar y desahogarse conmigo, buscando algo de consuelo.

—¿Él sabía lo vuestro? —pregunté señalando a las dos mujeres que me contemplaban como llorosas Magdalenas ante el Cristo crucificado.

—No, nunca se lo dije. Yo estuve saliendo con Carles, y no me atreví a decírselo —respondió Sara.

—Pero ¡tú no soportabas a Martina! No entiendo cómo... ¿Lesbiana? ¿De repente? —Y girando mi cabeza para mirar a Martina, le pregunté también a ella—. ¿Y tú? ¿Desde cuándo? Nunca me dijiste nada. Yo, yo... Eres como una hermana para mí.

—El otro día, cuando hablamos —comenzó a explicarse Martina—, te dije que creía que había encontrado a una pareja diferente. Ya te conté que nunca había sentido que me hubiera enamorado de ninguno de los tipos con los que he salido hasta ahora. Algo me atraía de ellos pero, en realidad, nunca los quise. Simplemente me gustaba hacer las cosas que ellos hacían, me gustaba hacer cosas de hombres, sobre todo conducir sus coches y sus motos. Cuando lo dejé con Luis, me aburría y decidí aprender a bailar tango, porque me gustaba cómo eran los movimientos del baile..., ¡pero los que hacían los hombres! De hecho, como fui sola a clases y faltaban hombres, el profesor me utilizaba como pareja masculina para bailar con las mujeres que iban allí solas y era una delicia para mí. Podía dominar y mandar sobre otras mujeres. ¡Me sentía pletórica! Gracias a las clases de tango he descubierto por qué no funcionaba mi relación con los hombres... Porque la verdad era que... me gustaban las mujeres.

—Y una noche, Carles no pudo ir a clases y fui yo sola. Me asignaron a Martina como pareja masculina —continuó Sara.

—Pero si no la soportabas... —insistí quejumbroso y desconsolado, continuando insistentemente en negar la realidad de la homosexualidad allí presente.

—Cuando me presentaste a Martina como tu mejor amiga, al verla, algo dentro de mí se encendió. Era algo que varias veces, siendo niña, había sentido por otras niñas, pero que siempre había reprimido, pues la educación católica-apostólica-romana que me dieron mis padres no permitía ese tipo de «desviaciones». Yo no podía permitirme ese tipo de sentimientos ni esa atracción por otra persona de mi mismo sexo. Pero cuando conocí a Martina, no pude reprimir mis verdaderas inclinaciones... Sentí una atracción por ella que no sabía cómo explicar. Pero yo... yo era una mujer... No podía ser que otra mujer me atrajera. Y, además, estaba, o yo creía que estaba enamorada de ti. Así que negué mi propia atracción hacia ella. La culpabilicé a ella y traté de mantenerla alejada de mí. El beso que te dio en nuestra boda, delante de mis padres y de todos los invitados, me sirvió como excusa para seguir marginándola y procurar verla lo menos posible. Y así ha sido hasta aquella clase de tango.

—¡Carles me dijo que habíais terminado peleadas!

—Esa fue la versión que le conté —siguió plañendo Sara. Se enjugó los mocos con el ribete superior de la sábana y pronunció con cierto eco debido al llanto—. Pero la verdad es que aquella hora de baile fue la más maravillosa hora de mi vida. Martina me cogió con suavidad, pero me dirigió con firmeza. Nuestros cuerpos se enlazaron en unos sensuales movimientos y pasos, al ritmo de la música. Sentí la hermosura de Martina, su olor, aprecié la belleza de su cuerpo y el calor que le proporcionaba al mío....

—Y a mí me encantó la dulzura y la gracilidad de movimientos de Sara —continuó explicando Martina, que utilizó el ribete contrario de la sábana para sonarse la nariz—. Cómo se plegaba a mis órdenes de baile, cómo se enroscaba con sus pies entre los míos para dar los pasos, cómo su cuerpo se deslizaba rozando el mío. Fue... simplemente maravilloso.

—Después de aquella clase, vinimos a casa, cenamos y... no pudimos evitarlo... —Sara hizo unos ademanes con las manos, intentando explicar mímicamente algo que preferí no imaginarme—. Bueno, ya sabes... Eso.

—¿Y lo de los hijos? Siempre me lo has recriminado —dije, completamente desolado, tratando de buscarle alguna explicación a cómo podía ser posible que ella, ante su estelar inauguración como mujer liberada y homosexual, pudiera desear tener niños.

—Una cosa no quita la otra —me contestó Sara abriendo los brazos, con las palmas extendidas hacia arriba y un racimo de lágrimas corriendo, ya, por sus pechos—. Seguramente negué mis sentimientos y mi atracción por las mujeres porque la educación que me habían dado mis padres exigía que para tener hijos debía estar con un hombre. Pero hoy en día hay alternativas para lograrlo. Además, a Martina también le encantan los niños.

Miré a mi amiga y ésta asintió, moviendo la cabeza de arriba abajo, haciendo saltar las gotas que se le acumulaban sobre el final de su quijada. A mí, de pequeño, también mis padres me habían dado sus propias consignas educativas, entre ellas la de que «los niños no lloran»; pero en aquellos momentos me pasé aquella norma por el forro y me uní a las dos mujeres que más quería en mi vida para ayudar a inundar la habitación a base de lágrimas y mucosidades. Aprovechando que la sábana se había convertido en un pañuelo gigante, usé la parte inferior para secarme los generosos regueros que corrían anexos a mis narices.

Acabado el glosario de explicaciones, revelaciones y reivindicaciones de nuevas orientaciones sexuales, se hizo el silencio. Silencio absoluto. Estábamos oyendo a la perfección el silencio de antes del *big bang*.

Permanecimos inmóviles durante largos segundos. Contemplé a aquellas dos personas que habían sido, hasta aquel momento, las que más había amado. Ni tujían ni mugían. Pijus, ya sin la sonrisa de fumado, debido a la cagada de la paloma, las observaba acusatoriamente con su ojo tuerto. Ellas me miraban con los párpados enfangados en legañas, tras aquella conversación lacrimógena, intentando analizarme, como si yo fuera de cristal y estuvieran intentando indagar en mi interior para ver qué daños había sufrido mi corazón. Permanecí sentado a los pies de la cama, en una postura similar a la de *El Pensador* de Rodin; pero con mucho menos estilo y con bastantes más preocupaciones en mi azotea que en la cabeza hueca del cacho del bello bronce de la famosa escultura.

Las desgracias nunca vienen solas. Efectivamente, aquel día habían venido todas juntas, cogiditas de la mano, para soltarme un guantazo detrás de otro sin compasión. Para completar el ciclo estelar que había sufrido durante aquella secuencia de acontecimientos pasé, del estado de Enana Blanca en el que estaba a encontrarme inmerso en un agujero negro de sentimientos. Mi existencia, en un solo día, se había ido al garete. Algún Dios, Yavhé, Alá, Buda o Shiva había decidido coger mi vida y tirarla por el retrete. Y, no contento con eso, había utilizado la escobilla para darle los golpes necesarios, y asegurarse de que no flotase y se fuera por el desagüe.

Conseguí erguirme, con muchas dificultades, apoyándome en bocanadas de aire, para darle a mis músculos la suficiente fuerza como para mover mi cuerpo. A los pies de la cama, las miré a ambas. A pesar del conjunto de lágrimas que enrojecía las cuencas de sus ojos, las dos estaban preciosas, con sus torsos desnudos sobresaliendo de las sábanas, sus melenas rubias algo revueltas y el pelo que caía sobre sus frentes. Sus bocas, pequeñas y delicadas, estaban rodeadas por las marcas de los sollozos. Tuve la intuición de que besar aquellos labios hubiera sido muy dulce y suave. Y sus ojos, unos castaños y los otros azules, refulgían, y destacaban entre la palidez de sus mejillas y el rubor sus de párpados. Las miré por última vez. Las dos personas que más quería me habían traicionado. Descubrí, entonces, que las relaciones humanas son un acto de fe, un salto al vacío; pero, en mi caso, el paracaídas no

se había abierto y el porrazo contra el final del precipicio había sido morrocotudo.

—Lo siento. Perdóname... —gimoteó Sara. Martina me miró, ladeó la cabeza y apretó los labios, transmitiéndome la misma solicitud de clemencia que acababa de pedirme Sara.

—Yo... no... No sé... Yo... —Mi cerebro trataba de buscar algunas palabras que decir pero, bloqueado como estaba, no localizaba ninguna dentro de las estanterías de mi memoria celular, así que dijo lo primero que encontró entre aquellos diccionarios biológicos—. Me han despedido... —escupí, levantando los brazos, girando sobre mí mismo y abandonando la habitación, arrastrando los pies con el cuerpo arqueado, como un nazareno que carga con una cruz de quinientos kilos.

—Cariño... cariño... —gritó Sara, llamándome con la voz rota por el jadeo propio de los sollozos. Martina también dijo mi nombre repetidas veces, solicitando que volviera.

Bajé, me puse nuevamente las sandalias de verano y me dirigí hacia el garaje con la intención de coger mi coche y abandonar lo que, en apenas unas horas, se había convertido en un castillo del terror para mí.

Sara y Martina aparecieron en lo alto, apoyándose en la barandilla de las escaleras, justo cuando me disponía a abrir la puerta del aparcamiento. Torcí la cabeza hacia arriba.

—Cariño, cariño... A pesar de todo..., yo... yo... te quiero... —El tartamudeo de Sara, dictado desde la planta superior, cayó sobre mí con la misma fuerza que la gravedad podía ejercer sobre una tonelada de ladrillos.

—Y yo, yo también te quiero... Siempre te he querido... Has sido... mi... mi hermano. Podemos seguir siendo amigos... —lanzó Martina aquellas tiernas palabras que, medio desnuda como estaba, me recordaron a flechas disparadas por una bella amazona contra su presa. Sin decir nada, salí de allí, lapidado por las sentidas palabras de mi mujer y asaetado por la cariñosa frase de Martina.

Me metí en el coche y arranqué aquella preciosa y aerodinámica diligencia de ciento cuarenta caballos, que bramaron al pisarle el acelerador. Salí de mi casa conduciendo hacia ninguna parte. Activé el limpiaparabrisas, pensando que el cristal estaba mojado, hasta que me di cuenta de la inutilidad de aquella

acción, pues lo que realmente estaba bañado de agua eran las lentillas que llevaba en mis ojos, inundadas en lágrimas.

Conduje igual que había caminado por Madrid durante la mañana, vagabundeando sin saber a dónde ir, gastando gasolina por gastar, contribuyendo a contaminar un poco más nuestro ya maltrecho planeta Tierra. ¿Cómo podían haberme pasado tantas cosas en un mismo día? Mi trabajo, mi matrimonio y mi mejor amistad habían quedado destruidos como si un huracán de fuerza cinco hubiera pasado por mi vida y la hubiera arrasado todo sin piedad.

Había sido traicionado tres veces, igual que Jesucristo fue negado tres veces por san Pedro. Por un momento, deseé que cantara el gallo para que no me dieran más puñaladas rastreras y que se acabara aquel maldito día...

«Cuídate de los idus de julio...».

Jamás imaginé que un horóscopo llegara a tener tanto tino al adivinar mi futuro. Pero ¿por qué no lo habían escrito de una forma más explícita y no redundar tanto en que si la Luna estaba en el signo de Cáncer o no? ¿Por qué no me podían haber dicho más clarito lo que me iba a pasar? ¡Así no había manera de cuidarse de los idus de julio! Recordé cómo acababa mi predicción:

«Quizás la mejor manera de asimilar los cambios o adaptarse a las nuevas circunstancias sea el aventurarte hacia otros ámbitos todavía inexplorados en ti».

¿Qué querría decir que debía aventurarme en otros ámbitos aún inexplorados en mí? ¿Que debía hacerme una colonoscopia?

En la oscuridad de la noche, y sin querer, corría con mi flamante deportivo hacia Barcelona, prácticamente sin ser consciente de ver la carretera, pues mis pensamientos ocultaban a mi cerebro la información procedente de mis retinas.

¡Sara era lesbiana! ¡Increíble! La persona con la que me había casado caminaba por la acera de enfrente. ¡No! ¡Caminaba por mi misma acera! Tantos años con ella y no me había dado cuenta. O bien, tal y como me acababa de desvelar, ella no había querido admitirlo hasta entonces. ¿Por eso el sexo con Sara era tan mecánico y rutinario? ¿Por qué ella era lesbiana y no le gustaba el cuerpo de un hombre? Por una parte, afloró mi ego masculino, agradecido por no ser un inútil en la cama y no ser capaz de darle placer a una

mujer. La culpa no era mía, sino de ella, que estaba con alguien del sexo equivocado. Por la otra parte, misteriosamente, la rabia que tenía acumulada por los cuernos que me estaba poniendo había desaparecido completamente, como si mi mente aceptase el hecho de que yo no podía luchar contra la naturaleza humana de las inclinaciones sexuales. Para mí, si Sara hubiera estado con un hombre habría supuesto una traición mayor que haberse liado con Martina. Hasta cierto punto, la excusaba, aunque eso no quitaba la amarga sensación que tenía en mi interior.

¿Y Martina? Nunca me había contado nada. Nunca me había dicho nada de su atracción por las personas de su mismo sexo. Si bien era cierto que, cada vez que rompía con alguno de aquellos tiparracos con los que se juntaba, venía a mí para usarme de pañuelo de lágrimas, amargada por no saber por qué siempre terminaba mal en sus relaciones con los hombres. Supuse que era verdad lo que me acababa de explicar. Las clases de tango habían sido una revelación para ella y le habían dado la respuesta a aquella pregunta, al descubrir su verdadera sexualidad bailando con Sara. Ni ella misma lo sabía o quería saberlo y por eso nunca me lo había dicho. Tampoco supe qué sentimientos generar hacia Martina. También la quería, pero su traición me había dejado completamente noqueado y sin saber cómo reaccionar. Mi corazón se convirtió en un recipiente lleno de sentimientos contradictorios.

Los últimos acontecimientos, el descubrimiento de la causante de mi *cornucopia* y la revelación del amor en la isla de Lesbos habían relegado a un segundo plano la idea que me había recomido durante todo el día: mi despido. Había sucedido aquella mañana. Sin embargo, con la sorpresa de las últimas noticias, lo había olvidado completamente. Me pareció como si hiciera meses que me hubieran dado la patada en el culo, pero solo hacía escasas horas que me habían puesto de patitas en la calle. La rabia y la indignación que tenía, debido a mi cese, se habían diluido ante el impactante y chocante lesbianismo de mi mujer y de mi mejor amiga. Pero, conduciendo, volví a recordar este dato que se había camuflado tras los cuerpos desnudos de mis queridas mujeres.

¿Qué haría yo al día siguiente? No tenía trabajo donde ir. Tampoco tenía sitio para dormir, porque volver a mi hogar me resultaba demasiado doloroso en aquel momento. Pensé en ir a casa de Romén para que me acogieran temporalmente, pero no tenía ganas de estar con nadie; además, ya era

demasiado tarde como para molestarlo. De repente, me apeteció darme una buena ducha para asearme y tratar de quitarme el malestar que tenía en todo mi cuerpo. También sentí la necesidad de comer algo, de endosarme algo de alcohol en vena y de descansar en un buen colchón durante muchas horas, pues ya no tenía la necesidad de madrugar. Una de mis neuronas, la más despierta de todas, sugirió al resto que una buena posibilidad podía ser el hotel Palace, uno de los más lujosos de Barcelona, y cuyo coste podía ir a cargo de mi empresa, pues recordé que no me habían hecho devolver la tarjeta de crédito. El resto de los cien millones de neuronas de mi cerebro aprobó, por unanimidad, la moción de aquella espabilada celulilla y mi consciente asintió, confirmó la proposición y dirigió mi coche hacia allí.

Al cabo de un rato, detenía mi rugiente yeguada en la puerta de la elegante posada, construida en 1919 y denominada inicialmente como Ritz de Barcelona, morada y residencia de lujo de personajes tan ilustres como Xavier Cugat o Salvador Dalí. Al momento de detener mi vehículo y apagar las luces en el chaflán de la acera ubicado frente a la entrada, se materializó a mi lado un caballero vestido de rojo chaqué, corbata y chistera. Durante unos segundos me recordó a un Beefeater de la guardia del palacio de la reina de Inglaterra, pero rápidamente deduje que se trataba del botones. Éste, amablemente, me abrió la puerta del coche. Su expresión, cortés y caballerosa, cambió de inmediato cuando vio salir de aquel ostentoso bólido a un sudoroso y desaliñado personaje, al cual sólo le faltaba una gorra puesta del revés para ponerse a bailar *hip hop* a dúo con el sucio romano que llevaba en su pecho. Tras reponerse del susto, me dio la bienvenida, mientras llamaba al mozo para que me aparcara el deportivo en el estacionamiento particular del hotel.

Pasé dentro del fastuoso edificio, procurando no pillarme los dedos con la puerta giratoria. Una amable recepcionista me atendió cordialmente, haciendo caso omiso de mi indumentaria y de mi cariado y tuerto acompañante, Pijus. Consulté por los precios de las habitaciones y por alguna que tuviera una buena bañera para sumergirme y ahogar en ella mi colección de penosas penas. Elegí una *privilege junior suite* y, para probar si la tarjeta de crédito de la empresa funcionaba, decidí abonar la minuta inmediatamente. El dinero plástico pasó por la ranura del datafono y, al momento, el papel comenzó a girar en el tambor: aceptaba los cuatrocientos euros que costaba dormir en aquel lugar. Esa lujosa noche iba a pegármela a cuenta de mis traidores

exjefes.

La *suite* donde me alojé tenía unos cincuenta y cinco metros cuadrados, con lo que ella sola era más grande que muchas de las viviendas de la ciudad de Barcelona. Estaba amueblada con un estilo clásico de los años veinte, dividida en tres espacios independientes, salón-recibidor, dormitorio y baño completo. El recibidor, de forma triangular, disponía de dos butacas orejeras, una elegante mesa de escritorio, un sofá y una mesita bajera dispuesta con tazas para tomar un té o un café. Camuflado en un falso aparador de madera, se escondía el mueble-bar. Salvo el televisor que colgaba de la pared, con una pantalla plana de veintiocho pulgadas, el resto de los elementos dotaban a todo el conjunto de un ambiente de hogar británico. En el dormitorio, una inmensa cama de dos metros de lado aparecía con un aspecto muy confortable, tapada con una blanca, suave y labrada colcha. Sobre ella reposaba la carta con el menú de almohadas, con el que se podían elegir hasta seis tipos de diferentes cojines para colocar debajo de la cabeza. Dos sencillas mesitas adosadas a cada lado de la cama, un galán de noche de madera de disimulada antigüedad y unas bordadas cortinas daban a la habitación un toque barroco, que contrastaba con el moderno baño que tenía adosado. Éste estaba presidido por una enorme y acogedora bañera dotada con hidromasaje. Aparte de la bañera, el lavabo también disponía de su ducha correspondiente, el *trono real*, con selector para la temperatura de la taza, para evitar un resfriado anal, y un amplio tocador con los suficientes potingues como para hacer las delicias de cualquier mujer y cualquier hombre metrosexual.

La visión de la bañera hizo que sólo pensara en cubrirla de agua, saturarla con sales varias y sumergirme dentro, en plan película, con generosas raciones de jabón que flotara en ella. Así que tapé el desagüe, abrí la llave del sofisticado mezclador y vertí los potes de gel que tenía a mi disposición para ir creando espuma. Volví a la habitación y asalté la nevera del minibar. Inspeccioné la munición alcohólica que había allí dentro y decidí meterme, entre pecho y espalda, un *gin tonic*. Me despojé de mis vestimentas y las dejé tiradas sobre la moqueta del dormitorio. Cogí el lingotazo recién preparado, efervescente por el efecto de la tónica, y volví al lavabo en pelota picada.

La tina ya estaba prácticamente llena, a punto de desbordarse, y su superficie completamente cubierta por la espuma. Cerré el grifo, básicamente para evitar inundar la estancia. Durante unos momentos me sentí como las

actrices de las películas cuando se las ve, felices, tomando un baño cubiertas por inoportunas pompas de jabón que tapan las partes íntimas de sus femeninos cuerpos mientras leen un libro rodeadas de velas. Nunca comprendí cómo se podía ojear así una novela, sin conseguir que el agua quedara completamente pringada de pasta de celulosa. Tampoco nunca entendí cómo era posible que las pompas de jabón se colocaran siempre tan estratégicamente.

Deposité mi copazo en una repisa cercana, para tenerlo a mano mientras estaba en inmersión, me introduje en la bañera, me recliné y me tumbé boca arriba. Mi cuerpo agradeció la decisión de meterme en el líquido elemento. Mis músculos comenzaron a relajarse y mi pellejo disfrutaba del suave jabón. Dejé que el tacto gobernara, por un largo rato, las entradas de datos a mi cerebro. Cerré los ojos y sumergí completamente la cabeza, tratando de no pensar en nada y de dejar mi mente en blanco, mientras percibía la reparadora caricia acuosa. Dejé a mis sesos ausentes de cualquier inteligencia. Tras unos segundos, saqué el cráneo a la superficie, sobre todo para poder introducir oxígeno en mis pulmones y poder seguir manteniéndome vivo. Propiné un generoso sorbo a mi copa y la dejé a la mitad.

Repantingado en mi húmedo y cómodo lecho, con el regustillo amargo de la tónica en la boca, comencé a generar, por fin, razonamientos entre mis neuronas, tratando de analizar la jornada. Ni Murphy en sus mejores momentos de gloria hubiera sido capaz de unificar, en un solo día, tantas leyes de mala fortuna como las que yo había conseguido aunar en tan sólo veinticuatro horas. ¿Cómo había sido posible que me despidieran? ¿Cómo había logrado Sabaté maniobrar del tal manera para conseguir sus propósitos y quitarme de en medio? Conocía su ambición pero nunca pude imaginar hasta dónde llegaban sus ansias de poder. La indignación me arrebató por segundos. Él podría quedarse dirigiendo la empresa, gracias a la información que había conseguido para chantajear al jefe, pero su mujer se iba a quedar con la mitad de sus bienes merced a aquellas fotos que yo le había sacado a él cuando entraba en el hotel de Madrid con Elisa. Al menos, eso es lo que yo deseaba, pues, en mi fuero interno, esperaba que su esposa se comportase como una despiadada harpía, le despellejase y le dejase sin ningún tipo de bienes o propiedades. Sí, aquellas fotos serían para mí un punto donde apoyar mi venganza. Sí, quería vengarme de él. Tenía una gran sed de venganza. Sed de

revancha. Sed de desquite. Sed de sangre. Sed de mal. De hecho, era tanta la sed que decidí acabarme el *gin tonic* y salir de la bañera para servirme otro copazo.

Realicé una nueva acometida al minibar y retorné a mi acuosa poltrona con un *whisky* en la mano. Le di dos tientos y, recordando el hidromasaje, apreté el botón para que la bañera comenzara a generar aleatorias burbujas de aire y me hiciera sentir como una aspirina efervescente dentro de un vaso de agua. Sin darme cuenta, me concentré en las pompas de jabón que se iban creando y que iban explotando. Apuré el *whisky* de un golpe, tratando de ahogar todas aquellas penas que me asolaban; sin embargo, no lo conseguí, pues las muy puñeteras sabían nadar y todavía flotaban.

¡Sara! ¡Martina! Las dos personas a las que más quería... ¡me habían traicionado! Sin embargo, no sentía ningún tipo de rabia u odio contra ellas. Podría haberlo descrito como... ¿decepción? No tenía claro que aquella fuera la palabra correcta. ¿Dolor? Sí, aunque ya sabía que Sara me estaba engañando, me dolía. Pero que lo hiciera con Martina me causaba un gran desconcierto. Hasta cierto punto, me alegraba de que no fuera con otro hombre, pero, al mismo tiempo, me producía una enorme desazón. ¡Mi mejor amiga me engañaba con mi propia mujer! No terminaba de asimilar aquella certeza.

Finalmente, tuve la sensación de que había desperdiciado mi vida. Había dedicado todos mis esfuerzos a un trabajo en el que no me habían agradecido nada, sino todo lo contrario: a las primeras de cambio, cuando dejé de ser imprescindible, me largaron. Mi matrimonio había sido un sinsentido, casado con una mujer que no había descubierto su propia sexualidad hasta que se acostó con otra. Y la amistad más antigua que tenía y que apreciaba sobre todas las cosas me había decepcionado.

Habría transcurrido una media hora, inmerso en el agua y en aquellas reflexiones, cuando me di cuenta de que mi cuerpo se había arrugado como una pasa, producto de la ósmosis. Decidí salir de aquel líquido que me rodeaba para ir a comer algo. Me incorporé para ponerme de pie y descubrí que mis neuronas estaban empezando a tontear con algunas moléculas de alcohol, pues noté un puntillo de cierto mareo y falta de coordinación motriz, gracias a los dos generosos tanganazos que me había metido en mi cuerpo serrano.

Me vestí, colocándome nuevamente al pobre, sucio y martirizado Pijus sobre mi pecho. Bajé a la recepción del hotel con la intención de pedir algo para matar el gusanillo que, en aquellos instantes, más bien era una anaconda. La misma amable señorita que me había atendido me indicó que tenían servicio de cocina de veinticuatro horas y que, si quería, me podían subir mi pedido a la habitación. Decidí comer en el bar anexo al *hall*, impulsado por la chafardería de ver el magnífico establecimiento donde me alojaba. Le solicité una hamburguesa con guarnición y me dirigí hacia allí.

Atravesé el inmenso vestíbulo. La distribución de este último espacio es, cuanto menos, curiosa, porque, si no fuera por el mobiliario y la decoración, podría habilitarse el mismo lugar para dar misa, pues su planta es rectangular al fondo en una semicircunferencia con cuatro columnas de mármol negro que dejan paso, mediante dos escalones que bajan, a una barra de bar cuyo frontal está decorado con seis paños de madera tallada, pintados en azul celeste, que hacen que parezca un altar. Para aumentar la similitud con la arquitectura de una iglesia, la zona de detrás de la barra del bar tiene forma de ábside, en donde está insertado el mueble con todo tipo de copas y licores que preside la sala.

Pero en lugar de crucifijos y vía crucis, el *hall* está lujosamente decorado con cuatro hileras de elegantes sofás de un llamativo cuero verde, separados entre sí por doradas mesitas de cristal de época, dispuestas para tomar un té sobre ellas, en delicadas tazas. Flanqueando los sofás, lámparas de porcelana y candelabros originales de 1919 alumbran la estancia, al mismo tiempo que la imponente lámpara de araña del techo. En las paredes laterales, cuatro labrados y pulidos espejos reflejan el esplendor de todo el recinto, jalonados por primorosas cortinas de telas italianas que reproducen el ambiente de los años veinte. Entre los espejos, brillan preciosas lámparas de bronce con retorcidas formas esculpidas por un brillante artesano. Bajo éstas, refinados jarrones chinos permanecen firmes, presidiendo el paso de los huéspedes, junto a varias mesas de estilo francés y veneciano. Todo el impresionante salón está cubierto con una moqueta de color canelo suave, con dibujos en cuadrado, importada de la India.

Tras treinta y siete pasos sobre aquella esponjosa y enorme alfombra, llegué al bar, donde, en lugar de esperarme un cura vestido con un alzacuellos blanco entre el altar y el ábside, aguardaba un camarero entre la barra y el

mueble de los licores, vestido con una pajarita negra. Nada más arrimarme al mostrador le pedí otro *whisky* y me senté en las cómodas y rojas butacas del salón. Al cabo de un rato llegó otro camarero con mi comida. Me zampé la hamburguesa en cuatro bocados y me ayude, para tragármela, con generosos sorbos de la escocesa bebida de malta. Tras saciar mi hambre, descubrí que me encontraba completamente solo en aquel lugar, sin ningún otro huésped a mi alrededor, pues ya casi eran las dos y media de la mañana. De repente, aquella soledad se me hizo insostenible. Necesitaba hablar con alguien, desbocar mi frustración y realizar algún tipo de terapia psicológica con algún desconocido a quien pudiera descargarle toda la basura que se almacenaba en mi interior.

El único ser vivo allí presente que podía servirme como conejillo de Indias era David, el camarero. Deduje su nombre por la chapita identificativa que llevaba cosida en el pecho derecho de su blanca chaqueta. Me acerqué nuevamente a la barra, y como ya estaba entrando en la primera fase de la borrachera, «verborrea incontenible», le pedí otra copa y comencé a hablar con él, filosofando de la vida. Más que una conversación fue casi un monólogo, al cual David asistió cortés y amable, asintiendo y confirmando cualquier sentencia pronunciada por mí.

Descubrí que David era un andaluz simpático, de unos veintiocho años de edad, que apenas llevaba un año trabajando en el hotel, pero con las suficientes tablas como para aguantar a clientes beodos que le contaban su triste historia desde el otro lado del mostrador. Un camarero experimentado que había adquirido la capacidad de aguantar pacientemente el chaparrón y ganar efímeras amistades para conseguir generosas propinas a cambio de cariñosos consejos de consuelo. Tras un rato charlando con él, le pregunté:

—¿Te gusta tu trabajo, David?

—*Zí*, no está mal. Me pagan bien, los *cliente dehan* buenas propinas y con *er* tiempo libre que tengo me dedico a mis *afisione* —respondió él haciendo una extraña mezcla de castellano andaluz con trazas de silbantes «eses» catalanas.

—¿Sí? ¿A qué te dedicas en tu tiempo libre?

—*M'encanta la escalá*. No hay *na' mejó* en este mundo que subir una pared con tus propias manos. Soy *feli agarrao* a unas cuerdas y unos pies de

gato en los pies... *varga la redundansia* —volvió a contestarme con un brillo especial en sus ojos, como si se estuviera imaginando a sí mismo en ese momento colgando de una pared vertical de puro y duro granito.

—Te envidio. Al menos tú tienes aficiones. Yo, en mi vida, sólo he sabido trabajar, trabajar y trabajar. Y todo eso ¿para qué? Para que al final me hayan despedido sin contemplaciones. —David puso cara de sorpresa ante la noticia que acababa de darle—. Sí, todo mi tiempo invertido en el trabajo para esto. —Di un sorbo a mi copa y seguí con mis reflexiones en voz alta—. ¿Sabes? Mis padres siempre me dijeron lo que tenía que hacer y cómo, todo por «mi propio bien». Yo les seguí sin rechistar. No les culpo y siempre les agradeceré la educación y el amor que me dieron, pues gracias a ellos soy la persona íntegra que soy, pero no me dieron la libertad de pensar de otra manera. Y es difícil que te sientas realizado cuando no haces algo que te importe. Yo he hecho en mi vida lo que se suponía que «tenía que hacer» para ser un hombre de provecho, pero nada más. Luchar por alcanzar el puesto más alto, lograr ser un alto ejecutivo, estudiar más y ser el primero de la clase. Como si eso me hubiera servido para llenar mi alma, pero no ha sido así. He realizado las aspiraciones y he seguido las ambiciones de mis padres, pero creo que aún no sé cuáles son realmente las mías. Miguel Ángel dijo una vez: «El mayor peligro para la mayoría de nosotros no es que nuestras aspiraciones sean muy altas y las desaprovechemos, sino que son demasiado humildes y... ¡las alcancemos!». Sin embargo, mi problema es que ahora mismo no sé cuáles son mis verdaderas y propias aspiraciones. —Apuré el vaso de un golpe. Paradójicamente, la cogorza empezaba a darme cierta clarividencia sobre mi propia vida y la vida en general—. Te voy a dar un consejo: la vida es demasiado corta como para desperdiciarla, así que procura ser feliz el máximo tiempo posible y, sobre todo, no te conviertas en un borrego que hace lo que todo el mundo; es más, cuando todo el mundo haga *zig*, tú haz *zag*; y marcarás la diferencia. Y tan borrego he sido que he desatendido a la persona con la que estaba y apenas la he conocido lo suficiente como para darme cuenta de quién era ella en realidad. Una hermosa y entrañable lesbiana que me ha puesto los cuernos con mi mejor amiga... —Dije con una profunda amargura, mientras el semblante de David cambió completamente, tras el rollo que le estaba metiendo. Puso una lujuriosa sonrisa, como si estuviera viendo una película porno al imaginarse a mi mujer y a mi amiga enrollándose.

Mi personalidad empezaba a disociarse en dos núcleos que generaban pensamientos simultáneos en paralelo. Por una parte, un grupo de neuronas, aún sobrias, conseguía tener un razonamiento consciente y opinaba que estaba ebrio y que no debía seguir bebiendo. Se estaban dando cuenta de que, si la cosa continuaba así, el resto de mi organismo lo iba a pasar fatal. Paralelamente a las reflexiones de este conjunto de células, apareció otra idea, desarrollada por la otra mitad de mis neuronas, las que se estaban dando la juerga padre con las moléculas de alcohol, y que opinaba que *carpe diem*, solicitando urgentemente más cantidades de licor para pegarse la Madre de Todas las Orgías. Aunque yo era perfectamente consciente de las consecuencias que iba a tener que pagar, ganaron las segundas.

Le pedí a David otra copa.

Él, amablemente, me desaconsejó esta opción, pues no hacía falta ser un lince para comprobar que yo empezaba a estar bastante perjudicado por los efectos etílicos. Me propuso que me retirase a mi habitación a descansar, no porque tuviera piedad de mí y yo le diera pena, sino porque el que tenía ganas de irse a dormir era él. Pero yo ya estaba entrando en la segunda fase de la borrachera, «exaltación de la amistad», y comencé a tratarle como a un colega. Le puse una mano sobre su hombro y le obligue a que me sirviera un vodka con limón para recordar viejos tiempos. Ya que comenzábamos a ser alcohólicos conocidos, le anuncié que iba a contarle cómo había sido mi boda.

La libidinosa sonrisa que David tenía, pensando en que iba a darle más detalles sobre el lesbianismo de Sara y Martina, desapareció de golpe. Como cualquier amigo al que le obligas a ver tu álbum nupcial con más de ochocientas fotos, puso los ojos en blanco, resopló y, seguramente pensando en la propina, marcó un rictus con sus labios para aguantar el chaparrón que se le venía encima.

—Sara, Sara, Sara. ¡Qué guapa estaba el día de la boda! Con aquel vestido blanco de palabra de honor parecía un lindo merengue que apetecía comerse en cualquier momento. Sin embargo, ni ella ni yo quisimos casarnos de aquella manera. De hecho, ninguno de los dos teníamos claro que quisiéramos casarnos. —Enjuagué ligeramente mi garganta con el amargo vodka—. Pero ambos seguimos las presiones de nuestras respectivas familias y nos dejamos llevar. Yo lo hice porque mi padre estaba enfermo de cáncer y no sabíamos cuánto iba a durar; así que, seguramente, me casé por hacerlo feliz a él, no a

mí mismo. Y Sara, porque su padre es comandante del Ejército español y sus ideas políticas y religiosas son poco menos que Dios, patria y rey. Total, que nuestra boda se convirtió prácticamente en una parada militar en la que los invitados —muchos de ellos militares, amigos de mi suegro— desfilaron dentro de la iglesia por un orden estrictamente establecido para ocupar sus respectivos bancos. Cuando la novia entró, se pusieron firmes a su paso, como si Sara estuviera pasando revista a las tropas. La ceremonia fue un verdadero tostón y duró casi hora y media, pero gracias a Dios la celebración muy divertida, sobre todo porque los mandos militares son unos campeones a la hora de mamar *whisky*. No veas el desmadre que se montó con la geriatría castrense. Pero si alguien triunfó en aquella boda fue mi amiga Martina... Sí, la que se ha enrollado con mi mujer... —David nuevamente volvió a prestarme atención, por si aparecía algún lascivo detalle—. En el momento de partir la tarta, no se le ocurrió otra brillante idea que levantarse y, delante de todos los invitados, felicitar me con un beso en los labios, ante la atónita mirada de Sara..., que yo creía que era una mirada de celos; sin embargo, hoy he descubierto que realmente fue una mirada de envidia...

»Pero lo que no entiendo es por qué no me lo dijo antes, aunque puedo imaginármelo. ¿Cómo se lo iba a explicar a sus padres? ¿Cómo se lo podría tomar el comandante? Además, a ella le gustaba el estatus social que habíamos alcanzado, sobre todo gracias a mi trabajo. Renunciar a mí significaba también renunciar en gran medida a su buen nivel de vida.

»¿Y Martina? ¿Cómo ha podido fallarme de esa manera? Jamás me lo habría imaginado. —Para mí, en ese momento, tener dos piernas no era suficiente para mantener el equilibrio; así que, apalancándome sobre la barra del bar, hice un alto en el camino para reponer fuerzas con otro trago. Realicé una pausa en mi discurso y, entre sollozos, llegué a la conclusión final a la que llega todo borracho pasado de vueltas—. He cambiado de *obinión*, ¡hics! Olvida lo que te dije antes. La vida es una *bierda*.

David me miraba con sus negros ojos, aunque enfocaba al infinito y seguramente hacía rato que no me escuchaba. Al comprobar que había finalizado, me aconsejó que lo mejor que podía hacer, ya en ese momento, era retirarme a mis aposentos a descansar, que el día había sido muy largo y duro... para él. Yo ya comenzaba a sustituir algunas consonantes en mi lenguaje oral y me patinaba la lengua. Otra copita más y habría pasado a la

siguiente fase de la borrachera, «cantos regionales», así que decidí que David tenía razón. Aquel suntuoso lugar no era, precisamente, el lugar más adecuado para cantar el *Asturias, patria querida* o el pasodoble *Islas Canarias*. Además, a mi edad, las resacas ya no eran resacas: se convertían en auténticas convalecencias, pues necesitaba un mínimo de tres días para recuperarme de un colocón del cual, con veinte años, me reponía en la misma noche.

Liquidé el líquido que quedaba en el vaso y, con la lengua, traté de atrapar la rodaja de limón. Me limé las encías contra el borde del vaso y no lo conseguí. Lo que se me introdujo en la boca fue una de las piedras de hielo. Desistí de comerme el limón y abandoné a David con el agua congelada en mis fauces, formando una bola en mi moflete derecho. Ni siquiera dejé propina. Intuí sus miradas acuchillándome el cogote mientras salía de allí haciendo eses.

Aunque mi estado era mejor que en la historia de La Esperanza, estaba bastante perjudicado por la cogerza que llevaba encima. Mi cuerpo era dirigido por unas escasas veinte neuronas, que trataban de manejarlo de la mejor manera posible para hacerlo llegar hasta la habitación. Sin embargo, esas neuronas sobrias no pertenecían a las que habitualmente gobernaban el aparato locomotor, sino que cinco correspondían al sistema de memoria, ocho al instinto reproductivo, seis al aparato digestivo y la última era el sensor de nivel de mi vejiga. Aquello hizo que quienes controlaban mi organismo fueran completamente novatos en el asunto, algo así como si un chimpancé se hubiera puesto a pilotar un Boeing 747. Por tanto, me movía como una marioneta de hilos que lanzaba las manos y las piernas hacia delante a golpe de tirones. En cada curva que tomaba mis brazos se enroscaban alrededor de mi propio tronco.

A duras penas conseguí llegar hasta el ascensor, subí a mi planta, accedí al pasillo y me dirigí hacia mis aposentos, escorado treinta y cinco grados a babor y arrastrando el hombro por la pared. Arribé a la puerta de mi *suite* y, con severas dificultades, accedí al interior. Fui tropezando con los diferentes elementos del recibidor de la alcoba, pero, al final, atiné a cruzar el umbral. Me desplomé sobre la confortable e inmensa cama. Me desnudé, sacándome la camiseta de cualquier manera y los pantalones con movimientos similares a los de un ciclista pero con las piernas hacia el cielo. Me quedé en paños menores. Ése fue mi último esfuerzo del día. Mi cuerpo, desfallecido, no

aguantaba más. Notaba la rotación del planeta. Traté que la piltra se estuviera quieta bajando un pie a tierra, como si con esto consiguiera establecer un punto fijo para detener el movimiento en el interior de mi cabeza.

Cerré los ojos e intenté quedarme dormido lo más pronto posible, para pasar el desagradable momento centrífugo que estaba sintiendo. Sin embargo, al mismo tiempo que todo giraba en mi sesera, me iban apareciendo las escenas y los personajes del día. Vi al tétrico jefe de Personal mirándome con desprecio mientras me despedía, vi la cara de estupor del señor Cabezas ante mi atuendo feliz, volví a notar el escozor entre mis piernas causado por el café hirviendo de la mañana, vislumbré la malévola sonrisa de Sabaté extendida bajo sus alargadas nupias, aparecieron en mis retinas dos cuerpos desnudos de mujer entrelazados entre sí, pero sus cabezas no eran las de Martina y Sara, sino las de Sabaté y Elisa. Esto me provocó un violento espasmo que a punto estuvo de espabilarme. Escuché ecos del sonido de mi nombre, pronunciado a dúo por Sara y Martina. Finalmente, vi a Pijus, a Pijus sonriente, con su cara de felicidad y su lema bajo su busto «*Always look on the bright side of life*», aunque yo, más bien, me había pasado el día «*Walking on the wild side*».

Antes de terminar de desvanecerme, la vi. Apareció ella, la pitonisa, con un pañuelo azul atado a la cabeza, con la cara completamente arrugada, un ojo bizco y apenas dos paletas en su boca: «Cuídate de los idus de julio. Cuídate...» ¡Por fin se acababan los idus! Se acababa aquel día. ¿Se... acababa mi vida? Una lágrima escapó de mi ojo derecho y rodó hacia atrás hasta llegar a mi oreja.

Con esta última húmeda sensación, Morfeo me llevó con él.

Capítulo 16. El día después

Eran casi las nueve de la mañana cuando una nueva y húmeda sensación me sacó de mi ensoñación. En esa ocasión, correspondía a la babilla que hacía una excursión entre mi boca y mi oreja, atravesando la tundra de mi mejilla. Automáticamente, me sequé como pude y giré sobre mi propio eje para recuperar la consciencia. Mis neuronas apenas conseguían comunicarse entre ellas, debido a los residuos alcohólicos que todavía quedaban en mis sesos, y no tenían ni idea de dónde me encontraba. Intenté abrir los ojos y casi me arranco las córneas de cuajo, pues, al haberme dormido con las lentillas puestas, éstas estaban completamente reseca y pegadas a los párpados y a los iris, y el movimiento de los primeros tiraba del plástico oftalmológico que se aferraba con fuerza al blanco de los ojos. Durante varios minutos no conseguí levantar las persianas que me permitían la visión del mundo exterior así que, a golpes de ciego y porrazos contra las espinillas, alcancé el lavabo para meter la cabeza bajo el chorro del grifo de la ducha.

El contacto helado del agua recorriendo mi nuca tuvo varios efectos inmediatos: el primero fue que conseguí recuperar parte de mi cerebro, en lugar de la pasta de mazapán con la que me había despertado; el segundo, que el agua humedeció mis lentillas y pude separar los párpados para recuperar el sentido de la vista; el tercer y último efecto fue que se dispararon todas las alarmas de los sensores de nivel de mi vejiga y que, urgentemente, las fuerzas de la Naturaleza me arrastraran hacia la calentita taza del váter para realizar una micción que me dejó con una estúpida sonrisa de felicidad.

Todavía sin tener la sesera a pleno rendimiento, con una cabeza que me pesaba varios quintales, aturdido por la resaca etílica y con la boca pastosa de no haber ingerido nada desde la noche anterior, yo aún era, básicamente, un

animal irracional que se estaba dejando llevar por las capas más profundas de la corteza cerebral, con lo cual eran los instintos los que gobernaban mis acciones. Por tanto, cogido de la mano de la Madre Naturaleza, mi estómago decidió que tenía hambre y que lo primero que había que hacer era ir a desayunar.

Me vestí nuevamente con Pijus.

Ya era el tercer día que me ponía aquella camiseta, así que se estaba convirtiendo en mi segunda piel y yo comenzaba a tener el dibujo de la serigrafía marcado en mi pecho. Antes de enfundármela, la olisqueé un poco para considerar si los sobaquillos permitían mantener una prudente distancia con cualquier otro ser humano sin que el resto de mis congéneres huyeran despavoridos tachándome de guarro o patán. Aunque Pijus estaba bastante afeado, con sus caries y su ojo a la virulé, el resto de la camisa estaba lo suficientemente decente como para poder llevarla puesta.

Bajé al jardín, en la parte posterior del hotel, y al fondo encontré el *buffet* donde cientos de viandas, tendidas sobre varias opulentas bandejas, esperaban a ser elegidas y devoradas por cualquiera de los huéspedes del hotel. Elegí las mías, para darme una atracón, y dispuse una generosa ración de café para intentar darle una buena sacudida a mi organismo y poder recuperarlo para afrontar el día que se me venía encima. Me senté al azar en una de las mesas, con la mirada perdida y la cabeza hueca de pensamientos, debido al estado de aturdimiento en el que me encontraba. Mecánicamente, empecé a zamparme mi desayuno, mascando la comida lentamente, como si fuera un rumiante, mientras mi cuerpo permanecía rígido e inmóvil, mirando hacia el frente.

De repente, algo llegó a mis oídos:

—¿*Você?* ¿*Você* otra vez?

Giré la cabeza hacia mi derecha, lentamente, sin mover el resto del cuerpo, como si tuviera engranajes en el cuello en lugar de vértebras.

—Sí, sí, es *você*. Sin las gafas de empollón, pero es *você*. ¿Se acuerda de mí?

La primera imagen que recibí procedente del punto de donde se había generado aquel sonido fueron dos intensos luceros verdes. Cerré los ojos y los volví a abrir. Nuevas señales llegaron a mis retinas. Ahora ya era capaz de ver una rizada cabellera negra, pero todavía no había procesado la información.

Volví a cerrar los ojos y un intenso olor a vainilla aporreó mi pituitaria. Entonces sí. Mis instintos reproductivos y mi memoria a corto plazo entraron en funcionamiento. ¡La brasileña del avión! Abrí los ojos inmediatamente y los expandí al máximo. Las lentillas enfocaron con absoluta nitidez, desapareció la torrija que llevaba en mi cabeza, mis pulsaciones se aceleraron y retomé el ritual de saludo y cortejo que había dejado a medias dos semanas antes en el aeropuerto. Aún seguía siendo gobernado por las capas más básicas de mi corteza cerebral.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Claro! ¿Qué tal? ¿Qué casualidad! —dije desplegando la misma estúpida sonrisa que había puesto minutos antes sentado sobre la taza del váter.

—¿Qué alegría volver a verle! —Aquellas palabras acababan de animarme la mañana—. ¿Le importa que desayune con usted? —dijo. Puso su taza de café sobre la mesa y se sentó a mi lado, sin haberle dado yo ningún tipo de autorización—. ¿Se aloja en el hotel? ¿No vivía usted en Barcelona?

—Sí, sí. Me alojo en el hotel y también... También vivo en Barcelona. —Cambié de conversación para evitar incómodas preguntas—. ¿Y usted? ¿Qué tal? ¿Le ha gustado la ciudad?

—Sí, me ha encantado. Es una ciudad preciosa. —«Tú sí que eres preciosa», pensé—. Me ha encantado la Sagrada Familia. Es... es majestuosa. Hay que reconocer que Gaudí era un genio, con ese tipo de arquitectura tan vanguardista para su época y ese sistema de columnas de doble giro que le dan tanta belleza al interior del templo. —Aquella mujer se estaba apasionando mientras me contaba sus aventuras por la cultura de Barcelona. Sus ojos lanzaban pequeñas chispas de brillo—. ¿Sabía *você* que cuando Gaudí comenzó en 1882 las obras él ya era consciente de que no iba a acabarlas, así que decidió hacer la fachada del Nacimiento para que sus sucesores tuvieran una idea global de la estructura y la decoración del templo?

—Sí, sí que lo sabía. —Mentí para no parecer un paleta inculto ante la pasión que le estaba poniendo ella a su explicación.

—Pues sí, hizo tres pórticos, dedicados a la Esperanza, a la Fe y a la Caridad, con bellas y esculpidas esculturas que representan la faceta familiar y humana de Jesús. —Me hacía gracia cómo pronunciaba la letra jota, pues le derrapaba la lengua, convirtiéndola en una suave «y»—. Y sobre los pórticos

se alzan cuatro torres cónicas circulares, las dos exteriores de 98 metros de altura y las dos centrales de 107 metros, rematadas con una mitra, un báculo y un anillo que representan los atributos de los obispos. Para cuando la acaben, tendrá doce columnas dedicadas a los apóstoles, cuatro dedicadas a los evangelistas, una a la Virgen María y una central de ciento setenta metros de altura dedicada a Jesús; con lo que la Sagrada Familia será el edificio más alto de Barcelona.

—¡Sí que se acuerda usted de datos! —le repliqué, sorprendido ante la lección de arquitectura y la cantidad de información que me acababa de soltar, más propia de una guía turística que de una brasileña con aire despistado.

—Bueno, es que... la visité ayer... —Me desveló el misterio—. Pero no se crea, tengo buena memoria. Por ejemplo, me contaron cómo se había construido el ensanche de Barcelona y me pareció una genialidad urbanística de Ild... Ildd...

—Ildefons Cerdá —la ayudé a pronunciar el nombre.

—Sí, ese. Fue un visionario. Hizo un proyecto con grandes jardines, edificios de máximo tres plantas de altura y manzanas cuadradas de 113,3 metros de lado y con calles de veinte metros de ancho. Se ve que, para su época, era una barbaridad. Pero el hombre ya preveía que cada ciudadano circularía con su propia «locomotora personal». —La señorita me estaba contando una interesante historia sobre Barcelona, excitada con la emoción del turista, pero yo casi ni le estaba haciendo caso, hipnotizado por el movimiento de sus sensuales y carnosos labios. Me pareció, incluso, que Pijus había recuperado la vista del ojo malo y la miraba con el mismo atontamiento que yo —. De hecho, los bloques de casas acaban en chaflán para que se pueda ver el tráfico que circula en los cruces. Diseñó la anchura de las calles para que el sol pudiera incidir en las plantas inferiores de todos los edificios e iluminar bien las calles. También pensó que cada manzana tuviera jardines interiores para los niños y ancianos. Y no hacía distinción entre clases sociales, pues todas las casas eran iguales.

—Sí, eso le costó problemas con el Ayuntamiento y con la burguesía. — Esa parte de la historia sí que la conocía —curiosamente gracias a Sabaté— y terminé de contársela para hacerme el interesante y ganar puntos bajo aquella angelical mirada que me estaba haciendo ver pequeños cupidos aleteando a mi

alrededor.

—Sí, eso fue lo que leí en mi guía —me confirmó ella. Desplegó una bella sonrisa que hizo que me derritiera allí mismo como un helado en la sartén.

—Cerdá murió —continué para seguir haciéndome el pedante— el 21 de agosto de 1876, enfermo y semiarruinado, porque ni el Estado ni el Ayuntamiento le pagaron el proyecto. El día 23 de agosto, el diario *La Imprenta* publicó una nota necrológica con las siguientes palabras: «El señor Cerdá era liberal y tenía talento, dos circunstancias que, en España, perjudican y suelen crear muchos enemigos». La verdad es que poco han cambiado las cosas en este país desde entonces... —terminé haciendo autocrítica autóctona.

—Interesante. Eso no lo sabía —respondió ella mirándome fijamente. Aquellos ojos estaban despertando pasiones en mi interior que hacía mucho tiempo que habían permanecido ocultas.

—¿Y qué más ha visto? —le pregunté, intentando alargar aquella conversación mientras terminaba de desayunar, para continuar estando el máximo rato posible acompañado por su coqueta presencia.

—Pues el Puerto Olímpico, el Camp Nou, las Ramblas... Me he hecho una escapadita a las playas de la costa Brava, me he ido de compras... — «¡Qué raro! Ya me extrañaba a mí que una mujer no se resistiera a la tentación de los escaparates de Barcelona», pensé—. La verdad es que no he parado.

—¿Y todo este tiempo ha estado usted sola? ¿Por qué no me llamó? La hubiéramos acompañado sin ningún problema —le pregunté, sin saber a ciencia cierta si lo que le acababa de decir era verdad o mentira.

—Bueno..., me da un poco de vergüenza decírselo, pero como hoy ya me vuelvo a mi país, se lo diré: es que *você* me dijo que estaba casado y... no quise molestarle. Aunque me hubiera gustado mucho que *você* me hubiera acompañado... Me gusta la gente culta y que sabe cosas y *você*, en el avión, me pareció un caballero muy interesante...

¿Estaba flirteando conmigo? ¿Qué quería decir aquella frase que había dejado a medias? ¿Un caballero muy interesante? Inmediatamente aguanté la respiración, metí barriga y saqué pecho para disimular mi fofa tripa y aparentar estar algo más cachas. Me llevé la mano a la frente procurando peinarme las clinejas de pelo de mi flequillo y ocultar mi principio de alopecia. A duras penas, conseguí responderle.

—Bueno... Hubiera sido un placer porque... porque... he tenido unos días muy duros y... y... Verá, desde que llegué de Franckfurt, en aquel vuelo con usted, mi vida ha... ha... No sé cómo comenzar...

Pero sí. Al final supe. Y comencé a explicarle, letra por letra y palabra por palabra, los acontecimientos que me habían ocurrido desde que había vuelto de China.

Era la primera persona con la que podía expresar mis sentimientos y a la que podía relatar las angustias que había sufrido en las dos últimas semanas de mi vida. David no contaba, pues aquel había sido un desahogo étlico; más bien había sido una vomitona desordenada de desengaños y frustraciones. Sin embargo, a aquella mujer le estaba descubriendo mi corazón como si yo tuviera una cremallera en el pecho y pudiera abrir mi esternón de par en par.

Le narré mis desventuras en la oficina, las sospechas y las noches sin dormir que había pasado culpando a mis amigos de estar con mi mujer, los malditos idus de julio que comenzaron con un café hirviendo despellejando mis «canicas» y que me obligó a enfundarme al pobre Pijus durante tres días. Le conté las traiciones sufridas en mi trabajo, la magia negra de averiguar cómo de dentro de un armario pueden aparecer dos mujeres amándose y descubriendo su verdadera sexualidad. Desnudé mi alma en casi una hora de desayuno con terapia, entre *croissant* y *croissant*.

Cuando terminé, sentía que me había sacado un gran peso de encima. Había soltado toda la porquería que había estado almacenando en mi interior. Hasta me pareció sentir que en mi corazón aparecía una luz de esperanza y que aún valía la pena vivir la vida. Noté que hasta Pijus volvía a palpar en mi pecho y recuperaba la sonrisa típica de cualquier individuo tras haberse mamado tres porros.

—Lo siento mucho, señor. Es una pena... —dijo ella, consolándose con cariño.

—Sí, es una pena. Es muy triste lo que me ha pasado —interrumpí su frase, autocompadeciéndome.

—No, no. Digo que es una pena porque soy psicóloga y creo que *você* necesitaría algunas sesiones con un profesional para pasar este trago. Pero yo ya no podré ayudarle, porque me vuelvo hoy mismo para mi país.

—¿Es usted psicóloga? ¿En serio? —pregunté incrédulo.

—Sí, mire —dijo y me extendió una tarjeta de su consulta particular en Río de Janeiro.

—¿Usted cree que debo ir a consulta? —pregunté incrédulo.

—Sí, por supuesto. *Você* ha pasado por unas situaciones muy estresantes y traumáticas. Ahora le hablo como profesional. *Você* debería tener algunas sesiones para reencontrarse a sí mismo y reorientar su vida en este momento tan complicado. Yo también he pasado por una ruptura sentimental, aunque mi *enamorado* no se fue con otro hombre. Sé lo que cuesta salir de esa situación. Y usted, además, ha sufrido la pérdida de su trabajo. Se lo recomiendo ya no como experto, sino como amiga. *Você* debe ir a la consulta de un profesional —Aquellas palabras ya no me sonaron tan agradables y me parecieron la monserga típica de cualquier médico con bata; sin embargo, en aquel momento hubiera hecho lo que aquellos preciosos labios me hubieran ordenado. Ella miró su reloj y bruscamente se levantó—. Si me disculpa, ahora tengo que irme porque he de marchar al aeropuerto. Espero que le vaya muy bien. —Y, diciendo eso, posó su mano sobre la mía. Un dulce calor irrumpió en mi cuerpo y un calambrazo recorrió todo mi brazo hasta erizarme los pelos de la nuca. Recordé la entrañable y placentera sensación de aquel apretón de manos que nos habíamos dado cuando el avión estaba aterrizando dando tumbos en Barcelona. Finalmente se despidió con un cumplido—. Me gusta su camiseta. Yo también soy fan de los Monty Python, aunque *você* está más guapo con su traje y su corbata...

Ella se apartó de la mesa y se marchó. Entonces volví a ver su esplendoroso cuerpo. Lucía aquella sensual falda con la que la había visto en el aeropuerto y que perfilaba y esculpía sus espectaculares contornos. Volví a marearme, pero esta vez no por causa de moléculas alcohólicas sino por la visión del contoneo de aquellas caderas que se alejaban de mí lentamente, al ritmo de los pasos de sus delicadas piernas. Subió los escalones que separaban el patio del resto del inmueble y, al llegar a la parte superior, antes de abandonar el jardín, giró el torso y me dirigió una última y brillante mirada, que decoró con una refrescante sonrisa. Alzó el brazo para decirme adiós. Yo, aún con cara de lelo, levanté mi mano como una marioneta de guiñol y la agité de un lado a otro como si fuera la reina de España saludando a sus súbditos al paso de su carroza. La brasileña giró la cabeza y su cabello, azabache y

ondulado, continuó el movimiento por inercia, rebotando, esponjoso, varias veces contra su espalda, a modo de anuncio de acondicionador de pelo.

Permanecí atontado durante varios minutos, abrazado por un embargante aroma a vainilla que me rodeaba, como si fueran los polvos mágicos de un elixir de amor y yo estuviera poseído bajo su influjo. Tras un rato, reaccioné y descubrí que la tarjeta de presentación de aquella preciosidad aún reposaba sobre la mesa. La tomé entre mis manos y averigüé su nombre: Luciana Presas Trías, psicóloga. A continuación aparecía el nombre de su gabinete, un teléfono y una dirección en la ciudad de Río de Janeiro. Guardé la tarjeta en el bolsillo del pantalón. Aún estuve pasmado durante un buen rato, hasta que volví en mí. Todas las preocupaciones de las que me había olvidado completamente mientras había estado hablando con aquel fabuloso ser reconquistaron mi interior y me poseyeron nuevamente.

¿Qué iba a hacer yo aquella mañana? No tenía oficina ni trabajo a dónde ir. Estaba claro que ya no podía quedarme otra noche en aquel majestuoso hotel, pues mi economía particular no me permitía semejante dispendio y la tarjeta de crédito de la empresa, seguramente, estaba a punto de ser cancelada. ¿Me iba a mi casa? No tenía muchas ganas de volver a afrontar la realidad de mi nuevo estatus en la relación con mi esposa, pero, realmente, en algún momento debía retornar a mi hogar para apechugar con las consecuencias de la ruptura matrimonial que estaba en ciernes.

¿Llamaba a Romén para desahogarme? La verdad era que la terapia matutina con Luciana me había consolado bastante y que, en aquel momento, no tenía la necesidad imperiosa de recordar los acontecimientos de las últimas semanas. Así, sin saber muy bien qué hacer, subí a mi habitación y me tumbé sobre la cama, mirando hacia el techo con la mirada perdida en él y con los ojos de aquella princesa todavía resplandeciendo en el fondo de mis retinas.

Faltaban varias horas antes de tener que abandonar la habitación, así que, para consolar mis penas, decidí encender la tele para ver las noticias y deprimirme, aún más si cabía, con las desgracias del mundo entero. Casualmente, lo primero que salió en el informativo del día fue la sección de sorteos. La locutora estaba recitando la combinación ganadora de la Lotería Primitiva de la noche anterior, el jueves quince de julio, el día de los idus. Cantó el primer número y mi mente hizo una marca afirmativa. El segundo y

volví a marcar. El tercero y el cuarto. «¡Coño! Ya tengo cuatro. ¡Qué bien!», pensé. Anunció el quinto. Lo taché mentalmente. El sexto y, como si el colchón hubiera tenido un resorte, me incorporé rápida y rígidamente, como Drácula saliendo de su ataúd, y roté sobre mi cadera para colocar mi tronco perpendicular a mis piernas.

Con los ojos completamente desmadejados, me levanté velozmente de la cama y me acerqué al televisor para ver bien los guarismos que, en aquella inmensa pantalla, tenían una altura de diez centímetros cada uno. Antes de que quitaran la imagen, volví a comprobarlos. Sí, sí. Eran las fechas de nacimiento de mis padres... Eran mis números... Eran los números que llevaba quince años marcando... Y, según la presentadora del telediario, había un único acertante del pleno y cuyo premio era de... ¡Nueve millones de euros! Y ese único acertante, si no me equivocaba, era...era... ¡Era yo! Corrí hacia la mesita de noche, saqué la cartera de la gaveta y busqué, nerviosamente, el boleto. Allí estaba. Repasé mi apuesta, con un temblor parkinsoniano que agitaba mi mano de tal manera que apenas si podía ver las cifras que estaban escritas, así que tuve que parar el tembleque asiéndome con la otra mano. No daba crédito, pero allí estaban aquellos números. Los mismos que señalaban en el calendario la venida al mundo de mis ya fallecidos y queridos progenitores.

Una detonación de adrenalina se produjo en mi interior. Un repentino acaloramiento subió a la superficie de toda mi piel. Mi cara se coloreó de la súbita revolución de pulsaciones y del riego sanguíneo, las orejas me hervían, mi respiración se aceleró y, finalmente, todo mi cuerpo quiso expresar el arrebató de júbilo que estaba sintiendo.

—¡¡SÍMMMMMMMM, SÍMMMMMMMM, SÍMMMMMMMM!!!

Como un niño pequeño, comencé a botar sobre la cama gritando cual poseso, con el boleto en la mano derecha y los brazos alzados con los puños cerrados. Parecía un *hooligan* que estuviera celebrando un gol del Barça contra el Madrid, o el de España a Holanda en la final de mundial del 2010.

Aquellos berridos fueron una explosión de emociones, una expresión salvaje de liberación tras la tensión acumulada en las últimas dos semanas, que desbocó todas las pasiones que todavía quedaban almacenadas en mi interior y que, a pesar de habérselas contado a Luciana, aún no habían

terminado de salir al exterior.

Tras más de diez minutos saltando como un majareta y batir el récord mundial de rebotes sobre un somier, detuve mi algarabía, básicamente porque mi forma física no me permitía continuar con aquel ejercicio y porque mi respiración comenzaba a aportar poco oxígeno a mis excitadas y cansadas células. Así que descendí de aquel comfortable lecho y me senté para resollar un ratito y recuperar el aliento. Miraba aquel trozo de papel con mirada de ido, incrédulo ante la posibilidad de la cantidad de pasta que iba a cobrar... ¡Nueve millones de euros! ¿Quién me lo iba a decir? Aquel Ser Supremo que había decidido tirar mi vida por el retrete había cogido el desatascador y la había hecho volver a salir a la superficie para darme una nueva oportunidad. El Destino había decidido arrepentirse por la mala fortuna que me había regalado en los idus de julio y me hacía un gran obsequio, como pidiéndome disculpas y dándome una segunda oportunidad.

Algo más calmado, tras haberme desahogado haciendo el saltimbanqui, traté de organizar mis pensamientos y de decidir qué hacía. Tras reflexionar un momento, opté por comprobar nuevamente la combinación con la prensa del día y, si era verdad mi nueva suerte, encaminarme hacia alguna entidad bancaria donde realizar el depósito del boleto. Bajé a la recepción, solicité un periódico y fui directamente a buscar las páginas de sorteos. Volví a repasar los números y sí, así era, eran mis números. Mi cuerpo estaba poseído por un Parkinson transitorio. Me temblaban todos mis apéndices móviles, incluidas las orejas, y apenas pude darle las gracias a la recepcionista por haberme dejado el diario, porque mi lengua vibraba con cada palabra que pronunciaba.

Salí del hotel en busca de una oficina financiera donde ingresar mi apuesta. El dilema que se me planteaba a continuación era a cuál ir. En un momento de crisis global como aquel en el que nos encontrábamos, cualquiera se fiaba de los bancos. Ninguno daba crédito y más de la mitad estaban rescatados por el Gobierno. Realmente, recelaba de todos ellos pero en algún lado tenía que guardar aquel premio, porque nueve millones de euros no pueden esconderse debajo de un colchón; así que, al final, me decidí por el que consideraba que, dentro de lo malo, no fuese el peor.

Entré en la primera sucursal que encontré de aquel banco y solicité hablar con el director. El empleado que me atendió, afectado también por la política de recortes que todas las empresas aplican en tiempos de crisis, me respondió

de mala gaita y me dijo que esperase unos minutos, porque su jefe había salido a desayunar.

Transcurrido un cuarto de hora apareció el susodicho, elegantemente vestido con traje, corbata, camisa de manga corta y la mancha del cortado que se acababa de tomar en la punta de la nariz. Mirándome de arriba abajo, hizo un ligero ademán de desprecio al ver a un zarrapastroso con aquella sucia camiseta; pero su profesionalidad venció y, amablemente, me atendió. Lanzó al aire una comercial sonrisa de cortesía y me hizo pasar a su despacho. Ambos nos sentamos, enfrentados y separados por una espaciosa y refinada mesa. Yo me acomodé cruzando las piernas y él se arrepanchigó en su butaca de cuero. Sin mirarme directamente a la cara, sino ligeramente ladeado, me preguntó que en qué podía servirme. Sin dar ningún rodeo le dije que quería ingresar nueve millones de euros.

Las ondas sonoras que le lancé y que portaban aquella información debieron tardar nanosegundos en llegar a sus oídos y escasos milisegundos en rebotar por todo su cerebro para hacer eco entre las paredes de su cráneo, porque su reacción fue prácticamente instantánea. Su trasero dio un respingo sobre la silla. Enderezó completamente la espalda y su cara giró para enfocar directamente hacia mí y poder verme de frente. La nariz se le enrojeció y la mancha del cortado resaltó más aún. Sus pupilas se dilataron hasta ocupar todo la superficie del iris. Me pareció que se le dibujaba el símbolo de euro en ellas. Sus brazos se colocaron inmediatamente paralelos sobre la mesa y sus manos se abrieron de par en par, como queriendo tocar toda aquella fortuna.

Atónito, solicitó más aclaraciones y explicaciones, que rápidamente le di. Le indiqué que me había tocado la Primitiva de la noche anterior. Desde ese momento, aquel hombre *postróse, reverencióme, adoróme y peloteóme*. Sólo le faltó sacar el oro, el incienso y la mirra. Me dio coba durante más de quince minutos, tratando de convencerme de que había sido una gran decisión optar por depositar mis ganancias en su sucursal y que mi dinero me reportaría pingües beneficios, gracias a sus generosos intereses, porque su banco era de lo muy muy y de lo más más. Yo, hastiado de tanto lameteo, le interrumpí y le dije que si seguía autopromociándose me iba a otro sitio y que, por favor, se callara y avisara al notario para que diera fe del ingreso.

El fedatario apareció como por arte de magia. Escasos minutos

transcurrieron entre que recibió la llamada telefónica y hacerse corpóreo en las dependencias bancarias. Existen misteriosos poderes que sólo ciertas cantidades de guita son capaces de lograr. En una media hora, aquel notario impartió más fe que doscientos curas dando misa en una parroquia. A mí me dio fe en los nueve millones de euros, al director de la sucursal fe en su suculenta comisión y él mismo tuvo fe en sus generosos honorarios. Salimos todos de aquellas oficinas con fe para dar y repartir.

Antes de irme, les reclamé a ambos máxima discreción sobre el asunto, bajo amenaza de retirar el ingreso y llevármelo a otro banco. También le solicité al banquero un anticipo de algo de dinero en efectivo. Rellené los panfletos para obtener nuevas tarjetas de crédito y pedí que llamaran al hotel para gestionar el pago de toda una semana más de alojamiento a pensión completa y a todo tren. De esta manera me garantizaba un techo, bastante lujoso, para decidir mi futuro, dado el boyante y novedoso estado financiero recientemente alcanzado. Resuelto el tema del hospedaje, y feliz como unas pascuas, salí de la sucursal bancaria con la sensación de estar flotando en una nube, viviendo un sueño sumamente real.

El día era resplandeciente y el sol brillaba con fuerza a esa hora de la mañana. Aunque, si hubiera estado lloviendo a mares, también me habría parecido maravilloso, ya que todas mis preocupaciones habían desaparecido de un plumazo. No tenía que ir a trabajar, pero lo mejor era que... ¡Ya no necesitaba hacerlo nunca más! Tampoco tenía por qué volver a mi casa a solicitarle algún tipo de explicación a mi mujer y terminar de aclarar las cosas con ella. Ya habían quedado bien claras la noche anterior. Y con Martina, aunque me dolía, prefería no hablar.

Por primera vez en mis cuarenta años de existencia me sentía completamente libre.

Me veía exento de cargas, pesadumbres y obligaciones. A partir de ese momento podía hacer lo que me viniera en gana y saborear las pequeñas cosas de la vida, porque de todos es sabido que la felicidad está en las pequeñas cosas: una pequeña mansión, un pequeño yate, una pequeña fortuna.

Me encontraba fuera de mí, un tanto desorientado y sin saber muy bien qué hacer en esa nueva situación. Me encaminé hacia el hotel mientras trataba de ordenar mis pensamientos para tomar alguna decisión clara. Las tarjetas de

crédito ya estaban en marcha y sería cuestión de unos días disponer de ellas y, sobre todo, de la cantidad ingente de pasta a la que me daban accesos aquellos plásticos electrónicos. En cuanto las tuviera, empezaría a plantearme cómo orientar mi futuro; pero, por lo pronto, iba a pegarme una semana sabática a cuerpo de rey en aquel lujoso hotel.

Durante esos siete días que pasé allí me dediqué a disfrutar de mi recién adquirida riqueza y a gozar de los placeres que me ofrecía el Palace. Me mudé a la *suite* Dalí, donde se alojaba el famoso pintor cuando se hospedaba en Barcelona, un enorme y suntuoso apartamento de dos dormitorios, dos baños y un inmenso salón con toda la decoración propia de los años veinte, con chimenea incluida, y donde parece ser que Dalí llegó a esculpir una fuente de barro y adoquines, en medio de la moqueta. Una vez, según me contó el botones cuando hice el cambio de aposentos, le llegó a pedir al director del hotel que le subieran un caballo vivo a la habitación para regalárselo a Gala. Como esto no era posible, Dalí compró un caballo disecado y se lo subió a la *suite*.

También me deleité con el resto de alternativas que me ofrecía la opulenta hospedería. Por la mañana me daba mi baño y mi masaje diario en el *spa* Maya; al mediodía, comía en su restaurante de una estrella Michelin; y por las noches bajaba al pub, el Rien de Rien, a tomarme mi copazo nocturno mientras escuchaba música jazz en vivo y en directo, al tiempo que mi amistad con David aumentaba día a día y alcohol étílico tras alcohol étílico. Entre remojones en el *spa*, papeos de estrella Michelin para mi michelín y lingotazos nocturnos en la británica y elegante cantina, reorganicé mi vida entorno a la cantidad de billetes que acababa de ganar. Y decidí desaparecer del mapa.

Llamé a Sara para despedirme de ella. Fue una charla amarga y triste. Reconocí mis errores y ella también se arrepintió de los suyos y de no haberme contado antes sus sentimientos y atracciones. Tratamos de pedirnos perdón mutuamente y dejar la relación de la mejor manera posible. Algunas lágrimas se me escaparon durante aquella conversación, por lo que no quise alargarla mucho. Le conté que yo estaba bien. Le mentí y le dije que había encontrado trabajo fuera de España, sin mencionarle en ningún momento nada acerca de la mansalva de euros que me habían caído del cielo. Le pedí que le diera recuerdos a mis amigos y que, en cuanto estuviera establecido, me

pondría en contacto con ellos, Martina incluida.

Fue una suerte que Darth Vader me confiscara el teléfono en el momento de darme la patada en mi Reverso Tenebroso para cesarme, pues, de esa manera, nadie pudo localizarme ni saber dónde me encontraba. Asimismo, yo tampoco tuve la oportunidad de caer en la tentación de llamar a ninguno de mis amigos, pues no me sabía sus números de memoria, almacenados en el aparatito requisado. Al menos, alguna ventaja debía tener perder de vista el móvil.

El único ser humano que sintió mi marcha fue David, el camarero del hotel, pues, si bien la primera vez que nos vimos me odió por el rollo que le metí acerca de mi filosofía existencial, sin conseguir nada extra, las siguientes noches me adoró por las generosas propinas que le dejaba tras mis consumiciones y mi incontenible verborrea.

Inconscientemente, mi objetivo desde que me cayeron del cielo los millones de la Primitiva ya estaba marcado en mi cerebro: volver a ver a Luciana. Así que la decisión de desaparecer y de dirigirme hacia Río de Janeiro fue tomada por mis neuronas mucho antes de que yo fuera consciente de querer realizar aquella acción. Guardaba su tarjeta de presentación como oro en paño; pero, sobre todo, lo que más conservaba era aquella mirada de preciosos ojos verdes clavada en mis retinas. Por tanto, como hicieron tantos españoles en el siglo XVI, yo también decidí salir a conquistar las Américas, concretamente, a una en particular.

Tomé un vuelo en primerísima clase desde Barcelona hasta Río. Nada que ver con las estrecheces sufridas en el trayecto de la mañana de aquel fatídico día. Butaca reclinable con dos amplios reposabrazos, comida caliente de excelente calidad, champán, caviar, trato de peloteo supino, sin acompañantes pelmazos, ni asientos encajonados que impidieran el movimiento y la circulación sanguínea de mis extremidades inferiores.

Llegado a Río, volví a hospedarme en un ostentoso alojamiento. Lo primero que hice fue llamar por teléfono al gabinete de Luciana para concretar una cita. La mujer debía ser una importante psicóloga del lugar, porque su secretaria me dio hora a dos semanas vista. Semanas que aproveché, mientras mataba mi impaciencia por verla, haciendo de turista por la ciudad. No dejé de visitar el Pan de Azúcar, con su hermosa vista sobre la bahía de Botafogo y el resto de la urbe, o de subir al Cristo del Corcovado. Aproveché para

bañarme en todas las playas de la costa y apuntarme a jugar a fútbol-playa con cualquier grupito de gente que estuviera pegándole patadas a una pelota, para recordar mis tiempos de portero o *golero*, como dicen ellos.

Pasados aquellos catorce días de goce, disfrute y relajación, por fin llegó la hora de mi consulta. Cuando su ayudante me hizo pasar a su despacho, inicialmente Luciana no me reconoció, pero dos hechos le refrescaron rápidamente la memoria: el primero fue mi idioma y el segundo, mi atuendo. Me había colocado las lentillas y me había vestido con un elegante y espléndido traje gris pálido, con una pulida chaqueta y una corbata granate. A juego con todo esto, me había puesto la camiseta de Pijus bajo la chaqueta, con lo que parecía que me acababa de escapar de mi pabellón psiquiátrico y tuviera cierto aire de payaso. Pero es que, cuando un hombre se empeña en conquistar a una mujer, puede llegar a realizar proezas portentosamente humillantes.

—Aún no he superado lo de mi esposa y mi amiga y, siguiendo el consejo que usted me dio en Barcelona, he venido a la consulta de un profesional — dije sonriendo en tono de broma—, porque creo que con una buena *psicoloca* como usted, podré aprender a conjuntar mi ropa de una vez por todas y resultarle atractivo a mujeres como usted.

Luciana expandió una franca sonrisa y empezó a carcajearse sin parar. Entornaba tanto los párpados que apenas se le veían sus preciosos ojos, ocupada como estaba en reír y segregarse alguna lagrimilla producto del esfuerzo tronchante.

—Se dice psicóloga. Pase, pase, por favor. Túmbese en el diván. Creo que podremos hacer algo por *você* —me invitó, siguiéndome el juego para realizar un seductor y ficticio tratamiento psicológico, que duró algo más de una hora y que sirvió para conocernos algo mejor y finalizar quedando para ir a cenar esa misma noche.

Capítulo 17. Río de Janeiro

San Sebastián de Río de Janeiro debe su nombre a que el navegante portugués Gaspar de Lemos entró en la Bahía de Guanabara el día de año nuevo de 1502 y, creyendo que se trataba de la desembocadura de un río, denominó al lugar Río de Janeiro. Posteriormente, el 1 de marzo de 1565, el militar Estácio de Sá fundó San Sebastián de Río de Janeiro y, así, la ciudad pasó a llamarse coloquialmente, San Sebastián; pero poco a poco fue cambiándose el uso de su nombre al de Río de Janeiro o, simplemente, Río.

Está ubicada en un precioso paraje, asentada entre Piedra Blanca, Piedra de Gericinó y Piedra Tijuca y rodeada de famosos cerros, como el Parque Nacional de Tijuca, Corcovado y el Pan de Azúcar. En estos elevados lugares se desarrolla una exuberante vida vegetal y animal, que comparte la metrópoli con los humanos de cotas menores.

Río parece estar vertida en medio de las montañas, como si un dios del cemento hubiera regado sobre este impresionante lugar miles de ladrillos de manera que, como el agua en una inundación, se cubrieron las partes bajas de la zona con cientos de casas y edificios mientras que los sectores más altos quedaban a salvo, con toda su floresta original y los animales que pudieron refugiarse en ella. Por tanto, al tiempo que la mayoría de la fauna salvaje subsiste en la virgen alfombra verde de las cimas; la fauna civilizada se mueve en automóvil, metro o autobús por las asfaltadas carreteras de las simas.

Esta misma fauna civilizada, de unos seis millones de humanoides, también ocupa y disfruta de las paradisiacas playas que bañan la ciudad: Botafogo, Leblón, Ipanema y Copacabana. Esta última era un desierto cuando, en el siglo XVII, unos pescadores levantaron una capilla y depositaron en su interior una reproducción de la Virgen de Copacabana, procedente de la ciudad de boliviana del mismo nombre, ubicada en la ribera del lago Titicaca.

Y aquí me encuentro, en Copacabana, sobre una tumbona, boca arriba, bajo un espléndido cielo azul, con los ojos cerrados y ocultos detrás de unas oscuras gafas de sol, sintiendo el calor que proporcionan los rayos infrarrojos y ultravioletas. A mi derecha tengo, estratégicamente ubicada, al alcance de mi mano, una lata helada de cerveza a la cual le voy dando sorbos de vez en cuando. A mis pies, se tuestan varios turistas y algunos aborígenes. Y más abajo aún, el Atlántico Sur le da unos salados y tranquilos lametones a las blancas y suaves arenas de la orilla.

A mi izquierda se broncea Luciana. Detrás, hacia donde apunta mi cabeza, unos jóvenes cariocas juegan en una de las decenas de canchas de fútbol-playa que hay distribuidas a lo largo de toda la costa. Para un ser tan simple como una ameba o el macho humano, no se puede estar rodeado de mayor felicidad: cerveza, mujeres y balompié. El paraíso está aquí.

Han pasado ocho meses. Ocho meses desde aquella fatídica jornada y ya lo recuerdo como si hubiera sido un sueño que nunca ocurrió. Ocho meses que me han servido para terminar de conocerme a mí mismo, ahora que estoy forrado y tengo tiempo para reflexionar. Definitivamente, he descubierto que sí, que soy un egoísta que no quiere tener hijos, cosa que ya le he dejado claro a Luciana. Sin embargo, para lavar mi mala conciencia, estoy colaborando con un orfanato para los niños de las favelas y me paso la mitad de la semana trabajando, feliz, rodeado de chiquillos, donde estoy seguro que ninguno de ellos me traicionará para quitarme mi puesto de trabajo.

También he averiguado que tengo un *hobby* que nunca había puesto en práctica, absorbido por la obsesión laboral que me consumía. Resulta que me gusta la cocina. Apropiándome de la idea de Ramonet, he comenzado un negocio y he abierto mi propio restaurante, esperando que algún día pueda alcanzar la estrella Michelin y servir a distinguidas celebridades. Por supuesto, el nombre del restaurante es obvio: se llama Ramonet.

También, tras todo este tiempo, he vuelto a restablecer la comunicación con Sara y con Martina. Las he perdonado y he retomado el contacto con ellas, aunque de otra manera, por supuesto. La cuarta dimensión lo cura todo y el sufrimiento pasado ya ha sido olvidado, pues ya lo dice el refrán: «A rey muerto, rey puesto». Cuando una relación termina, al cabo del tiempo suele aparecer una nueva que hace olvidar la anterior. Para mí así ha sido con Luciana, igual que a Sara le ha ocurrido con Martina. Ahora todos somos

felices con nuestras respectivas parejas y con nuestra propia sexualidad. Las he invitado a que vengan a Brasil para recordar viejas épocas y disculparnos en persona. Como me sobra el dinero, seguramente les pagaré los billetes.

Romén ya ha venido a visitarme. Al cabo de tres meses de estar en Brasil, les pagué los pasajes a él y a Gemma, para que disfrutáramos los cuatro juntos del placer de la amistad y de este sol y de estas playas que tanto me recuerdan a mi querida tierra chicharrera. A Raúl y a Carles también les tengo hecha la misma proposición y espero que algún día puedan venir a verme, aunque, si eso no es así, no me cuesta nada volver a España. Para eso sirve estar forrado. Para hacer lo que me dé la gana.

De hecho, aquí estoy, yaciendo sobre esta tumbona y, como cada día, estoy esperando a que se hagan las doce del mediodía, porque es el momento en el que nuestros satélites de reconocimiento pasan sobre Río para realizar fotografías de alta resolución. Siempre a esa misma hora, tumbado en la playa, levanto mi mano derecha con el puño cerrado hacia el cielo, extendiendo el dedo medio y confío en que me saque un buen primer plano para que, si algún día alguno de mis exjefes me ve retratado, se le recoma la envidia al verme disfrutando de la vida.

En cuanto a las fotos de Sabaté, espero que su esposa haya hecho buen uso, pues, así como conseguí perdonar a Sara y a Martina, mi bajeza humana no me permitió semejante licencia, y le envié las fotos por correo para vengarme como es debido. En plato frío.

Y desde aquella ficticia consulta, mi relación con Luciana se ha ido consolidando y el diván de la consulta ha tenido otras funciones aparte de atender a los pacientes. He comprobado que no soy un inútil que no sabe dar placer a una mujer, pues Luciana también alcanza las cotas de soprano a las que llegaba Elisa. Me estoy planteando seriamente en insonorizar el gabinete psicológico, ya que a veces tengo la sensación de que podemos espantar a los posibles clientes de Luciana... o tal vez todo lo contrario. Curiosamente, no sé si relacionado con lo anterior, también he descubierto que soy capaz de agitar mis caderas para seguir el ritmo de una música, pues, viviendo en el país de la samba, Luciana me está enseñando a contonearme para realizar la proeza de mover mi trasero al ritmo de una batucada. De hecho ahora mismo no recuerdo si nos toca clase de baile esta tarde o sesión de terapia.

—¿Julio? —me encanta como Luciana pronuncia mi nombre, con esa suavidad al decir la jota que casi parece que me llame Yulio.

—¿Sí, cariño?

—Esta tarde, en lugar de consulta, creo que te voy a dar un masaje.

Me parece perfecto, porque creo que ese masaje, sin duda, tendrá... un final feliz.